El hombre lobo encuentra a su pareja ideal



USA TODAY BEST SELLING AUTHOR

KRISTEN PAINTER

El hombre lobo encuentra a su pareja ideal

Nocturne Falls
Libro 2

Kristen Painter

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Acerca del Autor

EL HOMBRE LOBO ENCUENTRA A SU PAREJA IDEAL:

Nocturne Falls, Libro Dos

Copyright © 2015 Kristen Painter

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, excepto en el caso de citas breves incorporadas en artículos críticos o reseñas, sin permiso por escrito del autor.

Este libro es una obra de ficción. Los personajes, eventos y lugares retratados en este libro son productos de la imaginación del autor y son ficticios o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es puramente coincidencial y no es la intención del autor.

Publicado en los Estados Unidos de América

El hombre lobo encuentra a su pareja ideal

Bienvenido a Nocturne Falls, la ciudad que celebra Halloween los 365 días del año. Los turistas piensan que todo es un espectáculo: los vampiros, los hombres lobo, las brujas, el ocasional gárgola volando por el cielo. Pero los sobrenaturales que pueblan la ciudad saben la verdad.

Vivir en Nocturne Falls significa ser uno mismo. Colmillos, pelaje y todo lo demás.

Ser arrestada no estaba en la agenda de la mujer lobo Ivy Kincaid cuando llegó a Nocturne Falls, pero su vida rara vez sigue el plan previsto. La ventaja de pasar la noche en la cárcel local es que encontrar una habitación de hotel ya no es una preocupación... pero la desventaja es que el hombre con quien ha venido a casarse tendrá su primera impresión de ella tras las rejas. No es exactamente la forma en que Ivy esperaba conocer al enemigo jurado de su manada... también conocido como su prometido.

El sheriff (y hombre lobo) Hank Merrow es el heredero del alfa. Todo lo que ha hecho, desde convertirse en Ranger del Ejército hasta servir en las fuerzas del orden, ha sido en preparación para el día en que tomará el mando. Casarse para cimentar una tregua inestable no es diferente. Hank cumplirá con su deber, incluso si significa encadenarse a una mujer que no tiene intención de apreciar, y mucho menos de amar.

Pero Ivy no es nada como Hank esperaba. Tan impetuosa como hermosa, está tan decidida como él a hacer que el matrimonio funcione por el bien de la paz entre sus manadas. El problema es que Ivy tiene secretos que podrían destruir todo lo que Hank aprecia... incluido su recién descubierto amor por ella.

Capítulo Uno

Ivy Kincaid estacionó su Harley Softail heredada junto a otras motocicletas en el aparcamiento trasero de un lugar llamado Howler's. La pintura negra metálica de la moto lucía genial junto a las otras. Elegante y a punto. Pequeñas victorias, ¿verdad?

Se bajó de la moto y se quedó de pie a su lado. Las otras motocicletas parecían una buena señal de que este lugar tenía cerveza barata y comida decente, lo que sonaba exactamente como el tipo de lugar que necesitaba ahora mismo. En parte debido al largo viaje desde Tennessee hasta Nocturne Falls. Principalmente por la razón de haber hecho ese viaje. Era complicado. El tipo de razón que hace que una mujer quiera una buena cerveza fría. O tres.

Había venido a este loco pueblo turístico para casarse.

Con un hombre a quien nunca había conocido.

Sabía su nombre. Eso era todo. No dónde vivía, ni dónde trabajaba, ni cómo se veía.

Tenía dos razones fundamentales para aceptar un plan tan loco. Una de ellas era su padre. Nadie le decía que no a Clemens Kincaid. Al menos no más de una vez. La otra... miró el número cinco tatuado en el interior de su muñeca izquierda. La otra razón era su corazón y alma, y la mínima posibilidad de que esta nueva vida también pudiera significar un nuevo futuro.

Se quitó el casco, lo puso en la parte trasera de su moto, luego se quitó la goma elástica de su trenza y pasó las manos por su cabello, dándose un pequeño masaje en el cuero cabelludo en el

proceso. Mantenía su cabello en trenza para minimizar el daño del viento. Lástima que minimizar los golpes al resto de su vida no fuera tan fácil.

Si lo fuera, no estaría aquí.

Tal como estaban las cosas, esta podría ser su última noche sin un hombre diciéndole qué hacer. Corrección. Sin un *marido* diciéndole qué hacer. Su padre había estado dándole órdenes toda su vida, pero ella había aprendido a sobrevivir a eso. Mayormente. El hombre que estaba a punto de ser su esposo era una incógnita. Podría ser peor que su padre. No estaba segura de cómo, pero la posibilidad existía.

Se suponía que debía enviar un mensaje a su padre con pruebas de su llegada, pero eso podía esperar. Ahora mismo, necesitaba un descanso de todo lo que estaba a punto de sucederle. Un poco de tiempo para sentarse, relajarse y no pensar.

Pero eso era más fácil decirlo que hacerlo.

Con un suspiro de resignación y el peso de su futuro descansando directamente sobre sus fuertes hombros, entró en Howler's. La gran sala trasera tenía mesas de billar, algunas dianas de dardos y otros juegos de bar. Había reservados a lo largo de las paredes y algunas mesas de pub ocupaban los espacios vacantes. Siguió adelante, hacia la siguiente sala, y encontró su objetivo previsto, la barra. El lugar estaba ocupado, pero no abarrotado. Agarró un asiento y pidió una cerveza y un sándwich de queso a la plancha, lo más barato en la lista de sándwiches.

Una rápida evaluación de la camarera confirmó que este *sí* era el tipo de lugar para Ivy. La mujer era definitivamente una cambiante. Probablemente lobo, igual que Ivy. Era difícil obtener un olor claro con tantos cuerpos en un lugar.

La camarera regresó y dejó la cerveza de Ivy con un vaso frío y escarchado. —Tu comida estará lista enseguida. ¿Quieres abrir una cuenta?

Ivy dejó un billete de veinte en la barra. —Pagaré según vaya consumiendo —. De todos modos, no tenía una tarjeta de crédito para abrir una cuenta.

—De acuerdo. Me llamo Bridget cuando estés lista para la segunda ronda —. Se fue para traerle el cambio a Ivy.

Ivy ignoró el vaso y tomó un largo y lento sorbo de la botella, disfrutando del líquido helado cuando golpeó la parte posterior de su garganta.

Suspiró de placer. No había mucho que una cerveza fría o un buen revolcón no pudieran arreglar temporalmente. No es que hubiera tenido lo segundo en mucho tiempo. Tomó otro sorbo de cerveza. Incluso con su situación de mierda, se sentía mejor. No es que fuera de las que se compadecen a sí mismas. Ese era el camino del tonto, y su sendero ya era bastante accidentado.

Las vibraciones del viaje la habían dejado un poco inquieta, haciendo difícil mantener su trasero en el taburete. Rascó la etiqueta de la botella con una uña a rayas de cebra.

—Hola —dijo una voz masculina—. ¿Te invito a una copa?

Ella se volvió para ver quién le hablaba.

Turista. Probablemente. Aunque técnicamente ella también lo era. Inhaló. Definitivamente humano. Examinó al hombre en toda su gloria casual de "estoy de vacaciones". Pantalones cargo, camiseta de Key West, sandalias, botella de Corona. Sonrió. ¿Un Parrot Head la estaba ligando? Increíblemente audaz. Levantó su botella. —Ya tengo una, gracias.

Con una sonrisa agradable, volvió a observar a la multitud. Lo entendía, de verdad. El Parrot Head probablemente la imaginaba como la chica mala, la fruta prohibida. Veía sus cueros, el pelo azul-negro, el maquillaje ahumado y las uñas pintadas, y hacía su suposición basándose en esos aspectos externos. Sin mencionar la atracción adicional de sus feromonas de mujer loba. Cambiante o humano, atraían a todos los hombres.

Tal vez incluso había visto el cinco en el interior de su muñeca o el tatuaje en espiral de su planta homónima asomándose por encima del cuello de su chaleco. Ese rastro particular de tinta se extendía desde su hombro hasta justo por encima del codo. Delicado, femenino pero innegablemente una gran obra.

—Podría conseguir la segunda ronda.

Ella se volvió y le dio puntos por no rendirse. —Lo aprecio, de verdad, pero a pesar de tus nociones preconcebidas sobre mí basadas en mi apariencia, no soy el buen rato que probablemente buscas.

Él frunció el ceño. —Te crees mucho, ¿no?

Bridget, la camarera, dejó una cesta de plástico roja forrada de papel con el sándwich de Ivy y un montón de patatas fritas. Le lanzó una mirada a Ivy como para preguntar si necesitaba intervenir.

Ivy negó ligeramente con la cabeza, luego recogió su botella y la cesta de comida y se levantó. Era un centímetro más alta que el Parrot Head gracias a su estatura y sus botas con suela gruesa, pero no buscaba intimidarlo, solo que la dejaran en paz. Esta conversación no valía su tiempo ni energía, no cuando tenía muy poco del primero y necesitaba conservar la segunda para lo que viniera. —Que tengas una buena noche.

Lo dejó con el ceño fruncido y caminó de regreso a la sala de billar, la necesidad de ejercer algo de energía recorriendo su piel. Encontró un lugar en la barandilla de la barra a lo largo de la pared y se acomodó para comerse su sándwich de queso. Estaba bueno. Mejor de lo que esperaba para algo tan simple. Observó las mesas. Jugar unas cuantas rondas de billar podría ayudar a deshacerse de parte de su exceso de energía.

Irse al bosque para correr, su primera elección, no era una opción. Convertirse completamente en loba en un bosque desconocido no era la decisión más aconsejable, aunque era lo único que le daría el mayor alivio.

La luna llena estaba a cuatro noches de distancia. Lo suficientemente cerca para que la naturaleza salvaje inherente a su especie ya estuviera ansiosa por liberarse, y si *ella* lo sentía, también lo sentían los otros cambiantes de la zona. Eso significaba que había demasiadas posibilidades de que pudiera cruzar el territorio de otro cambiante y tal vez tener que pelear para salir.

No sería bueno conocer a su prometido llevando los rasguños y moretones de una pelea territorial. Por supuesto, no lo reconocería a menos que enviara un mensaje a su padre y obtuviera el resto de la información sobre su pretendiente. Rezaba para que fuera amable y

decente. Esas cosas importaban mucho más que su aspecto, aunque no estaría mal si fuera aceptable.

Miró por encima del hombro. El Parrot Head había tomado una decisión inteligente y no la había seguido a la sala de juegos.

Desde su lugar cerca de la pared trasera, estudió el terreno mientras comía. Las tres mesas de billar estaban en uso y todas tenían jugadores esperando. Eligió la fila más corta y colocó una pila de monedas sobre la barandilla como señal de su intención de jugar, luego volvió a comer y a observar a la gente. A pocos metros, una pareja estaba cara a cara, la voz de la mujer tranquila pero tensa, la del hombre más alta. Posiblemente reforzada por el alcohol.

Ivy los observó por curiosidad y con una pequeña sensación de temor familiar. Su oído de cambiante captó fácilmente su conversación.

Él llevaba una gorra manchada de sudor de Red Man, tabaco de mascar, y una camisa de franela con las mangas enrolladas. Miraba fijamente a la mujer, que se encogía a su lado como un perro azotado. —¿Qué le dijiste a ese tipo?

La mujer levantó la mirada, con las comisuras de la boca tensas. Metió las manos en los bolsillos de su chaqueta vaquera y la apretó sobre su vestido floreado. —No le dije nada.

—Bueno, él ciertamente pensó que tenía motivos para hablarte. ¿Le sonreíste? ¿Le hiciste creer que tenía una oportunidad?

Ivy frunció el ceño, su temor hecho realidad. Conocía a tipos como este. Controladores. Celosos. Siempre pensando que el mundo estaba dispuesto a quitarles las migajas que tenían. Con un movimiento de cabeza, volvió a observar las mesas y los jugadores para ver cuándo llegaría su turno.

Pero el suave grito de dolor de la mujer atrajo la atención de Ivy de nuevo. El hombre tenía agarrada la muñeca de la mujer. Ella tiró pero no pudo liberarse. —Por favor, Jimmy. Vamos a casa y...

—¿Y dejar que ese idiota arruine mis vacaciones? —La voz de Jimmy se volvió más fuerte, atrayendo algunas miradas, pero él no pareció notarlo—. No lo creo. Voy a quedarme aquí y tomarme otra cerveza, y tú vas a cerrar la boca y dejar de coquetear con otros hombres, ¿me entiendes?

Los pelos de la nuca de Ivy se erizaron.

La mujer asintió, sus ojos llenos del tipo de miedo antiguo que le decía a Ivy que este no era un comportamiento nuevo por parte del hombre.

No se preguntó por qué las mujeres se quedaban con hombres como este. Lo sabía. Incluso las mujeres inteligentes a veces se encontraban en situaciones malas de las que no podían ver cómo salir. Y ser inteligente no siempre equivalía a ser valiente. Su madre seguía con el padre de Ivy después de casi treinta años.

Patsy se había enfrentado a Clemens una vez que Ivy pudiera recordar. Ivy tenía ocho o nueve años y quería una bicicleta nueva propia, no una de segunda mano de su hermano. Quería una bicicleta de niña con serpentinas rosas en el manillar y un asiento rosa. Su madre había forzado el asunto con su padre y terminó con el labio partido y un diente delantero flojo. Nunca más estuvo en desacuerdo con Clemens después de eso. Ni por su propio bien ni por el de su hija. No ayudaba que Clemens Kincaid fuera un hombre extremadamente poderoso. El alfa de la manada de Tennessee.

Este tipo con la gorra de Red Man definitivamente no era un alfa de nada y definitivamente no parecía un pez gordo, pero tampoco lo parecía Clemens. El uniforme típico de su padre era una camiseta sucia y vaqueros de camionero. Pero este tipo frente a ella desprendía una vibración de wannabe. Solo parecía un desgraciado que se sentía un gran hombre empujando a su novia.

La mujer se mordió el labio y miró alrededor de la habitación por debajo del flequillo, y por una fracción de segundo, hizo contacto visual con Ivy.

Ivy mantuvo la mirada de la mujer, pero ella agachó la cabeza y rompió el contacto después de un largo segundo.

Jimmy captó su movimiento y se dio la vuelta para ver qué había estado mirando. Miró fijamente a Ivy. Ella le devolvió la mirada, incapaz de ocultar el desafío en su mirada. No iba a dejarse intimidar por un humano.

Él sonrió y le guiñó un ojo.

Aparentemente, había confundido su mirada penetrante con coqueteo. Puso los ojos en blanco y pasó el último trozo de su

sándwich de queso con cerveza. Qué típico. Otro tipo miraba a su novia y era un delito capital, pero si una mujer lo miraba a él, era temporada de caza abierta para coquetear de vuelta.

Un vítore se elevó en la mesa de billar más cercana a ella cuando la bola ocho cayó en un bolsillo, terminando el juego. Ella dio un paso adelante para reclamar su puesto, feliz por la distracción.

Otra cerveza y dos victorias después, estaba lista para dar la noche por terminada. El billar no había sustituido a una buena y dura carrera, pero había limado los bordes de la necesidad. Devolvió su taco al estante y estaba a punto de salir cuando un alboroto estalló detrás de ella.

Se dio la vuelta para ver que Jimmy aparentemente había empujado a su novia contra una de las mesas de pub, derramando las bebidas y tirando una silla. Su novia todavía estaba en el suelo.

Los bordes de la visión de Ivy se oscurecieron, estrechándose hasta un punto estrecho que se enfocó en el hombre que acababa de poner sus manos sobre una mujer. Lo miró con furia, luego se acercó y ayudó a su novia a levantarse. —¿Estás bien?

La novia asintió, pero se sujetaba el brazo como si le doliera.

—¿Cómo te llamas?

—Sandra.

—Sandra, sabes que necesitas dejarlo —. Ivy no pudo evitar decirlo, aunque dudaba que hiciera alguna diferencia.

—No puedo —susurró Sandra—. Tenemos un hijo.

La ira de Ivy aumentó. —Con más razón.

Jimmy agarró el otro brazo de Sandra, pero su mirada estaba en Ivy. —Mantente fuera de esto, ¿me oyes?

Ivy estaba a la altura de los ojos de Jimmy. Se rio en su cara. —Desafortunadamente para ti, imbécil, no soy el tipo de mujer a la que puedes mandar —. Se inclinó hacia él—. ¿Me oyes?

Jimmy murmuró una maldición y tiró del brazo de Sandra, alejándola de Ivy. Ivy la dejó ir. No era su circo, no eran sus monos.

Sandra le dijo algo sobre que Ivy solo trataba de ayudar.

Jimmy respondió abofeteando a Sandra, haciendo que gritara y que algunos otros clientes jadearan, pero nadie hizo un movimiento para ayudar.

Ivy frunció el ceño cuando el circo se volvió imposible de ignorar. Entró en el espacio personal de Jimmy, con la ira canalizándose a través de ella. —Tócala de nuevo y te tumbaré.

Él resopló. —Eres linda hasta que abres la boca, y las mujeres bocazas necesitan aprender su lugar. ¿Por qué no te vas a la cocina y me haces un sándwich?

—Ya tengo uno para ti. Sabe a nudillos. Pruébalo —. Ivy se echó hacia atrás y le dio un puñetazo en el ojo—. Ups. Fallé la boca.

La combinación de su fuerza de cambiante y su clara incapacidad para creer que ella realmente le había golpeado resultó en que Jimmy cayera con fuerza.

Sacudió la cabeza y luchó por volver a ponerse de pie unos segundos después. Su ojo ya comenzaba a hincharse. Su boca se torció en una fea mueca mientras se lanzaba contra Ivy, soltando maldiciones. Ella lo esquivó. Una mesa se volcó. Los vasos se rompieron, la cerveza se derramó. Él agarró un taco de billar y lo balanceó. Ivy lo atrapó y lo partió por la mitad. Una mujer gritó. Jimmy cargó de nuevo y los siguientes minutos fueron un borrón que terminó con ambos esposados y sacados del bar por un par de agentes.

Afuera, Ivy y Jimmy fueron separados a lados opuestos del estacionamiento. Ivy recibió a la agente femenina. Su placa decía Blythe. Sobrenatural, pero de qué tipo, Ivy no tenía ni idea.

Blythe parecía una mezcla de molesta y aburrida. —¿Tienes una identificación contigo?

—No —mintió Ivy. Estaba metida profundamente en su bota. Cualquier cambiante en esta área que supiera algo conocía el apellido Kincaid. Lo último que Ivy quería era que su padre se involucrara en esto. Sin duda se enteraría lo suficientemente pronto, ella solo prefería que eso sucediera después de que todo estuviera dicho y hecho.

La agente Blythe suspiró mientras caminaba con Ivy hacia un coche patrulla cercano. —Cambiante, ¿verdad?

Ivy asintió. —Mm-hmm. ¿Qué eres tú?

Blythe ignoró la pregunta. —¿Qué pasó?

Ivy le contó cómo habían ido las cosas en el bar.

Blythe asintió mientras tomaba notas en una tableta. Finalmente, cerró la libreta. —De acuerdo —. Abrió la puerta trasera del coche patrulla y señaló—. Entra.

—¿Estoy arrestada?

—Todavía no.

Ivy entró en el coche y la agente se alejó, probablemente para ver cómo estaba Jimmy. Ivy echó la cabeza hacia atrás y miró el techo del coche. No sería la primera vez que la arrestaban. Pasar la noche en la celda del condado tampoco sería gran cosa. Le ahorraría la molestia de gastar el poco dinero que tenía en un motel barato. Pero le tomarían las huellas dactilares y, pronto, averiguarían quién era.

Clemens Kincaid no necesitaba saber que su hija, la que ya consideraba una gran decepción, se había metido en problemas de nuevo. Pero si no le enviaba pronto un mensaje de que había llegado, se preocuparía. No por ella, sino porque su gran plan no se realizaría. Eso no era suficiente para hacer que Ivy sacara su teléfono, sin embargo. No todavía.

Tal vez podría usar su única llamada telefónica para comunicarse con Sam. Su hermano menor siempre había tenido debilidad por ella. Podría ayudar. Y estar dispuesto a mantenerlo en secreto para su padre. Aunque últimamente, la influencia de Clem había comenzado a volver frío a Sam hacia ella.

Tal vez no llamaría a nadie. Respiró hondo, tratando de exhalar el dolor constante creado por su vida arruinada.

La puerta del coche se abrió. La agente Blythe estaba allí. —Malas noticias. Según ambos relatos, tú golpeaste primero y Jimmy está presentando cargos.

—Por supuesto que lo está, a pesar de que vino a por mí con un taco de billar. ¿Cuáles son las buenas noticias?

—Está borracho, así que también lo estamos acusando. Y como no nos gusta un expediente largo en este pueblo, ambos irán a detención y luego reevaluaremos por la mañana.

—Gracias —. Ivy sabía que le estaban dando una oportunidad. Estaría feliz de aprovecharla.

La comisaría del sheriff era pequeña, pero tenía tres celdas de detención. Los agentes fueron lo suficientemente inteligentes como para dejar la vacía entre ella y Jimmy.

Mientras la fichaban, vio la foto del sheriff en la pared y leyó su nombre en la placa debajo. Fue entonces cuando se dio cuenta de lo profundo que se había metido. Su corazón se hundió. Cualquier sensación de esperanza, de posibilidad de un nuevo comienzo y un futuro mejor, se desvaneció.

El nombre del sheriff era Hank Merrow.

El mismo nombre del hombre con el que había venido a casarse.

Capítulo Dos

Después de un largo día escoltando al Servicio de Alguaciles de EE.UU., Hank metió su coche de servicio en el camino de entrada y encontró otro vehículo ya estacionado allí.

El Mercedes pertenecía a sus padres, pero no habían mencionado nada sobre venir de visita. Un presentimiento de mal agüero se instaló en lo profundo de su estómago mientras aparcaba. Su tiempo con los Rangers del Ejército había afinado sus ya agudos sentidos de cambiaformas, así que intuía cuando algo malo estaba a punto de ocurrir. Se preparó mentalmente para lo que fuera y entró.

Sus padres habían usado la llave que les había dado y estaban sentados en su cocina, tomando café.

Su padre estaba en uno de los taburetes de la barra de la cocina. Le hizo un gesto con la cabeza a Hank y levantó su taza a modo de saludo. —Hijo.

Hank asintió. Su padre se veía bien. —Papá.

—¡Hank! —Su madre sonrió y le dio un gran abrazo—. ¿Cómo estás, cariño?

—Bien. —Su madre tampoco mostraba señales de estrés. Quizás su instinto se había equivocado. Sería la primera vez. —No sabía que vendrían. ¿Llevan mucho tiempo aquí?

—No, solo un ratito —respondió su madre—. ¿Tienes hambre? ¿Acabas de salir del trabajo? No tienes nada para comer en esta casa. ¿Cenaste en el Howler's?

—Belinda, deja al hombre en paz. Acaba de llegar a casa. —Griffin Merrow negó con la cabeza—. Eres tan entrometida como tu hermana, mujer.

Hank besó la mejilla de su madre. —Sí, acabo de salir del trabajo, y sí, comí en el Howler's. Por eso llego tan tarde. —Miró a su padre—. Ya que mencionaste a la tía Birdie, ¿os estáis quedando con ella?

Su madre arqueó las cejas. —¿Es tu manera de decir que no nos quieres aquí?

—Es mi manera de preguntar si necesitáis la habitación de invitados.

—Sí —respondió su padre—. Pero mañana a primera hora nos iremos y dejaremos de molestarte.

Hank sacó una cerveza del refrigerador, la destapó y se apoyó contra la encimera. —Un viaje rápido. ¿Qué está pasando? Tiene que ser importante si habéis conducido hasta aquí.

—Lo es. —Griff giró el taburete alejándose de la barra para enfrentarse a su hijo—. ¿Quieres que hablemos en la sala?

Hank negó con la cabeza. Su instinto *no* se había equivocado. Eso era reconfortante. Hasta cierto punto. Dependía de cuáles fueran las noticias. —Estoy bien aquí.

—De acuerdo. —Griff suspiró—. Sabes que nuestra manada tiene una deuda con Tennessee.

—Sí. —A Hank ya no le gustaba la dirección que estaba tomando esto. Hacía una década, por una extraña casualidad, el hermano menor de Hank, Titus, había sufrido un accidente automovilístico en las Montañas Humeantes. Por otra casualidad igual de extraña, el alfa de la manada de Tennessee había estado en el lugar y le había salvado la vida a Titus. Y así se había creado la deuda.

Griff se cruzó de brazos. —Esa deuda ha sido reclamada. Con condiciones.

—¿Has estado en conversaciones con Clemens Kincaid? —El hombre podría haber salvado la vida de Titus, pero era un criminal. Demonios, toda su familia no era más que un grupo de matones. Contrabandistas de alcohol, traficantes de armas, apostadores; se

ganaban la vida burlando la ley. Daban mala fama a los cambiaformas decentes.

—Sí. Conversaciones que él inició. Quiere una tregua.

—Estoy seguro de que no es lo único que quiere.

—No lo es. Quiere que permita que su bourbon se venda en Georgia.

—Ya se vende.

—Técnicamente. Quiere que levante la prohibición.

—Eso no es tan grave. —El bourbon y las tiendas de autopartes eran los dos negocios legítimos de los Kincaid. Griffin Merrow había declarado que el bourbon Kincaid estaba prohibido para todos los cambiaformas en el estado de Georgia, lo que significaba que no solo las tiendas y bares de cambiaformas como el de Bridget no lo tenían, sino que con la influencia de Griffin, tampoco lo tenían muchos establecimientos propiedad de humanos—. A Bridget no le va a gustar. ¿Quieres que hable con ella?

Griff asintió. —Claro. Pero no es por eso que estamos aquí.

Hank tomó un sorbo de su cerveza. —¿Qué necesitas que haga?

Griff dudó, un gesto poco característico del hombre que había sido el alfa de la Manada de Georgia durante los últimos treinta y dos años. Hank se preparó para aquello que su instinto le había estado advirtiendo. —Clemens está insistiendo en un matrimonio para sellar el acuerdo. Su hija. Mi hijo.

Por la preocupación en los ojos de su madre y el tono reticente de su padre, Hank captó la situación. Los hijos de un líder de manada a menudo tenían que casarse por poder o posición. Ser el primogénito significaba que Hank sería la elección probable, pero Griff había dicho "Mi hijo", no "Tú", así que Hank asumió que Titus era el cordero sacrificial. —Sabes que haría cualquier cosa por ti y por la manada, pero no hay manera de que pueda convencer a Titus de esto. Está enamorado de Zoe. Quiere casarse con esa chica. No importa quién hable con él, no va a renunciar a ella.

Griff se aclaró la garganta. —Esto no se trata de Titus.

Hank dejó su cerveza y se cruzó de brazos. Ahí estaba. —Clemens quiere que *yo* me case con su hija.

El lento asentimiento de Griff respondió a Hank.

Belinda chasqueó la lengua y miró hacia el techo. —Una Kincaid casada con el próximo alfa en la línea. Es una jugada de poder.

—Claramente. —Hank negó con la cabeza pero mantuvo los ojos en su padre—. Somos la manada más grande y poderosa. Nos corresponde rechazar. Todavía podrías levantar la prohibición del bourbon Kincaid.

—Clemens ha prometido una guerra si nos negamos, y tendría cierta justificación, ya que esencialmente estaríamos negándonos a pagar una deuda que tenemos.

No hacía mucho tiempo que Kincaids y Merrows se desgarraban las gargantas unos a otros. Volver a ese tipo de derramamiento de sangre los destruiría a todos. —No llegará a eso. No lo permitiré.

Griff respiró hondo, la infelicidad añadiendo arrugas a su rostro envejecido. —No le desearía esto a nadie, hijo.

Hank puso sus manos en la encimera detrás de él y se inclinó hacia atrás. —He sabido toda mi vida que un matrimonio arreglado era una posibilidad.

—Sí, ¿pero con una Kincaid? —Su madre se estremeció como si la idea estuviera a punto de provocarle un vahído.

—Ciertamente, esa no era una alianza que alguna vez pasara por mi mente. —Hank miró fijamente el suelo de madera. Si las mujeres Kincaid eran algo parecidas a los hombres Kincaid, el matrimonio con una de ellas sería un camino duro y miserable. Especialmente para un oficial de la ley.

—Hank, eres un buen hijo. Te has esforzado al máximo para convertirte en el tipo de hombre que cualquier manada estaría orgullosa de llamar alfa. Si quieres rechazar esto, lo entenderé. Y también la manada. Nadie te lo tendrá en cuenta.

Hank levantó la mirada. —¿Y ser la razón por la que la guerra llegue a nuestra manada? No. Ya he visto suficiente de eso. No seré responsable de traer esa pesadilla a la manada que amo.

Belinda parpadeó con fuerza. —¿Estás diciendo que te casarás con ella?

—Estoy diciendo que la conoceré y tomaré una decisión.

—No tienes mucho tiempo. A partir de mañana, estamos a tres días de la próxima luna llena.

Hank entrecerró los ojos. —Sé que los matrimonios generalmente tienen lugar el día de la luna llena, pero ¿por qué esta que viene? ¿Por qué no el mes próximo?

—Otra de las estipulaciones de Clemens.

—¿Algo malo con su hija?

Griff negó con la cabeza. —Él dice que no. Creo que teme que si pasas demasiado tiempo con ella, te echarás atrás.

Hank maldijo suavemente y miró por la ventana de la cocina por un momento. Casado. —Tres días a partir de mañana.

—Y si decides echarte atrás...

—No lo haré. —Dio otro sorbo a su cerveza mientras los recuerdos pasaban por su mente—. He hecho una gira en Afganistán y otra en Irak. Estar casado con una Kincaid no puede ser tan malo.

—No digas eso hasta que la conozcas —dijo Belinda.

Griff se levantó, caminó hacia Belinda y la rodeó con su brazo. —Sabes que tu madre y yo tuvimos un matrimonio arreglado. Tal vez esta chica no sea tan mala. Tal vez lleguen a agradarse mutuamente.

Hank asintió. —Quizás. Quizás no. Pero si esta mujer Kincaid espera un matrimonio por amor, se llevará una gran decepción.

—Estoy seguro de que ella sabe, igual que tú, que es estrictamente para sellar el tratado.

—Bien. —Hank terminó su cerveza—. Me voy a acostar. Tengo mucho en qué pensar y debo trabajar mañana.

Su padre exhaló un largo suspiro. Como si estuviera aliviado, pero aún infeliz. —Llamaré a Clemens por la mañana para darle la noticia. Dijo que me enviaría algo de información sobre la hija tan pronto como supiera que estabas dentro.

—De acuerdo. ¿Necesitáis algo antes de que me vaya a dormir?

Griff abrazó a Belinda un poco más cerca. —Estamos bien. Sabemos dónde está todo.

Ella sonrió tristemente. —Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, mamá. —Hank metió la botella vacía en el reciclaje y subió las escaleras. Se miró en el espejo del baño, tratando de verse a sí mismo como un esposo.

Para una Kincaid.

No era una imagen que pudiera reconciliar. Soldado, sí. Sheriff, sí. Cónyuge, no.

Esa noche soñó que lo arrestaban y lo enviaban a prisión mientras el juez anunciaba que eso era lo que les sucedía a los hombres que se casaban con criminales.

Después de una noche así, estaba listo para levantarse. Salió a correr cuando amanecía. El aire de la mañana normalmente ayudaba a despejar su mente. Hoy no. Regresó a casa para darse una larga ducha caliente, con la sensación de inquietud en su estómago imposible de sacudir.

Se despidió de sus padres antes de ir a la comisaría, pero su visita le hizo llegar tarde porque su madre insistió en prepararle el desayuno y luego tuvo que pasar por Howler's para ver a su hermana, Bridget, como hacía cada mañana. Howler's no abría hasta las once para el almuerzo, pero Bridget llegaba temprano todas las mañanas, haciendo el papeleo y asegurándose de que todo estuviera exactamente como ella quería. Mantuvo la visita rápida y se guardó la noticia del matrimonio para sí mismo. Se enteraría pronto.

Cuando entró en la comisaría, Birdie Caruthers, su tía y, desafortunadamente, recepcionista, ya estaba allí.

Sus cejas cuidadosamente dibujadas se arquearon. —Mírate, llegando a mediodía.

—Son las nueve y media. —Recogió sus mensajes—. ¿Pasó algo ayer?

—Hay dos en las celdas. Los informes están en tu escritorio. —Se levantó para rellenar su café. Como de costumbre, no preguntó si él quería.

Fue a su oficina y recogió los informes de su escritorio. Una tal Jane Doe y un tal Jimmy Philips. Registrados, pero no requisados. Arrestos pendientes. Miró alrededor de la puerta para ver a Birdie. —¿Una Jane Doe? Eso es raro. —¿Quién no tenía identificación en esta época?—. ¿Siguen detenidos?

Ella asintió. —Les traje el desayuno de Mummy's.

Volvió a leer los informes. Los dos habían estado involucrados en una pelea de borrachos en el Howler's, de todos los lugares. Bridget,

que también era la dueña del bar, no había dicho una palabra al respecto cuando la vio. Como si su silencio fuera a marcar la diferencia. ¿Pensaba que no se enteraría? —Por esto nunca me tomo días libres.

Birdie frunció el ceño y se paró en la puerta abierta de su oficina. —Ir de excursión con los Alguaciles no es realmente un día libre.

—No fue una excur... —El teléfono sonó, salvándolo de debatir ese punto con ella. Le lanzó a Birdie una mirada severa—. Contesta eso.

Ella arrugó la nariz y se dirigió de nuevo a su escritorio. Estaba a punto de cerrar la puerta cuando ella colocó el teléfono entre su cabeza y su hombro y presionó el botón de espera. —Es para ti.

Birdie podría ser su tía, pero era una recepcionista horrible. Si no fuera por el nepotismo que la mantenía en su trabajo, la habría despedido hace mucho tiempo. —¿Quién es?

Ella se encogió de hombros. —¿Quieres que pregunte?

—Sí. Cuando contestas. Eso es lo que hace una recepcionista.

—No me contestes, contestón.

—No estoy... olvídalo. —Era más fácil simplemente atender la llamada. Cerró la puerta, se sentó en su escritorio y levantó el teléfono—. Sheriff Merrow.

—Hank, soy papá. —Hank se relajó ante el timbre profundo de la voz de su padre—. Gracias por alojarnos anoche. Escucha, hablo en serio cuando digo que si quieres echarte atrás, puedes hacerlo. Si Kincaid trae una guerra, la enfrentaremos.

Hank nunca permitiría que eso sucediera. —Estoy seguro de que todo saldrá bien. —El sacrificio no era nada nuevo para un soldado —. ¿Cómo es que Birdie no reconoció tu voz?

Su padre resopló. —He estado practicando un acento británico.

Hank negó con la cabeza. —Lo que funcione.

La risa de Griffin fue seguida por un suspiro sobrio. —Te quiero, hijo. Serás un gran alfa algún día.

—Eso será dentro de mucho tiempo. —Hank no quería pensar en el día en que reemplazaría a su padre como alfa de la manada de Georgia, aunque era un papel para el que se había estado preparando toda su vida. Primero al entrar en el ejército, luego al

aceptar el respaldo de los Ellingham para postularse como sheriff cuando salió, una elección que ganó con facilidad, pero estar preparado para el trabajo no significaba que lo estuviera anticipando. Algunos alfas renunciaban. Unos pocos raros eran derrocados. La mayoría mantenía el rol hasta su muerte.

—Eso espero. De todos modos, solo quería hacerte saber que hablé con Clemens esta mañana y que pronto te enviará por correo electrónico los detalles de su hija. Lo que eso implica, no tengo ni idea.

—Una vez que tenga su nombre, puedo hacer mi propia verificación de antecedentes.

—Lo que probablemente es la razón por la que no nos los envió antes. Me sorprende que no hayas podido encontrar su información por tu cuenta.

—Acabo de llegar a la oficina, no he tenido tiempo de verificar. Y no es como si fuera a marcar la diferencia.

—Es cierto. De todos modos, Clemens dijo que la esperes pronto, así que estate atento.

Hank suspiró. —Tengo el presentimiento de que no será difícil de encontrar.

—Hazme saber cómo van las cosas.

—Lo haré. Hablamos luego. —Hank colgó, luego revisó su correo electrónico. Nada todavía. Volvió al trabajo. Trabajo real. Buscar a su futura esposa no era cómo quería pasar su tiempo. Ya se ocuparía de eso lo suficientemente pronto. Ahora mismo, tenía dos celdas llenas que necesitaban su atención.

Extendió la mano hacia el intercomunicador para hablar con Birdie, luego se dio cuenta de lo inútil de esa acción. Se levantó y fue a su escritorio. —¿Ya han vuelto las huellas dactilares de Jane Doe?

—Nada. ¿Vas a dejarla ir?

—No si el señor Philips quiere presentar cargos. ¿Has comprobado las huellas ampliamente?

Birdie negó con la cabeza. —Solo a través de la base de datos estatal.

—Pásalas por el IAFIS. Tiene que haber una razón por la que no nos daría su nombre o identificación. ¿Ya se despertó Philips?

Birdie comenzó a teclear. —Estaba roncando la última vez que estuve allí. Probablemente con resaca. Ni siquiera tocó su desayuno. —Negó con la cabeza—. Un terrible desperdicio de los pancakes de Mummy's si me preguntas.

—¿De arándanos?

—Mmm-hmm.

—Terrible desperdicio, realmente. —Se dirigió a las celdas. En la número uno estaba el señor Philips. Estaba sentado en el catre con la cabeza entre las manos, gimiendo.

—Buenos días, señor Philips.

El hombre gimió y no levantó la cabeza. —¿Qué tienen de buenos?

—Sigues vivo. Y no estás en la cárcel del condado.

El hombre se esforzó, pero logró contenerse.

—Ya que a los dos nos gustaría que salieras de aquí lo antes posible, necesito saber si piensas presentar cargos contra la mujer que te golpeó.

—Demonios, sí, voy a presentar cargos. —Levantó la cabeza. Su cara estaba amoratada, y su ojo derecho estaba casi hinchado y cerrado.

Hank no esperaba que el daño fuera tan extenso. El informe decía que Jane Doe lo había golpeado con el puño. El señor Philips parecía haber pasado tiempo en una jaula de bateo sin casco y con incapacidad para agacharse. —Si vomitas en mi celda, la limpiarás tú mismo.

Caminó hasta la celda número tres.

La mujer adentro yacía en el estrecho catre, con una pierna larga y bien formada cruzada sobre la otra, los brazos doblados detrás de la cabeza como si no tuviera preocupación alguna en el mundo. Levantó la mirada hacia él cuando se detuvo frente a los barrotes, batió sus largas pestañas oscuras y sonrió. —Buenos días, Sheriff. Supongo que no estás aquí para dejarme ir, ya que el Cortito ha decidido presentar cargos contra mí.

La miró fijamente, sin poder evitarlo. Siempre había tenido debilidad por las chicas malas. ¿Qué hombre con sangre en las venas no la tenía? Y todo en ella, desde su sedosa melena de cabello negro hasta el mohín de sus labios demasiado carnosos y las generosas curvas de su cuerpo, decía que era un problema. Se aclaró la garganta y se recordó a sí mismo que su amor por las chicas malas no incluía a aquellas actualmente alojadas en sus celdas de detención. —¿Quieres decirme tu nombre?

—Las huellas no han vuelto todavía, ¿eh? —Estudió sus uñas con estampado de cebra. Hank se preguntó cómo se sentirían arañando su espalda.

El pensamiento lo tomó tan desprevenido que sacudió la cabeza.

—Todavía no, entonces. —Ella asintió.

Así que sabía un poco sobre el sistema. Probablemente reincidente. Realmente no era alguien que necesitaba conocer fuera de estas paredes. Se guardaría para sí mismo, por el momento, el hecho de que estaban verificando sus huellas en la base de datos nacional. —¿Quieres contarme qué pasó?

—Estoy segura de que leíste el informe. Lo golpeé.

—¿Por qué?

Ella le dirigió su mirada. Sus grandes ojos castaños no mostraban remordimiento. —¿Realmente te importa?

—Compláceme.

Ella bajó sus largas piernas, plantó sus pies en el suelo y se reclinó, con las manos en el borde del catre. —Se propasó con su novia. La tiró al suelo. Le dije que no lo hiciera de nuevo. No escuchó. —Se encogió de hombros—. Decidí darle una lección ya que nadie más en su vida lo había hecho.

Hank frunció el ceño. Probablemente habría hecho lo mismo. Y habría dejado la misma cantidad de moretones. Tenía que ser una cambiaformas. O algún tipo de ser sobrenatural. Inhaló, pero el olor a cambiaformas estaba por todas partes en la comisaría con él mismo, la Comisario Cruz y Birdie estando allí todo el tiempo. —¿Cómo dijiste que te llamabas?

—No lo dije. —Con una sonrisa burlona, se acostó en el catre y volvió a inspeccionar sus uñas.

Hank volvió a su oficina para comenzar el papeleo sobre sus cargos. Su bandeja de entrada sonó cuando se sentó. Abrió el mensaje de Clemens Kincaid con el asunto, *Tu nueva esposa*, y lo abrió, desplazándose hacia abajo hasta la imagen adjunta. Miró incrédulo, un gruñido formándose en su garganta. —Diablos, no. ¿Esta es la mujer con la que se supone que debo casarme?

—¿Qué fue eso, Hank? —gritó Birdie.

—Nada. Y puedes cancelar la búsqueda en IAFIS. Ya sé quién es. —Corrió una rápida verificación de antecedentes, imprimió la información y la metió en un archivo, luego marchó de regreso a la celda número tres y miró con enojo a la mujer dentro. Coquetear con chicas malas era una cosa.

Casarse con una era otra.

La ira tensó su mandíbula. —Eres Ivy Kincaid.

Su sonrisa se desvaneció y el más leve indicio de miedo pasó por sus ojos humeantes antes de que bajara la mirada y se enderezara en el catre. —Y tú eres Hank Merrow.

¿Tenía miedo de él? No esperaba eso. Pero entonces, sus manadas habían sido enemigas desde mucho antes de que cualquiera de ellos naciera. Asustada probablemente era quedarse corto.

Debe estar aterrorizada de él. De lo que podría hacerle. Se la estaban ofreciendo como una pieza de propiedad, todo para cerrar un trato. Conociendo a su padre, ella probablemente había tenido menos voz en esto que él.

Eso apagó el chisporroteo de su sorpresa. Ella no tenía más que ver con esto que el hombre en la luna. Con un pesado suspiro, levantó las llaves de su cinturón y abrió la celda. —Vamos a mi oficina.

Capítulo Tres

Hank Merrow era espectacular. No simplemente atractivo, no guapo desde cierto ángulo, no aceptable con poca luz. *Espectacular*. Lo cual era tanto una bendición como una maldición. Era el tipo de hombre guapo que provocaba pensamientos pecaminosos en una mujer y le absorbía el sentido común de la cabeza. Ivy intentaba no inquietarse en la silla de madera frente a su escritorio, pero ciertas partes de su cuerpo se estaban poniendo incómodamente calientes.

Intentó recordarse a sí misma que Hank Merrow, aunque seguía siendo el enemigo y una completa incógnita, también podría resultar ser su salvación. Era una apuesta arriesgada, pero una vez que su padre le había dicho que se casaría con un Merrow para sellar el nuevo tratado, había decidido pensar positivamente. Sacar el máximo provecho de esta nueva situación. Creer que la vida realmente podía mejorar.

Porque la alternativa era impensable. Y esto ciertamente no podía ser peor.

Los labios de Hank se movían.

Se inclinó hacia adelante. —¿Qué?

—Dije que cuánto tiempo llevas en la ciudad.

—Oh, eh, solo desde anoche.

—¿Primera noche en la ciudad y te emborrachas, inicias una pelea y terminas arrestada? ¿Qué planeas hacer como bis?

Ella se cruzó de brazos. Así que era un tipo duro. Tenía mucha práctica tratando con esos. —No estaba borracha. Me había tomado

dos cervezas. Y realmente no inicié esa pelea...

—Ya me dijiste que lo golpeaste —abrió un archivo y leyó—. Y cito: "Entonces le di un puñetazo".

—Mira, sé lo que dije, pero el tipo era un cretino y se lo merecía. Te conté lo que pasó. Estaba maltratando a su novia.

Hank la miró fijamente, sus ojos azules estúpidamente hipnotizantes. Debía ser realmente impresionante en forma de lobo completo. Finalmente, dejó escapar un suspiro. —Haré que retire los cargos.

—¿Lo harás? Gracias. Supongo que no quieres que tu prometida tenga antecedentes penales, ¿eh? —Sonrió esperanzada.

—¿Creíste que no investigaría sobre ti? —Pasó a una nueva página en el archivo—. Ya tienes uno. Y no uses esa palabra.

—¿Qué palabra? —Sabía perfectamente a qué palabra se refería. Solo quería que la dijera para que se acostumbrara a la idea.

—Prometida.

La forma en que hizo una mueca cuando lo dijo casi la hizo resoplar. —No te preocupes. Solo tienes que llamarme así por tres días más.

Él frunció el ceño. —¿Por qué?

—Porque después de eso seré tu *esposa*.

Su ceño se profundizó.

Ella se acomodó un poco más en la silla y luego señaló el archivo. —Ese arresto fue por protestar contra el uso de un pesticida bastante controvertido en el Parque Nacional de las Montañas Humeantes.

Él gruñó. —¿Eres una ecologista?

Ella entrecerró los ojos. —¿Alguna vez has corrido por ese parque?

—A la Manada de Georgia no se le ha permitido el acceso a ese parque desde...

Ella levantó la mano. —Cierto, lo siento. Olvidé el edicto. —Su padre había declarado el parque prohibido para cualquiera que no fuera miembro registrado de la Manada de Tennessee—. Pero te puedo decir que es hermoso. El tipo de lugar que te hace olvidar tus problemas y te hace sentir feliz de ser un cambiante.

Completamente espectacular. Y el Cuerpo de Ingenieros del Ejército iba a bombardear el lugar con un pesticida que mataría a un pequeño escarabajo negro que a veces infesta los árboles. Estoy totalmente a favor de salvar árboles, pero ese pesticida tenía el potencial de acabar con algunas de las otras especies nativas... aves, peces, lo que sea.

Él entrecerró los ojos. —¿Preferirías que el escarabajo viviera y los árboles murieran?

—No. —Puso los ojos en blanco—. Pero había una solución más segura.

—¿Como cuál?

—Aumentar la población de pájaros carpinteros en la zona. Ya sabes, establecer un programa de reproducción, ese tipo de cosas.

—Ajá —pasó a otra página—. ¿Y el robo de auto?

—Tenía dieciocho años y solo iba de acompañante. Mi mayor delito fue una mala elección en compañía masculina. Además, ese cargo se redujo a uso no autorizado de un vehículo motorizado. Lo cual es un delito menor, por si no lo sabías.

—Sí lo sabía, gracias.

El ligero sarcasmo en su tono la frustró. —Tío, tenía dieciocho años. ¿Nunca hiciste nada estúpido cuando tenías dieciocho?

Una nube de emoción brilló en su mirada por un segundo, luego desapareció. —No. —Cerró el archivo—. ¿Dónde te estás quedando?

—La celda de detención es bastante cómoda.

—Hablo en serio. ¿Dónde te estás quedando?

—Aún no lo sé. ¿Tienes alguna recomendación?

Sus ojos se entrecerraron. —¿Cuánto puedes pagar?

—Algo entre un banco en el parque y un albergue juvenil. —Sería gracioso si no fuera cierto.

Él suspiró. —Tengo una habitación de invitados. Puedes quedarte conmigo. De todos modos necesitamos conocernos.

Como su padre la había enviado aquí con muy poco dinero y una amenaza sobre su cabeza, aceptaría. No tenía opción. No hasta que el matrimonio fuera oficial. Después de eso, recuperaría a Charlie y los dos se alejarían de cualquiera que conociera el apellido Kincaid. Tendrían su nuevo comienzo y la oportunidad de vivir sus vidas

como quisieran. —Nada de juegos. Puede que nos vayamos a casar, pero no te conozco de nada. No voy a meterme en la cama contigo solo porque...

Él levantó la mano. —Eso es lo último que tengo en mente, te lo prometo.

Ella sonrió, sabiendo que era en su mejor interés ser lo más encantadora y agradable posible. Empezando ahora. —En ese caso, es muy caballeroso de tu parte ofrecerlo. Ni siquiera notarás que estoy allí.

Él resopló. —De alguna manera lo dudo.



Birdie miró a Hank como si le hubiera crecido un cuerno. Le dio a Ivy una mirada rápida y crítica, luego volvió a Hank. —¿Te vas con *ella*?

Hank gruñó. —Te lo explicaré más tarde, Birdie. Ya sabes cómo contactarme.

Ella negó con la cabeza. —Pero no entiendo...

Hank señaló a Ivy hacia la puerta trasera de la estación. —El coche está por ahí.

Ivy mantuvo la boca cerrada hasta que él le abrió la puerta del lado del pasajero y ella entró. —Qué alivio. Por un segundo pensé que tendría que viajar en la parte trasera otra vez.

Él le lanzó una mirada mientras cerraba la puerta y rodeaba el vehículo hasta el lado del conductor.

—Tu recepcionista no va a estar contenta cuando mis huellas vuelvan y descubra que soy una Kincaid.

Él salió del estacionamiento. —Me ocuparé de mi tía.

—¿Es tu tía? —Ivy se rio—. Vaya. Nunca lo hubiera imaginado.

—Es una buena mujer. Solo entrometida. Y terrible en su trabajo.

—¿Supongo que es la conexión familiar lo que la mantiene ahí?

Él asintió.

Ella comenzó a levantar los pies como si fuera a ponerlos en el tablero, pero aparentemente lo pensó mejor. —Así es como muchos Kincaid mantienen sus trabajos también.

Él la miró. —¿Como quiénes?

—Como mis hermanos mayores.

—¿Están muy metidos en el bolsillo de tu padre?

Ella se giró para mirarlo. —¿Me lo preguntas como oficial de la ley o como mi futuro esposo?

—Solo estoy tratando de aprender más sobre la familia en la que me estoy casando.

Ella dudó. —Sí, están muy metidos. Si los hubieran arrestado, mi padre simplemente habría volado y pagado a quien fuera necesario para sacarlos. Porque así es como actúa Clemens Kincaid cuando se trata de sus chicos. Hablando de eso, ¿podemos no informarle sobre este incidente? Aunque necesito decirle que he llegado.

—No lo mencionaré si tú no lo haces. —Hank la miró—. ¿Y contigo? ¿Cómo se porta el viejo Clem contigo?

Ella miró al frente, pero eso no ocultó la ira en sus ojos. —Prácticamente me ignoró hasta que se dio cuenta de que había algo que ganar casándome.

Hank no podía imaginar a su padre tratando a Bridget como una mercancía. Ella siempre había sido su princesa, su niña. Y siempre se había asegurado de que sus hermanos la trataran así también. Hank entró en el estacionamiento trasero de Howler's. Una solitaria Softail estaba en el estacionamiento. Era una moto preciosa, y la imagen era aún mejor pensando en Ivy montada en ella. —¿Es tu moto?

—Sí —abrió la puerta, mirándolo como si esperara que dijera algo más.

Si la había disgustado con las preguntas, no había sido su intención. Pero tampoco sabía cómo disculparse por intentar averiguar más sobre ella. Todo lo que se le ocurrió fue: —Sígueme a casa. No está lejos.

—Justo detrás de ti —cerró la puerta y se subió a su moto, poniéndose el casco antes de encender el motor. ¿Por qué no se había marchado en vez de venir aquí desde un principio? Todavía existía la posibilidad de que huyera, pero Hank supuso que le tenía más miedo a Clem que a él. Clem tenía reputación de castigar a los

miembros de la manada que le desobedecían. Hank supuso que eso se extendía también a la familia.

Salió del estacionamiento en dirección a casa. Ella se mantuvo detrás de él y mientras lo seguía por la ciudad, intentó ver las cosas a través de los ojos de ella. El lugar estaba lleno de turistas, muchos equipados con camisetas de Nocturne Falls, pero algunos iban con disfraces o medias máscaras o pintura facial. Los niños estaban ataviados con sus trajes de Halloween favoritos. Probablemente le parecía una locura, y en cierto modo lo era, pero él admiraba lo ingenioso del asunto. Ser un ser sobrenatural y no tener que ocultar tu verdadera identidad todo el tiempo hacía la vida mucho más fácil.

Dejaron la ciudad atrás y se adentraron en las colinas, y el paisaje se volvió más rural. Él entró en la entrada de su comunidad, tocó el mando a distancia fijado en su visera y esperó a que se abriera la puerta, luego entró lentamente para que ella pudiera seguirle el ritmo.

Intentó ver su vecindario de la misma manera que había visto la ciudad.

Las casas en la urbanización aislada eran de buen tamaño, todas de piedra y madera con jardines delanteros bien cuidados. Ella era hija de un alfa adinerado y, a juzgar por la Harley que conducía, probablemente vivía en un lugar bastante bonito. ¿Qué pensaría de su casa? Nunca antes le había importado mucho lo que alguien pensara de su hogar, pero esta era una situación diferente.

Aparcó en la entrada y salió de su coche de servicio, dejándolo fuera aunque había abierto una de las tres puertas del garaje.

Estacionó junto a su auto, apagó la moto, se quitó el casco y liberó su larga cabellera con un movimiento, aún a horcajadas sobre la moto. Lo sexy que se veía en ese momento no pasó desapercibido para Hank. Entrecerró los ojos mirando la casa. Su sonrisa se volvió incrédula mientras observaba el bosque detrás y los vecinos a ambos lados. —¿En serio? ¿Vives *aquí*?

—¿Hay algún problema? —A él le gustaba. Si ella estaba acostumbrada a algo más grandioso... mala suerte.

—En primer lugar, ¿no crees que *Wolf Creek* es un poco obvio como lugar de residencia?

Habían pasado el cartel al entrar. Nunca le había dado mucha importancia. Wolf Creek era uno de los principales afluentes que alimentaban las cataratas. También era una comunidad cerrada especialmente para cambiantes, diseñada para mantener fuera a los turistas humanos. Por su propia seguridad. Las lunas llenas solían poner las cosas un poco peludas.

Literalmente.

Él gruñó, sin tener una respuesta real.

Ella agitó un dedo hacia él. —¿Ese ruido que haces? Eso no es una respuesta, ¿sabes?

—Wolf Creek es donde vivo. Si no te gusta...

—No, creo que es hermoso.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Nada, es solo que... quizás sea un poco atrevido preguntar esto, pero dado que vamos a casarnos y todo eso, ¿cómo demonios te puedes permitir una casa así en una comunidad cerrada? ¿Cuánto gana el sheriff de este pueblucho?

Él miró la casa a sus espaldas. Era una buena casa. Estilo artesanal. Maderas sólidas. Trabajos en piedra. Bien valía el dinero de sus dividendos de la manada. Aunque, en parte fue un regalo cuando aceptó el puesto de sheriff de Nocturne Falls. A los Ellingham les gustaba ofrecer tratos difíciles de rechazar.

Antes de que pudiera responder, ella pasó junto a él hacia el garaje y dejó escapar un suave grito de sorpresa.

—¿Es esto lo que creo que es? —Ahora estaba parada junto a su orgullo y alegría. Tocándolo. Sus dedos recorrían a la única hembra no emparentada con él a la que había permitido pasar la noche. Su Pontiac GTO de 1968—. Qué preciosidad. *Pre-cio-si-dad*. Pero de nuevo, ¿cómo puedes permitirte esta increíble máquina?

—Yo...

—¿Estás bromeando? —Abrió la puerta del coche y metió la cabeza—. ¿Es este el paquete Ram Air?

—Sí. —Sus manos se tensaron, luchando entre el impulso de sacarla del vehículo y lo que sabía que era un comportamiento apropiado. Que sería exactamente lo contrario de lo que pasaría si la tocaba. Con esas curvas.

La verdad es que le había mentido en su oficina. Llevarla a la cama definitivamente había estado en sus pensamientos.

Ella se enderezó y lo miró, pero no cerró la puerta. —Negro sobre negro.

Él asintió, impresionado. Nunca había conocido a una mujer que supiera tanto sobre coches, pero tenía sentido ya que los Kincaid dirigían talleres mecánicos.

Sus cejas se arquearon. —Solo se produjeron diez de estos.

—Cinco, en realidad.

Ella se rió. —Muy bien. Ya lo sabía, solo quería ver si tú también lo sabías. —Silbó y volvió a admirar el coche—. Habría dicho que sí solo por este precioso trozo de metal. ¿Cuándo podré conducirlo?

—No lo harás. Mete tu moto en el espacio vacío.

Para su mérito, no hubo ningún mohín como respuesta. —¿Para que los vecinos no la vean?

—Algo así. —Comenzó a caminar hacia la casa, luego se detuvo —. ¿Dónde están tus cosas?

—En las alforjas.

Miró de nuevo la motocicleta. No había forma de que esas alforjas contuvieran más que ropa para un fin de semana. Eso era bueno. Significaba que no pretendía quedarse mucho tiempo. Tal vez podrían casarse e ir cada uno por su lado. Un matrimonio solo de nombre.

O quizás ella estaba planeando negarse. ¿Lo permitiría Clem? Hank creía que no. Pero ella podría estar buscando una forma de evitarlo.

Algo dentro de él se desinfló un poco ante la idea. Por qué debería importarle que ella se negara, no tenía idea.

De cualquier manera, tenían mucho de qué hablar. Esperó en la entrada de la casa hasta que ella metió su moto, luego cerró la puerta del garaje y abrió la de la casa. Ella desenganchó sus alforjas y las llevó, una en cada mano. Él la dejó entrar primero.

Ella pasó rozándolo. Lentamente. Era lo más cerca que habían estado desde que estuvieron solos en su oficina. Incluso después de una noche en la celda, olía ligeramente a flores con el agradable

tono terroso que tenían todos los cambiantes. Se detuvo, obligándolo a compartir el umbral con ella. —Gracias, por cierto.

De cerca, sus ojos eran del color del buen whisky añejo. Ese tipo de marrón líquido y ardiente en el que un hombre podría ahogarse. Sus labios tenían el color y la plenitud madura de las bayas frescas. No costaría mucho probarlos. Solo inclinarse unos centímetros, poner su boca sobre la de ella. Pero no podía. No después de su conversación en la oficina. Forzó su mirada a encontrarse con sus ojos. —¿Por qué?

—Podrías haberme echado en el momento en que descubriste quién era y para qué había venido.

—Soy el hijo del alfa. Tú eres la hija de uno. Sabes tan bien como yo las obligaciones que conllevan esos roles.

Ella asintió, su mirada recorriendo su pecho y hombros como si estuviera tomando sus medidas. Luego, la expresión triste y temerosa que había visto en ella antes volvió por un momento. —Lo sé.

Entró, dándole la oportunidad de respirar. Había algo en ella, algo poderoso que lo atraía como un perro a un hueso. O como un hombre de sangre roja a una motociclista sexy. Cerró los ojos y se apoyó contra la puerta. La luna llena estaba a tres días.

Eso era todo. Fiebre lunar.

Esa oleada de hormonas y endorfinas que cargaba el sistema de todo cambiante hasta que tenían la oportunidad de liberarla. O encontrar otra forma de darle uso.

Lo que ellos no harían.

Cerró la puerta tras de sí.

Ella estaba en la cocina, viéndose muy femenina en su hogar muy masculino. Se recogió un mechón de pelo detrás del hombro. —Tu casa es increíble. Como algo sacado de una revista. Una revista para hombres, pero aun así.

—Gracias. —¿Había sido realmente un cumplido? No estaba seguro—. ¿Necesitas... algo?

Ella se rio, un sonido ligero y dulce que le recordó a agua clara y luz del sol. —Necesito todo. Una habitación, una ducha, una comida.

Preferiblemente en ese orden. —Extendió sus manos—. Lo siento, pero ese es mi estado actual.

—Claro. Te mostraré tu habitación.

Estaba arriba, junto a la habitación que él usaba como gimnasio. Al otro lado estaba su dormitorio. La única razón por la que tenía una habitación de invitados era porque Bridget y su madre habían insistido en que la necesitaba.

Empujó la puerta para abrirla. —Necesito lavar las sábanas. Mis padres acaban de estar aquí y no sabía que ibas a llegar tan pronto.

—Puedo hacerlo yo. —Ivy sonrió mientras miraba alrededor—. No hay manera de que hayas decorado esto tú mismo.

—Lo hizo mi hermana. ¿Demasiado? —Para él lo era. Todos esos cojines extra en la cama parecían inútiles. Básicamente existían para ser quitados y vueltos a poner en la cama. Sin otro propósito.

—No, es perfecto.

La observó entrar. Notó lo bien formado que estaba su trasero y lo largas que eran sus piernas. Se recordó de nuevo mantener la mirada a la altura de los ojos. —En cuanto a la comida, no cocino mucho. —O en realidad, nada.

Ella puso sus alforjas sobre la cama. —Lo que tengas. No soy exigente. —Seguía mirando alrededor de la habitación—. Y tengo tanta hambre que incluso un sándwich de mantequilla de cacahuete sería maná ahora mismo. Esos panqueques estaban buenos, pero ya sabes cómo es cuando la luna llena está cerca. Hambre todo el tiempo.

Él asintió. —Puedo ofrecerte algo mejor.

¿O no? Se rascó la cabeza. No podía recordar la última vez que había comprado comestibles que no fueran paquetes de seis cervezas o barras energéticas. Normalmente almorzaba y cenaba en Howler's si no estaba ocupado con el trabajo, lo que en Nocturne Falls era raro. Comer allí era su forma de pasar tiempo con Bridget. No hacía daño que la comida fuera mucho mejor que cualquier cosa que él pudiera preparar. Y gratis, a pesar de las muchas veces que había intentado pagar. —Será mejor que revise el refrigerador primero. Baja cuando estés lista.

—De acuerdo, gracias. —Ella asintió, con los ojos brillantes, pero pareciendo un poco abrumada.

¿Sería por él? La dejó en la habitación y bajó las escaleras. Cuando llegó a la cocina, se detuvo para extender las manos sobre la encimera de granito. Se inclinó, respirando profundamente un aire que no contenía su intoxicante perfume. ¿Realmente iba a casarse con esta mujer? Nunca se había considerado material para marido, aunque había nacido en una posición que aseguraba que el matrimonio estaba en su futuro.

El problema era que el futuro para el que había hecho lo posible por prepararse no era ser un esposo. Se trataba de convertirse en alfa. Había entrado en los Rangers del Ejército, algo que sabía que había enorgullecido a su padre. Después de dos períodos de servicio, Hank había tenido suficiente y había aceptado el trabajo de sheriff en esta loca ciudad.

Las cosas que conocía eran estrategia, liderazgo, disciplina, reglas y trabajo en equipo. Lo que no conocía eran las relaciones con mujeres.

O el matrimonio.

Sabía cómo era una relación amorosa por sus padres, pero su unión concertada no era nada como esta.

No había duda de si aceptaría. Lo haría. Era su deber como primogénito del alfa, y no tendría una guerra entre manadas en sus manos.

Había visto suficiente derramamiento de sangre en sus días. De ninguna manera iba a ser responsable de traer ni siquiera una parte de eso a su familia, su manada o la ciudad que se había convertido en un santuario para él, su hermano y su hermana.

Basta de pensar. Había tomado su decisión. Cumpliría con su deber. Ivy no era lo peor que los Kincaid podrían haberle ofrecido, eso era seguro.

Fue al refrigerador. Vacío. A menos que kétchup, un frasco de aceitunas o pizza de dos días calificaran como almuerzo. O cerveza. Nunca bebía cuando estaba de servicio. Nunca. Y rara vez antes de las cinco, pero hoy... hoy podría ser una excepción.

No. No había excepciones para las reglas firmes. Así es como las cosas iban mal.

Agarró una botella de Coca-Cola, giró la tapa y bebió mientras revisaba el congelador. Bridget lo había surtido con algunas cosas: una lasaña y dos recipientes de chili, pero ambos necesitarían descongelarse.

Eso solo le dejaba pocas opciones. Ir a la tienda por comida, lo que significaba dejar a Ivy sola en su casa. No se sentía cómodo con eso. Aún no. Eso le dejaba con llamar para hacer un pedido a Howler's. Técnicamente, no hacían entregas a domicilio, pero Bridget enviaría a uno de los camareros por él.

Tomó el teléfono y marcó.

—Howler's. Habla Bridget.

—Hola, Bridge. ¿Cuál es el especial de hoy?

—¡Hola, hermano! Hamburguesas con queso y tocino con papas fritas cajún. ¿Vendrás a almorzar?

—Hoy no. ¿Puedes enviar dos con todos los ingredientes a mi casa?

—¿Trabajando en un caso desde casa?

—Algo así. —Le daría la noticia sobre Ivy a ella y a Titus más tarde.

—Lo que digas, hermanito.

—Gracias. —Colgó.

Unos pasos bajaron por las escaleras. —Supongo que el refrigerador estaba vacío.

—Sí, yo... —Se dio la vuelta y comprendió inmediatamente por qué la ropa de Ivy cabía en sus alforjas. No había mucho en ellas. Los pantalones cortos de mezclilla y la camiseta sin mangas púrpura que llevaba habrían cabido en la guantera de su coche patrulla. O tal vez en su bolsillo trasero.

Recién salida de la ducha, llevaba el pelo largo y húmedo cayendo alrededor de su rostro. Se había quitado el maquillaje y ahora no llevaba nada. O muy poco. Hank no sabía lo suficiente de esto para distinguir qué era. De cualquier manera, seguía siendo preciosa. Quizás un poco menos intimidante al natural.

Los tirantes negros de encaje de su sujetador se asomaban por debajo de su camiseta de tirantes finos, haciéndole preguntarse cómo sería el resto de su ropa interior. Un delicado tatuaje en forma de enredadera recorría desde su hombro hasta el codo en su brazo derecho.

Y sus piernas... sus piernas eran interminables y bronceadas e interminables. Tenía las uñas de los pies pintadas de un azul brillante y con purpurina.

Necesitando una distracción, enderezó la toalla que colgaba sobre la puerta del armario del lavabo. —No, no hay nada en la nevera. Pedí hamburguesas con bacon y patatas fritas.

—Me parece bien. ¿Puedo tomar una de esas?

Él levantó la mirada. —¿Qué?

Ella señaló la Coca-Cola que tenía en la mano. —Un refresco.

—Claro. Puedes tomar lo que quieras. Sírvete lo que te apetezca.

Abrió la nevera y se rio. —Ya veo por qué pediste comida a domicilio.

—Necesito ir al supermercado.

Cogió una Coca-Cola, desenroscó la tapa y se apoyó contra la encimera. Extendió la botella hacia él. —Salud. Brindemos por... conocernos mejor.

Él podía brindar por eso. Especialmente si significaba descubrir la verdad detrás de su razón para estar aquí y no huir. Su intuición le decía que era más que una simple obligación, pero no le sorprendería si gran parte de su motivación fuera el miedo a su padre. Golpeó suavemente su botella contra la de ella y ambos bebieron.

Ella se limpió la boca con el dorso de la mano cuando terminó. —Podría hacer eso por ti, ¿sabes?

—¿Hacer qué? —Maldición, era muy distractora con tanta piel expuesta.

—La compra. —Se encogió de hombros—. No es gran cosa. Igual que lavar las sábanas. Me gustaría ser útil mientras esté aquí.

Mientras estuviera aquí. Lo hacía sonar temporal. Quizás su teoría sobre estar casados solo de nombre iba por buen camino. —¿No te importa?

—En absoluto.

—Estaría bien. Tienes que comer.

—¿Y tú no?

—No como mucho en casa.

Ella asintió como si estuviera procesando lo que eso significaba. —No te veré mucho, ¿es eso lo que estás diciendo?

—Yo... —No quería dejarla sola en la casa, pero ahora que lo pensaba, ¿qué otra opción tenía? Tenía que volver al trabajo y no podía exactamente hacer que ella pasara todo el día en la comisaría —. Como en Howler's la mayoría del tiempo.

—Creo que evitaré ese lugar, si te parece bien.

—Mi hermana es la dueña.

Dejó su refresco en la encimera. —Genial.

Él frunció el ceño. —¿Qué tiene de malo?

—Nada, es solo que no me di cuenta de cuántas malas primeras impresiones he causado ya.

—Bridget no me dijo nada sobre lo que pasó.

—¿Bridget? ¿La mujer que estaba detrás de la barra?

Él asintió.

—Tenía razón sobre que era una cambiaformas. —Ivy suspiró—. ¿Hay otros Merrows en el pueblo que debería conocer?

—Mi hermano, Titus. Es el jefe de bomberos.

—¿El que salvó mi padre?

—Mmm-hmm. —Se apoyó en la encimera—. Y ahora que Clemens ha cobrado esa deuda, ninguno de nosotros tiene mucha voz en el asunto.

—¿Eso significa que estás dentro?

—¿No lo estás tú?

Ella se rio amargamente. —¿Negarme a una orden de Clemens Kincaid? Soy mucho más lista de lo que parezco.

—Me pareces bastante lista. —Y era cierto. Había una chispa brillante y decidida en su mirada. Como una mujer con un plan. Era a la vez alentador e inquietante—. ¿A qué te dedicas?

—¿Te refieres a mi profesión?

Él asintió.

—Hago peluquería. Supongo que debería buscar un salón en el pueblo, ver si puedo alquilar una silla. O tal vez empezar como recepcionista.

—¿Estás planeando quedarte aquí?

Ella le dio una mirada extraña. —Debes tener una definición de matrimonio diferente a la mía.

—Solo pensé... no trajiste muchas cosas contigo. —Tanto para sus poderes deductivos.

Ella se encogió de hombros. —Pensé que nos conoceríamos, nos aseguraríamos de ser lo suficientemente compatibles para que funcionara, y luego traería el resto de mis cosas.

Al decir la palabra "cosas", miró el tatuaje en la parte interna de su muñeca izquierda y su boca se torció de una manera extraña. Su instinto le decía que ese tatuaje era significativo. Se preguntó qué significaría para ella. Cuando estuviera lista, estaba seguro de que se lo diría. —Si quieres hacer la compra, estaría bien. Te dejaré en la tienda y luego iré a la oficina. Puedes llamarme cuando estés lista para irte y vendré a recogerte y traerte de vuelta.

—De acuerdo. Encantada de hacerlo.

—Vuelvo enseguida. —Corrió escaleras arriba hasta la pequeña caja fuerte instalada en la pared de su vestidor. Marcó el código, sacó trescientos dólares, la cerró de nuevo y regresó a la cocina.

Puso el dinero en la encimera. —Con eso debería ser suficiente.

Ella asintió mirando los billetes. —Sí, definitivamente. ¿Hay algo que no te guste?

—No. Comeré cualquier cosa.

La radio sujeta a su hombro crujió. —¿Hank?

Él la apretó para responder. —Birdie, se supone que debes llamarme Sheriff.

—¿Por qué? ¿Has olvidado cuál es tu trabajo?

Ivy se rio, tapándose rápidamente la boca con la mano.

Él suspiró y habló por la radio. —¿Qué necesitas?

Sonó el timbre de la puerta. Ivy levantó las manos y susurró: —Yo abro.

Él asintió y siguió escuchando mientras Birdie divagaba sobre un turista con una queja por una multa de estacionamiento, girándose

para observar a Ivy.

Quizás encontraría una manera de dejar ir a Birdie y hacer de Ivy la nueva recepcionista. Tendría que ver si existía alguna norma sobre que la recepcionista del sheriff tuviera antecedentes. Ivy se dirigió hacia la puerta principal, sus caderas balanceándose suavemente. Incluso si hubiera una regla, tal vez se podría hacer una excepción. Tenerla en la comisaría sería una gran manera de mantenerla vigilada.

Lo cual, según resultó, era una actividad bastante placentera.

Capítulo Cuatro

Ivy abrió la puerta y se encontró cara a cara con la mujer que le había traído una cerveza y un sándwich de queso a la plancha la noche anterior. La camarera de Howler's. La hermana de Hank. Tenía una gran bolsa marrón en una mano. La bolsa manchada de grasa desprendía aromas deliciosos e Ivy se dio cuenta en ese instante de que Hank había pedido la comida de Howler's.

Vaya por Dios. Esto iba a ser divertido. —Hola.

Bridget la miró fijamente. —Me resultas famil... ¿No eres la mujer que arrestaron en mi bar anoche?

—En el estacionamiento trasero y no fue un arresto real porque retiraron los cargos, pero sí.

Bridget frunció el ceño, lo que no la hacía menos guapa. El color castaño rojizo de Bridget parecía mejorado con tinte, pero ¿y qué? Le quedaba realmente bien. Había algo reconfortante en que la hermana de Hank fuera tan bien arreglada. —¿Qué estás haciendo en la casa de mi hermano? ¿Están llenas las celdas?

—¡No! Él me trajo aquí. De hecho... —Ivy tomó aire, con la verdad en la punta de la lengua—. Vamos a ser...

—Bridget —Hank pasó rápidamente junto a Ivy para tomar la bolsa de la mano de su hermana—. Deberías haber enviado a uno de los ayudantes del bar.

Bridget frunció el ceño. —¿Por qué? ¿Para que no te viera viviendo con una delincuente? —Chasqueó la lengua y sacudió la

cabeza—. Sé que hace tiempo que no tienes nada de acción, pero esto es triste.

Ivy se puso las manos en las caderas. —No soy una delincuente. —Bueno, en cierto modo lo era. Aun así, qué dura. Era interesante que el Guapo Hank no hubiera estado ligando últimamente. ¿Qué pasaba con eso? Habría pensado que las chicas locales estarían todas detrás del Señor Soltero-en-Uniforme.

—Bridget, no es lo que piensas, y te lo explicaré más tarde —dijo Hank. Comenzó a cerrar la puerta.

Bridget metió el pie en el camino. —¿Por qué no ahora?

—¿No deberías estar vigilando tu bar?

—No cambies de tema. —Bridget le lanzó una mirada a Ivy—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Ivy respondió: —Como estaba a punto de decir, se supone que vamos a cas...

—Más tarde, Bridget. —Fulminó a Ivy con la mirada.

Ivy se cruzó de brazos. —¿Qué pasa? ¿No quieres que tu hermana sepa que estás a punto de casarte con una Kincaid?

Bridget giró hacia Ivy como si estuviera sobre un pivote. —¿Qué acabas de decir?

Hank murmuró una palabrota. —A la sala. Las dos.

Bridget tenía la cara contraída de seis maneras diferentes, pero entró. Él cerró la puerta, con vapor casi visible saliendo de sus orejas. Pobre tipo. Al parecer, quería mantener en secreto su boda. Qué lástima. Ivy tenía suficientes secretos que guardar como para añadir uno más a la lista. Él señaló hacia el interior de la casa y ambas mujeres se dirigieron en esa dirección. Él las siguió.

Ivy dejó que Bridget liderara, ya que ella aún no había recorrido el lugar. La sala de estar era un espacio impresionante. Bridget se sentó en un extremo de un enorme sofá de cuero marrón, así que Ivy tomó el extremo opuesto. Una chimenea de piedra gigantesca y una pantalla plana descomunal competían por la atención en la habitación. Definitivamente era la habitación de un hombre. No había muchos toques personales, pero tal vez era porque trabajaba mucho. O porque no había ninguna mujer en su vida, aparte de su hermana, para hacer ese tipo de cosas.

Hank debió haber dejado la comida en la cocina, porque ya no tenía la bolsa cuando entró. —Bridget, solo escucha hasta que termine. Puedes hacer preguntas después.

—Tú no eres mi jefe.

—Bridge, por favor.

Ella suspiró. —Continúa.

Hank reveló los detalles del tratado y el matrimonio que lo sellaría. Ivy observó el rostro de Bridget. Sus expresiones iban desde la ira hasta el horror y la simpatía. Claramente, ella y su hermano eran mucho más cercanos que Ivy y sus hermanos. Hank tomó aire profundamente y terminó. —Así que eso es todo. Ivy y yo vamos a tomarnos los próximos días para asegurarnos de que somos compatibles, pero eso es básicamente una formalidad a estas alturas. El matrimonio ocurrirá en tres días. En la luna llena.

Bridget frunció el ceño. —¿Papá dijo que tenías que hacer esto?

—No. Me dio una salida. Pero si el matrimonio no se lleva a cabo, Clemens ha prometido guerra. No voy a hacerle eso a mi familia o a mi manada.

Ivy respiró hondo, sorprendida de que su padre hubiera llegado tan lejos como para amenazar con la guerra. Él hacía lo que creía necesario para conseguir lo que quería, pero ir a la guerra sería un nuevo nivel incluso para él.

Hank y Bridget la miraron.

Ivy negó con la cabeza. —Lo siento. No lo sabía.

—¿En serio? —Las cejas de Bridget se alzaron—. ¿No tenías ni idea?

—*No*, no la tenía. —Ivy le devolvió la mirada—. Créeme o no, pero no soy exactamente parte del círculo íntimo de mi padre. Ni siquiera sabía sobre este acuerdo matrimonial hasta ayer. —Y entonces su padre le había dado media hora para hacer las maletas y ponerse en marcha, que era la verdadera razón por la que había traído solo unas pocas cosas con ella.

Y aún no le había enviado un mensaje. Bueno, que se joda. Él tenía que saber que ella estaba aquí. Lo llamaría tan pronto como se le antojara hacerlo.

Bridget hizo un suave ruido. —Eso apesta. Todo apesta, en realidad.

—Es lo que les pasa a los hijos de los líderes de manada. —Hank miró a su hermana con intención—. Tú lo sabes. Yo lo sé. Ivy lo sabe. Y no siempre estamos al tanto de los detalles.

Bridget miró a Ivy de nuevo, esta vez con una mirada un poco más suave. —Tienes suerte de haber terminado con Hank. Podría haber sido mucho peor.

Ivy contuvo un resoplido. Bridget realmente no tenía idea de lo que significaba "peor". —Todavía no conozco bien a tu hermano, pero estoy segura de que eso es cierto.

Bridget volvió a dirigir su atención a Hank. —¿Definitivamente te vas a casar?

—¿Ves otra opción?

—No. —Bridget suspiró y se recostó, dirigiendo su mirada a Ivy una vez más—. Si le haces algo para lastimarlo, juro que yo...

—Bridget —interrumpió Hank—. Hacer amenazas frente a un agente de la ley no es aconsejable. Sin mencionar que es mi futura esposa a quien estás amenazando. —El rostro de Hank era lo más serio posible.

—¿Y? —Bridget lo desafió.

Ivy soltó una carcajada.

Hank y Bridget la miraron de nuevo.

—Lo siento, pero todo esto de la futura esposa suena tan... raro. —Se compuso, porque no había duda, por la expresión severa de Bridget, que hablaba en serio—. Prometo que no estoy aquí para causar problemas. A pesar de mi comienzo.

Bridget asintió. —Bien. —Extendió la mano—. Kincaid o no, supongo que estás a punto de ser parte de la familia. Deberíamos conocernos. Te daré mi número de móvil en caso de que necesites algo.

Ivy trató de no quedarse boquiabierta ante la repentina aceptación de Bridget. No podía imaginar a un Kincaid diciendo lo mismo a un Merrow. No significaba que confiara en la mujer todavía, pero igual estrechó la mano de Bridget. Por supuesto, ni ella ni su hermano sabían exactamente lo que significaba este matrimonio con

Ivy, pero lo descubrirían tan pronto como el trato se sellara según las órdenes de su padre. El remordimiento creció en su vientre. Ni Hank ni su hermana merecían el engaño que Clemens estaba a punto de jugar con su manada. —Gracias. Realmente lo aprecio.

El estómago de Ivy gruñó.

Bridget sonrió y señaló con el pulgar hacia la cocina. —Ve a apreciar la comida que traje antes de que se enfríe más. —Asintió a Hank mientras se levantaba—. Tú también. Vamos, Ivy, te daré mi número en la cocina.

Los tres se dirigieron en esa dirección, y unos minutos después, Ivy tenía el número de móvil de Bridget programado en su teléfono, Bridget se había marchado, e Ivy estaba devorando la mejor hamburguesa con queso y tocino tibia que había comido en su vida.

Tragó el bocado que acababa de tomar. —Tu hermana es agradable.

—¿Esperabas que no lo fuera? —Hank se tragó tres patatas fritas a la vez—. Aparte de su amenaza de hacerte daño si me haces daño, claro.

—Eso es solo amor fraternal. —Ivy recordaba eso, pero desde que su hermano menor, Sam, había caído bajo la influencia de su padre, se había alejado de ella. Metió un trozo de lechuga debajo del pan—. Soy una Kincaid. Esperaba ser tratada como tal.

—Ahí es donde te equivocaste. Al asumir que actuaríamos como lo haría tu familia.

Ella asintió. —Eso es seguro.

Hank era brusco, pero eso no era gran cosa. Claro, Bridget había empezado con escepticismo, pero ¿quién no lo haría? Y después de que Hank le hubiera contado cómo iban a ser las cosas, se había vuelto amistosa. Sí, podría ser solo una fachada, pero parecía genuina.

El hecho de que Hank y su hermana fueran tan acogedores con Ivy hacía que fuera aún más difícil para ella mantener el silencio sobre la verdad detrás del matrimonio. Pero el padre de Ivy le había hecho jurar guardar el secreto con el tipo de amenazas que hacían que las de Bridget parecieran cumplidos. Ivy miró el cinco en su

muñeca, luchando por no dejar que sus pensamientos se dirigieran a un lugar muy oscuro.

—¿Qué significa eso?

Ella levantó la vista. —¿Qué?

—El cinco en tu muñeca.

Ella giró la muñeca contra su muslo. —Nada. —Nada de lo que pudiera hablarle.

Él no pareció creer su respuesta, pero no la presionó más. —¿Estás bien?

Ella forzó una sonrisa. —Genial.

Él gruñó. —Deberíamos irnos. Necesito volver a la comisaría.

—Y yo necesito comprar víveres. —Saltó a sus pies y comenzó a limpiar.

Él le agarró el brazo, el roce de su mano áspera casi paralizándola. —No tienes que hacer eso.

Ella se tragó el pánico provocado por su contacto, sabiendo que él solo había pretendido llamar su atención. No hacer que su corazón acelerara como un motor de gran cilindrada. *Respira*. —¿No tengo que hacer qué?

—Limpiar. Eres una invitada.

Ella se centró en sus palabras, en su voz... cualquier cosa menos en su mano sobre su brazo. —Voy a ser tu esposa.

Él negó con la cabeza mientras su pulgar hacía un perezoso arco en su piel. El pánico se había ido, reemplazado por el tipo de calor que se acumulaba en la parte baja de su cuerpo. Sus cejas se fruncieron. —Eso no significa que tengas que esperar a que yo te dé órdenes.

Algo dentro de ella se derritió un poco, y su respiración se quedó atrapada en su garganta por una razón muy diferente. —No me importa —dijo suavemente. Sus instintos le decían que este hombre no era nada como su padre. No alguien a quien temer.

No del todo. Seguía siendo un alfa. Tal vez no estuviera a cargo de su propia manada todavía, pero ese día llegaría. Él podría cambiar su futuro. O arruinarlo, aunque eso parecía menos probable cuanto más lo conocía. Ella, por otro lado, podría realmente arruinar

su futuro. Y se estaba arrepintiendo de eso con mayor intensidad cada segundo que pasaba.

—De acuerdo.

Pero no quitó su mano, y el pulso de ella se negaba a bajar a un ritmo normal. Maldita sea la atracción de la luna llena.

Finalmente la soltó, inclinando ligeramente la cabeza. —¿Te asusto?

Ella rio nerviosamente. —No. —Sí. Porque, ¿y si... realmente se enamoraba de él? Eso la asustaba muchísimo.

Él se puso de pie, y el espacio entre ellos desapareció. —Nunca te haría daño.

Él se alzaba sobre ella. El instinto de retroceder se activó con fuerza. Abarrotarlo en público era una cosa, en privado era una historia completamente diferente. La bravuconería era fácil de tener con una audiencia. Aún así, se negó a moverse. No quería mostrarle el miedo que le habían inculcado a golpes. Él *no* era su padre. Abrió la boca y trató de encontrar una respuesta que no fuera una mentira, pero no pudo.

Suavemente, él levantó su barbilla y la miró a los ojos. —Tú no sabes eso, ¿verdad?

Ella desvió la mirada.

—Te doy mi palabra. ¿Puedes aceptar eso?

Ella asintió. —Sí.

Él quitó su mano. La pérdida de contacto debería haberla calmado. No lo hizo. —No espero que confíes en mí de la noche a la mañana.

No había imaginado que él fuera tan comprensivo, tan tierno. —Vale.

—Estoy seguro de que tu padre te dijo lo contrario toda tu vida, pero ser un Merrow no significa que sea un monstruo.

Ella sonrió sin esfuerzo y encontró su mirada. —Me estoy dando cuenta de eso.

El verdadero monstruo era Clemens Kincaid.

Hank sonrió, y un destello de la naturaleza salvaje dentro de él bailó en sus ojos, volviéndolos de un dorado feroz. Un músculo en su

mandíbula se contrajo. Inclinó la cabeza y presionó su boca contra la de ella, dura y rápida y posesiva en su intención.

Su cuerpo respondió con un repentino anhelo de más y el despertar de su propia naturaleza salvaje. Justo cuando estaba a punto de alcanzarlo, él se apartó.

Él negó con la cabeza, respirando con dificultad. —No debería haber hecho eso. Lo siento.

—No, estuvo... bien. —Fue *mucho* mejor que bien. El hecho de que pudiera unir palabras en una frase coherente era un milagro—. Vamos a estar casados. Besarse es el menor de nuestros problemas.

—Pensé que te preocupaba que intentara llevarte a la cama.

Ella tragó saliva. —Besarse y dormir juntos son dos cosas muy diferentes. —Aunque ahora mismo, podía ver cómo uno llevaría al otro muy rápidamente con un hombre que la hacía sentir tan deliciosamente aturdida después de un beso.

Él gruñó. El dorado en sus ojos había desaparecido, y el sheriff estaba de nuevo bajo control. —Coge lo que necesites. Estaré en el coche.

Y con eso, salió por la puerta del garaje. Unos segundos después, el motor arrancó.

Ella se desplomó contra la encimera y tomó unas cuantas respiraciones en un esfuerzo por calmar su corazón, que ahora latía con fuerza nuevamente. Este hombre no era nada como lo que había esperado. Era Mucho. Mejor.

No se había preparado para esto. Para querer estar en sus brazos, para disfrutar la forma en que besaba, para incluso ser besada. Para la remota posibilidad de que pudiera... enamorarse.

Fuera de su padre, nada en su vida la había asustado tanto. No podía dejar que su corazón se involucrara, no podía permitirse sentir afecto. Ella sería la que acabaría herida. Especialmente cuando Hank descubriera la verdad.

Agarró el dinero que él había dejado sobre la encimera, lo guardó con seguridad en su sujetador y salió de la casa. Se deslizó en el coche patrulla, en el asiento delantero esta vez. El tablero estaba cubierto de equipos policiales, un portátil en un brazo móvil, una radio, una cámara montada y algunas otras cosas que no reconocía.

Abrochó su cinturón de seguridad y dobló las manos en su regazo mientras Hank conducía. Ambos eran lobos, ambos equipados con el mismo sentido del olfato. No había manera de que ninguno de ellos pudiera negar las feromonas que cada uno emitía. El beso había iniciado algo. O desatado algo. Era como un mal caso de fiebre de luna llena. Tal vez el peor caso.

Y, sin embargo, ambos estaban callados en el camino al supermercado. Como si eso pudiera detener lo que acababan de empezar. Ella seguía reproduciendo el beso y él... no tenía idea de lo que pasaba por su cabeza. Tal vez no estaba pensando en el beso. Tal vez estaba pensando en la próxima persona que iba a arrestar.

Él se detuvo frente al Shop & Save. —¿Tienes todo lo que necesitas?

Ella asintió y desabrochó su cinturón de seguridad.

—No tienes bolso.

—No lo necesito. —Abrió la puerta y se bajó, desesperada por aire no contaminado por el aroma masculino de Hank Merrow.

—¿Dónde está el dinero que te di?

Ella se inclinó de nuevo hacia el coche. —En mi sujetador.

Su mirada fue directamente a su escote, luego apartó la cabeza como si accidentalmente hubiera mirado al sol y de repente recordara que podría hacerle quedar ciego. —Oh.

Ella sonrió.

Él tragó saliva, con los ojos mirando hacia adelante. —Llámame cuando termines.

—¿No quieres saber dónde está mi teléfono móvil? —Estaba en su bolsillo trasero, junto con su identificación.

—No.

—Nos vemos luego. —Cerró la puerta y le hizo un pequeño gesto con la mano.

Un par de personas le dieron miradas curiosas mientras el coche patrulla se alejaba. La gente hablaba en los pueblos pequeños. Solo podía adivinar qué historias estarían compartiendo durante la cena esta noche sobre la mujer tatuada que salía del coche del sheriff. El Guapo Hank iba a ganarse una reputación. Con una sonrisa en su cara, agarró un carrito y se dirigió a la tienda.

Le habían dado el apodo de Veneno en el instituto. Ignorar los chismes y los acosadores no era nada nuevo para ella. Era como había sobrevivido su infancia y los interminables reproches de su padre.

Se tomó un segundo para entender la disposición desconocida de la tienda, luego empujó el carrito hacia la sección de productos frescos. Hank dijo que comería cualquier cosa, pero ella sabía cómo cocinar para hombres. Especialmente para hombres cambiantes cuyo metabolismo significaba que siempre tenían hambre. Carne, patatas, dulces y cerveza.

Las patatas de piel roja estaban en oferta, pero las russet eran las mejores para hornear. Valoró las opciones hasta que recordó que tenía trescientos dólares para comprar. Hank no parecía ser el tipo de persona a quien le importaba si usaba cupones o no, y lo que más importaba ahora era hacerlo feliz.

Cogió una pequeña bolsa de cada una.

Comprar sin una lista era complicado, pero mentalmente planeó una semana de cenas, con sobras que podrían servir para el almuerzo y algunos básicos para el desayuno. Cuando terminó, su carrito estaba lleno y sentía que no había olvidado nada.

Incluyendo la cena que planeaba prepararle esta noche. Filete, patatas al horno con todos los aderezos y pastel de chocolate hecho con su ingrediente secreto: café en lugar de agua. Quizás no tan secreto, pero aún delicioso.

Se puso en la fila de la caja y marcó su número.

—Merrow. —Su voz áspera llenó su oído y levantó pequeños escalofríos felices en sus brazos. Okay, sus hormonas realmente necesitaban calmarse.

—Hola, soy Ivy. Estoy en la caja.

—Estaré allí en cinco minutos.

—Nos vemos entonces.

Él gruñó en reconocimiento y colgó.

Metió el teléfono en el bolsillo trasero mientras la fila avanzaba. Le tomó un segundo poner su carrito en marcha, demasiado tiempo, aparentemente, para quien fuera el responsable del carrito detrás de ella. La golpeó. Se dio la vuelta para ver quién era el responsable.

—Lo siento por eso —dijo la mujer mayor aferrándose al mango del carrito—. Se me escapó.

No es probable, pero Ivy lo dejó pasar. —Está bien.

—Oye —continuó la mujer—. ¿No te dejó el sheriff?

Los pueblos pequeños nunca decepcionaban. Ivy entrecerró los ojos a la mujer. —¿Ese era?

La confusión nubló el rostro de la mujer.

Ivy se dio la vuelta, empujando su carrito hasta la cinta transportadora. Se puso a descargar sus compras y a tararear *Going To The Chapel* mientras sonreía para sí misma.

—¿Papel o plástico? —preguntó la cajera.

Mierda. No tenía bolsas de lona. —Plástico. ¿Tienen un contenedor de reciclaje para esas donde pueda devolverlas?

La mujer asintió. —En la entrada.

—Bien, plástico está bien entonces.

—Eso es muy considerado de tu parte —intervino la mujer detrás de Ivy, su carrito todavía siguiéndola demasiado cerca—. No muchos jóvenes de hoy en día se preocupan por el medio ambiente.

Ivy se inclinó hacia la mujer. —¿Sabes quién más ama el medio ambiente?

La mujer sonrió, aparentemente encantada de haber iniciado finalmente una conversación. —¿Quién?

—El sheriff —susurró Ivy.

La sonrisa de la mujer se aplanó y emitió un pequeño suspiro de desaprobación.

Ivy volvió a sus compras, sin hacer nada para contener su sonrisa burlona.

La cajera marcó el último artículo. —Doscientos treinta y ocho dólares y diecisiete centavos. ¿Será en efectivo o con tarjeta?

—Efectivo. —Ivy sacó los tres billetes de su sujetador, ganándose un suave jadeo de desaprobación de la Mujer del Carrito, y pagó. Esperó su cambio, luego lo metió en el bolsillo de sus pantalones cortos. Transacción completada, empujó su carrito fuera de la tienda con aire acondicionado y entró en el cálido día de Georgia.

Hank ya estaba allí en la acera, apoyado contra el coche patrulla, luciendo excepcionalmente guapo en su uniforme y ceño fruncido

permanente. Se veía escalable. Vaya, necesitaba quemar algo de esta energía y urgentemente.

Él se despegó del lado del coche y la ayudó a cargar las bolsas en el maletero. —Te preguntaría si encontraste todo, pero a juzgar por las bolsas, compraste toda la tienda.

Ese familiar acceso de pánico regresó. ¿Había gastado demasiado? Encontró su bravuconería. —Si no te gusta lo que compré, puedes hacer tus propias compras la próxima vez.

Él la miró. —Estaba bromeando.

—Oh. Claro. —Río, sintiéndose un poco avergonzada—. Sí, compré mucho. Lo siento.

—Si alguien tiene que disculparse, soy yo. No tenía nada en la casa. Lo arreglaste. Gracias.

Él abrió la puerta del coche para ella. Entró, luego él rodeó hacia su lado.

Tan pronto como entró y cerró la puerta, ella sacó el cambio de su bolsillo y se lo ofreció. —Aquí está lo que sobró.

—Quédatelo. Podrías necesitarlo para otra cosa.

Ella dudó, no muy segura de qué hacer con eso, luego guardó los billetes y monedas en su bolsillo. —Bien. Lo guardaré para cosas de la casa.

—Úsalo para lo que sea. No me importa.

Ella asintió. —Gracias.

Se volvió hacia la ventana para que él no pudiera ver su rostro. Él era amable, generoso, sincero... era el polo opuesto de la mayoría de los hombres con los que había crecido. Incluso si hubiera sido horrible, que no lo era para nada, estaría preocupada por enamorarse de él.

Diablos, ya se estaba enamorando de él.

Cerró los ojos y tomó unas cuantas respiraciones. Esto era malo. Del tipo de mal que no iba a arreglarse si se marchaba tan pronto como el trato estuviera hecho. No, estos eran el tipo de sentimientos que se convertían en genuino dolor de corazón y una vida de arrepentimiento.

Tenía que llamar a casa. Tenía que hablar con Charlie. Tenía que recordar por qué estaba haciendo esto.

O iba a dar media vuelta y huir.

Capítulo Cinco

Algo le pasaba a Ivy. Algo la inquietaba. Hank no necesitaba sus instintos de sheriff ni su entrenamiento militar para darse cuenta. Quizás solo era porque estaba en un pueblo extraño, a punto de casarse con un hombre extraño de la familia que había estado enemistada con la suya desde antes de que cualquiera de los dos naciera.

Eso era suficiente para alterar a cualquiera. Demonios, a él le molestaba por un segundo o dos, pero las mujeres vinculaban emociones a todo. Para él este matrimonio era una transacción comercial. Una a la que no había dado mucha importancia, aunque sabía que era una posibilidad desde que entendió su lugar como el primogénito del líder de la manada. Claramente una negligencia de su parte. Este matrimonio iba a durar el resto de su vida. Tendría que encontrar una manera de hacerlo funcionar.

Y sabía lo suficiente para saber que hacerlo funcionar significaba mantener a Ivy feliz. Esposa feliz, vida feliz era un dicho por una razón.

Pero lo que fuera que estuviera pasando con ella ahora era asunto suyo. Ella llegaría a términos con el matrimonio a su debido tiempo. Si no lo hacía, sería miserable por el resto de su vida sin importar lo que él hiciera. Con eso en mente, la dejó en paz. A los sospechosos podía interrogarlos todo el día. Pero una mujer como Ivy era una criatura complicada más allá de su comprensión. En

realidad, la mayoría de las mujeres lo eran. Incluyendo a su madre, su tía y su hermana.

Entró en el camino de entrada y apretó el botón para levantar la puerta del garaje. Después de aparcar, salió y abrió la puerta de Ivy, luego abrió el maletero y agarró dos grandes manos de bolsas. No vio veneno para ratas en ninguna de ellas, así que eso era una buena señal.

Atravesó el garaje, dejando abierta la puerta de la casa para ella. Mientras colocaba las bolsas en la encimera de la cocina, se hizo evidente que tendría que dejarla sola en la casa.

¿Qué otra opción tenía? ¿Llevarla a la comisaría? ¿Y hacer que hiciera qué? ¿Sentarse en su oficina el resto del día como si fuera una niña a la que vigilar? ¿Dejarla a merced de uno de los interrogatorios de Birdie? Ninguno de los dos quería eso.

Suspiró. Este sería su primer experimento de confianza.

Casi chocó con ella cuando salía por una segunda carga de comestibles.

—Lo siento —se apartó rápidamente de su camino.

—No, pasa tú —se hizo a un lado, observándola pasar. Para ser una mujer con tanta confianza exterior, tenía una cautela desconcertante. ¿Era obra de Clemens? ¿Había exigido un nivel de trato deferencial que había moldeado toda su vida? Hank puso las bolsas en la encimera y esperó hasta que ella regresó—. ¿Por qué no empiezas a desempacar y yo traeré el resto?

—De acuerdo —se colocó un mechón de pelo negro azulado detrás de una oreja adornada con un aro de plata, y luego se puso a descargar los productos.

Solo le tomó un viaje más traer el resto de las bolsas. Las encimeras estaban llenas—. ¿Necesitas algo más? Tengo que volver a la comisaría.

Ella cerró el frigorífico.

—Creo que estoy bien. Tengo mucho para mantenerme ocupada hasta que vengas a casa para cenar. Vendrás a casa para cenar, ¿verdad?

Normalmente no lo hacía, pero tampoco solía tener una mujer esperándole. En realidad, nunca había tenido una mujer

esperándole.

—¿Quieres que lo haga?

Sus cejas se fruncieron.

—Por supuesto. Es tu casa. Y, ¿de qué otra manera vamos a conocernos? Además, estoy preparando la cena.

—Cierto. A las siete entonces —eso le daría tiempo para pasar por Howler's y ver cómo estaba Bridget. Asegurarse de que no estuviera enloqueciendo por este asunto del matrimonio.

—A las siete. Bien.

—Te llamaré si surge algo.

Su boca se arrugó hacia un lado.

—Me preguntaba...

Él esperó.

—Realmente necesito salir a correr. Tan cerca de la luna llena y todo eso —se encogió de hombros—. Ya sabes cómo es.

Él sabía. Lo salvaje había estado arañando su piel, especialmente con una hembra disponible tan cerca, y no había mejor manera de liberar esa parte salvaje que corriendo. Bueno, había una mejor manera, pero no iba a ir por ahí con Ivy. Todavía—. Una carrera suena genial. Después de la cena.

Ella sonrió, transformando su ya bonito rostro en algo increíble.

—Bien, de acuerdo.

—Entonces nos vemos luego —por una fracción de segundo, pensó que debería besarla para despedirse, pero eso es lo que hacen las parejas cuando están cómodas entre sí y esa no era una palabra que cualquiera de ellos pudiera aplicar a esta relación. Si esto incluso podría llamarse una relación. Arreglo podría ser todo lo que siempre sería. Esperaba que no fuera así, pero era una posibilidad, especialmente en este tipo de situación. Con un pequeño movimiento de cabeza, volvió al coche y entró. Se sentó por un minuto, sin ir a ninguna parte.

Había una mujer en su cocina desempacando víveres, que claramente planeaba cocinarle una comida. Una mujer que no era su hermana.

Una mujer que sería su esposa en tres días.

Su vida había dado un giro de ciento ochenta grados y estaba esencialmente impotente para detenerlo.

La parte más extraña era que no estaba seguro de querer hacerlo. Después de todo, esto era lo que significaba ser el siguiente en la línea para alfa. Responsabilidad. Tradición. Sacrificio.

Fue a poner sus llaves en el encendido y se dio cuenta de que debía haberlas dejado en la encimera de la cocina. Volvió a entrar.

Ivy no estaba en la cocina, pero oyó su voz procedente de la sala de estar. Sonaba estresada. Miró por la esquina. Estaba al teléfono, caminando de un lado a otro frente a la chimenea.

—Sí, estoy aquí. En su casa. Sé que se suponía que debía enviar un mensaje, pero las cosas no salieron así.

No debería estar escuchando a escondidas. Probablemente solo estaba reportándose, dejando que alguien supiera que había llegado. Se dirigió a la cocina por sus llaves.

—Déjame hablar con Charlie.

Dejó de caminar, el sonido del nombre de otro hombre atravesándolo. Por supuesto que había otro hombre. Una mujer como Ivy no estaría sin pareja.

Ivy suspiró.

—Tienes que dejarme hablar con él en algún momento. Debe extrañarme. Al menos dile que lo amo.

Hank nunca lo había pensado, pero tenía mucho sentido. No era de extrañar que se hubiera tensado cuando él la tocó. Cuando la besó. Y explicaba por qué parecía tan dividida sobre todo el asunto.

Su padre la estaba obligando a casarse con Hank por el bien de la manada, los deseos, necesidades y emociones de Ivy condenados.

No había forma de que esto terminara bien. Ivy llegaría a resentirlo, siempre viéndolo como el hombre que le costó su felicidad. Eso lo entristeció un poco por ambos, y con esa realización, se marchó.

Había escuchado todo lo que necesitaba saber.

Ivy colgó y se sentó en el sofá, dejando caer la cabeza mientras lidiaba con las emociones que la atravesaban. Quería llorar y gritar y romper cosas, pero nada de eso iba a cambiar nada. Además, necesitaba concentrar su energía en hacer que esta situación funcionara para que ella y Charlie nunca tuvieran que pasar por esto de nuevo.

Había dos opciones. Casarse con Hank, satisfacer las exigencias de su padre, luego tomar a Charlie y huir. Y rezar para que a su padre no le importara lo suficiente ninguno de los dos como para molestarse en buscarlos.

O *quizás* podría conseguir que Hank se enamorara de ella, que realmente la amara. Entonces, después de saber la verdad, podría tener piedad de ellos y dejarlos quedarse.

Como mínimo, podría no hacerlos regresar a Tennessee. De vuelta a Clemens Kincaid.

Eso era todo lo que realmente quería para ella y Charlie. Libertad de la tiranía de su padre. Pero conseguir esa libertad iba a ser a expensas de Hank, sin importar qué ruta eligiera.

Cerró los ojos e inhaló, luego expulsó el aire lentamente y volvió a abrir los ojos. Al menos podía intentar una vida con Hank. Parecía un hombre decente. Tal vez entendería.

Quizás.

Y si no lo hacía, huir seguía siendo una opción.

Con la decisión tomada, se levantó, metió el teléfono en el bolsillo y volvió a la cocina para perderse en las tareas de guardar el resto de los víveres y hornear un pastel.

El horno acababa de alcanzar la temperatura cuando Hank irrumpió por la puerta principal, casi asustándola hasta la muerte. Saltó, tirando la batidora fuera del tazón y salpicando masa de pastel de chocolate por todo su cuerpo y la mitad de la cocina. Apenas había estado fuera una hora.

—¿Estás tratando de darme un ataque al corazón?

Él parecía severo. No es que eso fuera tan inusual.

—Tenemos que hablar.

—Aparentemente —dejó la batidora, se apoyó contra la encimera y cruzó los brazos. No podía imaginar qué estaba mal, pero un

pequeño tic de preocupación se asentó en su vientre—. ¿Qué te tiene tan alterado?

—Tú. Este... acuerdo.

Y ahí estaba. Ella asintió.

—Acabas de darte cuenta, ¿eh? ¿Te explotó la cabeza con un momento de "Oh, mierda, me voy a casar con una Kincaid"? —Suspiró—. Te entiendo. De verdad.

—No —resopló, estilo lobo feroz—. Sé que estás enamorada de otro hombre. No puedo casarme con una mujer que va a resentirme y hacer mi vida miserable por algo que no puedo evitar, así que necesitamos arreglar esto *ahora*.

Ella lo miró fijamente, preguntándose cómo había llegado a esa conclusión.

—Mmm... ¿qué?

—¿Estás diciendo que no estás enamorada de alguien más?

—Estoy diciendo que no hay otro hombre, y no sé de qué estás hablando.

Él gruñó, sus ojos destellando dorados.

—*No* me mientas. Odio las mentiras. Te escuché por teléfono. Te oí pedir por Charlie.

—Cálmate, Merrow —frunció el ceño, pero su estómago se revolvió con una mayor ansiedad. El secreto que había jurado guardar estaba a punto de salir a la superficie y claramente era demasiado pronto. Por deber o no, probablemente a Hank no le caía lo suficientemente bien en este momento como para perdonarla por todo—. Para alguien que odia las mentiras, no tienes ningún problema en escuchar a escondidas, ¿eh?

Eso le quitó la acidez.

—Solo dime la verdad. ¿En qué me estoy metiendo?

Cerró los ojos por un momento y tomó aire. Podía decirle la verdad sin revelar todo. Era la única manera de aferrarse a su esperanza de una vida mejor. La única forma en que podría evitar la ira de su padre y una vida entera mirando por encima del hombro. Se tensó en anticipación a su reacción.

—Charlie es mi hijo.

Los hombros de Hank cayeron y su rostro se relajó, drenándose la frustración.

—¿Tienes un hijo? ¿Dónde está?

—En casa de mis padres —la ira había comenzado a hervir en lo más profundo. Un poco era porque Hank la estaba juzgando por algo que solo había oído a escondidas, pero el grueso de su ira seguía dirigida a su padre por usar a Charlie como un peón. Y por ser un ser humano tan miserable.

Pasaron unos segundos antes de que él hablara.

—¿Por qué no dijiste nada? Ese es un detalle importante, ¿no crees?

Su ira llegó al punto de ebullición, pero Clemens no estaba allí para que ella pudiera desahogarse, así que Hank recibió lo peor de ella.

—Mi hijo es más que un *detalle* y no te lo dije todavía porque apenas hemos aprendido nuestros nombres. Quizás iba a decírtelo en la cena —no lo iba a hacer—. ¿Alguna vez consideraste eso?

—No —murmuró.

Él no merecía su enojo, pero no podía detenerse. Había demasiada emoción acumulada en ella y necesitaba una salida.

—Entiendo que pienses que tu trabajo te pone por encima de la ley, pero escuchar a escondidas es una manera bastante mala de comenzar una nueva relación.

Lo mismo era ocultar información, pero ¿qué otra opción tenía?

—Tal vez es estúpido pensar que esto puede funcionar. No nos conocemos en absoluto. No estoy segura de que podamos siquiera caernos bien. Necesito aire.

—Ivy.

Salió furiosa de la cocina sin saber adónde iba. No era como si el lugar le perteneciera.

Terminó en el garaje, junto a su motocicleta. Quería irse a pesar de que sabía que no podía. Tenía que quedarse aquí y ver este asunto hasta el final, pero escuchar que se referían a Charlie como un detalle, como si fuera solo una casilla más por marcar, realmente la enfureció. Como la forma en que Clemens se había referido a su precioso Charlie como un "arma de humillación masiva".

Suspiró y se abrazó. Extrañaba tanto a Charlie. Solo quería abrazarlo y enterrar su nariz en su pelo y oler su dulce aroma de niño pequeño.

Hank bajó pisando fuerte los escalones del garaje.

—Ivy...

—¿Qué? —se dio la vuelta, sabiendo que sus ojos debían estar dorados por la tormenta de emociones que tenía dentro.

Él levantó las manos.

—Lo siento. Tienes razón. No debería haber escuchado a escondidas. Y tu hijo definitivamente es más que un detalle. Pero deberías haber dicho algo.

—De nuevo, estabas a una comida de enterarte —odiaba mentirle a Hank, pero proteger a Charlie y preservar la mínima esperanza de que pudiera hacer una vida mejor para su hijo significaba más. ¿Y qué iba a hacer? ¿Decirle a Hank que su padre le había hecho jurar mantenerlo en secreto? ¿Que su padre estaba tratando de endilgar a su nieto no deseado a otra manada?

Hank se pasó una mano por el pelo.

—¿Cuántos años tiene... Charlie?

—Acaba de cumplir siete.

Hank asintió.

—Acaba de tener su primera luna, ¿verdad?

—El mes pasado. Su cumpleaños es el cinco de mayo —eso no estaba añadiendo a la mentira, solo respondiendo de la manera más vaga que sabía.

Sus ojos se estrecharon.

—¿Esa fecha tiene algo que ver con el cinco tatuado en tu muñeca?

Sonrió un poco, sintiéndose mal por volcar su ira sobre él.

—Eres bastante perceptivo.

Él se encogió de hombros, sus anchos hombros estirando su uniforme de la manera más distractora. Que el cielo la ayudara, era injustamente hermoso.

—Es mi trabajo.

Un momento de silencio pasó antes de que él hablara de nuevo.

—Entiendes por qué es tan importante que yo sepa de tu hijo, ¿verdad?

Ella entendía. Demasiado bien. Y ahí residía la clave de todo.

—Porque si nos casamos, tienes que tomarlo como tu primogénito. A menos que tengas otro hijo que yo no conozca.

Él negó con la cabeza.

Ella puso en palabras lo que sabía que él debía estar pensando.

—Puedo entender si descubrir lo de Charlie te hace querer echarte atrás en el trato. Muchos hombres, especialmente aquellos en línea para ser alfa, exigirían que su primogénito fuera un hijo de su propia sangre.

—No soy como la mayoría de los hombres. Y no me estoy echando atrás —le dirigió una mirada muy seria—. Pero no puedes ocultarme nada. Si esto va a funcionar, aunque sea al nivel más básico, tenemos que ser honestos el uno con el otro.

Ella dudó, luego asintió.

—Estoy de acuerdo, pero de nuevo, eso se reduce a la confianza y ahora mismo... todavía no confío en ti. Así como estoy segura de que tú no confías en mí. Y hasta que lleguemos a ese punto, no puedes esperar que simplemente me desahogue contigo.

Él apoyó una mano en su arma de servicio enfundada.

—No. Tienes razón. Si esto va a funcionar, entonces nosotros... yo... tengo que trabajar en ello. Todo lo que vale la pena tener merece un esfuerzo.

Sus cejas se levantaron.

—¿Crees que esta tregua es tan importante?

—Creo que tú lo eres.

Ella tragó saliva mientras sus entrañas hacían una cosa rara y temblorosa.

—Oh.

—A partir de esta noche, voy a trabajar para demostrártelo.

—¿Cómo?

Sus ojos se estrecharon un poco. Como si hubiera descubierto algo.

—Voy a cortejarte.

Él iba a cortejar*la*. Eso era inesperado. Pensó en cómo podía hacer que él se enamorara tan profundamente de ella que la verdad sobre Charlie no cambiaría nada. Simplemente le devolvería su cortejo. Levantó la barbilla y lo miró directamente.

—Me gusta cómo suena eso.

—Bien —sus gruesas cejas se fruncieron al parecer preocupado —. Solo porque eres algo seguro, no deberías ser tratada como tal. No quiero que sientas que estoy dando por sentado este matrimonio arreglado. No siempre soy tan bueno con las palabras pero de esta manera puedo demostrártelo.

Ella puso sus manos en sus caderas y sacó una hacia un lado.

—Me gusta que estés dispuesto a poner algo de esfuerzo en conquistarme. ¿Puedo hacer peticiones?

—Claro —hizo una mueca—. ¿Como qué exactamente?

—Todavía no lo sé. Pero no te preocupes, no voy a pedirte que grabes mi nombre en el capó de tu GTO.

Él hizo una mueca.

—¿Eso es algo real?

—No, y nunca querría que hicieras algo tan sacrílego como prueba de tus afectos.

—Eso es un alivio —sonrió. Media sonrisa, pero las esquinas de su boca iban en la dirección correcta así que no iba a ser quisquillosa —. Así que... romance. Y cortejo. Y persecución. No es exactamente mi área de especialización, pero... —se encogió de hombros y pareció sumido en sus pensamientos—. Fui Ranger del Ejército, estoy seguro de que puedo resolverlo.

Ella extendió su mano.

—Entonces es un trato.

—¿Qué es un trato?

—Tú me cortejeas, yo confiaré en ti. Y juntos resolveremos esto del matrimonio.

—Y finalmente tendremos paz entre nuestras familias. De acuerdo —tomó su mano, pero en lugar de estrecharla, la atrajo hacia él, haciendo que ella se inclinara hacia él—. Tienes pequeñas manchas de masa de chocolate por todas partes, ¿sabes?

Él era duro como una roca y olía como el bosque en una tarde lluviosa. Ella aspiró, inhalando más de su embriagador aroma. ¿Qué había dicho? Algo sobre la masa del pastel.

—Espero que te guste el chocolate.

—Me encanta —su boca encontró su mandíbula.

Cerró los ojos y se inclinó hacia él un poco más. Él no se movió.

—Estoy... tan... *oh*... contenta.

Su boca fue más abajo, mordisqueando las salpicaduras de chocolate mientras avanzaba hasta que volvió a sus labios y la besó apropiadamente. La dulzura de la masa persistía en su lengua mientras se deslizaba sobre la de ella. Ella gimió suavemente.

Había pasado mucho, mucho tiempo desde que había sido besada tan a fondo o había tenido tanto hombre para aferrarse. Un maldito largo tiempo.

Su cuerpo aumentó con necesidad, alimentado por la inminente luna llena. A juzgar por el agarre de sus manos y la posesividad de su boca sobre la de ella, él sentía lo mismo. Cuando rompió el beso, ambos estaban jadeando.

—Debería volver a la comisaría —la arrastró con él mientras retrocedía hacia los escalones, con ojos dorados volviéndola loca.

Ella asintió y señaló hacia la cocina mientras le seguía.

—Y yo debería meter ese pastel en el horno.

—Te, eh, veré a las siete —los subió por las escaleras de vuelta a la casa.

—Para cenar.

—Para cenar —repitió mientras finalmente la soltaba con un beso rápido más.

Pero incluso mientras se dirigía al coche patrulla, ella tenía la sensación de que la cena no era todo lo que estaba en el menú.

Capítulo Seis

—Dije que la cortejería, lo que pareció gustarle. Pero... —Hank se apoyó en el borde del escritorio de Bridget en el diminuto armario que ella llamaba oficina de Howler—. No tengo ni idea de por dónde empezar.

Bridget se rio burlonamente. —Eres tan hombre.

—Por eso estoy aquí. ¿Puedes ayudarme o no? —Levantó las cejas para enfatizar las preguntas.

—Claro que puedo ayudarte. Soy bartender. Es prácticamente como ser terapeuta de relaciones. Además, por si no lo habías notado, soy mujer. Sé lo que funciona y lo que no. ¿Cuál es el plan para esta noche?

—Ella preparará la cena y luego dije que saldríamos a correr.

Las cejas de Bridget se dispararon hacia arriba. —*Vaya*. ¿Un pequeño retozo en el bosque a tres noches de la luna llena? Sabes a dónde va a llevar eso.

—*No* vamos a tener sexo. —Las hormonas corrían especialmente altas cerca de la luna llena, pero necesitaban quemar la energía acumulada o solo iba a empeorar. Cierto, a veces una buena carrera era como un preludio, pero esto iba a ser estrictamente para liberar el exceso de energía—. No esta noche. Ni mañana por la noche. Tal vez ni siquiera por un tiempo después de que nos casemos. Tiene que ser cuando ella esté lista.

—Eso es muy dulce, Hank, pero sabes tan bien como yo lo que una carrera puede hacerte. Sí, quema energía. Pero también puede

llenarte de otro tipo.

—Lo sé. Pero lanzarnos a la parte física no es la mejor manera de comenzar una relación que terminará en matrimonio. ¿O sí?

Bridget se encogió de hombros. —De nuevo, eres tan hombre.

¿Por qué eran tan confusas las mujeres? —¿Estás diciendo que debería acostarme con ella?

—¿Quieres hacerlo?

—Sí, pero ese no es el punto. —La idea de tener a Ivy debajo de él, desnuda y dispuesta para darle placer, lo llenaba de un deseo tan profundo que casi necesitaba sentarse.

—Si ese no es el punto, ¿por qué cambiaron de color tus ojos? —Bridget negó con la cabeza—. Amigo, lo tienes mal. Estoy un poco sorprendida. No pensé que tú, de entre todas las personas, te inclinarías por el elemento criminal.

—Ella no es una criminal. —Su voz tenía un tono de irritación—. Deja de llamarla así.

Las cejas de Bridget parecían permanentemente atascadas en el aire. —¿Estás defendiendo a una Kincaid?

—Una Kincaid que está a punto de ser mi esposa. Te hiciste su amiga. ¿Por qué me estás dando tanto problema?

—No te estoy dando problemas, solo tengo curiosidad de por qué estás tan interesado en ella. Y me hice su amiga porque ya sabes lo que dicen, mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos más cerca.

—Estoy "interesado en ella" porque estoy a punto de casarme con ella y es mejor que me guste a que no, ¿no crees? ¿Por qué no confías en ella?

—¿Y tú?

Él exhaló. —Está sola en mi casa ahora mismo. Estoy tratando de pensar positivamente. —Levantó la mano—. Sí confío en ella. Hasta que me dé una razón para no hacerlo. Dale un respiro. Tengo la sensación de que no ha tenido una vida fácil con Clemens Kincaid como padre. —Se aclaró la garganta—. O como madre soltera.

Bridget casi se cayó de la silla. —¿Qué?

—Tiene un hijo.

—¿Dónde está?

—Con sus padres. —Podía ver las ruedas girando en la mente de Bridget—. No es gran cosa.

—Y una mierda que no lo es. Tienes que aceptar a ese niño como tuyo.

—Lo sé. Y estoy bien con eso. —Le lanzó una mirada—. Así que tú también tienes que estarlo. ¿Entendido?

Bridget levantó las manos. —Si tú estás bien con eso, entonces yo también lo estaré. —Sus cejas rebotaron una vez en una expresión de "qué te parece"—. Vale, volvamos a ti y tu necesidad de romance. Tomémoslo día a día, ¿de acuerdo? Si ella está preparando la cena, deberías llevar flores. No esas cosas marchitas horribles de los cubos en la sección de productos del Shop & Save. Flores bonitas. Ve a ver a Marigold en el Jardín Encantado. Ella te ayudará.

Él vaciló. Marigold Williams era una de las tres hermanas que, junto con su madre, Corette, eran las brujas más conocidas del pueblo. Alice Bishop probablemente era la más poderosa, pero trabajaba exclusivamente para Elenora Ellingham y tendía a mantenerse apartada. —¿A qué precio? No voy a darle nada de mi cabello ni nada raro por el estilo.

Bridget puso los ojos en blanco. —No todos los ramos de flores que vende vienen con un precio de brujería. Solo dile lo que necesitas. Tiene un don. Con las flores. Ahora tengo un bar que atender y tú tienes una mujer que te espera en casa.

Se rio. —Vaya, eso suena aún más extraño en voz alta.

—No es tan extraño. —Abrió la puerta.

—Es totalmente extraño. ¿Hace cuánto que no tienes novia? ¿Desde los Rangers? Hermano, ¿tus partes siquiera funcionan?

—No te preocupes por mis partes. —Frunció el ceño, pero no había forma de negar que había pasado por un largo período de sequía. Deliberadamente. Pero Bridget no necesitaba saberlo.

—¿Por qué *no* has tenido novia?

—He estado ocupado. —La verdad era que nunca había visto una razón para involucrarse, sabiendo que un matrimonio arreglado probablemente sería requerido de él como primogénito del líder de la manada. Y así, en lugar de enredarse en una relación que solo

llegaría a un final forzado cuando su padre lo dictara, había optado por evitar las relaciones por completo.

También era una forma de evitar que Bridget y Titus tuvieran que sacrificar su felicidad por el bien de la manada. Si él estaba disponible para casarse, ellos no tendrían que estarlo.

Para un soldado, el sacrificio era fácil. Ser sheriff se sentía muy parecido. Largas horas, trabajo duro, a veces condiciones desfavorables, la disposición a ser la primera línea de defensa... era lo que mejor hacía. Para lo que su padre lo había criado.

Bridget suspiró. —Bueno, supongo que tendrás que encontrar una manera de estar menos ocupado ahora, ¿eh?

—Supongo. Gracias por el consejo. —Se fue y condujo hasta el Jardín Encantado.

No fue hasta que preguntó si había alguien allí que Marigold salió de la habitación trasera. Tenía una hoja en su salvaje pelo castaño y un trozo de cinta verde pegado al frente de su delantal de trabajo. —Eh, sheriff, ¿qué puedo hacer por ti?

—Necesito flores.

Sus ojos se agrandaron un poco. —Menos mal que has venido aquí entonces. ¿Cuál es la ocasión?

—Una cena.

Asintió, inclinándose un poco hacia adelante. —¿Con?

No estaba listo para hacer público el pacto matrimonial. —Una mujer.

Marigold apretó los labios. —¿Es algo romántico?

—Sí. Romántico.

Ella golpeó sus dedos en el mostrador. —No me estás dando mucho con lo que trabajar.

—Quiero que ella se sienta... cortejada.

—Ah. Muy bien. —Levantó un dedo—. Dame unos minutos.

Pasaron unos minutos y Marigold regresó con lo que parecía un arbusto en su mano. —¿Qué te parece?

—Eso es un montón de flores.

—Es un ramo de tamaño mediano. No son tantas.

Le parecían muchas. —¿Y a una mujer le gustará eso?

Marigold le lanzó una mirada fulminante. —A la mayoría de las mujeres que conozco les encantaría esto.

—Bien. —Sacó rápidamente su tarjeta de crédito, pero la mantuvo justo encima del mostrador—. No le pusiste nada de brujería, ¿verdad?

—¿Querías que lo hiciera?

—No.

—Entonces estás de suerte. De todos modos, cobro extra por eso.

—Bueno saberlo. —Dejó caer su tarjeta en el mostrador—. ¿Podrías enviar un ramo como este a mi casa todos los días durante los próximos tres días? No el mismo ramo. Diferente. Pero similar. —¿Por qué era esto tan difícil?

Marigold asintió. —Por supuesto. ¿Quieres que envíe este?

—No, me llevaré este conmigo.

—Tienes florero, ¿verdad?

Abrió la boca y luego la cerró de nuevo. No tenía idea de si tenía un florero.

Ella agitó su mano. —Si no tienes, llámame y enviaré uno con la entrega de mañana. ¿Quieres una tarjeta con ellos?

—¿Es eso lo que hace la gente?

—Normalmente, sí. —Sus ojos se estrecharon—. ¿Nunca has enviado flores antes?

—No. —Él y sus hermanos a menudo enviaban flores a su madre para su cumpleaños, pero Bridget siempre se encargaba de los detalles—. ¿Qué se pone en la tarjeta?

—Lo que quieras decir. —Señaló un soporte de plástico transparente frente a la caja registradora que contenía tres filas de tarjetas pequeñas, en su mayoría blancas—. Puedes elegir cualquiera que te guste, pero necesitaré tres de ellas para el resto de las entregas.

Gruñó. Todas las tarjetas le parecían iguales. Sacó la primera.

Ella empujó un bolígrafo hacia él. —Probablemente no quieras esa.

—¿Por qué no?

Señaló la escritura fluida en la parte superior. —Dice "Mis Condolencias". La mujer en cuestión podría no sentirse muy cortejada si piensa que está recibiendo flores para un funeral.

Con un pequeño ruido, volvió a meter la tarjeta en el soporte.

Marigold sacó otra. —¿Qué tal esta?

La tarjeta tenía un borde de cebra delineado en rosa brillante. Muy femenina. Y las uñas de Ivy habían sido a rayas de cebra. —Esa está bien.

Agarró el bolígrafo y escribió lo primero que le vino a la mente.

Para Ivy, de Hank.

No era lo más poético que había escrito, pero el punto eran las flores, no la tarjeta.

Marigold suspiró. —Lo siento, no.

Él levantó la mirada. —¿Qué?

Ella señaló la tarjeta. —¿Es eso realmente lo que vas a decir?

Contuvo un gruñido. —¿Tienes alguna mejor sugerencia?

—Solo como mil.

Esperó. —¿Como cuáles?

—Necesitas escribir desde tu corazón, no desde tu cabeza. Para y de no son románticos.

Yo tampoco lo soy, pensó Hank. Se le ocurrió algo que no hizo que Marigold hiciera una mueca, luego escribió tres más parecidas, pagó, tomó el ramo que ella había preparado y se dirigió a casa, con la cabeza dándole vueltas como si hubiera estado tratando de entender un idioma extranjero.

Estacionó su coche patrulla frente al garaje. Era extraño llegar a su propia casa y encontrarla iluminada. Era aún más extraño entrar y sentir el zumbido de actividad. Miró el reloj del tablero. Llegaba quince minutos tarde, gracias a la parada para comprar flores. Esperaba que Ivy no fuera a regañarlo por eso.

Su estómago gruñó mientras se acercaba a la cocina y los deliciosos olores de la cena llegaron hasta él. Se detuvo justo fuera de la cocina, un poco abrumado por el pensamiento de que siempre podría ser así.

Alguien esperándolo.

Eso no había sucedido desde que era un niño viviendo en casa, y ese alguien había sido su madre. Ahora, ese alguien era una mujer muy sexy, muy hermosa que pronto sería suya en todos los sentidos de la palabra.

La realidad de eso envió un hormigueo de sensación por su columna vertebral y una fuerte sacudida de posibilidad a su torrente sanguíneo.

Sostuvo las flores detrás de su espalda mientras entraba. —Huele bien aquí.

Ivy estaba en la encimera, glaseando el pastel de chocolate. Un plato cerca de la cocina contenía dos filetes esperando ser cocinados. Ella se volvió cuando él entró y sonrió. —Hola, bienvenido a casa. ¿Cómo estuvo tu día?

—Ocupado. —Ni una palabra sobre que llegara tarde. Sonrió—. Te traje estas. —Sacó las flores de detrás de su espalda.

Su rostro se iluminó mientras las tomaba. Metió la nariz en ellas e inhaló. —Son preciosas y huelen a primavera. —Sus ojos de repente se humedecieron—. No creo que nadie me haya traído flores antes. Gracias.

—¿Nadie te ha traído flores nunca? —Eso lo enojó por razones que no podía precisar, pero también le dio una sensación de felicidad de haber sido el primero.

Ella se encogió de hombros, una sonrisa triste curvando su boca. —No soy esa clase de chica, supongo.

—Ahora lo eres.

Parpadeó y su sonrisa perdió su tono triste. —Este es un buen comienzo para el cortejo. ¿Tienes un florero donde pueda poner estas?

Al parecer, los floreros eran más importantes de lo que había pensado. —No tengo idea.

—Probablemente no, pero encontraré algo. —Se lamió el labio superior, la punta de su lengua rosa siendo imposible de ignorar.

El hormigueo que había bajado por su columna se trasladó a una nueva ubicación. Su mente ya no estaba en las flores. Ni en la cena. Luna llena o no, estar cerca de Ivy tenía un marcado efecto en él. La deseaba de una manera que borraba todo pensamiento racional.

Ella hizo gestos de que se fuera. —Ve a cambiarte, la cena está casi lista.

Se quedó donde estaba. —¿No me gano algo por las flores?

Ella inclinó la cabeza. —¿Como qué?

—Como un beso. —Quería más que eso, pero todo a su debido tiempo.

Se mordió el labio. —Creo que es justo.

Puso las flores en la encimera, sus manos en el pecho de él y se puso de puntillas mientras se inclinaba hacia él y presionaba su exuberante boca contra la suya.

Sus manos se posaron en las caderas de ella por voluntad propia.

Ella lo besó tentativamente, la presión de su boca suave, los movimientos dulcemente vacilantes. Luego sus manos se alzaron para entrelazarse alrededor de su cuello, y ella se inclinó hacia él, un suave gruñido de placer resonando desde su garganta.

Él igualó su gruñido con uno propio. Sus manos se deslizaron hacia abajo para abarcar su trasero, sus palmas llenándose con su firme carne. La acercó más hasta que la línea de sus cuerpos se fusionó. El calor ardía a través de él en todas partes donde ella lo tocaba. El tipo de fuego que solo una cosa apagaría.

Rompió el beso y aspiró una profunda bocanada de aire, pero todo lo que podía saborear era ella. Todo lo que *quería* saborear era ella. —Iré a cambiarme.

~

En cuanto Hank salió de la cocina, Ivy presionó su frente contra la encimera de granito en un esfuerzo por refrescarse. El hombre era como lava. Lava caliente y deliciosa sobre la que quería montarse como si fuera una Harley nueva.

Y le estaba dando pensamientos sucios. No, la fiebre de la luna llena le estaba dando pensamientos sucios. Al menos era en parte la fiebre de la luna llena. Tenía que serlo, porque no había otra razón para que se sintiera tan atraída por un hombre que no solo venía de la familia que era enemiga jurada de su familia, sino un policía.

Una Kincaid, excitada por un *policía*.

No era de extrañar que su padre se hubiera reído tanto de toda esta situación. No solo se estaba deshaciendo de su decepcionante hija y su inútil hijo —palabras de su padre—, sino que estaba pasando su cuidado y responsabilidad a un hombre que no soportaba por múltiples razones. Merrow, agente de la ley, portador de flores, respetuoso con las mujeres.

Exactamente el tipo de hombre que su padre amaba odiar.

Exactamente el tipo de hombre con el que ella soñaba porque nunca pensó que podría ser real. El guapo Hank, el sueño hecho realidad.

Se puso de pie. El granito no la había refrescado tanto como esperaba, pero iban a salir a correr más tarde, y eso haría maravillas. Siempre que pudieran mantenerlo en sus pantalones hasta la carrera. Y después.

Agarró las flores, las metió en una jarra de té helado llena de agua, luego encendió el quemador bajo la parrilla. Puede que Hank no cocinara mucho, pero su cocina estaba bien equipada. Tal vez eso era obra de Bridget.

Hank bajó las escaleras cuando ella estaba volteando los filetes. Estaba descalzo, vestido con jeans y una camiseta, y su cabello estaba húmedo. Debió haberse duchado. Era la primera vez que lo veía sin uniforme. No estaba segura de qué aspecto prefería. Ambos eran injustamente buenos. —Diablos, huelen bien.

Volvió su atención a los filetes. —Espero que sepan tan bien como huelen.

—Estoy seguro de que sí. —Fue al refrigerador—. ¿Quieres una cerveza?

—No, gracias.

Él le dio una mirada extraña. —¿Vino? También tengo de eso.

—No, no me gusta beber antes de correr. —No en su primera carrera con él, de todos modos. Las hormonas ya estaban debilitando sus inhibiciones. No necesitaba alcohol para ayudar más a eso.

Asintió y volvió a poner la cerveza en su lugar. —Es una buena idea.

—No dejes de beber por mí.

—Estoy bien.

Vino a pararse junto a ella en la cocina. El aroma limpio de jabón y su natural masculinidad terrosa emanaba de él. Levantó la mirada hacia él. El cabello húmedo le quedaba bien.

Diablos, todo le quedaba bien.

—¿Qué? —preguntó él.

—Nada. —Sonrió y pinchó los filetes con las pinzas solo para tener algo que hacer—. Hueles a limpio.

—Y tú todavía hueles a chocolate.

Dejó las pinzas y se giró, casi chocando con él mientras se inclinaba hacia ella. ¿Iba a olerle el pelo? —Lo siento. Intenté limpiar toda la masa.

El oro aureolaba sus iris. —No hay nada de qué disculparse. Me gusta el chocolate, ¿recuerdas?

Por un segundo pensó que iba a besarla de nuevo. Estaba bien con eso, pero el teléfono sonó y puso fin al momento.

Él fue a contestarlo. —¿Hola? —Preguntó una segunda vez, luego colgó—. No hay nadie.

—Número equivocado, probablemente.

—Probablemente. —Se quedó en el otro lado de la cocina—. ¿Necesitas ayuda con algo?

Quitarme los pantalones. Tomó aire. —Claro. Puedes sacar la ensalada y el aderezo del refrigerador. Compré italiano y queso azul. Lo que quieras está bien para mí.

Puso los filetes en una fuente y los llevó a la mesa para que reposaran mientras sacaba las papas horneadas del horno. También las trajo, luego cargó el filete más grande en el plato de Hank. Por último, añadió la jarra de flores a la mesa. No iba a dejar que su esfuerzo pasara desapercibido.

Para cuando terminaron de comer, habían hablado de coches, de sus familias (principalmente la de él) y de alguna manera habían evitado completamente el tema de la boda que tendría lugar en solo tres días.

Tres malditos días. Era difícil imaginar que en tan poco tiempo iba a ser una Merrow. Rezaba para que eso fuera suficiente para

mejorar las cosas para ella y Charlie.

Hank la ayudó a quitar los platos y limpiar. Basándose en lo que sabía de él hasta ahora, tenía un buen presentimiento sobre el futuro. Siempre y cuando la... discapacidad de Charlie fuera algo que Hank pudiera aceptar. Y Hank la perdonara por mantenerlo en secreto hasta después de que estuvieran casados.

Pero, ¿qué más podía hacer? Clemens no le había dado otra opción.

Capítulo Siete

El bosque detrás de la casa de Hank estaba densamente poblado de árboles, con ramas vestidas con las ricas hojas verdes de principios de verano. Los insectos zumbaban y un búho ululaba en la distancia, sus voces viajando con facilidad en el cálido aire nocturno. Ivy apretaba y aflojaba sus manos, prácticamente vibrando con la necesidad de correr.

Hank estaba a su lado. —¿Estás lista?

—No tienes idea. ¿Hay algo que deba saber? ¿Sobre el territorio? ¿O cualquier otra cosa?

—Soy el hijo del alfa. Puedo correr prácticamente donde quiera.

Un aullido lejano perturbó la calma, puntuando sus pensamientos. Ella los expresó en palabras. —Estamos a tres noches de la luna llena y claramente, esta comunidad está llena de cambiaformas. No importa quién seas, es inevitable que nos crucemos con otro hombre lobo.

—Cierto. Pero no pasa nada. Los cambiaformas en Nocturne Falls no son intransigentes. Mantén una distancia respetuosa y estarás bien. Además, vas conmigo.

—Me mantendré cerca. —No tan cerca como para que sus feromonas la abrumaran y la hicieran ofrecerse como un apetitoso bocado, pero lo suficiente.

—Entonces vamos. —Saltó hacia adelante, su ropa convirtiéndose en pelo mientras se transformaba en el aire y aterrizaba varios metros más allá convertido en un enorme lobo plateado y gris. Se

volvió para mirarla. Incluso sus marcas eran hermosas. ¿Cómo era posible que este chico no estuviera comprometido?

Un pensamiento para otro momento. Ella saltó como él, entregándose a la noche. La transformación la recorrió en el momento en que se elevó. Aterrizó sobre las cuatro patas, con la alegría de estar en su forma animal embriagándola.

Atrapada en el momento, corrió hacia Hank y metió su hocico en su cuello. Se alejó un segundo después, arañando el suelo como si no acabara de hacer eso.

Sus labios se curvaron en una sonrisa lobuna y levantó una pata, para luego trotar más profundamente en el bosque. Ella lo siguió, manteniéndose unos pasos atrás y hacia su flanco derecho. Su comunicación se limitaba al lenguaje corporal y algunas vocalizaciones, pero así era como la mayoría de los hombres lobo se comunicaban de todos modos. *Si* en algún momento establecían un vínculo, podrían ser capaces de compartir pensamientos. Eso sólo ocurría con aquellos de linajes fuertes y una conexión verdadera.

No tenía esperanzas de que eso sucediera. No en un matrimonio arreglado. Pero eso no importaba ahora. Lo único que importaba era el suelo bajo sus pies, el viento en su pelaje y el aroma terroso del mundo que la rodeaba. La libertad del momento. La exaltación de la carrera.

Hank miró hacia atrás, vio que ella estaba en su flanco y soltó un ladrido suave.

Ella respondió con otro ladrido, lista para correr.

Él inclinó la cabeza y partió, sus enormes patas hundiéndose en la tierra blanda y lanzando pedazos de tierra con musgo. Ella aceleró para igualarlo, manteniéndole el paso mientras atravesaban el bosque. Aquí y allá, más aullidos llenaban la noche. Otros cambiaformas deleitándose en la liberación de la fiereza que había estado creciendo con el avance de la luna.

No estaba segura de cuánto tiempo corrieron, pero fue largo y bueno, y cuando finalmente disminuyeron la velocidad, estaban cerca de una cascada. Jadeaban por el ejercicio y la emoción de la carrera. Su sangre vibraba con la alegría del momento. Hank se inclinó para beber y ella se unió a él, manteniéndose a unos metros

río abajo, aunque el vergonzoso impulso de acariciarlo nuevamente era casi más fuerte que el impulso de no hacerlo.

Un aroma desconocido le hizo levantar la cabeza del agua. Dos grandes lobos negros estaban entre los árboles al otro lado del burbujeante arroyo que se extendía desde la cascada. No hicieron ningún movimiento para bajar a beber. Ella los estudió, tratando de verlos mejor, pero estaban casi ocultos por la maleza.

Y la estaban mirando fijamente.

Ella devolvió la mirada, con el pelo del cuello erizándose por instinto. Recordó lo que Hank había dicho sobre los cambiaformas aquí, que no eran intransigentes, y se obligó a relajarse. Los lobos no hicieron ningún movimiento, solo observaban. ¿Estaban esperando a que ella y Hank terminaran de beber?

El viento cambió y Hank levantó la cabeza. Ella lo miró, luego hacia los dos lobos, pero habían desaparecido.

¿Se los había imaginado? No. Sus olores habían sido reales. Tal vez habían desaparecido tan rápido porque habían reconocido a Hank. Miró fijamente al bosque, tratando de encontrarlos nuevamente, pero todo lo que vio fueron árboles pintados de plata por la luz de la luna.

Unos dientes mordisquearon su flanco izquierdo. Ella soltó un gañido y se alejó de un salto. Hank estaba allí, con la mandíbula abierta, la lengua colgando, riendo al estilo de los lobos.

Ella golpeó su cabeza contra el hombro de él y se alejó bailando, ladrando suavemente. Él la siguió. Ella salió disparada, serpenteando entre árboles, saltando troncos caídos, atravesando matorrales de arbustos. Él la alcanzó rápidamente, y ella se dio cuenta de que su capacidad para mantenerle el ritmo anteriormente solo había sido porque él lo había permitido.

La embistió, tirándola al suelo y parándose sobre ella. Acarició su cuello como ella había hecho con él antes, mordisqueando juguetonamente y resoplando con clara diversión. En forma humana, Hank no era ni de lejos tan juguetón. Tal vez se sentía más libre como lobo. Fuera lo que fuera, a ella le gustaba este lado de él.

Mucho.

Su nariz estaba llena del aroma de él, y su cuerpo cobró vida con la necesidad de actuar según esas feromonas. En cambio, puso sus patas en el pecho de él y lo empujó, alejándose rápidamente con un ladrido desafiante. Él fue tras ella, alcanzándola inmediatamente y derribándola de nuevo.

Esta vez tocó su nariz con la de ella y gimió suavemente.

La estaba cortejando, al estilo de los lobos.

Y estaba funcionando.

Si hubieran estado en forma humana, ella se le habría lanzado encima. Tal como estaban, apenas se contenía de comportarse decentemente. Se puso de pie y sacudió la cabeza. Él se inclinó sobre sus patas delanteras y también sacudió la cabeza, echando las orejas hacia atrás.

Comprendía.

Salió a un trote suave, luego se detuvo y la miró. Ella se unió a él, y él volvió a avanzar.

Se mantuvieron lado a lado hasta que regresaron a su casa, entonces él se sacudió para volver a su forma humana.

Ella hizo lo mismo, con la emoción de la carrera eléctrica en su sangre. Como todos los cambiaformas, sus ropas y pelajes intercambiaban lugares cuando se transformaban, a menos que hubieran comenzado sin nada más que piel. Cuando estaba sola en bosques familiares, esa era su primera opción. Pero, ¿estar desnuda con Hank? No era un puente que estuviera lista para cruzar. No cuando había comenzado esta carrera. Ahora, con el aire nocturno cubriéndola como seda, estar desnuda con Hank parecía una grandiosa idea.

Echó la cabeza hacia atrás e inhaló profundamente, tratando de deshacerse de la palpitante necesidad que la empujaba cada vez más cerca de la acción. Acción que la llevaría por un camino del que no habría vuelta atrás. Suspiró. —Fue una gran carrera.

Él gruñó afirmativamente.

Ella lo miró de reojo.

Por el oro ardiente en sus ojos, él necesitaba algo más.

A ella.

~

Hank apenas logró contenerse de lanzarse sobre ella. —Entra a la casa.

—¿No vienes conmigo?

—Todavía no. —No debería haber jugado con ella de esa manera. Estar tan cerca de ella en forma de lobo solo había despertado una necesidad insaciable. Sabía que era un riesgo y, sin embargo, lo había hecho de todos modos. Correr con ella, transformarse en lobo con ella, había hecho imposible negar ese lado de sí mismo. Ella era una tentación demasiado grande. Y él había cedido. Solo que no había contado con lo fuerte que sería su deseo por ella—. Necesito correr.

Ella sacudió la cabeza, con el más leve destello dorado bailando en sus ojos. —Acabamos de correr.

—No fue suficiente. —En realidad, había sido demasiado. Demasiado inhalar su aroma y compartir su espacio, combinado con el tirón de la luna y el poder de la noche. Le dolía de ganas por ella. Le dolía por reclamarla como su compañera, allí mismo y en ese momento.

Pero era demasiado, demasiado pronto. Él no tomaba decisiones precipitadas. Sobre nada. Había una forma correcta y una forma incorrecta de hacer las cosas, y él siempre elegía la correcta.

Eso es lo que haría cualquier buen alfa.

Los ojos de ella brillaron dorados, y dio un paso hacia él, con las caderas balanceándose con el tipo de movimiento deliberado que le decía que entendía exactamente lo que él estaba sintiendo. —¿Y si no corres?

Tragó saliva, con los puños apretados a los costados. —No dormiré.

Ella se balanceó más cerca. —Quizás yo tampoco duerma.

Él hizo lo imposible y retrocedió. Independientemente de lo que estuviera sintiendo, esta decisión era de ella. —Te deseo, Ivy. —La subestimación del año—. Creo que puedes notarlo. Pero es demasiado pronto. Creo que tú también lo sabes.

Ella dio otro paso hacia él, bajando la cabeza mientras tomaba aliento. —Lo que sé es que la luna me está volviendo loca. —Sus ojos se volvieron completamente dorados, y se masajeó la nuca—. Siento como si estuviera en celo cerca de ti. Lo cual no es algo malo, considerando que estamos a punto de casarnos.

Él dejó de retroceder, hipnotizado por el juego de la luz de la luna en las curvas de su cuerpo. Algún día, cuando estuvieran casados, iban a hacer la carrera de la manera correcta. Sin ropa. El pensamiento hizo que sus puños presionaran fuertemente contra sus muslos. Respirar normalmente se convirtió en un esfuerzo concentrado. Estar allí sin hacer un movimiento se convirtió en un evento cronometrado. Un minuto más y su reserva se habría ido. Ella merecía saber eso. —Mi control está casi agotado.

Ella se acercó aún más. —El control está sobrevalorado.

Los músculos de su mandíbula se crisparon. El deseo lo poseía. De alguna manera, logró que palabras racionales salieran de su boca. —Deberíamos conocernos mejor.

Un centímetro, tal vez dos, los separaban. Ella no lo tocó, quizás porque sabía que si lo hacía, ese sería el fin de esta conversación. Echó la cabeza hacia atrás y lo miró a los ojos. —¿Qué mejor manera de conocernos podría haber que ceder al tirón de la luna?

Su cuerpo se tensó, cada fibra tensa de necesidad. Su voz salió como un raspado áspero. —¿Estás diciendo que sí?

Ella asintió. Sus párpados estaban pesados de deseo mientras sus labios se separaban. —Llévame a la cama, Hank.

Él era muy bueno siguiendo órdenes.

Capítulo Ocho

Había perdido la cabeza por la fiebre de la luna llena. Sin remedio. Ivy estaba de pie frente a las ventanas de la sala de estar, con la mirada perdida en el enredo de árboles que bordeaba la propiedad de Hank. Aún faltaban unos minutos para el amanecer, pero había sido incapaz de dormir.

Jugueteaba con el dobladillo de la camiseta prestada de él con una mano, mientras con la otra sostenía una taza de café que no estaba haciendo lo suficiente para despertarla. El aroma de Hank la rodeaba, no solo en la camiseta sino también en su piel. Cada inhalación le recordaba al hombre con quien había venido a casarse. Y a quien iba a engañar.

El vapor se elevaba de su taza de café. Su suspiro lo apartó.

No había querido acostarse con él —bueno, sí *quería*, pero no así. No mientras seguía ocultando la verdad sobre Charlie. Se sentía mal entregarse a Hank de esa manera cuando no estaba siendo honesta con él.

No podía ser honesta con él.

Maldito fuera su padre y sus crueles y manipuladores métodos.

Ahora, cuando Hank lo descubriera, pensaría que ella se había acostado con él para atraparlo más profundamente en su red. Y eso podría hacerle sentir utilizado. Podría hacer que la odiara.

Probablemente tendría razón en hacerlo.

Se tragó un duro nudo de dolor y bajó la mirada para contemplar su café. Hank era un buen hombre. Un hombre increíble. Mucho

mejor de lo que jamás hubiera podido esperar. Mejor de lo que había soñado. Qué curioso que las maquinaciones de su padre le hubieran traído a Hank y que inevitablemente se lo arrebatarían.

Se le iba a romper el corazón, y esta vez, no iba a sanar. Su vida era tan injusta. Cerró los ojos y tomó aire. Ya basta de autocompasión.

La autocompasión no tenía sentido. No iba a cambiar nada. Mejor centrarse en encontrar una manera de arreglar las cosas.

Podría contarle a Hank la verdad ahora mismo. Hank parecía un hombre de confianza. Pero ella ya había confiado en un hombre antes, un hombre del que no tenía motivos para dudar, y había sido traicionada. ¿Y si se había equivocado con Hank? ¿Y si utilizaba la información para librar a los Merrow de su deuda? Entonces no habría boda en absoluto. Salvaría a los Merrow. Pero la destruiría a ella. Clemens la culparía de que todo se viniera abajo.

A *ella* y a Charlie.

Pero Charlie pagaría el precio.

Contuvo un sollozo. No podía arriesgar la vida de su hijo por el bien de su propia comodidad.

—¿Estás bien?

Al oír la voz de Hank, se dio la vuelta. Él estaba más guapo que nunca con esa expresión de satisfacción adormilada en su apuesto rostro. —¿Te he despertado? Intentaba ser silenciosa.

Él se acercó a ella, sin llevar nada más que pantalones de pijama, y le rodeó la cintura con los brazos. —Ojalá me hubieras despertado. Pero entonces todavía estarías en la cama.

Ella sonrió, sin poder evitarlo. El serio y gruñón Hank era cualquier cosa *menos* eso en la cama. El hombre era un artista con sus manos. Generoso, entregado y travieso en el mejor de los sentidos. Nunca había sido tan completamente satisfecha... jamás. —Lo siento, no podía dormir —levantó su taza—. He hecho café.

—¿Algo va mal?

Todo. —Nada. Solo estoy inquieta con la luna llena tan cerca, supongo.

Él levantó una mano hasta su barbilla y le inclinó el rostro hacia él, plantándole luego un suave beso de boca cerrada en los labios.

—Por favor, no te arrepientas de lo de anoche.

Ella negó con la cabeza. —No lo hago. Lo prometo. Anoche fue increíble.

Él sonrió. La sonrisa iluminó su rostro tan intensamente que era como mirar al sol. —Por supuesto que lo fue. ¿Tienes hambre? Yo estoy muerto de hambre.

—Claro, ¿qué quieres desayunar?

Él hizo una mueca. —Quiero que te sientes y disfrutes de tu café mientras yo lo preparo —le tomó la mano y la arrastró hacia la cocina.

Ella le siguió, equilibrando su taza para evitar derramar café en el suelo de madera. —¿Tú cocinas?

Él resopló. —No, pero sé preparar el desayuno.

—Ajá.

La miró. —¿Dudas de mí, mujer?

—Solo digo que es bastante difícil de creer a juzgar por el estado de tu refrigerador ayer —le gustaba este nuevo lado juguetón de él. Parecía que había bajado la guardia. Como si estuviera viendo un atisbo del hombre sin el peso de sheriff y primogénito sobre sus hombros.

Sin duda eso cambiaría cuando se enterara de lo que su padre la había obligado a hacer. Apartó ese pensamiento e intentó concentrarse en el presente.

—Siéntate aquí —señaló uno de los taburetes altos de la barra de desayuno.

Ella se subió a la silla. La última vez que alguien le había preparado el desayuno había sido cuando era niña.

Él abrió la nevera. —¿Qué te apetece?

Decidió ir a lo grande, sabiendo que probablemente acabaría cocinando ella, pero de todos modos ya había planeado hacerlo. Pensó en lo que había comprado ayer y basó su elección en eso. —Tortitas con arándanos.

—Buena elección.

—¿De verdad?

Él la miró por encima del hombro, con las cejas arqueadas hacia abajo en una expresión victoriosa. —¿Pensabas que me ibas a pillar

con eso, verdad?

Ella se rio. —Sí, más o menos. Menos mal que compré arándanos. ¿Son mejores que las de Mummy?

Él vaciló. —No tendrás que comerlas en una celda.

—Vendidas.

Juntó los ingredientes y se puso a trabajar, negándose a dejar que ella ayudara. Una vez mezclados los ingredientes, sacó la plancha, la engrasó y la puso a calentar. Luego le rellenó el café, se preparó una taza y se apoyó contra la encimera frente a ella. —Cuéntame sobre tu hijo.

La ligereza del momento desapareció con esas palabras. Una ola de desesperación la recorrió. Echaba tanto de menos a Charlie que dolía. Intentó disimular tomando un sorbo de su café. Tragó y eligió sus palabras con cuidado para poder mantenerse sincera. —Es un buen chico. Tranquilo. Un poco tímido. Algo pequeño para su edad.

—Yo también lo era.

Ella arqueó las cejas. —¿Eras pequeño para tu edad?

—Casi el último en los percentiles —se giró, pasó los dedos bajo el grifo y salpicó agua sobre la plancha. Chisporroteó, así que vertió gruesos círculos de masa. Siguieron más crujidos, liberando el aroma más delicioso. Dejó caer grandes puñados de arándanos en cada uno—. Hasta que llegué a la pubertad. Crecí cuarenta y tres centímetros y aumenté casi veinte kilos en un año y medio.

—Eso es una locura.

—Y dolió como el demonio.

—Me lo imagino —por primera vez, la esperanza para Charlie floreció en su interior—. ¿Los hombres Kincaid crecen pronto?

Con las tortitas cocinándose y el café en la mano, volvió a apoyarse en la encimera. Tragó otro sorbo de café. —¿El padre de Charlie sigue presente?

Todas las inevitables preguntas. —No. Lo estuvo un poco, pero luego simplemente se marchó. No he vuelto a saber nada más de él. Lo cual me parece bien. No necesito el recordatorio —aun así, había pensado que Eric era un tipo diferente. Pero se había equivocado. Y podría equivocarse de nuevo. Giró su taza lentamente hasta que el asa quedó perpendicular al borde del granito.

—No tenemos que...

—Tienes derecho a saberlo —soltó un pequeño suspiro, sintiendo cómo los viejos remordimientos tiraban de su felicidad mientras las imágenes de Eric llenaban su mente—. Lo conocí el verano antes de mi último año de universidad.

—¿Fuiste a la universidad? —levantó una mano—. Lo siento, no quería que sonara así.

—No, lo entiendo. Los Kincaid no son conocidos por su brillantez académica —sonrió grimemente—. Estaba decidida a no ser una Kincaid típica. En fin, creí que estaba enamorada y, para resumir, él no. Desapareció antes de que naciera Charlie.

—¿Alguna vez intentaste localizarlo? ¿Conseguir que te mantuviera?

Ella negó con la cabeza. —¿Y arriesgarme a tener que luchar por la custodia? ¿O verlo felizmente casado con hijos y que rechace a Charlie otra vez? No, gracias. De verdad, me encantaría no volver a verlo nunca.

Hank asintió. —¿Y la universidad?

—Me las arreglé para hacer otro semestre, pero fue un embarazo difícil —miró fijamente su taza—. Siempre pensé que volvería para terminar ese último semestre, pero nunca ocurrió.

—Eso no significa que no pueda suceder todavía.

Ella se rio. —Sí, supongo que sí.

—¿Qué estudiabas?

—Empresariales. Pensé que sería un boleto para salir del territorio Kincaid. En cambio, acabé yendo a la escuela de belleza local después de que naciera Charlie y quedándome exactamente donde estaba —el peso de sus sueños rotos pesaba sobre ella.

—Quizás yo pueda ser ese boleto.

Lo dijo tan bajo que casi no estaba segura de haberlo oído. Levantó la mirada. —No quería insinuar...

—Lo sé —hizo una larga y pensativa pausa—. Me gustas, Ivy. Y vas a ser mi esposa. Quiero que seas feliz. Quiero... que seamos felices.

Ella lo miró fijamente, sin poder procesar del todo esa idea.

Él se volvió hacia la plancha y dio la vuelta a las tortitas. —¿Por qué no vino Charlie contigo?

Porque Clemens sabía que ella habría huido. —Mi padre pensó que sería más fácil para nosotros conocernos sin un niño por medio.

—¿Y Charlie se queda con sus abuelos?

—Mmm-hmm —quedarse y ser rehén eran dos caras de la misma moneda cuando eras un Kincaid.

—¿Quieres ir a buscarlo?

Ella se quedó paralizada ante la idea de ese enfrentamiento. Hank y su padre, su hijo atrapado en medio y la verdad siendo usada como un arma para hundir aún más a su precioso niño. —*No*.

Hank la miró de reojo. —Solo era una sugerencia.

Ella se obligó a sonreír. Y a respirar con normalidad. —Es una gran idea, pero quiero asegurarme de que todo esto va a funcionar antes de presentártelo.

Eso sonaba como una excusa débil incluso para ella, pero no estaba segura de qué más decir. Las clases habían terminado para el verano, así que no podía usar eso.

Hank se encogió de hombros y volvió a servir el desayuno. —Lo que tú creas que es mejor.

Sus hombros se relajaron aliviados. Se deslizó de su asiento, terminando con la conversación. —Pondré la mesa.

—Bien, porque estamos listos para comer.

Recogió los cubiertos, las servilletas y el jarabe. —¿A qué hora tienes que estar en la comisaría?

—En media hora —trajo los platos—. ¿Qué vas a hacer tú hoy?

Preparó dos sitios, luego tomó su café y se sentó en uno de ellos. —No lo había pensado.

—Sabes cómo volver al pueblo —puso una pila de tortitas delante de ella y luego ocupó su lugar—. ¿Por qué no vas a explorar? Mira el pueblo del que vas a ser residente. Nocturne Falls es cualquier cosa menos aburrido.

—Eso he oído —la ciudad era bien conocida entre los sobrenaturales como el lugar donde vivir si querías la mayor libertad para ser tú mismo. Celebrar Halloween trescientos sesenta y cinco días al año lo hacía posible.

—Y si pasas por la comisaría al mediodía, puede que pueda escaparme para comer.

Sonrió. —¿Me estás pidiendo una cita?

—Tú fuiste quien aceptó el cortejo —le guiñó un ojo mientras cortaba un trozo de tortita y se lo metía en la boca.

Así era. —Me alegra que no pienses que estás libre de eso después de lo de anoche.

Él tragó, volviendo su seriedad junto con un destello dorado en sus ojos. —Si acaso, lo de anoche me demostró que hacerte feliz es una tarea muy digna. Una que seguiré persiguiendo muchas, muchas veces más.

Ella hizo todo lo posible por no mostrar lo mareada y aturdida que la hacían sentir esas palabras, pero se le escapó un pequeño sonido de placer. Lo disimuló con un bocado de tortitas. Siguieron más sonidos de placer. —Están realmente buenas.

Él se pavoneó. —No carezco de algunas habilidades.

—Sí, eso lo demostraste anoche. Simplemente no pensé que también pudieras preparar el desayuno.

Él se rio y se inclinó para besarla en la boca pegajosa por el jarabe.

Finalmente salieron a tomar aire, terminaron el desayuno y unos minutos después, ella lo despidió al trabajo con la promesa de verlo para comer y otro largo beso que casi terminó con ellos de vuelta en la cama.

La vida era increíblemente buena.

Esperaba que siguiera así, pero hasta ahora, ese no era su historial.

Capítulo Nueve

Por una vez en su poco ilustre carrera como recepcionista del departamento del sheriff de Nocturne Falls, Birdie estaba en su escritorio antes de que Hank llegara. Él miró su reloj. Eso lo explicaba. Llegaba seis minutos tarde.

Sonrió. El beso había valido la pena.

—Algo anda mal —gorjeó Birdie.

Él se detuvo frente a su escritorio para recoger sus mensajes. —¿Qué cosa?

—No tengo idea, pero llegas tarde y estás sonriendo. ¿Te sientes bien? Inclínate para que pueda sentir tu frente.

Él la miró con el ceño fruncido. —Estoy bien —. Giró una de las notas de mensaje para que ella pudiera verla—. ¿Qué dice esto?

Ella entrecerró los ojos mirándolo. —Ni idea.

—Es tu letra.

Sus cejas se elevaron. —¿Tú siempre puedes leer *tu* letra?

—Sí. Porque es mi letra —. Pero estaba demasiado de buen humor como para dejar que los disparates de Birdie le afectaran.

—Solo estás tratando de cambiar de tema. ¿Qué te pasa?

—Nada. Solo estoy feliz. O lo estaba hasta que entré aquí. Estaré en mi oficina.

—¿Quieres café?

—Eso sería genial —. Ahora, ¿quién no actuaba como de costumbre?

—Entonces probablemente deberías ir a comprar algo. No queda nada.

Y eso lo explicaba. Al menos había tomado café en casa. Negando con la cabeza, sacó diez dólares de la caja chica y los dejó sobre el escritorio de ella. —Ve a la tienda y compra un poco. Por favor.

—¿Quién va a contestar los teléfonos?

—Yo lo haré. Ve.

—Esto no significa que te hayas librado. Voy a descubrir qué te pasa muy pronto.

Todos lo sabrían. Solo quería otro día de tranquilidad antes de que el pueblo estallara con la noticia de que se iba a casar. Con una Kincaid. —Ahora. *Por favor*.

Con un suspiro de resignación y no pocos murmullos, ella recogió su bolso y se dirigió a la salida.

Entró a su oficina para revisar su correo electrónico y trabajar en el horario de la semana. Además de él mismo y los agentes Cruz y Blythe, tenía otros cuatro en el equipo del turno de noche. El turno nocturno en este pueblo había sido mucho más fácil de cubrir. Además, tenía cinco agentes de reserva más a los que podía llamar en caso de necesidad. Pero esos eran pocos y distantes en este pueblo. Se detuvo un momento para disfrutar de la tranquilidad. Su mente fue directo hacia Ivy. Era difícil mantener su mente en cualquier otra cosa que no fuera ella. Muy difícil.

Se encontró mirando palabras en la pantalla, pero sin verlas realmente. Sonrisas aleatorias aparecían en su rostro. No era de extrañar que Birdie pensara que estaba actuando de forma extraña, porque así era.

Se estaba enamorando de Ivy.

O tal vez ya había caído. En cualquier caso, había cosas peores que estar encaprichado con la mujer con la que te ibas a casar.

Le envió un mensaje de texto a Bridget para que le reservara uno de los reservados traseros para el almuerzo. Era un gran paso salir en público con Ivy. A los turistas no les importaría, pero los lugareños estarían revolucionados con la noticia.

Suspiró. Debería decírselo a Birdie ahora. Si se enteraba de segunda mano, haría su vida miserable.

Y necesitaría un anillo. Frunció el ceño. Esa era otra área en la que no tenía experiencia. Tal vez llevaría a Ivy a Illusions después del almuerzo para ver si la joyería tenía un anillo que le gustara.

Su sonrisa regresó. Tal vez era el lobo en él, pero había algo profundamente satisfactorio en la idea de hacer a Ivy oficialmente suya. *Sabía* que era su lobo el que alimentaba ese tipo de posesividad y que le haría protegerla con su vida si fuera necesario. Afortunadamente, tener el tratado en vigor significaba que la vida debería ser bastante pacífica.

Se recostó en su silla y puso los pies sobre el escritorio. ¿Se vincularían? Tener la comunicación mental sería agradable, pero sabía que no estaba garantizado. El vínculo se producía con más frecuencia en parejas por amor, lo que no era este caso.

Aunque cuanto más tiempo pasaban juntos, menos se sentía como un matrimonio arreglado. ¿Cómo era posible que estuvieran tan bien emparejados?

Golpeó el extremo de su lápiz sobre el escritorio mientras una pizca de sospecha lo atravesaba. ¿Existía la posibilidad de que Ivy solo le estuviera diciendo lo que él quería oír? ¿Actuando como ella creía que él querría que actuara?

Siempre había una posibilidad, pero si el ejército había afinado sus ya agudos instintos, trabajar como sheriff los había perfeccionado aún más. No percibía ningún engaño en los sentimientos de ella hacia él. Y pensar que su prometida lo estaba preparando para algún tipo de elaborada artimaña era un camino peligroso. Ser escéptico era una cosa, ser paranoico otra completamente diferente.

Apartó eso de su mente y volvió al trabajo. Birdie regresó de la tienda unos minutos después, borrando el silencio. Estaba tarareando algo para sí misma. Muy fuerte.

—Birdie, ven aquí por favor.

—¿Qué? —Asomó la cabeza por la puerta de su oficina, con una bolsa de comestibles balanceándose en su mano. Había una bolsa de café y una caja de pastelería.

Inhaló y captó el aroma dulce de las donas glaseadas de chocolate. La mujer tenía un diente dulce peor que el suyo. Debería haberle traído un trozo del pastel de chocolate de Ivy. —Entra y cierra la puerta.

Ella lo miró entrecerrando los ojos. —Pensé que querías que preparara café.

—Así es. Pero eso puede esperar. Necesito hablar contigo.

—Hmph —. La sospecha en sus ojos creció—. Si esto es otro intento de despedirme, llamaré a tu madre más rápido de lo que puedes...

—Tía Birdie, no te estoy despidiendo —. *Ojalá pudiera*. La parte de *tía* captó su atención. Raramente la llamaba así. No sentía que fuera apropiado. Especialmente no en un entorno oficial como el departamento del sheriff.

Ella entró, cerró la puerta y se sentó, dejando la bolsa a sus pies. —¿De qué se trata todo esto?

—Todo el pueblo lo sabrá muy pronto, pero pensé que deberías oírlo de mí. Me voy a casar.

Su grito de alegría casi le revienta los tímpanos. —¡Hank, eso es maravilloso! Ni siquiera sabía que estabas saliendo con alguien. ¿Quién es ella? ¿La conozco? ¿Cuándo es la boda? Oh, estoy tan feliz. ¿Qué piensa mi hermana?

Levantó una mano. —Respira, Birdie. Es un matrimonio arreglado.

Eso la calmó. —¿Arreglado? ¿Por qué demonios te está haciendo eso tu padre? En esta era...

—Es el sello final de una tregua entre los Merrow y los Kincaid.

Ella retrocedió horrorizada. —¿Te casas con una Kincaid? Pobre muchacho, tu padre debería estar avergonzado de ponerte en esa posición. Espera a que hable con mi hermana. Quiero decir, mira a esa horrible mujer Kincaid que estuvo aquí la otra noche. No puedo imaginar que mi dulce sobrino tenga que pasar el resto de su vida con *ese* tipo de mujer.

Entrecerró la mirada, pero ella no pareció captar la consternación que fluía a través de él. —¿Qué tipo de mujer sería esa, tía Birdie?

—Ya sabes —. Movió la mano—. *Ligera de cascos*.

—¿Y puedes decir que es *ligera de cascos* por qué...?

—El maquillaje y la motocicleta y la ropa de cuero y los tatuajes. Especialmente los tatuajes. Probablemente está cubierta de ellos. Probablemente tiene una lista de sus ex novios en alguna parte.

—No los tiene. Y no está cubierta de ellos —. Él lo sabía, porque había visto cada centímetro de ella—. Tiene exactamente tres. El número cinco en el interior de su muñeca, una pieza de hiedra en su brazo y hombro y un pequeño corazón en su tobillo izquierdo.

La mirada de Birdie se estrechó con sospecha. —¿Cómo sabes eso?

—Porque Ivy Kincaid es la mujer con la que me voy a casar. ¿Realmente necesito explicar cómo sé sobre sus tatuajes?

Los ojos de Birdie se redondearon. —¡Hank!

—Ivy vendrá hoy aquí, e iremos a almorzar. Si eres algo *menos* que amable con ella, te despediré de verdad. ¿Entiendes?

Asintió, en silencio. Pero el silencio solo duró unos segundos. —¿Te... gusta ella?

—Sí.

—¿Es ella la razón por la que sonreías esta mañana?

—Lo es.

Birdie se tomó un momento para meditar sobre eso. —Si ella te hace sonreír, entonces me gusta eso. Pero más le vale ser una buena esposa para ti o tendré unas cuantas palabras para ella. No puedes impedirme hacer eso.

—Me preparó una cena con bistec anoche. Horneó un pastel de chocolate desde cero.

Birdie resopló. —Muchas mujeres hornean. Eso no significa que sea la adecuada para mi sobrino.

Se inclinó hacia adelante. —Escúchame. Ivy está en la misma situación que yo, pero da la casualidad de que nos llevamos bien.

La barbilla de su tía se elevó un poco más en el aire. —Aparentemente, si has visto *todos* sus tatuajes.

—Ella tiene suficientes problemas sin añadir a mi tía loca a la mezcla. Sé amable. O tendrás *mucho* tiempo libre —. Señaló hacia la oficina principal—. Café.

Se levantó y recogió su bolsa, marchándose sin decir otra palabra. Regresó un minuto después con un sobre manila en la mano. —Esto estaba en mi escritorio. Tiene tu nombre. Y *no estoy* loca.

—¿De dónde vino?

Se encogió de hombros. —Alguien debió dejarlo cuando estábamos hablando.

Lo tomó de ella. —¿Ya está listo el café?

—Estoy trabajando en ello, niño ingrato.

Sonrió con sorna mientras ella salía. "Sheriff Merrow" estaba garabateado en la parte frontal del sobre con una letra apenas legible, la tinta negra del bolígrafo un poco manchada, pero no lo suficiente como para distinguir una huella digital.

Golpeó el contenido del sobre hacia abajo, luego abrió la parte superior con su navaja de bolsillo. Sacó tres fotos granuladas de teléfono celular que habían sido impresas en papel normal de impresora. Cada una mostraba lo mismo.

Ivy con un niño pequeño. Tenía que ser Charlie. Hank estudió las fotos, la sensación de que estaba viendo un momento privado le dio un segundo de inquietud. Obviamente ella no sabía que estas fotos estaban siendo tomadas.

Parecía que estaban fuera de una escuela. Charlie era delgado. Un chico bajo. Hank negó con la cabeza, la simpatía por el niño ya creciendo. La forma en que Charlie sonreía a Ivy dejaba claro que el niño adoraba a su madre.

Hank contempló las fotos. Alguien las había entregado por alguna razón. ¿Pensaban que Ivy no le iba a decir sobre Charlie? ¿Que al mostrarle estas fotos a Hank, crearían problemas? ¿Por qué otro motivo serían entregadas sin una palabra?

Levantó las fotos e inhaló. Apestaban a cambiante. Lo cual no hacía mucho para reducir el campo de sospechosos.

Las guardó, casi olvidándose de ellas hasta horas más tarde cuando Ivy llegó. Su voz en el área de recepción lo hizo levantarse de su escritorio. Abrió la puerta de su oficina y se apoyó contra el marco, absorbiendo la elegante gloria que era su futura esposa.

Preciosa con jeans y una camiseta negra con tachuelas plateadas a lo largo del escote, estaba parada frente al escritorio de Birdie, mordiéndose el labio y con aspecto de querer salir corriendo.

Probablemente porque Birdie la estaba interrogando. —Así que te vas a casar con mi Hank, ¿verdad? ¿Cuántas veces te has casado antes? ¿Qué tipo de ama de casa eres? Sabes que a él le gusta una casa ordenada...

—Birdie —. Hank ladró el nombre de su tía como una orden.

El interrogatorio terminó rápidamente cuando Birdie se dio la vuelta. Ni una pizca de culpa coloreó su rostro, la vieja arpía. —Estaba a punto de hacerte saber que tu *prometida* está aquí.

—Ya lo veo. Deja de acosarla.

La boca de Birdie se tensó en una línea dura. Miró a Ivy e inclinó la cabeza hacia el espacio detrás de él. —Ven a la oficina un segundo.

Ella hizo lo que le pidió. Cerró la puerta tan pronto como ella estuvo dentro y la atrajo hacia un beso, incapaz de evitar tocarla un poco mientras lo hacía. Un suave y posesivo gruñido se escapó de su garganta, y mordisqueó su labio inferior.

Ella aspiró aire y empujó contra su pecho, sus ojos medio dorados con lo mismo que él estaba sintiendo. —No es que ese no haya sido el mejor saludo que he tenido en mucho tiempo, pero ¿qué te ha pasado?

Honestamente no lo sabía. Nunca se había sentido tan fuera de control antes en su vida. —Tú.

Ella permaneció en sus brazos, entrecerrando los ojos mientras lo recorría con una mirada lánguida. —Creo que es la fiebre lunar.

—Tal vez —. Le dio unos centímetros de espacio pero no la soltó completamente—. ¿Quieres que pare?

Frunció los labios como si estuviera tratando de no reír. —No. Es bastante agradable tener a un tipo como tú todo acalorado por esta humilde servidora.

Él resopló. —¿Esta humilde servidora?

Ella se echó hacia atrás y frunció el ceño. —¿Qué se supone que significa eso?

—No eres una pequeña flor delicada. Lo cual me gusta —. Le agarró las caderas—. Eres alta y fuerte, y no podría pedir más. Es agradable estar con una mujer que no siento que voy a romper.

Sus ojos se entrecerraron y mantuvo su distancia. —¿Estás diciendo que has estado con muchas mujeres?

—No —. La soltó, preguntándose qué pensaría de su largo y autoimpuesto período de sequía.

—¿Arruiné el momento?

Negó con la cabeza. —No he estado con una mujer en cuatro, tal vez cinco años.

Ella pareció un poco horrorizada. —¿Por qué? Ciertamente no hay nada malo físicamente en ti que te impida... disfrutar.

Se encogió de hombros y sacó una de sus sillas de oficina para ella antes de sentarse en el borde de su escritorio. —No quería involucrarme porque sabía que este día podría llegar.

Tomó la silla y le sonrió radiante. —Así que básicamente, ¿me estabas esperando?

Él se rio suavemente. —Sí, supongo que lo estaba.

Viéndose muy complacida con esa respuesta, parpadeó sus grandes ojos marrones hacia él. —¿Dónde me llevarás a almorzar?

—A Howler's.

Ella rodó la mirada hacia el techo. —Oh, genial, la escena del crimen.

—¿Quieres ir a otro lugar? Pensaba que podrías conocer mejor a Bridget si nosotros...

—Está bien. Soy una chica grande, como dijiste —. Sonrió—. Puedo manejarlo.

—Bien, porque después del almuerzo, tengo una sorpresa para ti.

Ella se animó. —¿Más cortejo?

—Se podría decir eso. Hablando de sorpresas, recibí una entrega hoy —. Alcanzó detrás de él y sacó el sobre. Dejó caer las fotos en su mano—. Supongo que este es Charlie.

Ella miró las fotos, su boca abriéndose lentamente mientras la preocupación enmarcaba sus ojos. —Sí, ese es Charlie. En la escuela. ¿Quién entregó esto?

—Ni idea. Aparecieron en el escritorio de Birdie cuando salió a la tienda.

Ivy se puso rígida, su cuerpo de repente tenso como un muelle. —¿Por qué alguien haría eso?

—Para causar problemas. No hay otra razón.

Ella maldijo en voz baja. —No me gusta la idea de estar siendo observada así.

—Me lo imagino —. Era una violación de su privacidad, aunque no un delito como tal—. ¿Crees que Charlie está en peligro?

Una sombra oscura pasó por su mirada antes de que negara con la cabeza y mirara hacia otro lado. —Está con mis padres.

Pero no había ningún tono de seguridad en su voz.

Ella se preocupó por la costura de la pierna de sus jeans. —¿Crees que alguien está tratando de impedir que nos casemos?

—Tal vez. ¿Quién se beneficia si se cancela la tregua?

—Nadie, realmente. Beneficia a ambas familias, según lo veo. A la mía más que a la tuya. No es que piense que alguien de tu lado esté detrás de esto.

Asintió, feliz de que hubiera dicho eso. —Yo también lo veo así, pero piénsalo, y si se te ocurren nombres, házmelo saber.

—Lo haré —. Su boca se arrugó hacia un lado—. No me gusta nada esto.

Arrojó las fotos sobre el escritorio, luego extendió la mano, tomó la de ella y se la apretó. —Ya te he dicho que estoy dentro. Nada me hará cambiar de opinión.

Ella lo miró fijamente. —Lo mismo para mí —. Sus palabras fueron vacilantes.

—¿Por qué escucho un 'pero' en esa respuesta?

Ella suspiró largamente. —Mi familia y mi manada tienen muchos... elementos poco honorables.

Sus hackles se elevaron. —¿Crees que estás en peligro? ¿Quién se beneficiaría de hacerte daño a ti o a Charlie?

Negó con la cabeza y sonrió, pero pareció forzado. —No se me ocurre nadie. Estoy segura de que no es nada. Lamento que haya sucedido esto. Probablemente solo alguien siendo tonto.

—Definitivamente es eso. Y si alguien intenta hacerte daño, descubrirán muy rápidamente qué mala idea es esa —. La puso de pie y la acercó para que quedara entre sus piernas—. Nadie va a hacerte daño, y nadie va a interponerse en el camino de este matrimonio, siempre y cuando eso sea lo que quieras.

Su sonrisa se suavizó en algo genuino. —Lo es.

Él trazó un suave beso sobre esa sonrisa. —Bien. Ahora vamos a almorzar donde todo el pueblo pueda vernos. Estoy seguro de que Birdie ya le ha contado a todos los que se le ocurren y lo ha publicado en su página de Facebook, así que prepárate para visitas a la mesa.

—Pueblos pequeños —dijo ella con conocimiento de causa.

Él tomó su sombrero. —Eso y también va a haber mucha curiosidad sobre la mujer que piensa que soy una buena opción.

Ella se rio mientras él abría la puerta, un sonido feliz que se alegró de escuchar de nuevo. Si estas fotos eran el comienzo de algo más grande e Ivy terminaba en peligro, muy fácilmente dejaría su placa atrás para lidiar con sus atormentadores de manera permanente.

Y si pensaban lo contrario, eran unos tontos.

Capítulo Diez

Ivy se sorprendió de lo acertado que había estado Hank sobre las visitas a la mesa. Todo tipo de personas se acercaron, demostrando que el Howler's era una opción muy popular tanto para los lugareños como para los turistas. La variedad de seres sobrenaturales presentes también era bastante asombrosa. Después de la novena interrupción, Bridget comenzó a intervenir como barrera, lo que hizo que Ivy la apreciara aún más.

El escudo de Bridget finalmente les permitió comer. Mejor aún, Ivy tenía a Hank para ella sola, lo cual era la mejor parte de la comida. Estaban acomodados en un reservado en un rincón privado y él se había sentado a su lado, lo que significaba que ella podía casi esconderse detrás de él si quería. Tal vez ese había sido su plan. Mantenerla oculta en caso de que hubiera algún tipo de peligro.

Pensó en las fotos por un momento, en lo que podrían significar y de quién podrían ser, pero no pudo sacar muchas conclusiones. Alguien quería que Hank supiera sobre Charlie, eso era evidente, pero ¿quién? ¿Existía la posibilidad de que Charlie estuviera en peligro? Eso hizo que su instinto maternal sonara en alarma y su anhelo por su hijo se intensificó. Sacó su teléfono y le envió un mensaje a su hermano, Sam.

¿Puedes ver cómo está Charlie cuando tengas un momento? ¿Asegurarte de que esté bien? Gracias.

No significaba que Sam lo fuera a hacer, pero no tenía a nadie más a quien pedírselo. En cuanto a estar en peligro inmediato, era

difícil tener miedo de algo estando sentada junto a un hombre lobo del tamaño de Hank.

Él señaló su comida con una patata frita. —¿Qué tal tu ensalada con bistec?

Ella se rio. —¿Te refieres a ese medio kilo de solomillo con las dos hojas de lechuga y la rodaja de tomate? Tu hermana no escatima en carne, ¿verdad? Está genial —y ya casi se había terminado. Ser feliz le daba apetito, y era difícil no ser feliz junto a un hombre que estaba loco por ella. La única pieza del rompecabezas que faltaba era Charlie. Su corazón dolía por su ausencia.

—Estoy bastante seguro de que te dieron el trato de amigos y familiares.

—¿Cuál de los dos me hace eso a mí?

—Ambos —sonrió antes de meterse en la boca las últimas patatas fritas—. ¿Estás bien?

Ella asintió. —Estoy genial —solo quería a su hijo a su lado. A salvo. Y donde pertenecía.

Bridget se acercó a la mesa y puso dos cuencos de crumble de melocotón delante de ellos. Una generosa bola de helado de vainilla se derretía en cada uno. —Todavía está caliente del horno, así que tened cuidado.

—¿Más comida? —Ivy se recostó, preguntándose si debería desabrochar sus vaqueros—. No estoy segura de poder.

—Al menos pruébalo —Hank le entregó una cuchara—. El crumble de melocotón de aquí es legendario.

Bridget se apoyó contra el lateral del reservado. —Puedo ponerlo para llevar si quieres.

Pero los aromas a melocotón y canela ya estaban tentando la nariz de Ivy, haciéndole la boca agua. —Me esforzaré.

—Ese es el espíritu —Bridget sonrió—. ¿Necesitáis algo más?

Hank miró a Ivy.

Ella negó con la cabeza. —Todo ha sido maravilloso, gracias.

Bridget retrocedió, señalando a su hermano. —No lo olvides. Cena en casa de Titus esta noche.

Hank gruñó. —Sí, de acuerdo —se metió una cucharada de crumble en la boca.

Cuando Bridget volvió a la barra, Ivy le preguntó: —Titus es tu hermano, ¿verdad?

—Mi hermano y el jefe de bomberos. Todos nos reunimos en su casa la semana de la luna llena para cenar y salir a correr. No hay forma de evitarlo. No con lo que está pasando entre nosotros. Querrá conocerte en persona, porque estoy seguro de que Bridge le ha contado todo.

Un pequeño atisbo de ansiedad recorrió los nervios de Ivy. Comió un poco de crumble en un intento de sofocar esa sensación. El helado frío y los melocotones dulces y calientes con la corteza esponjosa y azucarada la hicieron detenerse un momento para disfrutarlo. —Vaya, no exagerabas sobre que el crumble es legendario —tomó otro bocado solo para asegurarse de que no era casualidad, luego respondió—. No tenemos por qué evitarlo. Estoy segura de que será divertido. Y debería conocer a tu hermano. Tarde o temprano tendré que conocerlo de todas formas. ¿Crees que le caeré bien?

—No tienes nada de qué preocuparte. Lleva años insistiendo en que encuentre una mujer.

—Entonces debería irme a casa pronto. Prepararé un postre para llevar, aunque no estoy segura de poder competir con el crumble de tu hermana.

Hank negó con la cabeza. —Ella no hizo ese crumble. Solo paga el salario del chef que lo hizo. Cualquier cosa que quieras hacer estará bien. O podrías comprar algo. Hay una nueva tienda en Black Cat Boulevard llamada Delaney's Delectables. Venden todo tipo de dulces. La mujer que la dirige es bastante nueva en la ciudad, como tú. Es una vampira.

Ivy lo miró fijamente. —Una cosa es saber que Nocturne Falls es bastante abierta con respecto a los seres sobrenaturales, y otra es escuchar que se habla de ellos como ciudadanos normales.

Él se encogió de hombros. —Los turistas piensan que todos estamos interpretando papeles. Hace que la vida sea mucho más fácil que intentar ocultar quién eres.

—¿Y qué pasa si un visitante se da cuenta de que no estás interpretando un papel?

—¿Recuerdas la cascada de la que bebimos durante nuestra carrera?

—Claro.

—Esa agua proviene de un manantial encantado. Los humanos creen que beber el agua de ese manantial tiene el poder de conceder deseos. Lo que el agua realmente hace, gracias a la magia involucrada, es difuminar un poco los bordes de la realidad.

—¿Cómo puedes estar seguro de que todos la beben?

—Ese manantial alimenta el reservorio de la ciudad y es el agua embotellada que verás a la venta en todas las tiendas. Está en todas partes.

—¿Y solo afecta a los humanos?

—Los seres sobrenaturales son inmunes.

—Vaya —este lugar era increíble.

Él asintió y tomó otro bocado de crumble.

Ella levantó su cuchara, luego hizo una pausa. —¿Cómo sabes que está encantada?

—La familia que fundó este pueblo lo hizo. En realidad, la bruja que trabaja para ellos. Es gran parte de lo que hace que todo este lugar funcione.

—Esa no es la familia Merrow, ¿verdad?

Él resopló. —No. Nocturne Falls fue fundada por los Ellingham. Vampiros. ¿La mujer que dirige Delaney's? Acaba de casarse con el hijo del medio, Hugh Ellingham.

—Podría ir allí solo para ver a una vampira en persona —nunca había visto uno antes, y su curiosidad era fuerte. Se encogió de hombros—. Supongo que tendré que esperar hasta después del anochecer.

Él terminó su crumble y puso su servilleta sobre la mesa. —Puedes ir en cualquier momento. Los Ellingham también tienen algún tipo de magia que los hace inmunes al sol.

—Increíble. Iré cuando terminemos —dejó la cuchara en la mesa —. Los Ellingham parecen poderosos.

—Lo son. Pero no abusan de su poder —la rodeó con su brazo, acercándola—. Basta de hablar de ellos. Es hora de tu sorpresa.

Ella se acomodó contra su calidez. —¿Quieres decir que no era el crumble?

—Para nada —la chispa en sus ojos era una mezcla de felicidad y anticipación—. ¿Estás lista para descubrir qué es?

Ella sonrió, sin poder evitarlo. No tenía idea de qué podría estar tramando. —Que comience el cortejo.



Hank pensó que cuando entraran en Illusions, Ivy sabría que habían ido allí para conseguirle un anillo de compromiso y la sorpresa terminaría. Se había equivocado.

Ella se inclinó hacia él y susurró: —¿Es esto para conseguirme un trabajo? Este sería un lugar muy interesante para trabajar.

—¿Un trabajo? No —la guio hacia la vitrina de diamantes—. Se trata de conseguirte un anillo.

Los labios de Ivy se separaron, con incredulidad grabada en su mirada. —¿Qué?

—¿Esa pregunta es porque crees que debería haberlo elegido por mi cuenta o porque no pensaste que te iba a comprar un anillo?

—Yo... —sacudió la cabeza y parecía estar tratando de parpadear para contener las lágrimas—. No esperaba un anillo, eso es todo.

—Mejor aún —señaló hacia la vitrina—. ¿Ves algo que te guste?

Willa, la dueña y una de las ciudadanas fae del pueblo, los recibió al otro lado. —Hola, Sheriff.

Él había llamado con antelación para avisarle para qué iba. —Willa Iscove, esta es Ivy Kincaid. Mi prometida.

Willa le sonrió. —Hola, Ivy. Felicidades a ambos por vuestro compromiso.

Ivy asintió y logró decir un débil: —Gracias —se aclaró la garganta, luego volvió a hablarle a Willa—. ¿Podrías darnos un minuto?

—Claro. Hacedme una señal cuando estéis listos —Willa se fue a atender a otro cliente.

—Hank, no sé sobre esto.

Él frunció el ceño. —¿Estás teniendo dudas sobre casarte conmigo?

—¡No!

Su respuesta enfática le complació pero lo dejó más confundido. —¿Entonces qué pasa?

Ella mantuvo su voz baja. —No deberías gastar tu dinero en... quiero decir, te estás haciendo cargo de mí *y* de mi hijo. Simplemente no quiero que pienses que soy... —suspiró—. Esto no me está saliendo bien. No necesito nada más que una banda sencilla.

—Mi esposa necesita más que una banda sencilla. Quiero que otros hombres *sepan* que estás casada. Y no te preocupes por el dinero. O por el costo adicional de tu hijo. Estoy bien en cuanto a finanzas. No tan bien como los Ellingham, pero acomodado. Además de ser sheriff, lo que paga bien en este pueblo, tengo mi estipendio —todos los miembros de la manada lo tenían, pero como miembro inmediato de la familia del alfa, el suyo era aproximadamente el doble de esa cantidad.

Su ceño aún no había abandonado su rostro. —Pero no estoy aportando nada a este matrimonio excepto deudas. Todavía tengo algunos préstamos estudiantiles.

Él no entendía. —¿Tus padres no pagaron tu universidad?

—Mi padre no quería que fuera a la universidad, así que no, no pagó. Y cortar pelo apenas era suficiente para vivir después de hacer los pagos mínimos.

Algo no cuadraba. Hank esperaba que Ivy no fuera una de esas mujeres que se endeudaban comprando compulsivamente. Una imagen de su Harley relampagueó en su mente. —¿Qué hay de tu estipendio? Pensaría que el negocio del whisky genera suficientes ingresos para mantenerte bien. A menos que no lo estés gastando sabiamente.

Su ceño se volvió enojado, y él pudo notar que había tocado un punto sensible. —Con el poco dinero que tengo, soy muy cuidadosa.

Y *si* recibiera un estipendio, tal vez las cosas serían diferentes, pero no lo recibo. El estipendio Kincaid solo va a los varones.

—¿Hablas en serio? —Clemens Kincaid era un pedazo de basura despreciable. ¿Cómo podía no proveer para su hija? ¿O para el resto de las mujeres de su manada? Compartir el estipendio era un procedimiento operativo estándar. Todas las manadas lo hacían. Creaba lealtad y estabilidad.

Ella asintió. —Mis hermanos nadan en dinero. ¿Yo? No tanto.

Eso todavía no explicaba la Softail. —¿Cómo pudiste permitirte esa motocicleta?

Ella resopló. —La heredé de mi abuelo. Y si no hubiera tenido un testamento blindado, no estoy segura de que la hubiera conservado.

—Tu padre es un hombre horrible.

—No tienes ni idea —murmuró.

Él la besó, tanto para calmarla a ella como para calmarse a sí mismo. Clemens Kincaid era suficiente para hacer que cualquiera viera rojo. Hank no podía imaginar cómo Ivy había sobrevivido teniendo a ese hombre como padre. Eso solo alimentaba su deseo de mimarla. —Entonces deberías darme una idea. Cuando te sientas lista. Porque no hay razón para que tengas que cargar con todo eso tú sola. Pero este momento no es sobre él. Estás a punto de ser una Merrow. Es hora de vivir como tal. Elige un anillo.

—¿Estás seguro?

—Elige un anillo o compraré el más ostentoso de la vitrina.

Ella sonrió. —Está bien. Sin presiones.

Él se rio e hizo una seña a Willa para que regresara.

Ivy inmediatamente señaló el diamante más pequeño de la vitrina.

—Ni siquiera intentes ese juego —dijo—. Prueba el de al lado.

—Pero es el doble de grande.

—Y aún no es lo suficientemente grande —se inclinó para susurrarle al oído—. Piensa como una Merrow.

Ella le dirigió una mirada que él interpretó como una súplica de paciencia.

Él captó la indirecta. —Necesito salir y hacer una llamada. Vuelvo enseguida.

Ella asintió, con su interés completamente centrado en la bandeja de anillos que Willa acababa de sacar. Él salió de la tienda, sacando su teléfono mientras se iba.

Llamó a Birdie. —¿Algún mensaje?

—Escuché que tuviste un buen almuerzo.

Honestamente, ¿cómo se enteraba esta mujer de estas cosas? Probablemente solo estaba tanteando. Él no iba a picar. —No *sobre* mí. *Para* mí.

—El Agente Cruz consiguió una cita para el Baile de Zombis.

Hank se pellizcó el puente de la nariz. —Estos no son los tipos de mensajes a los que me refiero.

Birdie chasqueó la lengua. —No hay nada más ocurriendo. Ni delitos, ni vagabundos, ni siquiera excesos de velocidad. ¿Qué quieres que te diga?

—*Que no hay mensajes* —tomó aire e intentó pensar en cosas tranquilizadoras—. Tengo que irme.

—¿Cómo va la compra del anillo?

Hank apartó el teléfono para mirarlo fijamente. Quizás Birdie era parte bruja. —Adiós —colgó y volvió a entrar.

Tres anillos descansaban en una bandeja de terciopelo entre Ivy y Willa.

—¿Ya has reducido la selección?

Ivy asintió.

Willa sonrió. —La mujer sabe lo que le gusta.

—Puedo apreciar eso —había pensado que esto podría llevar horas. Más pruebas de que Ivy era la mujer adecuada para él.

Ivy lo miró, con ojos suaves y brillantes. —¿Cuál te gusta?

Los anillos se veían todos iguales para él. —Pruébatelos.

Ella obedeció, y él observó su rostro y el brillo en sus ojos. El anillo del medio hacía que brillaran más. Miró las etiquetas. Era el más caro, pero aún estaba dentro de su presupuesto.

Mantuvo su expresión neutral. —¿Cuál te gusta *más* a ti?

—Todos son bonitos —pero su mirada permaneció fija en el segundo.

—Eso no me ayuda. Soy un hombre. Para mí podrían ser el mismo anillo.

Con una ligera vacilación, tocó el primero y menos costoso. —Este es muy bonito.

Miró a Willa. —Habrá que ajustar el tamaño del anillo, ¿verdad?

Ella asintió. —Puedo hacerlo hoy mismo.

—Muy bien. Guarda esos tres y te llamaré cuando regrese a la comisaría para decirte cuál nos llevamos.

Ivy lo miró fijamente, con su dulce boca curvada en una media sonrisa. —Eres un pícaro.

Él sonrió. —Debe haber alguna sorpresa —le tomó la mano—. Gracias, Willa. Me pondré en contacto.

Ivy se despidió mientras él la guiaba fuera de la tienda. —Ella es agradable. Fae, ¿verdad?

—Mmm-hmm.

—Este pueblo es bastante genial. La gente es amable, en su mayoría, y...

Una señal de alarma sonó en su cabeza. Se detuvo en medio de la acera, dejando que los turistas fluyeran a su alrededor. —¿Alguien aquí ha sido grosero contigo?

—No. Ayer en el Shop & Save alguna mujer quería saber qué estaba haciendo yo bajándome de tu coche —se encogió de hombros—. Cosas de pueblo pequeño. No es gran cosa.

Él comenzó a caminar de nuevo. Ella se puso a su lado. Los chismosos del pueblo no eran una amenaza real. —Si alguien activa tu sexto sentido, házmelo saber.

—Lo haré.

—¿Dónde está tu moto?

—En el estacionamiento gratuito junto a la biblioteca.

—Te acompañaré hasta allí. Estaciona en la comisaría de ahora en adelante.

Ella lo miró fijamente. —Me estás asustando. Para ya.

Cruzaron la calle y caminaron hacia su moto. El tráfico se detuvo para él instantáneamente. El poder del uniforme. —Quiero que estés a salvo. Eso es todo.

Ella entrelazó su brazo con el suyo. —Lo sé. Es agradable. Pero estaré bien. No es como si no pudiera protegerme. Tengo todas las mismas fuerzas de cambiaforma que tú.

Él asintió mientras se detenían junto a su motocicleta. —Esa posesividad alfa está integrada en mí. No puedo evitarlo.

Ella se peinó el cabello hacia atrás con los dedos y comenzó a trenzárselo. —Oye, quería preguntar. ¿Qué son todos esos carteles del Baile de Zombis?

—Es el evento de junio del pueblo. Hay una gran actividad cada mes. Es por eso que hay tanta gente alrededor ahora mismo.

—¿Tú vas?

—No siempre, pero este año, sí. Rotamos el turno de seguridad. Me tocó la pajita corta esta vez.

—No es lo tuyo, ¿eh? —ató la trenza y desbloqueó su casco.

—Hice el baile de graduación en la secundaria. Fue suficiente. ¿Y maquillarme de zombi? No es para mí.

Ella asintió, con el casco en la cadera. —No puedo imaginármelo.

Él captó la nostalgia en sus ojos y se dio cuenta de lo denso que era. Otra vez. —¿Te... gustaría ir conmigo este año? Estaré de servicio, pero no hay ninguna regla que diga que no puedo llevar una cita.

Su sonrisa fue suficiente respuesta. —Me encantaría. Es este fin de semana, ¿verdad?

Él asintió. Verla toda arreglada haría que la noche fuera mucho más llevadera. —La noche después de la luna llena. ¿Tienes un vestido?

—No, pero ya encontraré algo —se puso el casco—. Y solo para que conste, no creo que tu posesividad tenga nada que ver con que seas el siguiente en la línea para alfa. Nunca he conocido a un cambiaforma que no lo fuera.

—¿Demasiado?

Ella sonrió y lo besó. —No. Pero te lo haré saber.

Él le devolvió el beso. No tan profundamente como le habría gustado, pero estaban prácticamente en medio del pueblo. —Saldremos para la casa de Titus alrededor de las seis y media.

Ella se subió a la motocicleta. —Entonces necesitas estar en casa a las cinco y media.

—No me toma tanto tiempo prepararme.

Ella encendió el motor y sus ojos se volvieron dorados con deseo. —No se trata de que tú te prepares.

Una descarga de necesidad lo atravesó, y su boca se abrió, pero estaba demasiado aturdido de felicidad para responder. En cambio, simplemente asintió mientras ella se alejaba, sonriendo y preguntándose cómo había tenido tanta maldita suerte.

Capítulo Once

La expresión en la cara de Hank había sido única. Prácticamente había estado riendo tontamente todo el camino a casa, pero esa risa rápidamente se transformó en fantasías sobre todas las cosas que iba a hacerle. Ese hombre era *increíble*. Y luego estaba la sorpresa del anillo. Nunca pensó que un anillo sería parte de la ecuación, pero el hecho de que él insistiera en ello realmente hacía sentir que se estaba tomando este matrimonio en serio.

Si no estuviera ya loca por él... pero había ido mucho más allá de estar loca por él.

Su única opción ahora era descubrir cómo sobrevivir al inevitable corazón roto.

Entró con el coche en el camino de entrada de la casa de él — ¿su casa? No, aún no podía dar ese salto. Seguía siendo la casa de él y lo sería por un tiempo. Tal vez siempre, una vez que se enterara de los problemas de Charlie.

Pero por ahora, iba a fingir que todo estaba bien y que el hombre del que *definitivamente* se estaba enamorando aceptaría mágicamente a su hijo, con defectos y todo.

Se bajó de la moto y se acercó al teclado numérico al lado del garaje para introducir el código que él le había dado cuando algo en el porche delantero llamó su atención. Hank había recibido algunos paquetes. Bueno, no *exactamente* paquetes.

Subió los escalones para investigar. Uno era un jarrón con un hermoso ramo de flores, todo envuelto en una nube de papel de

seda. Un sobre del tamaño de una tarjeta de visita estaba pegado al frente. Y su nombre estaba escrito en él.

Quitó la nota y la abrió.

Eres más bonita que el GTO. -Hank.

Se rió, no solo porque le había enviado más flores, sino porque el mensaje era tan... tan él. Ese hombre.

El segundo paquete era una cesta cubierta con un paño de cocina a cuadros. Levantó el paño. Dentro había un plato con galletas cubiertas con film transparente. Una nota colgaba de una cinta roja atada al asa de la cesta. ¿Hank también le había enviado galletas? Tal vez era algo que hacía la floristería.

Hank acababa de mencionar esa nueva tienda. Delicias de Delaney. ¿Quizás estas venían de allí? Examinó detenidamente las galletas. Parecían bastante normales. ¿Podrían haber sido realmente hechas por una pastelera vampiro? Menuda novedad.

Echó un vistazo a la nota. La escritura era una extraña combinación de florida y temblorosa, como la caligrafía de una anciana, que bien podría pertenecer a un vampiro. ¿No tenían todos como mil años? Ivy apenas logró entender lo que decía.

Bienvenida al vecindario, Ivy.

Mmm. Si no eran de la floristería, podrían ser de alguno de los vecinos de Hank. ¿No era eso amable? Miró alrededor a las otras casas. Pensar que alguien había hecho galletas para ella. Nunca en su vida había vivido en un lugar donde los vecinos hicieran cosas así. Tal vez era porque Hank era el sheriff. Cualquiera que fuera la razón, era dulce. No podía esperar a mostrárselo a Hank cuando llegara a casa.

Arregló el paño de cocina sobre las galletas, luego agarró la cesta por el asa y tomó el jarrón de flores con la otra mano. Entró a la casa por el garaje, colocando las galletas y las flores en la encimera de la cocina, luego volvió para meter su moto y cerrar la puerta del garaje.

Se puso a hacer un bizcocho de naranja. La receta era de su madre, excepto por la parte de la naranja, que Ivy había añadido por su cuenta. Los ingredientes simples —mantequilla, harina,

azúcar, huevos y ralladura de naranja— eran prácticamente todo lo que Ivy tenía a mano a menos que hiciera otro viaje al Shop & Save.

Cuando la masa estuvo mezclada y vertida en un molde Bundt, algo que Bridget sin duda había añadido a la cocina de Hank, Ivy metió el pastel en el horno y luego limpió. Trabajo terminado, fue a su dormitorio para estudiar sus escasas opciones de ropa y averiguar qué tenía para ponerse que fuera presentable para una cena familiar.

Mientras el aroma del pastel se elevaba hasta el piso de arriba, su estómago comenzó a rugir.

Miró su torso. —¿En serio? El almuerzo fue enorme.

Pero esa era la bendición y la maldición del metabolismo de un cambiante. Después de decidirse por los jeans que llevaba actualmente con la blusa más bonita que había traído, una simple camiseta sedosa en azul cobalto profundo, agarró su teléfono de la cama y bajó corriendo para comprobar el pastel.

Dejó su teléfono en la encimera y echó un vistazo al horno. El pastel iba bien y estaba haciendo que toda la casa oliera increíblemente.

Se dio la vuelta para agarrar su teléfono y se encontró cara a cara con la cesta de galletas mientras su estómago volvía a rugir.

Difícil resistirse a las galletas. Quitó el paño de cocina. La nota decía bienvenida al vecindario, *Ivy*. No Hank. Él ya vivía aquí, no necesitaba ser bienvenido. Eso significaba que técnicamente las galletas eran suyas.

Parecían de chocolate. Sacó el plato de la cesta, levantó el film transparente y olió. Definitivamente de chocolate. Difícil equivocarse con un clásico.

Su estómago gruñó en señal de aprobación.

Comprobó la hora. Al bizcocho le quedaban otros cuarenta y cinco minutos en el horno. Hank estaría en casa en una hora y media. La cena era aproximadamente una hora después de eso.

Tiempo de sobra para comer algunas galletas sin arruinar su apetito.

Dejó el plato, luego se sirvió un gran vaso de leche y se sentó en la barra.

Sacó una de las galletas de debajo del film transparente y le dio un gran mordisco. Crujiente, achocolatada y... dejó de masticar. Había un regusto extraño. Nada que reconociera.

El entumecimiento se extendió por su lengua y boca.

Corrió al fregadero y escupió los restos de la galleta, pero ya había tragado algo.

El entumecimiento se hundió en sus músculos. Sus rodillas se doblaron. Metió la mano en el bolsillo trasero para buscar su teléfono, dándose cuenta de que lo había dejado en la encimera junto a la cesta.

El teléfono de la cocina estaba más cerca. Apenas lo alcanzó, desplomándose en el suelo mientras su mano se cerraba sobre el auricular y lo arrancaba de la base. Sus músculos se estaban agarrotando, convirtiendo sus dedos en rígidos e inútiles dígitos, pero logró marcar el 911.

—Hola, aquí el 911. ¿Cuál es su emergencia?

Abrió la boca y no salió nada, sus cuerdas vocales congeladas mientras el veneno la anestesiaba. Golpeó el teléfono contra el suelo, esperando que fuera suficiente. Un segundo después, el teléfono se cayó de sus inútiles manos.

La oscuridad se arremolinó alrededor de los bordes de su conciencia, arañándola. Se aferró a la voluntad de vivir, concentrándose en los rostros de las únicas dos personas que alguna vez le habían traído felicidad, Charlie y Hank.

Luego el veneno se los llevó también a ellos.



¡Hank! El agudo grito de Birdie llenó la recepción.

Se inclinó por un lado de su escritorio para poder hacer contacto visual con Birdie a través de la puerta abierta de su oficina. —Ese teléfono tiene una función de intercomunicador.

Ella lo señaló con el teléfono. —Pero estás justo ahí.

—¿Tengo una llamada?

—Sí —apoyó el teléfono contra su hombro—. El centro de comunicaciones acaba de llamar con una posible llamada falsa al 911 desde tu dirección.

Hank se levantó de un salto. —Y un cuerno que es una broma —Ivy no haría eso—. Voy para allá, pero avisa por radio al ayudante Cruz y envíalo también —Agarró su sombrero y corrió hacia su coche patrulla. Nada en sus entrañas le decía que esto fuera una broma. Lo que fuera que estaba pasando era intencional, podía sentirlo. ¿La llamada cortada en su casa, luego las fotos de Charlie y ahora esto? No era una coincidencia.

Hizo el viaje a su casa en tiempo récord. Nada parecía estar mal. Abrió el garaje y entró justo cuando Cruz se detenía en el camino de entrada detrás de él.

Cruz saltó del coche. —¿Qué está pasando?

Hank negó con la cabeza. —Haz una comprobación del perímetro. Yo aseguraré el interior.

Cruz asintió y comenzó a rodear la casa.

Hank atravesó el cuarto de lavado y comprobó ambas direcciones antes de proceder hacia la cocina. La casa olía bien. Debía haber estado horneando. ¿Habría habido un incendio en la cocina? No olía a humo. —¿Ivy?

No hubo respuesta. ¿Dónde estaba? Puso su mano sobre su arma reglamentaria mientras doblaba la esquina.

Y vio un cuerpo.

Ivy estaba tendida en el suelo, con el teléfono cerca de su mano derecha.

Llamó a gritos a Cruz mientras se arrodillaba y la tomaba en sus brazos. Estaba respirando. Apenas. —Ivy, ¿puedes oírme?

Nada.

Apretó la radio en su hombro. —Envíen una ambulancia aquí ahora.

La radio crepitó con la confirmación del despachador.

Una espuma de saliva salpicaba la comisura de la boca de Ivy. Se inclinó y olió, luego retrocedió al reconocerlo. Dulce y amargo.

El amargo lo reconoció. Acónito, una hierba fatal para los hombres lobo.

Cruz entró corriendo. —¿Qué pasó...? Llamaré a una ambulancia ahora mismo.

—Ya la he llamado.

—Traeré el botiquín de primeros auxilios —dijo Cruz.

—No tiene sentido —le dijo Hank—. Es acónito —La sostuvo cerca, la rabia arremolinándose a través de él como una tormenta.

Cruz aspiró bruscamente. —Eso es fatal para los de tu especie, ¿no?

—Puede serlo —Pero no esta vez. Por favor, no esta vez.

Cruz se arrodilló junto a Hank. —Tiene que haber algo que podamos hacer.

—Llevarla al hospital para que le hagan un lavado de estómago, pero eso es todo. Rezar para que no haya ingerido demasiado y esperar que pase —Entonces encontraría a quien hizo esto y lo mataría.

—¿Alguna idea de cómo sucedió esto?

—Alguien le hizo esto, así es como pasó —Hank se obligó a mirar a Cruz—. ¿Encontraste algo sospechoso alrededor de la casa?

—Solo estaba a la mitad cuando me llamaste. Terminaré —Se puso de pie y dio unos pasos, pero no fue muy lejos. Hank no podía ver lo suficiente de él para saber qué estaba haciendo. No importaba. Solo la supervivencia de Ivy importaba.

—Jefe, tal vez quiera ver esto.

Aún sosteniendo a Ivy, Hank se puso de pie.

Cruz señaló la encimera. —¿Estas cosas ya estaban aquí?

—Yo le envié las flores, pero no reconozco el resto —Junto al ramo de la floristería había una cesta con asa cubierta con un paño rojo. A su lado había un vaso de leche y un plato de galletas. El film transparente estaba perturbado, y una galleta parcialmente comida yacía junto al plato entre un montón de migas.

El teléfono de Ivy también estaba allí. Lo agarró y se lo metió en el bolsillo. —Trae el kit de la escena del crimen. Empaqueta la cesta, el paño y las galletas.

Las sirenas aullaban en la distancia. La ayuda estaba en camino.

—Entendido, jefe —Cruz corrió al coche para buscar sus cosas.

Hank inclinó la cabeza para susurrar al oído de Ivy. —Quédate conmigo, cariño. Lucha. Sé fuerte.

El acónito era mortal. Quienquiera que hubiera hecho esto sabía exactamente lo que era Ivy. También tenían que saber que matarla significaría que no habría matrimonio, y que la ausencia de matrimonio significaría que no habría tregua.

Pero si Ivy no lo lograba, la ausencia de tregua iba a ser una preocupación menor para el responsable.

Ser el número uno en la lista negra de Hank? Eso sí era algo de lo que preocuparse.

Capítulo Doce

A pesar de estar acompañado por Bridget y Titus, Hank no podía sentarse. Caminaba de un lado a otro en la sala de espera del hospital, su cuerpo presente, su mente en otra parte. Cruz había encontrado una nota adjunta a la canasta cuando recolectó las pruebas. El laboratorio estaba analizando las galletas y la nota, pero Hank tenía la sensación de que, aparte de la presencia del acónito que ya conocían, no se encontraría nada más.

Le daban ganas de golpear algo. Repetidamente.

—¿Sheriff Merrow?

Hank dejó de caminar y se dio la vuelta. El médico de Ivy estaba frente a él. El rostro del hombre era indescifrable, lo que encendió nuevas alarmas en la cabeza de Hank.

—¿Cómo está?

—Descansando cómodamente. Le hemos hecho un lavado de estómago y le hemos administrado un sedante suave, así que probablemente dormirá hasta mañana.

—Quiero verla. Y voy a poner a un agente en la puerta para asegurarme de que no haya otro intento contra su vida.

—Está bien, pero en cuanto a verla... —El médico negó con la cabeza—. No está en condiciones de responder preguntas...

—No quiero interrogarla, idiota, quiero *verla*.

Bridget se levantó de un salto y agarró el brazo de Hank.

—¿Tal vez podríamos tener esta conversación fuera de la sala de espera?

Sin esperar respuesta, los empujó a ambos hacia la puerta.

—Doctor, lo que mi hermano intenta decir es que está locamente enamorado de esa mujer, así que si pudiera darle unos minutos con su prometida, se sentiría mucho mejor.

El médico asintió lentamente, como si estuviera tratando con alguien ligeramente loco.

—Cinco minutos. Nada más.

Bridget sonrió ampliamente.

—Cinco minutos. Genial. Gracias.

El médico se fue. Ella le dio un puñetazo en el brazo a Hank y siseó:

—Tío, no puedes ponerte así de lobuno delante de los humanos en la sala de espera. Puede que el médico sepa que somos cambiaformas, pero esa gente de ahí no. Una cosa es en la calle, pero aquí nadie piensa que estás fingiendo ser un personaje.

Hank miró con furia al médico mientras Bridget lo arrastraba de vuelta a la sala de espera.

—Como si pudiera mantenerme alejado de ella.

Bridget volvió a golpearlo.

—¿Me estás escuchando siquiera? Respira, Hank.

Titus resopló y dejó la revista que había estado mirando.

—¿Lo hace alguna vez?

—Estoy escuchando. —Hank tomó una profunda inhalación y lanzó una mirada significativa a Bridget. Pero respirar no ayudaba. Nada ayudaría excepto ver a Ivy—. Quedaos aquí.

Fue por el pasillo hasta la estación de enfermeras.

—¿La habitación de Ivy Kincaid?

—Trescientos veinte, al fondo y a la izquierda.

—Gracias. —Encontró su habitación y se deslizó dentro. Las luces estaban tenues, algún monitor emitía pitidos suavemente y todo el lugar olía a desinfectante.

Ivy yacía en la cama más cercana a la ventana. La otra cama estaba vacía. Por primera vez desde que la había conocido, parecía frágil.

Era un duro recordatorio de que, a pesar de toda su fuerza y habilidades de cambiaformas, seguían siendo vulnerables.

Se acercó a su cama y le tomó la mano, con cuidado del gotero intravenoso. Su piel estaba caliente y seca. Sus dedos se crisparon, pero sus ojos permanecieron cerrados.

—¿Puedes oírme?

Ella asintió, un movimiento lento casi imperceptible, pero un asentimiento al fin y al cabo. Lo siguió con un suave murmullo que podría haber sido su nombre.

Él apretó su mano.

—Estoy aquí.

—Lo siento —susurró ella.

—No te disculpes. Nada de esto es tu culpa. No lo sabías.

Una débil sonrisa curvó su boca. Luego la sonrisa desapareció y sus párpados se abrieron a medias.

—Acónito —murmuró.

Él asintió.

—Lo sé. Voy a descubrir quién te hizo esto.

Sus ojos se cerraron.

—Vale. —Luego su respiración se regularizó y se quedó dormida.

Él se inclinó y besó su frente, presionando sus labios contra su piel febril. La necesidad de justicia lo atravesó como una barra de hierro, fortaleciendo su resolución de encontrar a quien le había hecho esto y hacerles pagar.

La dejó dormir y se dirigió de vuelta a la sala de espera, agarrando su radio y llamando a Cruz.

—Voy a organizar una rotación frente a la habitación de Ivy. Tomaré el primer turno. Tú y Blythe decidid quién va después.

—Entendido, jefe —respondió Cruz.

Cuando Hank entró, Bridget y Titus se pusieron de pie. Bridget habló primero.

—¿Cómo está?

—Aturdida y con fiebre. Ahora está dormida. Sabía que era acónito. Obviamente demasiado tarde para hacer algo al respecto.

Titus gruñó suavemente.

—¿Quién demonios le hace eso a alguien?

—Pienso averiguarlo. —El bolsillo de Hank vibró. El teléfono de Ivy estaba sonando—. Un momento.

El nombre Sam apareció en la pantalla. Contestó.

—¿Hola?

Silencio por un segundo, luego:

—Lo siento, debo tener el número equivocado.

—¿Intentabas comunicarte con Ivy?

—Sí. Ivy Kincaid.

—Entonces tienes el número correcto.

Más silencio.

—¿Eres el Merrow con el que la enviaron a casarse?

—Lo soy. ¿Quién eres tú?

—Soy su hermano. ¿Dónde está ella?

—No puede atender el teléfono ahora mismo. —Su hermano tenía un timing interesante—. ¿Hay algún mensaje?

—Estoy en la ciudad. Necesito hablar con ella.

En la ciudad. Qué conveniente.

—En ese caso, mejor que nos reunamos.

Hank le dio a Sam la dirección de la comisaría, luego colgó. Miró a Titus.

—¿Puedes vigilar la puerta de Ivy hasta que vuelva? Era su hermano. Está en la ciudad. Necesito reunirme con él y explicarle lo que está pasando. Y averiguar por qué demonios acaba de aparecer.

Titus asintió.

—Cuenta con ello.

Bridget se cruzó de brazos.

—Siento que también debería estar haciendo algo.

Hank inclinó la cabeza.

—Solo mantente alerta y con el teléfono encendido por si te necesito.

—Por supuesto.

—Te acompañaré a tu coche. —Asintió a su hermano—. Volveré tan pronto como pueda.

Hank acompañó a Bridget hasta su vehículo y luego partió hacia la comisaría. Birdie se había ido por el día y Cruz estaba en la recepción.

Frunció el ceño cuando Hank entró.

—¿Ha cambiado algo?

—Titus está vigilando. El hermano de Ivy está en la ciudad. Le dije que se reuniera conmigo aquí.

Cruz se levantó.

—Puedo relevar a Titus si quieres. Darte algo de privacidad.

Hank lo pensó.

—De acuerdo.

Cruz tomó sus cosas y se fue. Sam llegó diez minutos después. Tenía la coloración de Ivy pero no sus delicadas facciones. Era casi del tamaño de Hank. Aparentemente, los Kincaid estaban creciendo.

Sam miró a Hank de arriba abajo cuando entró.

—Eres Hank Merrow.

Hank asintió, pero no se movió de donde estaba frente al mostrador de recepción, con una mano en el escritorio y la otra casualmente sobre su cinturón de servicio cerca de la empuñadura de su arma.

—¿Qué te trae a la ciudad tan de repente, Kincaid?

La aprensión tensó los músculos de la mandíbula de Sam.

—¿Qué te hace pensar que es de repente? ¿Qué está pasando? ¿Por qué Ivy no pudo atender el teléfono?

—Porque alguien intentó matarla con acónito.

La boca de Sam se abrió, y un genuino shock se registró en sus ojos, dándole a Hank la sensación de que Sam podría no ser tan malo como su padre. Sam maldijo y desvió la mirada.

—Llegué demasiado tarde. Esos bastardos mestizos. ¿Estará bien?

—Debería estarlo. ¿Para qué llegaste tarde?

Sam suspiró.

—¿Hay algún lugar más privado donde podamos hablar?

—Mi oficina. —Hank se apartó del escritorio y lideró el camino.

Sam cerró la puerta tras él y se sentó mientras Hank se acomodaba en su silla. El otro cambiaformas lo miró con cautela.

—¿Cuándo fue envenenada?

—A última hora de esta tarde.

Sam asintió.

—¿Pasó algo más?

—Sí. Antes. Dejaron algunas fotos en un sobre con mi nombre. —Hank observó la cara de Sam—. Fotos de ella y Charlie.

Las cejas de Sam se elevaron.

—Supongo que ahora sabes que es su hijo.

—Ya lo sabía. Ella me habló de él ayer.

Sam frunció el ceño.

—¿Te habló de él?

—¿Pensabas que no lo haría?

Sam vaciló.

—Nuestro padre le hizo jurar que no lo haría.

—¿Por qué?

Sam resopló.

—¿No es obvio? Pensó que arruinaría el acuerdo.

Hank miró fijamente al hombre mientras su opinión sobre los Kincaid y sus tácticas empeoraba.

—No lo hizo.

Sam se recostó.

—Te gusta.

—Pareces sorprendido. No deberías estarlo. Tu hermana es una buena persona. Pero quizás esa es una especie rara de Kincaid.

Sam empezó a decir algo, pero Hank lo interrumpió.

—Volvamos a por qué dijiste que llegaste demasiado tarde. ¿Qué sabes?

Sam suspiró.

—La noche que se anunció la tregua, la noticia del matrimonio se filtró. No se suponía que se difundiera, pero ya sabes cómo hablan las manadas.

—No realmente. Continúa.

La irritación matizó la voz de Sam.

—Escuché a dos miembros de nuestra manada hablando en el estacionamiento del salón de reuniones. Los hermanos Jenkins. Son parientes lejanos. Siempre han sentido que merecían más respeto en la manada. Un rango más alto. Una parte mayor del estipendio.

—Que solo reciben los hombres.

Sam hizo una mueca pero continuó.

—No estaban contentos con la tregua. Lo expresaron en la reunión, pero discrepan con el noventa por ciento de las cosas que hace mi padre o la forma en que las hace. Basándome en su conversación en el estacionamiento, estaban furiosos.

Se encogió de hombros.

—No pensé que harían algo al respecto. Son solo palabras. Pero cuando mi padre convocó otra reunión para confirmar el rumor del matrimonio, no se presentaron. Nunca se pierden una reunión. Ni su oportunidad de ser escuchados.

—Así que pensaste...

Sam suspiró.

—Que vendrían aquí. Para causar problemas. Para interrumpir la tregua.

—¿Ganarían algo con eso?

—Tal vez. Si la tregua fracasa, mi padre cargará con la vergüenza de eso ya que él la inició. Uno de los hermanos podría desafiarlo. Son más jóvenes y fuertes.

—El liderazgo de la manada ha cambiado por problemas menores que acuerdos fallidos. —Aunque, no en la manada de Georgia. Un Merrow había sido alfa durante el último siglo. Pero, claro, los Merrow no gobernaban como los Kincaid, con ese estilo de todo o nada. Los Merrow permitían cierto compromiso. Y trataban a todos los miembros de la manada por igual.

—Puede que no esté de acuerdo con todo lo que mi hermana ha hecho en su vida, pero sigue siendo mi hermana y no quiero verla herida. Me gustaría quedarme y ayudarte a vigilar a los chicos Jenkins.

Era significativo que un Kincaid estuviera pidiendo permiso para estar en Nocturne Falls, pero estas eran circunstancias atenuantes. Hank también podía vigilar a Sam de esa manera, porque incluso si era el hermano de Ivy, seguía siendo un Kincaid y Hank no confiaba en él.

—No planeo vigilarlos.

La frente de Sam se arrugó.

—¿No?

—Planeo cazarlos. Comenzando esta noche. —Hank deslizó una libreta hacia Sam—. Nombres completos y descripciones.

—Puedo hacer algo mejor que eso. —Sam metió la mano en su chaqueta y sacó una hoja de papel doblada—. Aquí están sus registros de la manada.

Hank la desdobló y miró las fotos en los registros, memorizando los rostros de los hombres que muy probablemente habían herido a Ivy. Era poco probable que se hubieran registrado en algún hotel con sus nombres reales, pero era un comienzo.

Sam anotó un número en un trozo de papel, luego se puso de pie.

—Visitaré a Ivy por la mañana, pero después vendré directamente aquí. Llámame si los encuentras antes.

—Lo haré. —Hank se levantó—. Les avisaré a mis agentes que se te permite entrar en su habitación. Puedes verla, pero no puedes estar a solas con ella.

Sam gruñó.

—No me gusta, pero lo entiendo. No confías en mí.

—No, no confío. Podrías estar culpando a los Jenkins para ocultar tu propia culpa.

—*Nunca* le haría daño a Ivy.

—Te crió un hombre que no tenía problemas con hacerlo. ¿Por qué debería pensar que eres diferente?

Sam frunció el ceño.

—Punto a tu favor. Yo haría lo mismo si la situación fuera al revés. Así que aunque sigue sin gustarme, lo entiendo. La confianza se gana.

Hank acompañó al hombre hasta la puerta.

—No podría estar más de acuerdo.

Capítulo Trece

Ivy despertó sintiéndose como una rebanada de porquería entre dos piezas de pan de porquería. La luz del sol se colaba por la ventana del hospital, clavándose en su cerebro y haciéndola encogerse. Se dio la vuelta alejándose de la luz para mirar hacia la puerta y se encontró con una silueta familiar.

—¿Sam? —No era la última persona que esperaba ver, pero seguía siendo una sorpresa. Aunque agradable. Uno de los ayudantes de Hank se movió desde el pasillo para colocarse dentro de la puerta.

—Hola. —Sam se acercó a la cama. El ayudante se quedó donde estaba—. ¿Cómo estás?

—Adolorida, pero no mal, considerando las circunstancias. ¿Cómo llegaste tan rápido?

—Ya estaba aquí. Recibí tu mensaje cuando iba por la carretera. No tenía idea de lo que te había pasado hasta que llamé y Hank contestó tu teléfono.

—Lo conociste, ¿eh?

Sam asintió.

—Parece un buen tipo. Aunque puede que no esté muy cuerdo.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso?

Los ojos de Sam estaban llenos de picardía.

—Se va a casar contigo, ¿no?

—Mira quién habla, el hombre que no puede encontrar esposa. —Se giró hacia un lado, tratando de encontrar una posición cómoda. Todo su cuerpo le dolía, y sus músculos estaban tan adoloridos como si la hubieran golpeado.

—Me estableceré cuando esté bien preparado. —Le apartó un mechón de pelo de la frente, un gesto poco común desde que se habían distanciado—. Te ves horrible, por cierto.

—Y de alguna manera, tu visita no está ayudando. —Le dio un manotazo. Su relación con Sam era definitivamente el típico amor/odio entre hermanos. Si tan solo pudiera alejarlo de la influencia de su padre—. ¿Por qué viniste a Nocturne Falls si no fue por lo que me pasó?

—Por los hermanos Jenkins. Escuché parte de su conversación en la reunión donde papá anunció la tregua, y no les gustó nada. Me dio mala espina. Pensé que sería mejor venir aquí para asegurarme de que no estuvieran tramando alguna estupidez. Parece que llegué demasiado tarde.

Ella sonrió. Al menos todavía se preocupaba por ella.

—Gracias. Fue dulce de tu parte cuidarme así.

Él asintió, pero su expresión era seria.

—Mira, sobre tú y Hank, es genial que se gusten y todo, considerando que se van a casar, pero no deberías haberle hablado de Charlie.

Ella se quedó helada, su dolor reemplazado por miedo.

—¿Qué le dijiste?

Sam se encogió de hombros.

—Nada, realmente. Pero le dije que se suponía que no debías decir nada. ¿Por qué lo hiciste?

—Solo le dije que tengo un hijo. Tenía que hacerlo. Me oyó por teléfono.

—Entonces no sabe sobre...

—No. Y planeo mantenerlo así hasta después de la boda. Estoy en una situación sin salida. Nadie se casará conmigo si saben sobre la condición de Charlie. Pero tampoco voy a arriesgar la vida de Charlie por esto. —Sabía exactamente lo que su padre le haría a

Charlie si la tregua se rompía. Se lo había dicho en términos muy claros.

El recuerdo le provocó un escalofrío.

Sam se quedó callado un momento.

—Hank podría odiarte por eso.

Ella miró más allá de Sam, la verdad de sus palabras como otro puñal en su pecho.

—Lo sé. Pero ¿qué opción tengo? Prefiero tener un marido que me odie que perder a Charlie. Eso me mataría. Con el odio puedo vivir. He tenido mucha práctica.

—Se divorciará de ti.

—¿Y anular la tregua? No lo creo. Ninguno de los dos tiene elección. Porque Clemens lo ha dispuesto así. —Miró furiosa a Sam —. Cómo puedes quedarte ahí parado y dejar que nuestro padre trate a tu sobrino de esta manera...

Sam se irguió.

—No me eches la culpa a mí. Tú eres la que insistió en ir a la universidad.

—Eso es papá hablando, no tú. —Clemens nunca había querido que ella fuera a la universidad, nunca había querido que hiciera nada más que lo que él le ordenaba hacer.

Sam levantó las manos.

—Oye, tú eres la que quería una vida más allá de los negocios familiares. Mira a dónde te llevó. Ahora estás viviendo con las consecuencias.

—Mi hijo no es una *consecuencia*. Es un buen chico y un niño inocente.

—Es un mestizo.

Su corazón se encogió.

—Lárgate.

Él suspiró.

—No quise decir...

—Lárgate o llamaré a la enfermera y haré que te saquen. —Luchó por sentarse en la cama.

El ayudante dio un paso adelante, pero Ivy negó con la cabeza.

Con una mirada de frustración y arrepentimiento, Sam se fue. El ayudante salió tras él, dejando a Ivy sola. Ella se derrumbó y comenzó a llorar, demasiado herida en cuerpo y alma para no hacerlo. Escuchar esa palabra de la boca de su padre ya era bastante malo, pero ¿de Sam, el hermano que había sido su aliado durante su infancia? Se cubrió la cara con las manos y se entregó al dolor que había estado reprimiendo durante demasiado tiempo.

—Oye, ¿qué pasa?

La voz áspera de Hank fue como un bálsamo. Sus cálidos brazos la abrazaron, y ella se relajó ante su contacto. Tomó aire y alejó las lágrimas.

—Solo... me duele todo.

No era mentira. Pero tampoco era la verdad que alejaría a este hombre maravilloso de ella. Eso llegaría lo suficientemente pronto.

Él le besó la parte superior de la cabeza y la soltó, pero tomó sus manos.

—Se necesitan veinticuatro horas para eliminar todo el acónito de tu sistema, así que te quedan unas horas más. Hasta entonces, no te vas a sentir muy bien.

Ella asintió.

—Ya me siento mejor ahora que estás aquí.

Él sonrió.

—Bien. Pero si quieres posponer la boda...

—Mañana es luna llena. —El pánico se apoderó de ella—. Se supone que nos casaremos mañana por la noche. Sé que es solo una ceremonia civil, pero no he hecho nada para prepararme.

—Cariño, todavía queda el resto de hoy y la mayor parte de mañana. Pero realmente no hay nada que debas hacer. El juez de paz es amigo mío. Preparé todo para las cinco de mañana, pero está dispuesto a realizar la ceremonia cuando la necesitemos. Sé que la luna llena es tradicional, pero la novia no suele estar recuperándose de un envenenamiento casi mortal. Podemos posponer sin duda para darte la oportunidad de recuperarte.

Ella se relajó un poco. Quedaba *algo* de tiempo. Quizás lo suficiente para que pudiera al menos planear una buena cena de bodas para ellos.

—No hay que posponer. Tiene que ser la noche de luna llena. Posponerlo significaría esperar otro mes. —No había forma de que Charlie sobreviviera quedándose tanto tiempo con sus abuelos o que ella pudiera evitar decirle la verdad a Hank. Si al menos pudiera contar con que su madre se enfrentara a Clemens, pero Ivy no contenía la respiración esperando que su madre desarrollara agallas pronto—. Estaré bien para esta tarde. De verdad, ya estoy mucho mejor.

—¿Estás segura?

—Segurísima. —Aun así, una ceremonia con juez significaba que no iban a tener pastel ni flores ni nada. Pero, en realidad, nunca había esperado tener esas cosas. *Pastel*. Le agarró el brazo—. Espero que apagaras el horno. Tenía un pastel dentro.

—El ayudante Cruz lo hizo.

Ella asintió y se dejó caer de nuevo en la cama. Al menos no sería responsable de incendiar la casa también.

Hank soltó su mano y metió los pulgares en su cinturón.

—Me crucé con tu hermano en el pasillo.

Ella alisó la sábana.

—Fue amable de su parte venir. —Lástima que hubiera traído consigo tanta actitud de su padre.

—¿Te contó por qué vino?

—Mmm-hmm. Los hermanos Jenkins.

—Va a ayudarme a buscarlos. Tengo una pista sobre ellos en un motel a las afueras de la ciudad. Cruz está vigilando el lugar ahora mismo. Sam y Titus irán conmigo. Debería ser una operación simple. La ayudante Blythe vigilará tu puerta.

—¿Qué harás con ellos después de arrestarlos?

Hank se movió, su expresión resuelta.

—Esto es un asunto de la manada. Serán juzgados en un tribunal. Lo que también significa que necesito cambiarme el uniforme antes de dirigirme allí. No puedo parecer que estoy representando a la ley local.

Ella lo miró fijamente.

—Hablando de apariencias, acabo de darme cuenta de algo.

—¿De qué?

—La noche que salimos a correr, cuando nos detuvimos en la cascada, había dos lobos negros al otro lado. Nos estaban mirando, pero se fueron antes de que pudiera decírtelo.

—¿Los hermanos Jenkins?

Ella negó con la cabeza, su boca torciéndose en frustración.

—No lo sé. Nunca los he visto en forma de lobo. Los hombres y las mujeres no corren juntos en nuestra manada. Y a las mujeres no se les permite asistir a las reuniones, así que apenas sé cómo lucen en forma humana.

—Eso es un pensamiento misógino bastante serio.

—¿Has conocido a mi padre?

Hank frunció el ceño.

—No.

Y con suerte, nunca lo haría.

—Lo entenderías si lo hubieras conocido.

—¿Cómo terminó con semejantes tonterías anticuadas?

—Somos una manada anticuada. Pero su padre le enseñó todo lo que sabía.

La confusión nubló el apuesto rostro de Hank.

—Pensé que habías heredado tu motocicleta de tu abuelo. Parece algo extraño para dejarle a una nieta si consideras a las mujeres como ciudadanas de segunda clase.

—Vino de mi abuelo materno, no del padre de Clem. Harlan Kincaid era un bastardo tan grande como lo es su hijo. —Se incorporó un poco más en la cama. La molestia ya era la mitad de lo que había sido antes. Lo que solo la ponía ansiosa por hacer algo más que convalecer.

—¿Necesitas algo?

—Sí, salir de aquí. Tengo una boda para la que prepararme y estar acostada en esta cama no ayuda.

—Quizás pueda conseguir que te den el alta, llevarte a casa.

—Preferiría que encerraras a esos chicos Jenkins. Puedo irme a casa por mi cuenta. Además, así tu ayudante puede volver al trabajo policial real.

—No. —Estrechó los ojos—. Hasta que hayan sido procesados, no quiero que estés sola.

—Hank, estaré bien...

Unos golpes en la puerta la interrumpieron.

Ambos se volvieron para ver a Birdie en la puerta.

—¿Problemas en el paraíso? —Birdie se apresuró hacia el otro lado de la cama de Ivy—. ¿Cómo estás, querida?

Ivy le sonrió.

—Tu momento no podría ser mejor. Me siento bien, quiero irme a casa y Hank no me deja.

Birdie frunció el ceño a Hank.

—No eres médico. No puedes dictaminar estas cosas solo porque eres el sheriff.

—No quiero que esté sola hasta que sepa que estará a salvo.

Birdie colocó su enorme bolso turquesa sobre la cama y cruzó las manos encima.

—No estará sola. Yo estaré con ella.

—No veo cómo eso va a mantenerla a salvo.

Birdie se inclinó hacia él.

—Sigo siendo una mujer loba, jovencito. Puedo defenderme.

Hank resopló. Birdie parecía que podría darle un manotazo.

Ivy levantó una mano.

—Hank, si pasa algo, cualquier cosa, te llamaré inmediatamente. Lo prometo.

La radio de Hank sonó antes de que pudiera responder.

—Sheriff, tenemos visual y podemos confirmar que los dos hombres en el hotel coinciden con las fotos que proporcionó el hermano de Ivy.

Él apretó la radio y respondió.

—Voy para allá. —Señaló a Birdie—. Puedes llevarla a casa, pero espero tu mejor comportamiento. En realidad, mejor que eso.

Miró a Ivy.

—Y tú tómatelo con calma. Mantén la casa cerrada y no dejes entrar a nadie hasta que regrese. —Se inclinó y la besó—. Te veré pronto con buenas noticias.

Ella le devolvió el beso.

—Ten cuidado.

—Tú también. —Y con un asentimiento, se fue.

Ivy tomó aire, luego se volvió hacia Birdie.

—Gracias. Te debo una.

Birdie agitó una mano hacia ella.

—Vamos a ser familia. Hablando de eso, ¿crees que podría echar un vistazo a tu vestido de novia cuando regresemos a casa de Hank?

—Oh. Eh... no tengo un vestido de novia. Fue con tan poca antelación y... —Se encogió de hombros. No iba a gastar todo ese dinero en un vestido que solo usaría una vez para un matrimonio que tenía pocas posibilidades de ser algo más que despreciable una vez que la verdad saliera a la luz—. Solo traje un vestido que ya tenía.

El horror absoluto enmascaró el rostro de Birdie.

—Oh, eso no puede ser. ¿Quién está haciendo el pastel?

Ivy se encogió de hombros.

—Podríamos comprar cupcakes en el Shop & Save, supongo...

Birdie se agarró a unas perlas imaginarias y jadeó como si acabara de recibir un golpe en el plexo solar.

—¿Y qué hay de las flores? ¿La música? ¿La recepción después? ¿Un fotógrafo?

Ivy tomó aire, preguntándose cómo iba a explicar que no tenía sentido gastar todo tipo de tiempo, esfuerzo y dinero en un matrimonio que solo se disolvería en la más delgada de las uniones.

—Solo pensé que podríamos mantener las cosas simples. Sin complicaciones, sin problemas.

—Por Dios, no puedes hablar en serio.

—Estoy totalmente seria.

—Este matrimonio representa la unión de dos manadas muy importantes. Sin mencionar que es la primera y *única* boda de mi sobrino. Lo simple no servirá.

—Sabes que estoy acostada en una cama de hospital, ¿verdad?

—Le dijiste a Hank que te sentías bien. ¿Es eso cierto?

—Sí. —Ivy no diría que estaba al cien por cien, pero al menos estaba al ochenta. Tal vez ochenta y cinco.

Las manos de Birdie comenzaron a agitarse en el aire como si tratara de organizar motas de polvo.

—¡Entonces levántate, chica, levántate! Tenemos trabajo que hacer. *Mucho* trabajo que hacer.

Capítulo Catorce

Con su ubicación escondida, el Pinehurst Inn había sido en su momento el motel preferido del condado para encuentros clandestinos, pero el tiempo había desgastado el lugar, y ahora sus huéspedes se dividían en tres categorías: tacaños, desafortunados y delincuentes.

Si Dalton y Wade Jenkins eran tacaños o no, estaba por verse, pero definitivamente eran delincuentes, y estaban a punto de ser muy, muy desafortunados.

Hank levantó la mano y la movió hacia adelante para indicarle a Titus y Cruz que era hora de tomar posiciones.

Titus se llevó dos dedos a la frente en un saludo que indicaba que había comprendido, y él y Cruz se pusieron en marcha.

Manteniendo la voz baja, Hank miró a Sam. —Vamos.

Sam asintió.

Se deslizaron más allá de la camioneta de Titus y alrededor del edificio, abriéndose paso entre hierbajos llenos de basura y un viejo colchón. En otro tiempo había habido una piscina aquí atrás, pero la habían rellenado hacía mucho tiempo. Hank miró su reloj. Tres minutos para tomar posición en la puerta trasera de la habitación de los Jenkins. Las puertas que una vez conducían a la zona de la piscina aún permanecían, y probablemente eran una gran parte de la reputación del Pinehurst Inn como un buen lugar para escapar rápidamente.

Si los Jenkins lo intentaban, se toparían de frente con él y con Sam.

A Hank no le entusiasmaba ejecutar este tipo de operación en pleno día, pero la seguridad de Ivy era primordial.

Había que ocuparse de estos delincuentes.

Hank se agachó al pasar por debajo de la ventana abierta del baño de la habitación. Los sonidos de un concurso de televisión diurno y el acre olor a humo de cigarrillo salían flotando. Los Jenkins debían estar matando el tiempo hasta que cayera la noche y pudieran hacer otro intento contra la vida de Ivy. A estas alturas ya debían saber que ella había sobrevivido al acónito.

Hank se pegó a la pared mientras Sam hacía lo mismo al otro lado de la ventana.

Hank miró su reloj. *Treinta segundos.*

Esto no iba a ser una sofisticada operación encubierta. Ni hablar. Esto iba a ser una pequeña muestra de conmoción y pavor. Fuerza bruta y el elemento sorpresa. Era su única opción para mantener las cosas limpias y ordenadas, porque si alguien se transformaba, todos lo harían, y tener a cinco lobos y una pantera luchando en el Pinehurst Inn era inaceptable.

Quince segundos.

La adrenalina corría por su sistema, estrechando su concentración hasta que el tiempo pareció ralentizarse. Había sido así también en sus días como Ranger del ejército. La adrenalina lo calmaba. Alcanzó el pomo de la puerta, con el sonido de su pulso latiendo en su cabeza como un metrónomo que lo mantenía a ritmo.

Diez segundos.

Sam se acuclilló, listo para cargar a través de la puerta.

Cinco segundos.

Los dedos de Hank se cerraron alrededor del pomo.

Hora de actuar.

Arrancó la puerta de sus bisagras justo cuando Cruz y Titus irrumpían por el frente. El caos se desató. Los hermanos Jenkins saltaron de la cama y se abalanzaron, transformándose parcialmente.

Hank y su equipo hicieron lo mismo, desarrollando colmillos alargados y uñas afiladas, mientras que Cruz se transformó en su forma parcial de pantera y desplegó un letal conjunto de garras.

El Jenkins más cercano a Hank le lanzó un zarpazo, alcanzándole en el hombro, pero el impulso dejó al hombre desprotegido.

Hank echó su brazo hacia atrás y golpeó al hombre en la cabeza con el codo. Un golpe sólido. El hombre se desplomó de rodillas y cayó hacia adelante, el dorado en sus ojos apagándose como si alguien hubiera tirado de un enchufe.

Titus, Sam y Alex Cruz tenían bien controlado al segundo hermano. Hank agarró al hermano que gemía a sus pies, lo inmovilizó contra la pared y lo mantuvo allí por el cuello.

Los párpados del hombre aletearon al abrirse.

—Bien. Estás despierto. Necesitamos hablar.

Él parpadeó. Sus pupilas tardaban en enfocarse. —¿Sobre qué?

Hank gruñó. —Intentaste matar a mi prometida.

La comprensión llenó los ojos de Jenkins. Araño las manos de Hank, tratando de liberarlas de su cuello. —No... es... asunto... tuyo... Merrow.

La sangre brotó de los cortes hechos por los arañazos del otro hombre, pero Hank se mantuvo firme, apretando un poco más fuerte. —Está a punto de ser mi esposa. Eso lo convierte en mi asunto.

Jenkins comenzó a ponerse azul. Abrió la boca, pero no salieron palabras. Sus ojos se desorbitaron.

Con un gruñido, Hank soltó a Jenkins, que cayó de pie. No podía matar al hombre. Todavía.

En cuanto el segundo Jenkins tocó el suelo, tomó aire. Luego lanzó un golpe.

Hank esquivó las garras del hombre y embistió con el hombro contra su pecho. El aire salió de él con un audible resoplido, y se desplomó en el suelo nuevamente, jadeando por aire.

Hank lo volteó y lo esposó antes de que recuperara el aliento. —No sabes cuándo rendirte, ¿verdad?

Con la batalla terminada, Hank volvió a su forma humana completa mientras el resto del equipo hacía lo mismo.

—¡Lo encontré! —gritó Cruz.

Hank levantó la vista para ver a su ayudante sosteniendo una pequeña nevera portátil roja y blanca por el asa. —¿Acónito?

Cruz asintió. —Dos viales y una jeringa. Probablemente inyectaron las galletas con esa cosa. Podríamos hacer que el laboratorio determine si es la misma cepa si fuera necesario.

Hank volteó a su cautivo, quien también había vuelto a su forma humana. —La presencia de eso en su habitación debería ser suficiente. Además, Billy Bob Idiota aquí va a confesar. ¿No es así?

—Me llamo Wade, apestoso Merrow, y no voy a confesar nada.

Hank gruñó. —Como quieras. Realmente no es necesario de todos modos.

Los ojos de Wade se tornaron dorados, como si estuviera a punto de transformarse completamente en lobo.

Hank lo miró y negó lentamente con la cabeza. —Intenta transformarte, y te pondré esposas plateadas. Justo después de dejarte inconsciente.

Wade gruñó, pero se mantuvo humano. Titus dejó escapar un silbido bajo desde el otro lado de la habitación. Hank se enderezó.

—Mira esto. —Titus sacó un rifle de caza con mira electrónica del armario.

Hank agarró a Wade y lo arrojó sobre la cama junto a su hermano, quien ahora también estaba esposado y lucía un labio ensangrentado gracias a quien lo hubiera derribado. —¿Cargado?

Titus abrió la corredera. —Sí. Y eso no es todo...

Sacó una de las balas, la acercó a su nariz y olfateó. Hizo una mueca, haciendo que el rasguño en su mejilla se arrugara. —Plata. Pensaban hacer otro intento de matarla. O a ti.

Sam, que había salido ileso de la pelea, agarró al otro hermano, Dalton, por su camisa, lo levantó hasta dejarlo sentado y le encaró. —Intentaste matar a mi hermana. La hija de tu alfa.

El labio de Dalton se curvó. —Tu padre está viejo y desconectado. Es hora de que un nuevo alfa dirija la manada de Tennessee. Esta tregua nos hace parecer débiles.

—Sí —asintió Wade.

—Ambos son idiotas —dijo Sam—. No tienen idea de lo que está en juego.

Las orejas de Hank se aguzaron. ¿Qué quería decir Sam con eso? ¿Algo más que la paz entre las dos manadas?

Dalton se rio. —Debería haberle disparado a tu viejo cuando tuve la oportunidad.

Sam golpeó a Dalton, derribándolo sobre la cama y dejándolo inconsciente. Wade se calló. Sam negó con la cabeza y miró a Hank. —Estos perros callejeros me avergüenzan de ser un Kincaid.

Hank podía pensar en algunas razones más para avergonzarse de ese linaje, pero contuvo su lengua. —Carguémoslos en la camioneta y llevémoslos al sitio de detención. —Había un lugar a solo una hora de la ciudad—. Llamaré a mi padre, le diré lo que está pasando, y luego puede enviar a sus hombres a recogerlos. Sam, tú deberías informar también a Clemens.

—Lo haré. —Las manos de Sam se cerraron a sus costados mientras miraba a los dos hermanos—. No le va a gustar esto. Como mínimo, los expulsará de la manada.

—Como debería ser, pero aún habrá un tribunal. Es la ley de la manada. —Lo que significaba que los Jenkins tendrían la oportunidad de contar su versión. Sin duda algo que también disgustaría a Clemens. Probablemente no le gustaría que su ropa sucia se ventilara tan públicamente.

Sam asintió, pero su expresión era indescifrable. Enojo, definitivamente, pero lo que fuera que hubiera allí además, Hank no podía decirlo. ¿Estaba preocupado por lo que dirían los hermanos Jenkins? Ese no era el problema de Hank. Y mientras el hermano de Ivy no decidiera actuar por su cuenta y aplicar el castigo que él considerara adecuado, todo estaría bien.

Lo último que Hank quería hacer era añadir a los problemas de Ivy arrestando a su hermano por asesinato.

Capítulo Quince

—Es perfecto —Birdie juntó las manos y las colocó bajo su barbilla, con los ojos brillantes de lágrimas, justo como habían estado con cada vestido que Ivy había mostrado al salir del probador—. Te ves hermosa. Definitivamente ese es el vestido con el que deberías casarte.

Ivy contempló su reflejo. El vestido *era* increíble. Encaje blanco con mangas cortas y una sencilla falda en línea A que caía hasta el suelo con un salpicado de cristales y cuentas. Tenía justo lo necesario para hacer que el vestido brillara y añadir un toque vintage. Ivy siempre había soñado con un vestido así.

Pero no lo merecía. No con el plan para engañar a Hank. Pensar en eso mientras llevaba una prenda tan hermosa le rompía un poco el corazón. El vestido blanco parecía un fuerte contraste con la horrible cosa que estaba a punto de hacerle al hombre del que se estaba enamorando. Si tan solo pudiera poner a Charlie a salvo.

—¿Soñando despierta, querida?

Ivy se sacudió. —Lo siento. Solo estaba... —Tomó aire—. Birdie, no puedo permitirme esto. —Ni financiera ni emocionalmente. Tener una boda bonita con todos los adornos bonitos solo iba a resaltar lo falso que era todo el asunto.

Birdie chasqueó la lengua. —¿Qué tal si este es mi regalo para ti?

—No, no puedo posiblemente...

—Corette, ¿puedes venir aquí? —Birdie hizo señas a la dueña de la tienda, una mujer mayor atractiva que, según le había informado

Birdie a Ivy, era una de las brujas más conocidas del pueblo y actualmente salía con el mayordomo de Hugh Ellingham. Birdie había insistido en que Ever After era la única boutique nupcial que valía la pena visitar en el pueblo. A Ivy le parecía que también era la única, pero ¿qué sabía ella?

No mucho sobre tiendas de novias, y tampoco demasiado sobre brujas. Al igual que con los vampiros, nunca había conocido a una personalmente, pero era genial estar en una tienda propiedad de una. No tan genial como para dejar que Birdie se saliera con la suya comprando el vestido. La mujer la odiaría cuando descubriera la verdad. —Es un gesto muy dulce, Birdie, pero no sería correcto...

—Calla, ahora. Sería absolutamente correcto. Nunca tuve una hija, así que déjame hacer esto.

Corette se unió a ellas, sonriendo ampliamente a Ivy. —Tienes la altura perfecta para un vestido como ese. Te ves impresionante.

—Gracias.

Birdie tocó la mano de Corette. —Vamos a llevar este vestido, pero lo necesitamos para mañana.

—¿Tan pronto? Vaya. No hay manera de que pueda pedir uno con tan poca antelación. —Corette frunció el ceño y miró a Ivy—. ¿Estás bien con llevarte la muestra de la tienda? Eres la primera persona que se lo prueba, así que no es como si lo hubiera usado alguien más. Aun así, *es* el vestido de muestra.

Ivy estaba a punto de decir que no llevaban el vestido, cuando Birdie habló.

—Está bien. Me imagino que habrá un pequeño descuento por eso, ¿verdad?

—Por supuesto. Afinaré mis números.

—Bien. —Birdie sonrió como si hubiera ganado algo—. Ahora, sobre los arreglos. Como lo necesitamos tan rápido, ¿puedes...? —Movió las manos—. ¿Hacer tu cosa?

Corette miró alrededor. —Ya que estamos solas, no veo por qué no.

Se acercó a Ivy, que estaba de pie en una pequeña plataforma frente a un gran conjunto de espejos en ángulo. Corette pellizcó el vestido en algunos puntos, comprobando el ajuste y recogiendo el

exceso de tela. Levantó los hombros y los dejó caer. Luego, rodeó la caja torácica de Ivy con sus manos por delante y por detrás. Finalmente, dio unos pasos atrás y entrecerró los ojos. —No necesita mucho.

Extendió las manos y las agitó en el aire con un floreo.

El vestido se movió, ajustándose al cuerpo de Ivy como si estuviera siendo confeccionado directamente sobre ella. Ivy jadeó. —¿Qué fue eso?

Corette le guiñó un ojo. —Solo un poco de magia. Pero ustedes los cambiantes ya saben todo sobre eso, ¿verdad?

Ivy sonrió. —Supongo que sí. —Cada sobrenatural tenía su propio tipo de magia.

—Me alegra tanto que estés sacando al Sheriff Merrow del mercado. Necesita una mujer en su vida. Alguien que lo cuide, ¿sabes? —Corette negó con la cabeza—. Trabaja demasiado. Pero tal vez eso es porque no tiene a nadie a quien volver en casa.

—Estoy de acuerdo —dijo Birdie—. Mi sobrino ha estado casado con su trabajo durante demasiado tiempo. Es hora de que tenga una buena mujer con quien pasar sus días. Y sus noches. —Birdie gorjeó y se sonrojó un poco.

Una buena mujer. Ivy hizo lo mejor para mantener una sonrisa en su rostro, pero por dentro su felicidad se desvaneció ante el recordatorio de lo que ella no era.

Todo por culpa de su padre.

Birdie la empujó de vuelta al probador para cambiarse. Después de que Corette doblara el vestido en papel de seda y lo metiera en una caja, Birdie tomó el brazo de Ivy, y salieron de nuevo. Esta vez fueron varias calles hasta que giraron por una que le resultó familiar a Ivy.

Bulevar Gato Negro. Miró el letrero. "Delicias de Delaney". Hank me habló de este lugar. —Se inclinó hacia Birdie y susurró—: Dijo que la mujer que lo posee es una vampira.

—Lo es. —Birdie asintió, con los ojos brillantes—. Y le debe un favor a Hank. Vamos.

Tomó el brazo de Ivy y las condujo a ambas hacia adentro. —Hola, Delaney, querida. ¿Cómo estás?

Una mujer linda con ondas castañas y un salpicado de pecas que no se parecía en nada a cualquier vampiro que Ivy hubiera imaginado puso las manos en sus caderas y sonrió. —Hola, Birdie. Estoy bien. ¿Cómo estás tú?

—Oh, estoy en pánico. —Birdie se estremeció y se agarró la garganta como si el pánico la estuviera ahogando—. Estoy *desesperada* por tu ayuda.

Cómo Birdie no había ganado un Oscar era asombroso.

La frente de Delaney se arrugó. —¿Qué sucede? Estaré encantada de hacer lo que pueda.

Birdie puso su brazo alrededor de Ivy. —Esta es Ivy Kincaid. Ivy, conoce a Delaney Ellingham, la dueña de este magnífico establecimiento y la repostera de todas estas cosas deliciosas. Ha ganado premios.

Delaney se mordió los labios, un esfuerzo destinado a evitar reírse de la hipérbole de Birdie, sin duda. Ivy la cayó bien de inmediato. La vampira sacudió ligeramente la cabeza. —En realidad no he ganado ninguno. —Extendió la mano—. Encantada de conocerte, Ivy.

Ivy estrechó su mano. —Encantada de conocerte también. —Para ser una vampira, era sorprendentemente cálida. Quizás todas lo eran. Ivy no era exactamente una experta en esa particular especie de sobrenatural.

Las manos de Delaney volvieron a sus caderas. —Ahora, ¿cuál parece ser el problema?

—Hank, ya sabes Hank, mi sobrino. El sheriff.

—Por supuesto. Le debo una. —Delaney miró a Ivy—. Una vez ayudó a salvar mi vida.

—Esa es una historia que me gustaría escuchar —respondió Ivy.

Birdie se aclaró la garganta. —Si pudiera traernos de vuelta a por qué estamos aquí —dijo—. Ivy y Hank se van a casar.

Delaney juntó las manos. —¡Qué maravilloso! Felicidades. Ni siquiera sabía que Hank estaba saliendo con alguien.

—No lo estaba. Es un matrimonio arreglado. Es cosa de la manada. —Ivy no vio razón para no ser honesta. Era un agradable cambio de ritmo.

La boca de Delaney formó una O. —Tú y yo tenemos mucho en común. Realmente deberíamos reunirnos y almorzar.

—Eso sería genial. No sabía que los vampiros comían comida real. —La boca de Ivy se frunció, pero era demasiado tarde para retirar las palabras—. Lo siento, ¿se suponía que no debía saber que eres una vampira?

Delaney se rió. —Solo si eres humana. Lo cual asumo que no eres, ¿verdad?

—Hombre lobo. Igual que Hank. Por eso nuestro matrimonio está a punto de traer *paz* —usó comillas aéreas alrededor de la palabra— entre nuestras respectivas manadas.

Delaney asintió. —Genial. Entonces, ¿qué puedo hacer para ayudarlos con esto?

—Necesitan un pastel. —Birdie se inclinó y susurró confidencialmente—: Acabamos de conseguirle un vestido de novia gracias a Corette. Dile a Stanhill que tiene una verdadera joya ahí.

Delaney se rió. —Lo haré. En cuanto a este pastel, ¿a cuántas personas debe alimentar?

—Cien —dijo Birdie al mismo tiempo que Ivy decía—: Diez.

Las dos mujeres se miraron. Ivy apenas controló el impulso de salir. —Birdie, nadie sabe siquiera que nos vamos a casar. ¿Por qué demonios necesitaríamos un pastel para alimentar a cien personas?

—Estaba planeando invitar a algunos...

—No. —Ivy le dio una mirada severa a Birdie—. Quiero que sea un asunto tranquilo y simple. Ni siquiera estarán allí nuestros padres. —Volvió su atención a Delaney—. Llegaré a un compromiso y diré veinte, pero eso es todo. ¿Es siquiera posible?

Delaney movió las cejas. —No tengo la magia de Corette, pero sí, puedo hacerlo. Especialmente si te gusta lo simple. Pero complicado también está bien. Siempre y cuando tenga tiempo, puedo hacer casi cualquier cosa.

—Esa es la cuestión —dijo Birdie—. Necesitamos este pastel para mañana.

—Espera, ¿cuándo? —Delaney se inclinó hacia adelante como si no hubiera escuchado correctamente.

Ivy suspiró. —Mañana. Sé que es un aviso súper corto. Nos casamos el día de la luna llena. Es una tradición de hombres lobo.

Delaney hizo una mueca, luego asintió. —Bien, olvida lo complicado. Lo simple tendrá que funcionar.

Ivy dejó escapar el aliento que había estado conteniendo. —Te lo pondré aún mejor. El diseño del pastel queda completamente a tu elección.

—En ese caso, definitivamente puedo hacer esto. —Delaney entrecerró los ojos—. ¿No quieres tener *ninguna* opinión? ¿Colores? ¿Sabores? ¿Algo?

¿Por qué debería? No había tenido voz en el matrimonio. Ivy negó con la cabeza. —Puedo ver por las cosas en las vitrinas que haces un trabajo hermoso. Lo que sea que se te ocurra está bien. Chocolate, vainilla, no me importa. —Levantó un dedo—. En realidad, hay una estipulación.

Delaney sonrió como si hubiera estado esperando algo. —¿Cuál es?

—Presupuesto. No tengo mucho para gastar en esto, así que...

—Oh, por favor. Le debo al Sheriff Merrow un gran agradecimiento. El pastel va por mi cuenta. Es mi regalo de bodas para ustedes.

—¿En serio? —La gente aquí era tan amable. Lástima que todos terminarían odiándola cuando descubrieran que estaba engañando a su querido sheriff. Ivy intentó no perderlo allí mismo—. Eso es... gracias.

—Sí, gracias. Eso es encantador de tu parte, Delaney —dijo Birdie. Señaló hacia el bloc de notas que Delaney había sacado—. Puedes entregar el pastel en Howlers.

—Lo tendré allí mañana por la tarde.

Birdie e Ivy se despidieron y añadieron otra ronda de agradecimientos antes de salir.

Ivy puso su mano en el brazo de Birdie al salir. —Birdie, aprecio todo tu entusiasmo por la boda, pero estoy exhausta. Me gustaría mucho ir a casa.

—Por supuesto. Has tenido un día intenso. Me quedaré contigo hasta que Hank regrese. —La mujer mayor levantó las cejas de

forma muy maternal—. Estoy segura de que eres capaz de cuidarte sola, pero preferiría no oírle a él porque te dejé sola.

Ivy bajó la mano y asintió. —Lo entiendo.

—Él te ama, ¿sabes?

Ivy miró al frente mientras caminaban hacia el coche de Birdie. —Solo nos conocemos desde hace dos días.

—No importa. Así son los Merrow. Cuando lo sabes, lo sabes. Y él lo sabe.

Ivy levantó un poco más la caja del vestido de novia. Pensar que Hank pudiera estar enamorado de ella era increíble. Aunque solo hacía que las cosas fueran peores. —No estoy segura de que Hank se sienta así. Sé que le gusto, pero el amor... el amor lleva tiempo.

Birdie entrecerró los ojos pero no dijo nada más al respecto durante el resto del camino hacia el coche. Mientras Birdie salía del aparcamiento, el teléfono de Ivy sonó con un mensaje entrante. Sacó el teléfono y vio un mensaje esperando de Hank.

Misión cumplida. Te veo en casa.

Sonrió. —No tendrás que esperar conmigo. Hank acaba de enviar un mensaje para decir que todo está resuelto y que me verá en casa. O que se dirige a casa. De cualquier manera, no tendrás que esperar mucho.

—Me alegra oírlo. —Birdie conducía con ambas manos en el volante, firmemente plantadas en las posiciones de las diez y las dos —. Quiero decir, me alegra saber que se encargó de esos gamberros. No que no tenga que quedarme. Estaría feliz de hacerlo.

—Lo sé.

Pero no tenía que hacerlo. El coche patrulla estaba estacionado fuera del garaje.

Birdie dejó a Ivy en la entrada. Ivy le dio las gracias, recogió la caja del vestido de novia y entró. Por muy dulce que fuera la tía de Hank, era un alivio estar lejos de la constante charla sobre la boda.

Hank recibió a Ivy en la puerta con una sonrisa, pero sus ojos mostraban una cantidad entrañable de preocupación. —¿Te agotó?

Un poco, pero Ivy no iba a menospreciar a la mujer que acababa de regalarle un vestido de novia. —No. Tu tía es encantadora.

Él resopló mientras se apartaba para dejarla entrar.

—De verdad, lo es.

—Parece que hiciste algunas compras.

—Las hicimos. —Si tan solo él supiera lo que había en esa caja.

—Yo también.

Ella frunció el ceño. —¿Fuiste de compras?

Él sacó una pequeña caja de terciopelo del bolsillo de sus jeans y se la entregó. —Compruébalo tú misma.

Ella dejó la caja que llevaba y abrió la que él le había dado, aunque ya sabía lo que contenía. El anillo. Contuvo la respiración cuando vio lo equivocada que había estado. Era un anillo, sí, pero no el pequeño que había elegido. Era el caro que había amado pero que sabía que era demasiado. —Estás loco. Compraste el grande.

Él asintió. —¿Te gusta?

Tragó saliva y se restregó los ojos, sintiendo el calor de las lágrimas que se formaban. —Es hermoso. Pero no es el que señalé.

Tomó el anillo de la caja y se lo deslizó en el dedo. —Es el que pensé que deberías tener. Parecía gustarte más.

Así era, pero había sido tan caro que no se había atrevido a hacérselo saber. Aparentemente, había fracasado en eso. Miró el anillo, pero su mirada subió para contemplar su apuesto rostro un segundo después. —Eres realmente algo especial, ¿sabes?

Él sonrió. —Tú también lo eres.

Ella se inclinó y lo besó. Él la rodeó con sus brazos y la abrazó fuerte.

—Estoy tan contento de que estés bien.

—Estoy tan contenta de que hayas atrapado a esos tipos. —Apoyó la cabeza en su hombro. Había tanto placer en estar en sus brazos, segura y protegida. Era un sentimiento tan raro en su vida que casi comenzó a llorar de verdad.

A regañadientes, rompió el abrazo y recogió la caja del vestido de novia. —Voy a subir corriendo a guardar esto, luego bajaré y quiero oír todo sobre cómo derrotaste a los hermanos Jenkins.

—¿Quieres una cerveza?

Realmente era el hombre de sus sueños. —Más de lo que las palabras pueden expresar.

Con una sonrisa, subió corriendo las escaleras hasta su dormitorio y cerró la puerta. Puso la caja sobre la cama y liberó el vestido de los envoltorios, con el corazón palpitando un poco mientras lo sacudía. Hasta que Hank le había dado el anillo, había sido la cosa más hermosa que jamás había poseído.

Esperaba que ninguno de los dos se convirtiera en el símbolo de un día horrible. El anillo podía devolverse, pero el vestido, no estaba tan segura. Se sentó en la cama y apretó el vestido contra sí, el encaje suave y perfecto en sus manos.

Hank era increíble. Mucho más de lo que había soñado. Quizás... más de lo que merecía, aunque después de la vida con su padre, quizás Hank era su recompensa por no matar a Clemens.

Ya sea que Hank la amara o no, Ivy sabía que ella lo amaba. ¿Cómo no podría? A pesar de su exterior áspero, se había calentado rápido y le había mostrado un lado de sí mismo que era cariñoso, preocupado y ferozmente protector.

Una cosa tras otra y había demostrado qué clase de hombre era.

Cuando casi había muerto a manos de los hermanos Jenkins, Hank había ido tras ellos y los había quitado de en medio.

Le había hablado de Charlie y él ni siquiera había pestañeado. Solo podía imaginar qué tipo de padre increíble sería. Algún día.

Era un amante generoso. Le había preparado el desayuno. Le había comprado flores. Y luego estaba el anillo que había elegido. El anillo que había pensado que debería tener. Extendió la mano y separó los dedos, sin poder disfrutar del brillo del diamante ahora colocado allí.

Todo eso cuando había esperado que la juzgara por su apellido y la tratara como algo que había que soportar.

Él no merecía la trampa que Clemens le estaba tendiendo. Ni la manada de los Merrow merecía la guerra que seguiría si Hank se negaba a casarse con ella, lo que estaría perfectamente dentro de sus derechos si descubría la verdad antes de que se casaran.

Su teléfono móvil sonó, sacándola de sus pensamientos. Dejó que el vestido cayera flácido sobre su regazo mientras revisaba la pantalla. El número de su madre. Lo que significaba Charlie. Su

corazón dio un salto. Deslizó para responder. —¡Hola, cariño! Me alegra tanto oír tu voz.

Sollozos le respondieron. —Mamá, tienes que volver a casa.

El dolor le atravesó el corazón. —¿Qué pasa, mi amor?

El llanto aumentó, y todo lo que su hijo pudo decir fue: —El abuelo.

La rabia se alzó en Ivy. La de toda una vida. Pero fue su instinto maternal el que la puso de pie. El vestido cayó al suelo, olvidado. Ya era suficiente. Cualesquiera que fueran las consecuencias, estaba *harta* de acatar las reglas de su padre a expensas de su hijo.

Miró por la ventana, sin ver nada más que su propio reflejo de ojos dorados. —Voy, cariño. Ya voy.

Capítulo Dieciséis

Hank destapó la cerveza de Ivy, la colocó junto a la suya y luego se apoyó contra la encimera mientras la esperaba. Se había cambiado a una camisa limpia y había tirado la vieja tan pronto como llegó a casa. Podría haberse curado de los cortes de las uñas de Wade, pero su camiseta no tenía salvación.

Tampoco quería que Ivy se preocupara de que se hubiera lastimado. Los cambiaformas sanaban rápido, pero si ella hubiera visto la sangre seca y la camisa rasgada, se habría alterado. La pobre mujer ya tenía suficiente con haber estado a punto de morir envenenada.

Esos malditos hermanos Jenkins deberían estar dando gracias de que ella no hubiera muerto. Era la única razón por la que seguían respirando.

Miró hacia la calle. El sol estaba a una hora de ponerse. Quizás podrían sentarse en la terraza trasera y tomarse la cerveza allí. Sería agradable desconectar así con alguien cada día. Especialmente con alguien como Ivy. Sonrió. Pensar en ella le provocaba eso. Pensar en una vida con ella hacía imposible no sonreír.

Ivy bajó las escaleras como una tromba, con sus alforjas sobre el hombro. Su sonrisa desapareció ante la ira que bailaba en los ojos de ella.

—¿Qué ocurre?

Ella no dejó de moverse.

—Tengo que irme.

—¿Qué? —Se irguió, dejando de apoyarse en la encimera—. ¿Adónde?

—Tengo que ir a buscar a Charlie. Acaba de llamarme llorando. No sé qué ha hecho mi padre, pero no voy a dejar a mi hijo allí ni un segundo más. —Escupió las palabras, con sus emociones visibles en su rostro y sus movimientos rígidos.

—Son casi siete horas de viaje.

—No te estoy pidiendo que vengas. —Se dirigió al garaje.

—Espera un segundo, ¿quieres?

Ella se detuvo, con la mano en el pomo de la puerta.

—¿Por qué? Mi padre está aterrorizando a mi hijo. No voy a esperar ni un segundo más. Ya he esperado demasiado.

—Porque puede que tenga una mejor solución. —Sacó su teléfono y marcó.

Su boca se abrió, pero no dijo nada y la cerró firmemente, tensando la mandíbula hacia un lado. La tensión visible la mantenía rígida como una vara mientras sus labios se afinaban en una línea dura. Temblaba ligeramente. Hank supuso que era de rabia.

Hugh Ellingham contestó al tercer timbrazo.

—Sheriff Merrow, ¿qué puedo hacer por ti en esta hermosa noche?

—Necesito un favor.

—Dime.

—Necesito el avión de los Ellingham.

Menos de dos horas después, habían aterrizado en el Aeropuerto Regional McKellar-Sipes. Ivy le había agradecido profusamente a Hank antes de partir, pero se había quedado callada durante el vuelo, ensimismándose. Introspectiva, pero nunca sin perder el fuego en sus ojos. Había visto eso en soldados a punto de entrar en combate.

Lo entendía y la dejó tranquila.

Se estaba preparando para ir a la guerra.

Solo esperaba que entendiera que no iba sola. No iba a permitir que su prometida se enfrentara a Clemens Kincaid por sí misma, aunque ese hombre fuera su padre. *Especialmente* porque ese hombre era su padre. Ivy no parecía tener mucho cariño por él, y

Hank tenía una idea bastante clara de por qué, basado en lo que Ivy le había contado y lo que Hank había inferido.

Clemens gobernaba su manada y su familia con mano de hierro y un sentido anticuado del lugar que cada uno ocupaba. Nada de eso importaba demasiado, excepto por cómo afectaba a Ivy y a Charlie. Y si ese hombre había lastimado a Charlie, Hank iba a patearle el trasero. Alpha o no, al demonio con las consecuencias, Hank no iba a permitir que ese hombre dañara al niño que estaba a punto de convertirse en su hijo. De ninguna manera.

El pobre chico debe echar terriblemente de menos a su madre.

Hank solo conocía a Ivy desde hacía unos días y ya no podía imaginar estar lejos de ella. ¿Cuánto peor sería para un niño pequeño con Clemens cuidándolo?

Tan pronto como desembarcaron, Hank alquiló un coche del único agente de alquiler y los puso en camino.

—Es un poco complicado en la oscuridad. Las carreteras rurales tampoco están bien señalizadas. —Ivy introdujo la dirección en el GPS y volvió a quedar en silencio.

De vez en cuando, miraba su anillo de compromiso, luego fruncía el ceño y se quedaba mirando por la ventana durante largos períodos ininterrumpidos. Mayormente parecía perdida en sus pensamientos, con la boca torcida en un ceño permanente.

Fuera lo que fuese lo que pasaba por su cabeza, le dolía por ella. La miró de reojo, deseando que hubiera algo que pudiera hacer para ayudar. Para arreglar las cosas.

—¿Estás bien?

—No. Pero lo estaré.

—Una vez que tengamos a Charlie.

Ella asintió y se frotó los ojos.

—¿Quieres darme algo de información? ¿A qué nos enfrentamos aquí?

—Mi padre es un cabrón malvado que cree que su palabra es ley.

—¿Está armado?

Ella miró a Hank.

—Es Tennessee.

—Así que sí.

Ella miró a través del parabrisas.

—Prefiere sus puños.

Hank podía manejar un poco de combate cuerpo a cuerpo. Asintió.

—Todo va a salir bien.

Ella soltó una risa áspera.

—Quisiera poder creer eso, pero sé que no es así. Soy una Kincaid. Sé cómo terminan estas cosas.

—Excepto que esta vez, no estás sola.

Ivy puso su mano en la manija de la puerta y se giró para mirarlo.

—Hank, si no tengo otra oportunidad de decirte esto, solo quiero que sepas que eres el mejor hombre que he conocido. Gracias por todo.

Eso sonaba a despedida. Hank la miró fijamente.

—¿Qué quieres decir con si no tienes otra oportunidad...?

—Hank, mi padre es un hombre astuto y manipulador. En lugar de alma tiene un vacío negro. —Estaba temblando—. No hay nada bueno en él, y nunca lo habrá. Solo dejé a Charlie con él porque me obligó.

—Igual que te obligó a este matrimonio. Lo entiendo. Pero hice una misión en Irak y otra en Afganistán. Se necesita mucho más que un hombre lobo alfa con un sentido exagerado de su importancia para asustarme.

—Bueno, a mí me aterroriza. Lo ha hecho durante la mayor parte de mi vida. —Se volvió y miró por la ventana—. Pero ya estoy harta de eso. Harta de sus amenazas. No me importa lo que me haga a mí, pero si ha lastimado a Charlie...

—¿Realmente crees que lastimaría a su propio nieto?

La risa aguda y amarga regresó solo para ser ahogada por un sollozo.

—No tienes idea de lo que este hombre es capaz. —Inclinó la cabeza—. O de lo que es capaz de hacer que otros hagan.

—¿Crees que él estuvo detrás de los chicos Jenkins?

—No. Casarme con un Merrow era su plan número uno. Matarme arruinaría todo y lo dejaría atrapado con Charlie. —Sorbió y quitó la

mano de la manija de la puerta.

—¿Atrapado? ¿Con su nieto? —Las hackles de Hank se erizaron mientras seguía las instrucciones del GPS para girar a la derecha—. ¿Qué es lo que no me estás contando?

Ella tragó saliva y una sola lágrima se deslizó por su mejilla.

—Lo siento mucho, Hank. —Su voz tenía el tono suave y desinflado de la culpa—. Nunca fue mi intención engañarte, pero mi padre dijo que dejaría a Charlie solo en medio del bosque la noche de luna llena si te decía la verdad. No podía arriesgar la vida de mi hijo por los sentimientos de un hombre que nunca había conocido. —Lo miró—. No arriesgaría la vida de mi hijo por nada.

—Puedo entenderlo. —Su odio por Clemens aumentó un poco. Los matrimonios arreglados no eran atípicos en la vida de manada. La mandíbula de Hank se tensó—. Pero no entiendo cómo tu padre podría amenazar a su propio nieto. Eso lo convierte en más monstruo de lo que había imaginado.

—Estás empezando a entender. —Parecía pequeña. Como si estuviera tratando de alejarse de él.

—¿Por qué no tomaste a Charlie y huiste?

—Demasiado peligroso. Mi padre nos habría cazado y nos habría hecho un ejemplo. Nadie avergüenza a Clemens Kincaid. Ya es bastante malo que Charlie... —Tragó el resto de sus palabras y se quedó callada.

Hank quería tocarla, pero mantuvo las manos en el volante.

—¿Bastante malo que Charlie qué? Sé que me estás ocultando algo. Tiene que haber más. Como por qué dejar a Charlie solo en el bosque la noche de luna llena es una amenaza tan grave. Sea lo que sea, no voy a enojarme. Solo dímelo.

—No quiero. Porque no quiero que me odies.

—¿Preferirías que lo escuchara de tu padre? —No podía adivinar qué era lo que ella pensaba que era tan terrible.

Se rodeó con los brazos y se retrajo contra la puerta, encogiéndose un poco mientras hablaba.

—Charlie... no puede transformarse.

Las palabras golpearon a Hank en el estómago. ¿Un niño que no podía transformarse? Supo inmediatamente por qué ella se había

alejado de él. Por qué le había ocultado esto. Clemens debía pensar que realmente estaba a punto de engañar a los Merrow. Hank mantuvo su voz calmada, aunque eso no era lo que estaba sintiendo por dentro.

—Creí que habías dicho que Charlie había pasado por su primera transformación.

—No. Me preguntaste si acababa de tener su primera luna. Solo dije que sí, justo después de su cumpleaños el cinco de mayo. No que realmente se hubiera transformado. —Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. No quería mentirte, Hank. Pensé que una respuesta vaga era mejor que una mentira.

—Excepto que yo entendí que significaba... no importa. —Ivy no necesitaba que él añadiera a su culpa. Entendía su razonamiento y su profundo deseo de proteger a su hijo—. ¿Por qué Charlie no puede transformarse?

Ella se encogió de hombros, sus ojos desolados de miseria.

—No lo sé. Su padre era un lobo. No hay una razón real. Simplemente sucede a veces.

—Así es. —Era raro, pero ocurría cada pocas generaciones. En los viejos tiempos, esos niños eran considerados malditos, una plaga para sus manadas. Los expulsaban. Los dejaban a merced de los elementos. Que era exactamente lo que Clemens Kincaid estaba amenazando si no podía endosar al niño a la manada de Georgia. Hank miró a través del haz de luz creado por los faros, avergonzado por la historia de su especie y apenas capaz de controlar su ira. Esto no era algo a lo que una madre debería enfrentarse.

—Entiendo que esto cambia las cosas —dijo ella suavemente—. Realmente lamento haberte engañado, y quiero que sepas que entiendo por qué no te casarás conmigo. No te guardo rencor. Solo espero que no me odies.

Sintió la mano de ella en su pierna. Bajó la mirada de la carretera. La palma de ella estaba en su muslo, hacia arriba. Su anillo de compromiso justo en el centro.

—¿Odiarte? ¿Por algo que tu padre te obligó a hacer? Estoy enamorado de ti, Ivy. ¿No lo sabes? Vuelve a ponerte ese anillo. —La miró de reojo—. Es hora de buscar a Charlie.

Sus ojos se agrandaron.

—¿No... te importa... que Charlie no pueda transformarse?

—No. Es decir, me importa, pero solo porque debe estar haciendo la vida del niño miserable. Especialmente con Clemens como abuelo.

—Pero significa que nunca podrás ser alfa. No con un hijo primogénito que no puede sucederte. Significa que serás conocido como el padre de un... *mestizo*.

La ira se agitó dentro de él. El insulto tenía un significado más despectivo que cualquier otro que pudiera llamársele a un licántropo.

—Cualquiera que llame mestizo a Charlie en mi presencia, va a pagarlo muy caro.

Entró en el camino de entrada a la casa de sus padres y apagó el coche. El lugar era grande pero sin arte. El objetivo de la casa parecía ser el tamaño, no la clase. Era una monstruosidad de ladrillo de dos pisos con columnas blancas y ventanas arqueadas y un porche frontal que recorría toda la longitud de la casa. Una especie de mansión de plantación sin el encanto. Se giró en el asiento para mirarla.

—¿Te importa si nunca me convierto en alfa?

Ella le dio una mirada extraña.

—Por supuesto que no, pero ¿a ti no te importa?

—No. Puedo vivir sin eso. —Se dio cuenta de que podía. Ya tenía una gran vida. Ser alfa no iba a cambiar eso—. Siempre y cuando te tenga a *ti*, claro. *Y* a Charlie. ¿De acuerdo? Te amo.

Con los ojos líquidos de emoción, ella asintió.

—De acuerdo —susurró—. Yo también te amo.

Él asintió, sintiendo que el fuego en su vientre se elevaba a un crescendo peligroso.

—Bien. Vamos a buscar a nuestro hijo.



Ivy estaba parada en el porche delantero de sus padres, con Hank a su lado, preguntándose qué había hecho bien en su vida para terminar con un hombre como este. Si se permitía pensar demasiado

en ello, probablemente se derrumbaría y tendría un buen y largo llanto, pero no había tiempo para eso. No cuando Charlie la necesitaba.

Hank golpeó con su gran puño en la puerta principal de los Kincaid. El llamador de bronce, una cabeza de lobo, necesitaba pulirse.

—Patsy, abre la maldita puerta. —El grito de Clemens traspasó las paredes de la casa para raspar la columna vertebral de Ivy como las puntas de un tenedor afilado.

Hank extendió la mano y apretó la de ella mientras la madre de Ivy abría la puerta. Se veía gris y desgastada. El olor a carne asada y verduras flotaba en el aire.

—¿Hola? —Se secó las manos en el delantal atado a su cintura—. Oh. Ivy. No sabía que venías.

—¿Dónde está Charlie? —preguntó Ivy. El tiempo para las cortesías había pasado hace mucho.

Los ojos de Patsy se quedaron vacíos de miedo.

—Está... está castigado.

—¿Dónde está? —repitió Ivy. Ya no iba a ser delicada con su madre. Ivy la amaba, en realidad la compadecía, pero si Patsy no iba a proteger a su nieto, entonces era tan mala como Clemens.

Patsy miró hacia el interior de la casa.

Ivy estaba harta de esperar.

—Si ese hombre le hizo algo para lastimarlo...

Hank dio un paso adelante.

—Señora Kincaid, ¿*dónde* está Charlie?

Ella dejó caer el delantal.

—Tú debes ser el chico Merrow. —Su mirada pasó de Hank a Ivy y de vuelta a Hank—. Nunca pensé que te veríamos.

—Bueno, aquí estoy. Y quiero ver a Charlie. Ahora.

Patsy se inclinó hacia el interior de la casa.

—Clem, mejor ven aquí.

Él respondió con otro grito.

—¿Por qué demonios?

—Ivy está aquí —gritó Patsy.

Ivy negó con la cabeza, con disgusto recubriendo su lengua con un sabor ácido y familiar.

—Bonita forma de defender a tu hija, mamá.

—Ivy, cállate ahora antes de que tu padre...

Clemens llegó rápidamente a la puerta, apartando a Patsy del camino. Tenía una lata de cerveza en una mano.

—¿Para qué has venido? Veo que trajiste a tu nuevo novio contigo.

—Charlie —repitió Ivy.

La amplia sonrisa de Clemens reveló sus dientes amarillentos. Se pasó la mano libre por el pelo demasiado largo, sal y pimienta, e ignoró a Ivy para hablar con Hank.

—¿Viniste a conocer a tu nuevo hijo, eh, Merrow?

Hank asintió.

—¿Dónde está?

Clemens miró a Hank por un segundo, tal vez esperando intimidarlo. Cuando Hank no respondió, la sonrisa de Clemens se desvaneció.

—Está atrás en el cobertizo. Lo encerré allí por mentirme. Maldito pequeño mestizo.

Hank se volvió hacia Ivy, con rabia ardiendo dorada en sus ojos.

—Cobertizo. Ahora.

Ella le lanzó una maldición a su padre, luego corrió hacia el patio trasero, con Hank pisándole los talones. La risa de Clem resonó entre los árboles mientras rodeaban la piscina. Señaló el cobertizo de almacenamiento de su padre al borde del bosque.

—Allí.

Hank pasó corriendo y arrancó la puerta.

Charlie gritó. Estaba acurrucado en una bola cerca de la parte trasera, con sus delgados brazos sobre su cabeza, ropa sucia por el piso sucio.

Ivy se precipitó al espacio oscuro y húmedo y lo acunó en sus brazos.

—Está bien, cariño, mamá está aquí. Todo está bien ahora. Lo siento mucho. Lo siento mucho.

Él lloró contra ella, aferrándose a ella y murmurando *Mamá* una y otra vez. Ella lo levantó y lo sacó del cobertizo, su mano cubriendo su pequeña cabeza.

—Shh —murmuró en su oído—. Te tengo, cariño.

Hank parecía que podía masticar clavos.

—¿Está bien?

—Charlie, ¿estás herido?

Él levantó la cabeza, ojos húmedos, nariz roja, y sorbió. Había un moretón en su mejilla.

Ivy quería vomitar. Recuerdos de su propia infancia surgieron. Hizo una pregunta a la que ya sabía la respuesta.

—¿El abuelo te pegó?

Charlie asintió, con su mirada cautelosa posándose en Hank.

—¿Quién es ese hombre?

Hank levantó la mano.

—Soy Hank. Tú y tu mamá van a venir a vivir conmigo ahora.

Charlie se aferró a ella. Ella besó su sien.

—Vamos a ir a un lugar genial, pequeño. Te va a encantar.

Clemens salió pesadamente por la parte trasera de la vieja casa de ladrillo. Ya no tenía la cerveza. Se paró en el borde de la terraza de la piscina y les gritó.

—Más te vale llevarte a ese niño contigo.

—Eso haré —gritó Ivy—. Nunca más volverás a ponerle una mano encima.

Clemens se rio y caminó hacia el jardín para quedar cara a cara con Hank.

—¿Ustedes dos siguen pensando casarse?

—Tan pronto como regresemos —respondió Hank.

Clemens le lanzó una mirada a Charlie.

—Buena suerte con eso.

Hank mantuvo su posición.

—Crees que me estás engañando. Que no sé la verdad sobre Charlie. Pero la sé.

La confusión nubló la cara fea de Clemens.

—¿Y aún así vas a casarte con ella?

—Sí.

—Maldita sea, ustedes los Merrow son más tontos de lo que pensaba. Como quieras. Si quieres a ese chico inservible, puedes tene...

El puño de Hank cerró la boca de Clemens y lo tiró al suelo.

—Es un *niño*. No es inservible.

Clemens se apoyó en un codo y se limpió la sangre que goteaba de su labio. Un borde dorado rodeó sus pupilas.

—¿Crees que es una buena idea? ¿Venir a mi propiedad y ponerme las manos encima? Hijo, no tienes idea del mundo de dolor en el que acabas de meterte.

—Hank, no —suplicó Ivy—. No vale la pena.

Hank gruñó.

—Tienes suerte de que no te haya matado. Vuélvete a cruzar conmigo y podría hacerlo.

Clemens se puso de pie.

—Maldito hijo de...

Hank lo golpeó de nuevo.

—¡Hank! —El grito agudo de Ivy resonó en los bosques circundantes.

Clemens se balanceó sobre sus talones y cayó con fuerza. Gimió y sacudió la cabeza. Cuando abrió los ojos, el dorado había desaparecido.

Hank lo señaló.

—Quédate ahí. —Luego tiró de la cadena unida a la billetera de Clemens y le dio un tirón. Una billetera de cuero negro salió del bolsillo delantero de su padre. Hank la abrió, sacó un grueso fajo de billetes y se lo entregó a Ivy. Ella lo tomó, sin saber qué hacer con él. Hank dejó caer la billetera al suelo cerca de Clemens—. Eso es por la asignación que le debes a tu hija.

Luego Hank puso su mano en la espalda de Ivy.

—Vámonos.

Ella se metió el dinero en el bolsillo delantero, pasó alrededor de la forma extendida de su padre y se dirigió hacia el coche, abrazando fuertemente a Charlie.

Hank fue delante de ellos y abrió la puerta del asiento trasero.

—Ustedes dos siéntense aquí hasta que lleguemos al aeropuerto.

—Gracias. —No podía decir más sin derrumbarse. Puso a Charlie en el coche y le dijo que se hiciera a un lado, luego subió junto a él. Hank cerró la puerta y fue al lado del conductor justo cuando Patsy salía corriendo por el frente de la casa con una bolsa de papel de supermercado marrón.

Ivy abrió la puerta trasera para ver qué quería, pero mantuvo un brazo firmemente envuelto alrededor de Charlie.

Patsy ofreció la bolsa.

—Le puse algo de su ropa ahí para él.

Ivy tomó la bolsa pero no dijo nada. Patsy parecía estar al borde de las lágrimas. *Bien. Déjala llorar.* Ivy estaba cansada de ser la única.

—Espero que ayude —murmuró Patsy—. Lo siento.

—Yo también. —Ivy cerró la puerta.

Clemens volvió a gritar llamando a Patsy, y ella corrió hacia él.

Hank entró, arrancó el coche y salió hacia el aeropuerto con el tipo de velocidad que Ivy apreciaba. Cuando estuvieron lejos de la propiedad de sus padres, miró a Ivy y Charlie a través del espejo retrovisor.

—¿Estás bien? ¿Quieres parar por algo?

—No. —Abrazó fuertemente a Charlie y sonrió a Hank—. Tengo todo lo que necesito.

Capítulo Diecisiete

A pesar de la respuesta de Ivy, Hank se detuvo en un restaurante de hamburguesas cerca del aeropuerto e hizo un gran pedido, asegurándose de incluir batidos. Charlie merecía uno. Y Hank no tenía reparos en usar helado para ganarse el cariño del niño.

Era un buen plan.

Charlie pasó sus primeros quince minutos en el avión devorando dos hamburguesas con queso y una orden grande de papas fritas con más kétchup de lo que probablemente era saludable. Después del despegue, llevó lo que quedaba de su batido mientras exploraba cada rincón del avión, incluida la cabina, de la cual el piloto y el copiloto fueron lo suficientemente amables para darle un recorrido.

Ivy resplandecía de alegría. Había pasado los primeros quince minutos en el coche con Charlie revisándolo en busca de otras lesiones y preguntándole mil veces si estaba bien. Se inclinó hacia adelante en su asiento. —Charlie, no toques nada.

—No lo estoy haciendo, mamá.

El copiloto les hizo un gesto. —Lo vigilaremos.

—Gracias —Ivy se reclinó mientras se volvía hacia Hank y deslizaba su mano en la de él—. No deberías haber golpeado a mi padre. Me alegro de que lo hicieras, pero me preocupan las repercusiones.

—No habrá ninguna. A menos que quiera exponer todo este asunto al escrutinio de la manada.

—Espero que tengas razón —su boca se curvó en una media sonrisa—. Te debo más de lo que puedo pagarte. Gracias. Desde el fondo de mi corazón. Y más tarde, cuando Charlie esté dormido, haré todo lo posible por demostrarte cuánto aprecio todo esto.

—Te diría que no me debes nada y que no es necesario que me lo pagues, pero no voy a rechazar una oferta como esa —Sin embargo, él sí le debía a Hugh Ellingham. Sin el avión, todavía estarían en la carretera y Charlie seguiría encerrado en ese maldito cobertizo. Una nueva ola de ira creció dentro de él.

Entonces ella se inclinó y lo besó, y él se olvidó por completo de Clemens Kincaid. —Te amo, Hank Merrow.

Él sonrió y le devolvió el beso. —Me alegra que estés feliz. Charlie es un gran niño —su sonrisa se desvaneció. Solo podía dejar de pensar en lo que Clemens había hecho durante un tiempo limitado—. Tu padre debería ser llevado ante el tribunal por la forma en que ha maltratado a Charlie.

Ella frunció el ceño. —Buena suerte con eso. Ha sido alfa durante casi cincuenta años. Es demasiado poderoso.

—No está por encima de la ley, ni de la manada ni de la humana. Lo que le hizo a Charlie es inexcusable. No voy a dejarlo pasar.

—A nadie le importó nunca cómo me trató cuando era niña.

—Lo siento mucho, Ivy, de verdad. ¿Alguien intentó hacer algo al respecto?

Ella negó con la cabeza tristemente. —No.

—Así que tal vez esta vez podría ser diferente.

Charlie regresó corriendo. —Mamá, mamá, se puede ver toda la tierra desde las ventanas delanteras.

—Eso suena bastante interesante, cariño.

—Lo es —la emoción abandonó su rostro cuando los vio a ella y a Hank acurrucados. Los estudió por un momento, su mirada se detuvo en Hank antes de volverse curiosa—. ¿Vas a ser mi nuevo papá? El abuelo dice que no querrás porque no soy un lobo. ¿Eres un lobo?

Hank intentó no mostrar su diversión ante las preguntas de Charlie. Asintió seriamente. —Sí, soy un lobo. Y me encantaría ser tu nuevo papá, si te parece bien.

La pequeña boca de Charlie se frunció como si estuviera pensándolo. —¿Por qué golpeaste a mi abuelo?

—Estaba enojado con él por lo que te hizo. Pero nunca te haría daño a ti o a tu madre. Y el hecho de que no puedas convertirte en lobo no significa que haya algo mal contigo. Solo significa que eres diferente. Y eso está bien. Naciste exactamente como debías ser.

Charlie frunció el ceño, con el dolor reflejado en sus ojos. —El abuelo dice que no está bien. El abuelo dice que no sirvo para nada.

—El abuelo es quien no sirve para nada —Ivy puso una mano en el brazo de Hank y extendió la otra hacia Charlie—. Y, cariño, nadie va a decirte cosas malas nunca más. Tu abuelo estaba equivocado. No es un hombre bueno y lamento mucho que hayas tenido que quedarte con él. Lo siento muchísimo. Desde el fondo de mi corazón. Eso nunca volverá a suceder. Te lo prometo, ¿de acuerdo?

Charlie asintió y subió a su regazo, girándose para poder apoyarse en ella y ver a Hank al mismo tiempo.

Hank se movió en su asiento. —Sabes, Charlie, el pueblo donde vas a vivir es bastante genial. Celebramos Halloween todo el año. Puedes pedir dulces todos los viernes por la noche si quieres.

El cuerpo de Charlie se tensó de emoción, y miró a Ivy. —¿De verdad?

Ella se rió y le lanzó una mirada a Hank antes de volver su atención a su hijo. —Sí, pero eso no significa que puedas comer dulces todo el día.

—*Ya lo sé* —respondió con ese tipo de exasperación hastiada que solo un niño de siete años podría manejar.

Ella levantó la cabeza y miró a Hank. —Sé que tenemos la boda mañana por la noche, pero tengo que llevarlo al médico a primera hora. Necesito saber que está bien.

—Hay una clínica sin cita previa en el pueblo. Deberías poder entrar allí. Luego, Birdie puede cuidarlo si necesitas tiempo para prepararte para la boda.

—No sé —odiaba la idea de volver a separarse de Charlie, pero Birdie estaba muy lejos de ser Clemens Kincaid.

—Solo te advierto —dijo Hank—, que esa mujer lo va a malcriar por completo. Charlie será su primer sobrino nieto.

Ivy sonrió. —Ese podría ser un buen cambio de ritmo para él. ¿Estás seguro de que no la necesitas en la comisaría?

Hank resopló. —*Nunca* la he necesitado en la comisaría, créeme —su mirada se desvió hacia Charlie. Hank sonrió—. Está dormido.

Ella miró hacia abajo. Los ojos de Charlie estaban cerrados y su respiración se había vuelto suave y regular. —Pobrecito. Está exhausto.

—Lo pasó mal.

—Horrible. Necesita una ducha, ropa limpia y una cama blanda —se mordió el labio, luchando contra las lágrimas—. Me siento como la peor madre del mundo.

—Hiciste lo que tenías que hacer en una situación donde te quitaron tus opciones, pero ya pasó. Déjalo atrás. No tiene sentido gastar tiempo y energía en el pasado.

—Lo sé.

Pero él también entendía que era más fácil decirlo que hacerlo. —¿Todavía estás preocupada por tu padre?

Ella asintió. —No hay forma de que no tome represalias por haberlo golpeado.

—Lidiaremos con él cuando y si hace algo. Hasta entonces, tenemos cosas más importantes que atender.

—Tienes razón —apoyó su barbilla en la cabeza de Charlie, cerró los ojos y pronto se unió a su hijo en el sueño.

Pero Hank no podía relajarse tanto. Sabía que Ivy tenía razón. Clemens no iba a dejar pasar un enfrentamiento físico, no cuando Hank lo había hecho quedar como un tonto frente a su familia. Pero si Clemens comenzaba algo, tenía que saber que Hank sacaría a la luz su terrible trato hacia Charlie.

A un tribunal no le importaría si Charlie podía transformarse o no una vez que escuchara lo que Clemens le había hecho.

Pero eso significaría poner a Charlie frente al tribunal. Tendría que revivir todo lo que le había sucedido y contar su historia. Todo mientras estaba en presencia del mismo hombre que lo había atormentado. Hank no podía pensar en hacer pasar a Charlie por eso.

Tal vez se podría permitir algún tipo de circunstancia especial. O quizás el testimonio jurado de Ivy sobre su infancia sería suficiente para librar a Charlie de tener que testificar.

O tal vez, si Clemens intentaba cualquier tipo de venganza, Hank simplemente se encargaría del asunto extraoficialmente. No era su forma preferida de actuar, pero nunca había pensado que tendría un niño que proteger.



Ivy contemplaba a su hijo, ahora dormido en la habitación de invitados. No había tenido el valor de obligarlo a bañarse. En su lugar, lo había desnudado hasta dejarlo en ropa interior y lo había arropado. Había estado medio dormido todo el tiempo.

Difícil creer que su deseo se había cumplido. Un nuevo comienzo para ella y Charlie. Libertad de Clemens. Una vida con Hank, un hombre que la quería a *ella* y a su hijo, a pesar del equipaje que traían consigo. No sabía cómo había tenido tanta suerte, pero la aprovecharía.

Solo no podía evitar rezar para que no hubiera otra sorpresa desagradable esperándoles.

Besó a Charlie en la cabeza y le subió la manta hasta sus estrechos hombros, luego recogió silenciosamente su vestido de novia del suelo y lo colgó antes de salir de puntillas del dormitorio.

Hank la esperaba en el pasillo. —¿Sigue dormido?

Ella cerró la puerta, girando el pomo lentamente hasta que hizo clic. —Se despertó cuando le estaba quitando los vaqueros, pero volvió a dormirse enseguida.

Hank asintió. —Es un gran niño. Me cae bien.

—Tú también le caes bien —ella rodeó el cuello de Hank con sus brazos—. Yo también creo que eres bastante increíble.

Él posó sus manos en las caderas de ella, enviando una descarga de emoción por todo su cuerpo. —Mañana es tu último día para cambiar de opinión sobre casarte conmigo. Ni siquiera un día completo. Estaremos frente al juez de paz a las cinco.

Ella se inclinó hacia él, un repentino impulso de deseo hizo que sus rodillas flaquearan. —Lo mismo va para ti.

Él la empujó contra la pared y la mantuvo allí con la longitud de su cuerpo duro. —No voy a cambiar de opinión —su boca se dirigió a su cuello.

Ella suspiró y se arqueó contra él, disfrutando de la fricción entre ellos mientras él trazaba besos por su garganta. La luna llena estaba a solo una noche de distancia y cantaba en su sangre como el canto de una sirena, su atracción intensificando cada sensación hasta que su cuerpo se convirtió en un enorme dolor necesitado.

Un suave gemido escapó de su garganta, y las manos de él se deslizaron bajo su camisa, calientes e insistentes. Viajaron por su caja torácica hasta que sus pulgares rozaron la parte inferior de su sujetador de encaje.

Sus uñas se clavaron en los hombros de él. —Es una lástima que no podamos salir a correr.

—Mmm —murmuró él sin apartar su boca de su piel—. Tendremos que pensar en otra forma de usar toda esta energía.

La vibración de sus palabras envió un escalofrío a través de su piel, y todo lo que pudo responder fue un gemido de placer.

Él deslizó sus manos bajo sus muslos y la levantó, envolviendo sus piernas alrededor de su cintura. —Por suerte para ti, acabo de tener una idea.

Ella se aferró a él mientras la llevaba a su dormitorio, enredando sus manos en su pelo y besándolo. —Apuesto a que sé cuál es.

—Yo también apuesto a que lo sabes —se rio y cerró la puerta con el pie, luego la dejó caer en la cama y se quitó la camisa por encima de la cabeza, el brillo dorado en sus ojos era pura lujuria.

Santo cielo, el hombre era increíblemente atractivo. Ella sonrió.

—¿Por qué me miras así?

—Por lo tremendamente sexy que eres —ella también se quitó la camiseta, quedándose solo con un sujetador de encaje negro y vaqueros.

—Creo que lo tremendamente sexy es tu departamento —asintió mientras ella tiraba su camiseta al suelo—. Sigue. Todo. Lo único que quiero que lleves puesto es esa sonrisa y ese anillo.

Ella se rio de pura felicidad.
Mañana sería la señora de Hank Merrow.
Esta noche sería cualquier cosa que él quisiera.

Capítulo Dieciocho

Era raro que Hank durmiera hasta tarde. Lo atribuyó a una extrema felicidad. Se dio la vuelta para encontrarse con el sol en los ojos y su cama vacía, pero los sonidos que llegaban desde abajo eran alegres. Ivy y Charlie, preparando el desayuno sin duda, a juzgar por los aromas de café y tocino que flotaban hasta arriba. Puso su brazo sobre su cabeza y sonrió mirando al techo.

Era asombroso cómo la vida podía cambiar tan rápidamente. De una manera tan maravillosa e inesperada.

Lo que no había cambiado era su necesidad de ir a trabajar. Se levantó, se dio una ducha rápida y bajó con su uniforme puesto. —Buenos días.

Ivy le sonrió con esa mirada cómplice que le decía que había estado muy satisfecha con su desempeño la noche anterior. Sin duda no era una mala manera de comenzar el día de trabajo. —Buenos días, tigre.

Charlie levantó la vista de un plato de huevos revueltos, con los ojos muy abiertos al ver a Hank en uniforme. —¿Eres policía?

—Soy sheriff.

—¿Esa es una pistola de verdad?

—Lo es.

—¿Arrestas a los malos?

—Sí. Y a veces a las malas. —Lanzó una mirada a Ivy, quien le dio una mirada de ni-se-te-ocurra-contarlo.

—Guau. —Los ojos de Charlie no se habían apartado de la estrella dorada en el pecho de Hank.

—¿Quieres venir más tarde a la comisaría y hacer el tour secreto?

Se giró de golpe para mirar a Ivy. —¿Puedo, mamá?

—Claro que sí. —Alzó las cejas hacia Hank—. ¿A la hora del almuerzo?

—Suena perfecto.

—Eso me dará tiempo para llevarlo a la clínica para un chequeo rápido. ¿Quieres desayunar?

—Me encantaría, pero no tengo tiempo.

—Ya pensé en eso. —Le pasó un sándwich de tocino y huevo envuelto en papel encerado y un termo de café.

Él negó con la cabeza. —Eres única, ¿lo sabías? Podría acostumbrarme a esto.

Ella le guiñó un ojo. —Solo estoy cuidándote.

—Me encanta. —Levantó el sándwich y el café—. Me aseguraré de que Birdie esté disponible por si la necesitas.

—Creo que puedo arreglármelas. Además, Birdie probablemente tendrá fiebre de boda hoy. Estoy segura de que piensa que todavía hay un millón de cosas por hacer.

—En ese caso, Charlie puede pasar el rato en la comisaría conmigo hasta que sea hora de irnos. —Comenzó a caminar hacia la puerta del garaje, luego se detuvo—. ¿Por qué habría un millón de cosas por hacer? Seguiremos con el juez de paz, ¿verdad?

—Sobre eso...

—Eso suena inquietante.

—¿Tienes un esmoquin?

Frunció el ceño. —¿Tengo pinta de ser un tipo que tiene esmoquin?

—Entonces necesitas ir a la tienda de Corette y conseguir uno. —Se dio golpecitos en la barbilla con un dedo—. Mmm. Charlie también podría necesitar uno.

—¿Qué es un esmoquin? —preguntó Charlie.

—Un traje de mono —respondió Hank.

—No voy a ponerme uno de esos —dijo Charlie.

—Hank. —Ivy entrecerró los ojos.

Hank dio un codazo a Charlie. —Oye, si yo tengo que hacerlo, tú también. Además, tu mamá quiere que nos veamos bien. Y podemos ser monos juntos.

—¿Puedo tener una placa como la tuya? —preguntó Charlie.

—Puedo arreglarlo. —Hank volvió a cerrar el tapón del termo y tomó un sorbo de café. El niño era genial.

—Está bien, me lo pondré. Pero probablemente no me gustará. —Charlie volvió a comer sus huevos.

Ivy se rio y negó con la cabeza. —¿Por qué siento que ustedes dos están formando algún tipo de alianza contra mí?

Hank tragó. —Nos pondremos los trajes, ¿no?

—Afortunadamente. ¿De verdad tienes que irte ahora mismo?

Miró su reloj. Podía saltarse visitar a Bridget una mañana. —Podría quedarme quince minutos más si me necesitas.

—Te necesito. No he tenido tiempo de ducharme. ¿Puedes quedarte con él hasta que termine?

—Claro. —De todos modos, había querido hablar a solas con Charlie.

—Genial. Seré rápida. —Dejó el paño de cocina que sostenía y subió corriendo las escaleras.

Cuando escuchó que comenzaba a correr el agua, se volvió hacia Charlie. —Sabes que tu mamá y yo nos vamos a casar hoy.

El niño asintió. —Lo sé.

—¿Qué opinas al respecto?

—Creo que está bien.

—Me alegra que lo apruebes. Eso es importante para mí. —Dudó, sin estar seguro exactamente de cómo formular su siguiente pregunta. Lo último que quería era molestar a Charlie—. ¿Puedo hacerte algunas preguntas sobre la noche en que se suponía que ibas a transformarte?

Charlie frunció el ceño. —Supongo.

—Solo quiero saber qué pasó. Cómo te sentiste.

—No me transformé, ¿sabes?

—Lo sé. ¿Cómo te hizo sentir eso?

Charlie dejó su tenedor y se quedó mirando su plato. —Me sentí mal. Y asustado.

—¿Porque no podías transformarte? ¿O por algo más?

Se encogió de hombros y se quedó en silencio por un largo segundo. —Le pregunté al abuelo qué hacer, y él dijo que nadie en su familia necesitaba instrucciones. —Sus pequeños hombros se encorvaron—. Luego todos excepto mamá se convirtieron en lobos, y eran muy grandes y estaban a mi alrededor, y el lobo del abuelo me gruñó.

Pobre niño. Hank se mantuvo en silencio y lo dejó hablar.

—Mamá me levantó, pero el abuelo volvió a su forma humana y me dijo que dejara de ser un bebé y que simplemente me transformara. —Charlie sorbió—. No pude. No sabía cómo.

La capacidad de transformarse no era algo que realmente pudiera enseñarse. Simplemente ocurría. Pero Hank estaba empezando a cuestionar la incapacidad de Charlie para transformarse. Que su abuelo le gruñera no podía haber sido un entorno muy alentador. —¿Alguna vez te sientes diferente cuando se acerca la luna llena?

Charlie lo miró. —No sé.

Hank tomó otro sorbo de su café. —La luna llena me hace querer correr. Siento como si tuviera energía extra.

Charlie asintió. —Sí, a veces me siento así. Como... ahora un poco.

—¿Quieres correr ahora?

Levantó un hombro. —Algo así.

—¿Quieres jugar un pequeño juego conmigo?

Se animó. —De acuerdo. ¿Qué es?

—Sígueme. —Hank dejó el café y el sándwich y subió las escaleras trotando.

Charlie corrió a su lado, siguiendo a Hank hasta la habitación que contenía su equipo de gimnasio. Era hora de ver si Hank podía obtener una pista sobre lo que sucedía con Charlie.

—Yo haré algo, luego tú lo haces. —Hank agarró la barra de dominadas e hizo cinco, contándolas en voz alta, y luego saltó al suelo—. Tu turno.

—No es justo. —Charlie cruzó los brazos, una mini-versión de Ivy —. No puedo alcanzarla.

—Está bien, te levantaré.

Charlie levantó las manos, listo para ser alzado. Hank lo levantó, y el niño se agarró de las barras.

—Te voy a soltar.

—Vale.

Hank quitó las manos de Charlie, y el niño hizo cinco dominadas sin pestañear. —Vaya. Buen trabajo, Charlie. ¿Puedes hacer más?

Sonriendo ampliamente, Charlie hizo otras cinco repeticiones.

Hank sonrió. El niño definitivamente tenía la fuerza de un cambiador. —Ganaste esa. ¿Quieres que te baje?

—No. —Charlie miró al suelo pero no soltó.

—No está muy lejos —dijo Hank—. Puedes hacerlo.

—Lo sé. —Charlie respiró hondo y se dejó caer, aterrizando ligeramente sobre sus pies.

Hank le ofreció el puño. —Bien hecho, amigo.

Charlie chocó su pequeño puño contra el de Hank. —¿Y ahora qué?

—Jugaremos el resto del juego esta tarde.

—¿Qué juego es ese? —Ivy entró, secándose el pelo con una toalla y vestida con jeans y una camiseta.

—Son cosas de hombres. —Hank le guiñó un ojo.

—Sí —dijo Charlie—. Cosas de hombres.

La diversión brilló en sus ojos. —Muy bien entonces. —Miró a Hank—. ¿No necesitas ir a la comisaría?

—Sí.

—Y tú. —Señaló a Charlie—. Necesitas un baño, hijo.

—Ay, mamá, ¿tengo que hacerlo?

—Sí. Al baño. Marcha.

Charlie se arrastró fuera de la habitación como si de repente pesara mil kilos.

Hank resopló con una risa, luego le dio un beso rápido antes de salir. —Nos vemos a la hora del almuerzo.

—Nos vemos —lo llamó ella.

Birdie ya estaba en su escritorio cuando él llegó. —¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó ella—. Tienes una boda para la que prepararte.

Se detuvo para recoger sus mensajes. —Voy a conseguir un esmoquin de Corette esta tarde. Aparte de eso, solo tengo que presentarme.

—Hombres. —Ella negó con la cabeza—. No has hecho nada para ayudar con esta boda.

—Llamé al juez de paz. Eso fue algo. —Le lanzó una mirada penetrante—. Hablas de esto como si fuera el evento del año. Vamos al juzgado a las cinco en punto. No hay nada para lo que prepararse.

—¿Y la recepción después?

Sus ojos se estrecharon. —¿Qué recepción?

—Para tus *invitados*.

—No hemos invitado a nadie.

—¿Ni siquiera a Titus y Bridget? Y si crees que me vas a mantener alejada...

Levantó la mano. —Está bien, lo entiendo. —Se pellizcó el puente de la nariz—. ¿Qué necesitamos hacer?

—Ya lo he hecho todo. La recepción es en la sala de atrás de Howler's. Bridget está preparando una cena tipo buffet, así que nada elegante, pero es lo que hay. Delaney Ellingham está haciendo el pastel, así que por supuesto ella y Hugh están invitados. Y con Corette ayudando con los trajes de boda, solo tenía sentido pedir que ella y Stanhill asistieran también. ¿Y no está todavía en la ciudad el hermano de Ivy? Además de algunas otras personas.

Por primera vez en su vida, Hank estaba ligeramente asustado de su tía. —¿Cuántos son algunos?

Con la expresión más desafiante que jamás le había dado, respondió: —Cincuenta. Más o menos.

Levantó las manos en señal de derrota y caminó hacia su oficina. —Mientras tú te encargues de todo, está bien.

—Ya te he hecho una cita en la tienda de Corette esta tarde para tu esmoquin. De nada.

Se detuvo en la puerta. —Llámala y dile que voy a necesitar un segundo.

—No hay necesidad. Titus se probó el suyo esta mañana. Supuse que lo querrías como tu padrino.

—Bien. Sí. —En realidad, no había pensado que necesitaba un padrino, pero si alguien iba a ocupar ese papel, sería Titus—. Pero no me refería a él. Necesito conseguir un esmoquin para Charlie, el hijo de Ivy. Y tu próximo sobrino-nieto.

Un pequeño jadeo escapó de Birdie y se iluminó de la manera más femenina posible. —¿Está aquí?

Hank asintió. —Vendrá con Ivy para el almuerzo.

Ella juntó las manos frente a su corazón. —Mi primer sobrino-nieto. Oh, Dios mío.

Él señaló el teléfono. —¿Corette?

—¡Sí! ¡Voy a ello! ¿Cuántos años tiene?

—Siete.

Otro jadeo. —Siete. Qué adorable.

—Corette.

—Una cosa más —comenzó Birdie—. Llamé a Belinda.

Hank la miró con sospecha. —Mis padres ya saben que me voy a casar. Mi padre lo inició, ¿recuerdas?

—Sí, pero los invité. Pensé que al final tenían tiempo para venir, así que...

—¿Dónde se van a quedar? —En teoría, no era justo para Ivy que sus padres vinieran y los de ella no, pero estaba seguro de que a ella no le importaría.

—En casa de Bridget. Deberían llegar justo a tiempo para la ceremonia. —Hizo una cara ligeramente de disculpa. No era una que estuviera acostumbrado a ver—. Espero que esté bien.

—Está bien. —Señaló el teléfono nuevamente—. Corette.

Tan pronto como Birdie realmente tomó contacto con el auricular, Hank cerró la puerta de su oficina y comenzó a revisar el papeleo del día. Tristemente, su cerebro había sido infectado por Birdie, y no podía dejar de sentir que estaba olvidando algo.

Volvió a salir al área de recepción.

Birdie frunció el ceño. —Si vas a discutir de nuevo sobre esta boda conmigo, juro que renunciaré.

—¿Ese sería tu regalo de bodas para mí, entonces?

—Eres un niño horrible.

Él suspiró. —Siento que he olvidado algo. ¿Hay algo que se supone que deba estar haciendo el novio?

—Sí, pero hemos optado por dejarte fuera de la planificación debido a tu *actitud*.

Cerró los ojos por un momento, tratando de encontrar la fortaleza para superar esta conversación. —¿Todo está hecho? ¿No necesitas que haga nada? ¿Recoja algo?

—Consigue tu esmoquin esta tarde, y estamos bien. Suponiendo que conseguiste los anillos...

—Conseguí el anillo de compromiso.

—También necesitas *alianzas* de boda.

Él gimió. —Me encargo.

Volvió a su oficina y llamó a Willa.

—Illusions, habla Willa.

—Hola, Willa. Soy Hank Merrow. Gracias de nuevo por entregar el anillo en la comisaría.

—Hola, Sheriff. De nada. ¿Se sorprendió?

—Mucho. Le encantó.

—Maravilloso. ¿Qué puedo hacer por usted hoy?

Reprimió un suspiro. —Necesito alianzas de boda.

—Puedo arreglarte eso sin problema. Ya sé la talla de Ivy, pero tendrás que venir para que pueda medirte. ¿Cuándo las necesitas?

—Para las cinco.

—Oh. En ese caso, será mejor que vengas ahora por si tengo que ajustar la tuya.

—Voy para allá. —De todos modos no iba a poder trabajar hoy—. ¿Te gustaría venir a la recepción? Sé que es con poca antelación, pero ya que nos ayudaste con los anillos y todo...

—Me encantaría, pero tengo una reunión con un cliente para una nueva pieza personalizada esta noche. Movería la cita, pero han venido en coche desde Florida. Le dije a Birdie que era muy amable de su parte preguntar.

—¿Birdie ya te invitó?

—Mmm-hmm —respondió Willa.

—Por supuesto que lo hizo. —El suspiro se le escapó—. Estaré allí en diez minutos.

Conseguir los anillos llevó más tiempo del que Hank anticipó una vez que Willa le mostró todos los diferentes estilos para elegir. Acabó con uno sencillo para él y uno con diamantes para Ivy que Willa dijo que combinaría muy bien con su anillo de compromiso.

Luego le pidió a Willa una cosa más muy especial, explicándole la situación. Afortunadamente, ella estuvo encantada de ayudar y tuvo exactamente lo que necesitaba listo para él en unos diez minutos. Se llevó también ese regalo y regresó al trabajo.

Cuando llegó a la comisaría, Ivy y Charlie venían en la otra dirección. Charlie corrió hacia él, con aspecto poco feliz. —¿Qué pasa, amigo?

—Empiezo la escuela el lunes.

Ivy se rio. —No es la escuela, es un campamento. La recepcionista de la clínica me habló de un campamento deportivo de verano de tres días que comienza el lunes, así que lo inscribí. Dijo que son todos los mismos niños con los que Charlie irá a la escuela, así que pensé que sería una buena manera para que hiciera algunos amigos. Tal vez conocer a algunos niños con los que pueda pasar el rato durante el verano.

—Buena idea. ¿Cómo estuvo su chequeo?

—Aparte del moretón, está bien.

—Aún mejor. —Hank alcanzó la puerta de la comisaría—. ¿Estás listo para ese tour, Charlie?

La cara de Charlie se iluminó. —Totalmente.

—Primero, hay alguien que se muere por conocerte. Tu nueva tía, Birdie. Vamos. —Hank abrió la puerta, y Charlie dio unos pasos tentativos dentro con Ivy y Hank justo detrás de él.

Birdie levantó la vista de su escritorio, vio a Charlie y sonrió. —¿Es este el nuevo ayudante que contrataste, Sheriff?

—Lo es.

Charlie sonrió pero se mantuvo cerca de la pierna de Ivy. —No soy ayudante.

—Todavía no —dijo Hank—. Te conseguiremos esa estrella y te tomaremos juramento justo después del tour.

Birdie le tendió la mano a Charlie. —Hola, Charlie. Voy a ser tu nueva tía. Es un placer conocerte. Eres muy guapo.

Él le estrechó la mano y se retiró a la pierna de Ivy, escondiendo su cara contra sus vaqueros.

Hank puso su mano en los hombros del niño. —Birdie, ¿te importaría tomarte el resto del día para ayudar a Ivy con...

Birdie ya estaba fuera de su asiento, bolso en mano. —¿Cosas de la boda? Me encargo. Pero tienes una cita en la tienda de Corette. No habrá nadie de servicio.

—Blythe y Cruz van a venir.

La ayudante Blythe asomó la cabeza desde la sala de atrás. —Ya estoy aquí. Y Cruz está justo detrás de mí fichando.

Hank apretó la mano de Ivy. —Supongo que te veré en la oficina del juez de paz. A las cinco en punto. No llegues tarde.

Ella se rio y le besó la mejilla. —Lo mismo para ti y Charlie.

—Estaremos allí. Y también mis padres.

Ivy sonrió y asintió, con un ligero shock y rigidez en su rostro. —Tengo que conocerlos en algún momento.

—Te adorarán. No te preocupes.

—Esperemos.

Antes de que Hank pudiera decir nada más, Birdie tomó el brazo de Ivy y la sacó de la comisaría, manteniendo un constante zumbido de conversación sobre la boda del que Hank estaba feliz de no formar parte.

Presentó a Charlie a Blythe y Cruz, luego lo llevó a recorrer la comisaría, lo que no llevó mucho tiempo porque no había tanto que ver. Desde allí, caminaron hasta la tienda de Corette, donde ella trabajó su magia, literal y figurativamente, para conseguirles los trajes y sacarlos por la puerta en menos de treinta minutos.

Hank llevó las bolsas para trajes de vuelta al coche patrulla. —¿Listo para ir a casa? Tenemos un poco de tiempo antes de que tengamos que prepararnos.

Charlie señaló con entusiasmo el coche. —¿Vamos a ir en eso?

—Sí. Y vamos a jugar la segunda parte de nuestro juego cuando lleguemos allí. —Hank tenía una teoría sobre la transformación de Charlie que quería probar. Si tenía razón, y tenía una buena corazonada, entonces Charlie estaba a punto de tener una tarde muy interesante.

Capítulo Diecinueve

Ivy quería que la tierra se la tragara y desaparecer del Howler's. Con cada persona que la tía de Hank añadía a la lista de invitados que le leía a Bridget, Ivy se encogía más. Aparentemente, Birdie había invitado a todos sus conocidos a la recepción. Vale la pena repetir que eso incluía a los padres de Hank. Sin presión, claro.

Lo que había comenzado como una simple recepción se estaba convirtiendo en una fiesta para al menos setenta y cinco personas. Quizás cien con los acompañantes. Era mucho pedir que Bridget acomodara a todos ellos, sin mencionar los gastos en los que estaban incurriendo. Su mirada se posó en su anillo, un hermoso recordatorio de que Hank no parecía preocupado por el dinero, pero aun así. Pedir tanto siempre la hacía sentir culpable.

E indigna.

Eso era obra de su padre, y lo odiaba. Respiró hondo e intentó recordar que los Merrow no eran así.

Para su mérito, Bridget parecía tomárselo con calma. La mujer tenía un portapapeles, por el amor de Dios.

—¿Estás segura de que todo esto está bien? —preguntó Ivy por tercera vez.

Bridget sonrió ampliamente.

—Es genial. Déjame mostrarte lo que hemos hecho hasta ahora.

Luego las guió hacia la sala trasera. La entrada estaba cubierta con cortinas blancas. Cuando Ivy entró, entendió por qué la mujer estaba tan tranquila. Se había obrado algún tipo de magia, y todo el

lugar estaba decorado con tul blanco, luces de hadas y guirnaldas de hiedra de seda. Las mesas altas y las sillas estaban cubiertas con damasco blanco. Las tres mesas de billar tenían cubiertas y manteles blancos impecables.

Bridget señaló las tres.

—Estas serán las islas de comida con todo tipo de platos fríos y calientes, pero la estación para cortar el prime rib estará más cerca de la cocina.

—¿Prime rib? —Ivy se mordió el labio—. Eso suena caro.

—No es tan costoso como piensas. Además, es uno de los favoritos de Hank.

Birdie sonrió.

—A los hombres les gusta su filete, ¿verdad?

Bridget asintió.

—Nombra un cambiador que no lo disfrute. Ahora, los chicos traerán la mesa para el pastel en cualquier momento. Eso irá en esa esquina. Pondré un reflector sobre ella, realmente hace que se vea bien.

Birdie puso una mano en el brazo de Ivy.

—Sé que pediste un pastel pequeño, pero lo aumenté un poco.

Ivy estaba demasiado abrumada por lo mucho que estas dos mujeres habían hecho por ella como para ser otra cosa que práctica.

—Eso es bueno. De lo contrario, no tendríamos suficiente.

Bridget hizo un gesto con la mano.

—Hago al menos una boda al mes aquí. Nocturne Falls es un lugar muy popular para casarse. Principalmente con la multitud gótica, pero incluso eso está cambiando. Delaney ha hecho varios pasteles para nosotros, y siempre es generosa en cuanto a las porciones. Deberían tener de sobra.

Bridget miró su portapapeles.

—Me olvidé del bar. Me olvidé de contártelo, quiero decir. Lo instalaremos en esta pared. Hay tres cajas de champán, así que el brindis está cubierto —levantó la mirada hacia Ivy—. ¿Hay algo específico que te guste beber? Sé que Hank es un tipo cervecero, pero si quieres algo especial...

—No, estoy bien. Genial, en realidad. No puedo creer cuánto has hecho. Realmente tienes todo bajo control.

La muy capaz hermana de Hank sonrió mientras Birdie se pavoneaba. Bridget revisó su lista una vez más.

—Como dije, hacemos al menos una boda al mes aquí. Ahora es una máquina bien engrasada.

—Aun así, parece mucho trabajo.

—Nah, no tanto —Bridget abrazó el portapapeles contra su pecho —. Sabes que mis padres vendrán, ¿verdad?

—Lo sé —Ivy trató de no parecer asustada.

Bridget sonrió.

—Te adorarán. No te asustes.

La puerta trasera se abrió, y una bonita morena se asomó, dándole a Ivy un descanso de esa línea de pensamiento.

—¿Estáis listas para las flores?

Bridget y Birdie se volvieron y dijeron:

—Hola, Marigold.

Birdie se inclinó hacia Ivy.

—Esa es Marigold Williams. Es una de las chicas de Corette. Es bruja igual que su madre. Todas las chicas lo son. Marigold tiene una niña de la edad de Charlie. Saffron. Probablemente estarán en el mismo grado.

Ivy miró a Birdie.

—Bueno, eso es... bueno.

Birdie puso su mano en el brazo de Ivy.

—¿Te sientes un poco abrumada, querida?

—Más que un poco. Pero estoy muy impresionada de que te hayas encargado de conseguir flores.

—¿Qué es una novia sin un ramo para lanzar? —Birdie sonrió con orgullo—. Espero que te gusten. Conseguí principalmente rosas y hortensias. Todo blanco. Con hiedra. Muy sureño. ¿Demasiado? Pensé que si me quedaba con el blanco, no podría equivocarme con los colores.

—Suena perfecto. En serio, aunque hubieras conseguido malas hierbas, estaría agradecida —pasó su brazo alrededor de la mujer—.

Muchas gracias. Nunca nadie me había cuidado tan bien —Y eso incluía a su propia madre.

Birdie se sonrojó.

—Gracias a *ti* por hacer a Hank tan feliz. Nunca habría pensado que tendría a una Kincaid como sobrina política, pero no podría pedir a nadie mejor. Bienvenida a la familia, Ivy.

—Gracias.

El teléfono de Ivy vibró. Lo sacó de su bolso y vio el nombre de Sam en la pantalla.

—Discúlpame un momento, Birdie —Se alejó unos pasos antes de contestar—. Hola, ¿qué pasa? No estaba segura de si seguías en la ciudad.

—Lo estoy. ¿Dónde estás?

—En Howler's. Está en la calle Main.

—Lo he visto. Estaré allí en unos minutos. Necesitamos hablar.

—De acuerdo. Te veo en un rato —colgó. A estas alturas su padre seguramente ya le había contado a Sam lo que había pasado con Hank cuando fueron a buscar a Charlie. Eso tenía que ser de lo que venía a hablar. O, más probablemente, a gritarle.

Había demasiado que hacer como para preocuparse por Sam hasta que llegara. Ella y Birdie se pusieron a trabajar ayudando a Marigold a llevar los arreglos y colocarlos donde les indicaban. Las flores eran preciosas, y una vez más, Ivy se sintió conmovida por la generosidad de Birdie.

Todas estaban ocupadas con las flores cuando de repente Bridget se enderezó y dejó escapar un silbido bajo.

—Hola guapo —ronroneó—. ¿Te has perdido, cariño? Estoy bastante segura de que puedo ayudarte a encontrar tu camino.

Ivy se volvió para ver a Sam parado en medio de las decoraciones de la boda con una expresión desconcertada en su rostro. Le lanzó una mirada de reojo a Bridget.

—Bridget, ese es mi hermano.

Pero Bridget solo se encogió de hombros y siguió mirando.

—Así que es un Kincaid. Puedo pasar por alto eso. Preséntanos.

Ivy dejó a un lado el centro de mesa que sostenía.

—Bridget, este es mi hermano Sam. Sam, esta es la hermana de Hank, Bridget.

Se estrecharon las manos, luego Ivy apartó a Bridget de su hermano y la envió a ayudar a Birdie y Marigold con las flores al otro lado de la habitación. Llevó a Sam al reservado más alejado.

—¿Qué pasa?

Él frunció el ceño.

—Papá me contó lo que pasó. Quiero escuchar tu versión.

Ella cruzó los brazos. Si Sam pensaba que su padre tenía aunque fuera un poco de razón, habrían terminado como hermano y hermana. No estaba dispuesta a tener ese tipo de pensamiento retrógrado cerca de su hijo ahora que tenía la opción de elegir.

—Es simple. Charlie me llamó, llorando y asustado. Volamos para buscarlo y descubrimos que papá lo había encerrado en el cobertizo de atrás. Lo sacamos, papá nos amenazó y Hank lo golpeó. Dos veces.

La mandíbula de Sam se tensó hacia un lado, y miró hacia otro lado por un segundo.

—¿Papá encerró a Charlie en el viejo cobertizo?

Ella asintió. Le había hecho eso a Sam al menos una vez también.

Sus ojos se volvieron dorados de ira.

—Ese hijo de... Lo siento mucho, Ivy. Por todo. No he sido un gran hermano para ti últimamente ni un gran tío para Charlie y... lo siento.

—Es bueno escuchar eso. Tengo que admitir que sentí como si te hubiera perdido. Siempre fuimos tan cercanos y luego, no sé. Empezaste a ponerte del lado de papá. Y contra mí.

Sam suspiró.

—Sí, he sido un imbécil. Admito que bebí un poco de su Kool-Aid Kincaid, pero todo este asunto con Charlie me ha curado de eso. Siento haber dicho que era un mestizo. No lo decía en serio. Y NUNCA lo diré de nuevo. Y noquearé a cualquiera que lo diga sobre Charlie.

Ella lo abrazó. Era bueno tener a su hermano de vuelta.

—Gracias por decir eso. Y por disculparte.

—¿Así que Hank golpeó a papá, eh?

—Dos veces.

—Vaya —Sam silbó—. No va a dejarlo pasar así como así.

—Si hace algo para vengarse, Hank lo llevará ante un tribunal por su trato hacia Charlie. Y hacia mí, cuando era niña.

La culpa nubló los ojos de Sam.

—No lo has tenido fácil, ¿verdad, hermana?

—No, pero ahora todo es diferente —sonrió, lista para dejar el pasado atrás—. ¿Te vas a quedar para la boda?

—¿Eso significa que estoy invitado?

—¡Sí! Eres mi hermano.

Miró la habitación otra vez.

—¿Te vas a casar aquí?

—No, esto es para la recepción. La boda es en el juzgado de paz a las cinco.

Miró su reloj.

—No traje exactamente ropa elegante.

Ivy sonrió.

—Ve a ver a Corette en Ever After. Es una pequeña boutique de novias a unas cuatro cuadras. Dile que eres mi hermano y casi puedo garantizar que te ayudará.

Él le dio una sonrisa curiosa.

—Realmente estás de lleno en todo este asunto de la boda, ¿eh?

—Ahora que todo está al descubierto, sí. Amo a Hank. Es un gran tipo. Su familia también es bastante increíble —levantó las manos—. Así que, ¿por qué no volverse un poco loca? No es como si fuera a hacer esto de nuevo.

—Buen punto —le hizo un gesto con la mano mientras se iba—. Nos vemos en la boda.

Ella lo vio marcharse, sin poder dejar de sonreír. Había estado tan preocupada de que viniera a contarle sobre algún nuevo problema, pero en cambio, había recuperado a su hermano. Tal vez podría convencerlo de quedarse. Lo pasaría mal si regresaba a casa y no seguía la línea de su padre.

Miró por encima del hombro y se dio cuenta de que Bridget también estaba viendo a Sam marcharse. Ivy se rió suavemente.

Quizás no tendría que convencerlo de nada.



Hank y Charlie caminaban por el bosque detrás de la casa, la tierra suave silenciosa bajo sus pies. Por una vez, Charlie parecía contento simplemente observando y sin hacer mil preguntas. Hank tomó eso como una buena señal de que el niño se sentía como en casa en el bosque.

Cuando estaban lo suficientemente lejos como para que no hubiera otras casas visibles, Hank se detuvo.

—¿Qué piensas, Charlie? Es agradable aquí, ¿eh?

Charlie asintió, con la cara hacia el sol, los ojos ligeramente cerrados, su expresión apacible.

—Me gusta el bosque.

—A mí también —Hank sonrió—. ¿Sabes que además de ser hoy el día en que tu madre y yo nos casamos, también es el día de la luna llena?

—Lo sé.

Hank se adentró en un tema más delicado.

—Después de la ceremonia y la gran fiesta, habrá una carrera. Sabes lo que eso significa, ¿verdad?

Charlie puso mala cara y pateó el suelo.

—Supongo.

Hank puso su mano en el hombro de Charlie.

—Nadie va a intentar hacer que te transformes de nuevo.

Charlie lo miró.

—¿No lo harán?

Hank negó con la cabeza.

—¿Pero sabes lo que pienso?

—¿Qué?

—Creo que tú *puedes* transformarte —Hank se sentó con las piernas cruzadas en el suelo húmedo, agradecido de haberse cambiado a jeans.

Charlie se sentó junto a él.

—¿Lo crees?

—Mmm-hmm. Solo creo que te asustaste y confundiste tanto durante esa última luna llena que tus instintos se apagaron. Ha pasado un mes desde esa noche. Probablemente estás incluso más listo para transformarte de lo que crees.

La emoción iluminó sus ojos, luego se apagó.

—¿Y si todavía no puedo hacerlo?

Hank se encogió de hombros.

—No pasa nada. Sigues siendo tú. El increíble Charlie.

Una pequeña sonrisa torció su boca.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Puedes enseñarme a hacerlo?

Esa era la apertura que Hank había estado esperando.

—Puedo intentarlo, pero puede que aún no estés listo.

Se levantó de rodillas de un salto.

—No, quiero hacerlo.

—Me refiero a que tu cuerpo podría no estar listo. Solo no quiero que te decepciones si no pasa nada.

—No lo estaré.

Excepto que lo estaría. No había forma de que Charlie no se sintiera decepcionado si no podía convertirse en lobo. Este era un terreno peligroso, y Hank lo sabía. Si el niño fallaba dos veces, podría no transformarse nunca. Por eso exactamente Hank había traído un seguro.

—Solo por si acaso, tengo algo para ayudarte —Hank sacó de su bolsillo el cordón de cuero y el colgante que había conseguido de Willa y lo sostuvo para que Charlie pudiera ver el disco plateado con el grabado de la cabeza de un lobo.

Charlie retrocedió bruscamente.

—¿Es plata?

—No. Níquel chapado con rodio —Hank se dio cuenta de que probablemente eso no significaría nada para el niño—. Es seguro, lo juro. Solo es de color plateado —Willa le había asegurado que el metal era seguro para todo tipo de hombres lobo. Lo puso plano en su palma—. ¿Ves? Nada.

El alivio llenó los ojos de Charlie.

—¿Qué es?

—Es un amuleto que tiene magia incorporada.

La boca de Charlie se abrió.

—¿Magia real?

Hank asintió.

—Cien por cien real.

—¿Qué tipo de magia es?

—El tipo que va a ayudar a que salga tu lobo —Willa había hecho un hechizo rápido en la pieza mientras grababa el lobo, prometiendo a Hank que liberaría a Charlie de toda la sofocante y negativa energía de su abuelo y lo abriría a su lado animal. Ella juró que si Charlie tenía un lobo dentro, esto lo liberaría.

Una seriedad solemne redondeó los ojos de Charlie.

—¿De verdad? —susurró.

Hank se lo ofreció.

—¿Quieres ponértelo?

—Sí —dijo Charlie solemnemente.

Hank ajustó el cordón y se lo deslizó sobre la cabeza al pequeño.

Charlie mantuvo la cabeza baja y los ojos en el colgante. Lo sostenía entre sus dedos.

—No me siento diferente.

—¿Ni siquiera un poco?

Charlie negó con la cabeza, su mirada aún firmemente fija en el amuleto.

—Está bien. Probemos algo. ¿Estás listo?

Charlie asintió con tanta sinceridad que el corazón de Hank dolió por el niño. Ser incapaz de transformarse en una familia de cambiadores... no podía imaginar cómo se sentiría eso.

—Cierra los ojos y piensa en ser un lobo. Imagina uno en tu mente. Piensa en correr tan rápido como puedas por el bosque. En cómo se mueven tus músculos cuando saltas sobre un árbol caído. En sentir la tierra bajo tus pies y la brisa agitando tu pelaje. Huele el aire. Tú *eres* un lobo. ¿Cómo te hace sentir eso?

Una sonrisa apareció en el rostro de Charlie.

—Quiero aullar.

—Aullar es genial. Concéntrate en eso. Imagina inclinar la cabeza hacia atrás y dejar salir el aullido más grande que puedas mientras la luz de la luna llena te baña.

La cabeza de Charlie cayó hacia atrás como si estuviera haciendo exactamente eso. Su boca se abrió un poco.

Hank juró que los caninos del niño habían crecido.

—Mírame, Charlie.

Abrió los ojos.

Eran de un brillante color dorado.

Capítulo Veinte

PARA CUANDO IVY LLEGÓ AL JUZGADO DE PAZ, SENTÍA COMO SI LA HUBIERAN renovado de pies a cabeza. Lo cual, en cierto modo, había ocurrido.

Después de Howler's, Birdie la había llevado a un salón de belleza, donde Ivy había sido rodeada por asistentes. Le habían rizado y arreglado el pelo, le habían pintado las uñas de los pies y las manos, y le habían maquillado, un lujo raro y maravilloso.

Luego Birdie la había llevado rápidamente a casa y la había ayudado a ponerse su vestido de novia, el velo y las zapatillas de satén. La tía de Hank había sollozado durante todo el proceso de la manera más entrañable. Después le había prestado a Ivy unos pendientes de diamantes y zafiros como su "algo azul".

Ivy también había sollozado un poco.

Al final, la mujer que le devolvía la mirada en el espejo era alguien nueva.

Y a Ivy no le importaba. Esto era, después de todo, un nuevo comienzo. Uno grande, pero bueno. La última vez que se había sentido tan abrumada por el cambio fue el día en que nació Charlie, y él era la luz de su vida.

Ahora tendría dos luces. Charlie y Hank.

No podía dejar de sonreír mientras Birdie la conducía a una pequeña habitación dentro del juzgado. —Espera aquí. Iré a asegurarme de que Hank esté listo.

Mientras Birdie salía, Ivy se dirigió a la ventana y respiró profundamente. Esto realmente estaba sucediendo. La puerta detrás

de ella se abrió y se cerró.

—¿Está listo? —Se giró para ver qué había averiguado Birdie.

Contuvo la respiración. Hank y Charlie estaban frente a ella. —¡Hank! No se supone que debas verme antes de la boda.

—No pude resistirme. —Negó con la cabeza, con los ojos brillando dorados mientras la contemplaba—. Te ves... como si yo fuera un hombre muy afortunado. —Tragó saliva—. Estás *preciosa*.

Le dio un golpecito a Charlie en el hombro. —¿No se ve bonita tu mamá?

Charlie asintió. Había estado mirándola todo el tiempo. —Te ves como una princesa.

Ella se rió. —Me conformo con eso.

Hank se aclaró la garganta. —Vinimos aquí por una razón. Charlie y yo tenemos una sorpresa para ti.

—¿De verdad?

Hank asintió y extendió la mano para cerrar la puerta con llave antes de dirigir su orgullosa atención a Charlie. —Muéstrale, pequeño.

Metió las manos en sus bolsillos, haciendo que sus pantalones de esmoquin se plegaran por delante. —¿Y si no puedo hacerlo otra vez? —Su voz salió en un susurro fuerte y tenso.

Hank tocó su pajarita, un gesto que Ivy no entendió, pero Charlie asintió.

Miró hacia ella. —Mira, mamá. Mira lo que Hank me enseñó.

Ella asintió. —Estoy mirando. —No tenía idea de lo que estaba a punto de hacer.

Él retrocedió hasta la esquina más alejada de la habitación, luego adoptó una pose de corredor muy exagerada antes de correr hacia la otra esquina. Después de unos pasos, saltó al aire.

Y aterrizó como un lobo.

El corazón de Ivy latía con fuerza. Se llevó la mano al pecho y negó con la cabeza. Charlie era un hermoso lobo plateado y negro. No podía dejar de mirarlo incluso mientras le hablaba a Hank. —¿Cómo es esto posible?

Charlie meneó la cola y le sonrió, con la lengua colgando.

Hank metió las manos en sus bolsillos. —Después de todo lo ocurrido con tu padre, y de hablar con Charlie y pasar tiempo con él, comencé a pensar que su incapacidad para transformarse tenía otras razones. Nosotros... lo descubrimos.

—No puedo creerlo. —Se arrodilló y rodeó con sus brazos al pequeño lobo—. Oh, Charlie, estoy tan orgullosa de ti, cariño.

Su cola se meneó con más fuerza.

Enterró su rostro en su pelaje por un momento, luego besó su hocico. Estaba llorando, probablemente arruinando su maquillaje, y no le importaba. No había palabras para expresar lo que Hank había hecho por su hijo.

—Oye —dijo Hank suavemente mientras se arrodillaba junto a ella—. No llores.

—No puedo evitarlo. Esto es simplemente increíble. —Sorbió, riendo incluso mientras otra lágrima rodaba por su mejilla—. Nunca he sido muy llorona (vivir con Clemens tiene una manera de quitarte eso), pero estar cerca de ti y tu familia ha cambiado todo eso. Estoy tan abrumada por todo lo que has hecho por nosotros... —Abrazó a Charlie más cerca, sin prestar atención al estado anteriormente impecable de su vestido de novia—. No tengo palabras.

—Bueno, yo sí las tengo. —Hank besó su sien, luego alborotó el pelaje de la espalda de Charlie antes de ponerse de pie nuevamente —. Es suficiente, pequeño. Será mejor que vuelvas a tu forma humana antes de que tu madre arruine su bonito vestido.

Con un pequeño ladrido, Charlie se liberó de Ivy y saltó al aire, aterrizando sobre dos pies humanos. Estaba sonrojado y sonriente. —Bastante genial, ¿eh, mamá?

—Lo más genial, Charlie. Estoy tan orgullosa de ti.

Su sonrisa iluminó su rostro. —Tómame una foto y envíasela al abuelo. Muéstrale que puedo transformarme.

—No sé si sea buena idea.

—Por favor, mamá. —La pequeña frente de Charlie se arrugó.

Ella entendía su motivación. Clemens le había hecho la vida imposible a Charlie cuando no había podido transformarse. Charlie quería reivindicación. Y se la merecía. Miró a Hank mientras se ponía de pie. —¿Tú qué piensas?

Hank asintió lentamente. —Digo que si Charlie quiere que su mayor escéptico sepa de lo que es capaz, que así sea. En unos minutos, estaremos casados y la ley de la manada lo convertirá oficialmente en mi hijo. Cualquiera que quiera venir por Charlie tendrá que pasar sobre mí.

—Sí —dijo Charlie—. Voy a ser un Merrow.

Ivy se rió y negó con la cabeza. —De acuerdo, vuelve a tu forma de lobo, pero rápido. Tenemos una boda a la que asistir.

El picaporte se movió. Luego siguieron los golpes. —Ivy, abre la puerta. Soy yo, Birdie. No puedo encontrar a Hank por ninguna parte.

Birdie sonaba un poco asustada. —Está bien —respondió Ivy—. Él y Charlie están aquí conmigo. Saldremos en un momento.

—¿Qué? —chilló—. El novio no debe ver a la novia. Hank, sal de ahí ahora mismo.

Hank resopló. —Birdie, cinco minutos. Ahora déjanos en paz.

—Pero yo...

—Cinco. Minutos. —La voz de Hank fue un gruñido brusco y severo.

Con un audible *hmph*, Birdie se quedó en silencio.

Hank le hizo un gesto a Charlie. —Adelante. Transfórmate.

Mientras Charlie se transformaba, Ivy buscó en la bolsa de suministros que Birdie había traído hasta encontrar su teléfono. Abrió la cámara y enfocó. Lobo Charlie se sentó orgullosamente frente a Hank. Ella enfocó, tomó la foto y la adjuntó a un rápido mensaje de texto.

Charlie quiere que sepas que después de todo sí puede transformarse. Parece que subestimaste a tu nieto. Tu pérdida.

Tocó el botón de enviar y luego guardó el teléfono. —Muy bien, Charlie. Vuelve a ser un niño.

Miró a Hank, tan locamente enamorada de él que no podía soportarlo. —Tenemos una boda a la que ir.

Después de más regaños de Birdie, Hank y Charlie tomaron sus lugares junto a Titus frente al juez de paz, quien había despejado su agenda para acomodar la solicitud de Hank. Bridget actuaba como dama de honor de Ivy. Los padres de Hank y Birdie componían toda la audiencia.

La puerta de la sala se abrió e Ivy entró, escoltada por su hermano Sam. Aunque Hank ya la había visto, ella le robó el aliento por segunda vez. Llevaba un pequeño velo cubriendo su rostro y algo sobre ese mechón blanco entre ellos hizo que la idea del matrimonio fuera muy real.

Estaba a punto de ser su esposa, y el niño pequeño a su lado, su hijo.

La satisfacción lo llenó, mezclándose con la sensación de propósito y claridad de que esto era lo que estaba destinado a hacer con su vida. Ser un esposo y un padre. Proteger y amar a estos dos. Había paz en esa repentina oleada de comprensión, y su pecho se expandió con la emoción del momento.

Si alguna vez se convertía en alfa o no era irrelevante.

Una música suave comenzó a sonar, y Sam acompañó a Ivy por el corto pasillo hasta Hank.

El juez preguntó: —¿Quién entrega a esta mujer en matrimonio?

—Yo lo hago —dijo Sam. Luego besó la mejilla de Ivy, dio una palmada en el hombro de Hank y fue a pararse junto a Birdie.

—Hola de nuevo —susurró Ivy.

Hank sonrió. —Hola.

El juez se aclaró la garganta y comenzó. —Nos hemos reunido hoy para celebrar el amor que Ivy y Hank han declarado el uno por el otro, y para reconocer y presenciar su decisión de unir sus vidas como compañeros en el matrimonio y en la crianza de su hijo, Charlie.

—Su matrimonio representa más que la unión del corazón y el cuerpo, y de la mente y el espíritu. Significa su deseo de paz para sus familias y sus manadas. Sella la tregua entre los Kincaid y los Merrow, e ilumina con amor y posibilidades el futuro.

—Sabiendo esto, Ivy y Hank no entran en este acuerdo a la ligera, sino con el entendimiento de todo lo que representan. Para

ese fin, invitan a los presentes a ser testigos de esta unión y les piden que se conviertan en parte de ella. ¿Qué decís?

Todos los asistentes respondieron con: —Lo haremos.

El juez asintió. —Hank, ¿tomas a Ivy como tu esposa y tu compañera, prometiendo protegerla y apreciarla?

Hank mantuvo su mirada en Ivy. —Sí, quiero.

—¿También aceptas a su hijo como de tu propia sangre y te comprometes a criarlo con el amor y cuidado que merece un hijo de tu propia carne?

Miró a Charlie. —Sí, quiero.

Charlie sonrió con una sonrisa torcida aunque las lágrimas brillaban en sus ojos.

El juez se volvió ligeramente. —Ivy, ¿tomas a Hank como tu esposo y tu compañero, prometiendo protegerlo y apreciarlo?

Sus ojos también brillaban con lágrimas. —Sí, quiero.

—¿Y lo aceptas como el padre de tu hijo, entendiendo que él criará a tu hijo con el amor y cuidado que merece un hijo de su propia carne?

—Sí, quiero.

El juez miró a Charlie. —Y Charlie, ¿aceptas a Hank como tu padre, entendiendo que su linaje se convierte en tu linaje y que él te amará y cuidará igual que lo haría con cualquier hijo de su propia carne?

Charlie asintió con gran seriedad. —Sí.

—Muy bien. —El juez sonrió a Charlie—. ¿Me pueden dar los anillos, por favor?

Charlie los sacó del bolsillo de su esmoquin y se los entregó, evidenciando su orgullo por haberse encargado de una tarea tan importante.

El juez sostuvo los anillos en alto. —Que estos anillos sean un símbolo de vuestro amor, sin costuras y sin fin, fieles y verdaderos. Que también os recuerden la luna que comanda vuestros espíritus y cuando os llame, que también traiga a vuestra mente los votos que habéis hecho aquí hoy.

Le entregó el anillo de Ivy a Hank. —Repite después de mí. Con este anillo, te tomo como mi esposa y compañera, para amarte y

honrarte todos los días de mi vida.

Hank repitió las palabras mientras deslizaba el anillo en el dedo de Ivy. Ella temblaba ligeramente.

El juez luego le entregó el anillo de Hank a Ivy. —Ivy, repite después de mí. Con este anillo, te tomo como mi esposo y compañero, para amarte y honrarte todos los días de mi vida.

Ella pronunció las palabras mientras deslizaba el anillo en el dedo de Hank.

El juez sonrió. —Me da gran placer ser el primero en desearos una vida de felicidad y amor. Por el poder del gran estado de Georgia, os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Hank levantó el velo de Ivy y la abrazó, plantándole un gran beso mientras su familia vitoreaba. Charlie saltaba de arriba abajo y aplaudía.

El juez levantó las manos. —Damas y caballeros, les presento al Sr. y la Sra. Merrow y a su hijo, Charlie.

Mientras Birdie lloraba, Bridget levantó el puño en el aire. —¡Vamos a empezar esta fiesta!

Capítulo Veintiuno

Otra ronda de aplausos recibió a Ivy y a Hank cuando entraron en la sala trasera de Howler's y el DJ los anunció de nuevo como marido y mujer. La cantidad de personas reunidas era un poco abrumadora, pero Ivy suponía que Birdie merecía invitar a quien quisiera, ya que gracias a ella esta celebración estaba sucediendo. Ivy solo reconocía a un puñado de personas, pero la felicidad y el afecto que irradiaba la multitud reunida era evidente.

Y ahora que había conocido a los padres de Hank y ellos la habían conocido a ella y a Charlie, podía relajarse y disfrutar. Eran buenas personas, lo que no era tan sorprendente, considerando el hombre maravilloso que era Hank. Incluso le habían traído a Charlie un regalo: un coche de carreras de juguete.

A medida que avanzaba la noche, perdió la cuenta de cuántas manos estrechó y a cuántas personas le presentaron, preguntándose si alguna vez las recordaría a todas. Algunas destacaron: Hugh Ellingham, el esposo de Delaney, porque Ivy sabía incluso antes de conocerlo que era un vampiro, lo que inmediatamente despertó su curiosidad. Nick Hardwin, un cambiaformas gárgola que había estado en los Rangers con Hank y era casi tan nuevo en la ciudad como ella. Por último, estaba el novio de Corette, Stanhill, que también era una especie de mayordomo de Hugh Ellingham.

Pero lo que más asombraba a Ivy era la diversidad del grupo que les ayudaba a celebrar su boda. Además de los esperados cambiaformas lobos, había cambiaformas felinos y aviares. Y

probablemente algunas especies que no había reconocido. Además, se les unieron brujas, vampiros y fae.

Nunca en su vida como Kincaid habría pensado que tal reunión fuera posible. No solo el matrimonio con Hank le había dado una nueva esperanza para el futuro, sino que veía tantas posibilidades en la armoniosa existencia de esta ciudad.

Cuando había regresado a casa desde la universidad, embarazada e incapaz de terminar sus estudios, la vida parecía tan pequeña y cerrada. Ahora, se sentía enorme y llena de posibilidades.

No solo estos diversos grupos vivían juntos en paz, sino que debido a la forma en que estaba configurada Nocturne Falls, rara vez tenían que fingir que no eran lo que eran. Observó a las parejas bailando y los grupos de personas hablando y riendo, y sacudió la cabeza con asombro. ¿Sabían lo afortunados que eran? ¿Daría todo esto por sentado después de unos años viviendo aquí? Esperaba que no.

Unas manos se deslizaron alrededor de su cintura, y la voz de Hank susurró en su oído:

—Pareces perdida en tus pensamientos. ¿Qué pasa por esa cabeza tan sexy?

Ella se dio la vuelta, puso sus manos en el rostro de él y lo besó.

—Es que no puedo asimilar todo lo que ha pasado y lo maravillosos que son tú y esta ciudad. Siento que todo es posible. Y es todo tan bueno. Y casi más de lo que puedo comprender. Es una locura lo feliz que soy. No quiero perder nunca esta sensación.

Él sonrió.

—Este lugar te hace eso —miró por encima del hombro de ella y se rio—. Hablando de locuras, ¿has visto a nuestro hijo?

Nuestro hijo. Casi se derritió de alegría al escuchar esas dos palabras. Se giró para ver lo que Hank estaba mirando y comenzó a reír. Birdie y Charlie estaban bailando. Bueno, Birdie estaba más o menos meciéndose de un lado a otro, mientras Charlie saltaba de arriba abajo y se contorsionaba como si hubiera comido demasiado azúcar, lo cual era una posibilidad muy clara, ya que Delaney había traído tres bandejas adicionales de dulces además del impresionante pastel de bodas.

Ivy se rio y se cubrió la boca.

—Este niño. Son más de las diez de la noche y sigue como si tuviera toda la energía del mundo. No podría quererlo más aunque lo intentara.

—Es exactamente lo que Birdie necesita. Alguien más de quien preocuparse. Estoy bastante seguro de que tenemos una niñera de por vida en ella. ¿Quieres unirte a ellos? Creo que me queda un baile más.

—No, soy feliz justo donde estoy —además, habría más bailes lentos con Hank. Una vida entera de ellos.

Los brazos de Hank rodearon de nuevo su cintura, y él apoyó la barbilla en la curva de su cuello.

—Hoy es un buen día.

Ella asintió.

—Lo es.

Él gruñó suavemente.

—Es más que eso. Es... el mejor día.

—Estoy de acuerdo.

Él le besó el cuello. Ella cerró los ojos y se sumergió en el momento, intentando grabar los sonidos de la música y las risas, los aromas de la comida y las flores, y el calor del abrazo de Hank y la suave caricia de su boca en su piel. Quería recordar esto por el resto de su vida, este perfecto instante en que todo en el universo estaba perfectamente alineado.

—Te amo, Ivy Merrow.

Ella se rio al escuchar el feliz sonido de su nuevo nombre.

—Yo también te amo —abrió los ojos, escaneando la multitud sin un enfoque real hasta que su mirada tropezó con una figura alta de pie cerca de la puerta. Una figura que reconoció. Su sonrisa desapareció y murmuró una suave maldición.

—¿Qué pasa? —Hank salió de detrás de ella para pararse a su lado—. Esa no es una palabra que esperaba oír de ti en nuestro día de boda.

Ella no podía apartar la mirada del hombre que acababa de aparecer en su recepción de boda. Después de todos estos años, ¿cómo había llegado hasta aquí? ¿Y por qué? Su corazón latía con ira

y ansiedad mientras su columna vertebral se ponía rígida. Demonios, ella sabía por qué. Se obligó a mirar a Hank.

Él miró alrededor y luego volvió a mirarla.

—Ivy, ¿qué está pasando? Tus ojos están brillando, pero basándome en tu cambio de lenguaje corporal, no es por amor.

Intentando no montar una escena, respondió de manera tranquila y racional. Más o menos.

—¿Ves al hombre parado junto a la puerta?

Hank se giró para mirar.

—¿Qué pasa con él?

Ivy miró de nuevo en esa dirección, pero el hombre se había movido. Estaba casi encima de ellos. La bilis subió por su garganta mientras él se acercaba, su actitud altiva exactamente como la recordaba, aunque la última vez que lo había visto, él se alejaba. La misma dirección en la que deseaba que fuera ahora.

Él se detuvo frente a ella, su mirada estrechándose en algo que gritaba juicio.

—Ivy.

Su tono empalagoso hizo que sus manos se cerraran en puños.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Una sonrisa dentuda la saludó.

—Y pensar que estaba a punto de felicitarte.

—Estoy tan segura —los dolorosos recuerdos y el instinto profundo de proteger a su hijo limitaron su capacidad de ser educada.

Hank dio un paso adelante, su voz tranquila pero firme.

—¿Cuál es tu asunto aquí?

—El niño es mi asunto.

El labio de Hank se retiró en un gruñido.

—¿Qué demonios se supone que significa eso?

La sonrisa volvió, esta vez con un toque amenazador.

—Significa que estoy a punto de hacerte un favor.

—¿Qué favor es ese?

—Voy a quitarte al niño de encima.

Una vena palpitaba en la sien de Hank.

—Ni lo sueñes...

Ivy se interpuso entre ellos.

—Afuera. Ahora.

Ninguno de los dos hombres se movió.

Hank la miró.

—Por favor, dime que este idiota no es quien creo que es.

Los padres de Hank estaban observando. Conscientes de que algo iba mal. Ivy apretó los dientes. Así NO era como se suponía que iba a ir este día. Tragó saliva, pero nada podía eliminar el sabor amargo que recubría su lengua.

—Ojalá pudiera, pero estoy bastante segura de que ya has deducido que es Eric Prescott. El padre biológico de Charlie.



El aire fresco en el estacionamiento de Howler's no hizo nada para despejar la cabeza de Hank. Miró fijamente al otro lado del estacionamiento al hombre que no solo se había atrevido a aparecer en su boda e interrumpirla, sino que realmente pensaba que se iba a ir con Charlie. Prescott estaba apoyado contra su auto de alquiler, atendiendo una llamada telefónica.

Hank quería meterle el teléfono por la garganta. O posiblemente en una cavidad corporal diferente.

Ivy salió.

—Birdie está vigilando a Charlie.

—¿Qué le dijiste? —lo último que Hank quería era que su tía se involucrara en esto. Quería que terminara rápido y en silencio.

—Lo mismo que a tus padres. Lo suficiente para asegurarme de que no dejara salir a Charlie de su vista.

—Bien.

Ella suspiró, viéndose tan desanimada como sonaba.

—No puedo creer que Eric apareciera aquí. Precisamente hoy de todos los días.

—Yo sí puedo.

Ivy parpadeó, entrecerrando los ojos.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo?

—Tu padre, así es cómo.

—¿Crees que él tuvo algo que ver con esto?

Hank gruñó. Pensaba que Clemens tenía un papel en la mayoría de los problemas en la vida de Ivy.

—¿Este tipo aparece cinco horas después de que le envías a tu padre una foto que demuestra que su nieto puede transformarse después de todo? Eso es jodidamente conveniente. ¿De dónde es este tipo?

—Mobile, Alabama. Su madre es una Hayden.

Hank la miró.

—¿Como William Hayden? ¿El alfa de la manada de Alabama?

—Ese es su tío —ella apartó la mirada, ira centelleando en sus ojos—. Cuando empezamos a salir, solía pensar que mi padre finalmente estaría orgulloso de mí por conseguir un partido tan bueno. No sabía en qué imbécil se convertiría.

Prescott se unió a ellos.

—¿Qué fue eso?

Ivy le lanzó una mirada fulminante.

—Solo le estaba diciendo a Hank qué imbécil eras. Qué imbécil *eres*.

Prescott sonrió con suficiencia.

—Y veo que aún no has madurado.

Ella se puso rígida.

—No soy yo quien abandonó a mi hijo.

Hank se enderezó. Ivy y Eric reviviendo el pasado no los iba a llevar a ningún lado.

—¿Qué quieres, Prescott?

Prescott tardó un segundo antes de responder.

—Te lo dije. Quiero a mi hijo.

Hank negó con la cabeza.

—Eso no funciona así.

—Claro que sí —Prescott sonrió con la clase de confianza en sí mismo que hacía que Hank quisiera golpearlo solo por el mero placer de hacerlo—. Soy su padre biológico.

—A partir de la ceremonia que tuvo lugar hace cinco horas, ahora soy su padre. Por la ley de la manada, eso es tan bueno como la

sangre.

La irritación adelgazó la sonrisa de Prescott.

—Soy el sobrino del alfa de Alabama. No creo que realmente quieras meterte en esto conmigo.

Hank se rio.

—Al parecer, Clemens no te dijo con quién se casaba Ivy. Mi *padre* es Griffin Merrow, alfa de la manada de Georgia. Y yo soy su primogénito. Él también está dentro, si quieres confirmarlo en persona —Hank nunca había jugado la carta del rango antes, pero esta era una situación especial.

Eso le quitó un poco de brillo a Prescott. Se encogió de hombros.

—Así que somos iguales en rango.

—Ni de lejos, pero lo dejaré pasar ya que estás a punto de irte. De hecho, estoy dispuesto a olvidar todo esto siempre y cuando desaparezcas en los próximos sesenta segundos.

—No sin mi hijo.

Hank podía sentir a Ivy erizarse. Extendió la mano para sostener la de ella.

—Su nombre es Charlie. Lo que sabrías si hubieras sido aunque sea un poco parte de su vida.

Eric hizo un gesto con la mano.

—Genial. Charlie. Tráelo aquí y me iré.

—Te vas *ahora* —dijo Hank—. O te sacaré físicamente. Además de ser el próximo en la línea del alfa, también soy el sheriff de esta ciudad —sin mencionar un condecorado Ranger del Ejército. Hank ni siquiera sudaría al sacar a este tipo.

—Si me pones una mano encima, involucraré a mi tío.

Hank estaba a punto de responder cuando Ivy le apretó la mano, y se dio cuenta de que no estaba llegando a ningún lado con Prescott, solo desperdiciando palabras.

La puerta detrás de ellos se abrió, dejando salir una explosión de ruido. Titus y Griffin salieron. Griffin se quedó junto a la puerta, pero Titus se acercó para pararse junto a Hank.

—¿Todo bien?

—Está a punto de estarlo —respondió Hank.

—Así es —dijo Prescott. Inclinó la cabeza hacia Titus—. ¿Por qué no vuelves adentro y traes a Charlie aquí?

Titus le lanzó una mirada recelosa.

—¿Y por qué haría eso?

Ivy hizo un ruido de disgusto.

—Eric, no vas a ganar esta. Solo vete a casa. Déjanos en paz.

Titus se inclinó hacia Hank.

—¿Quién es este tipo?

Prescott respondió.

—Soy el padre de Charlie.

—Biológicamente solamente —corrigió Ivy.

Titus cruzó los brazos y se puso hombro con hombro con Hank.

—Sí, no te vas a llevar a mi sobrino. Ahora es un Merrow.

Griffin asintió, silencioso pero observando.

Prescott dio un paso más cerca.

—Ustedes los Merrow se creen muy importantes, ¿no?

Hank abrió la boca, pero Titus se adelantó a responder.

—Bueno, somos Merrow. Eso por sí solo nos hace difíciles de vencer.

El desafío chispeaba en la mirada de Prescott.

—*Vencerlos* suena como una gran idea.

Hank frunció el ceño. Estaba realmente harto de esta interrupción.

—Vete, Prescott. Déjanos en paz.

—¿Quieres que me vaya? Pelea conmigo.

—Tienes que estar bromeando.

Prescott miró fijamente a Hank.

—Te desafío a una decisión por combate. El ganador se queda con Charlie. El perdedor renuncia a todos sus derechos sobre él.

El agarre de Ivy se apretó en la mano de Hank como un tornillo, pero no dijo nada. Hank le habló a su hermano mientras mantenía sus ojos en el cambiaformas al que quería atravesar con su puño.

—Titus, quédate aquí afuera y vigila a nuestro invitado, ¿quieres? Necesito hablar con mi esposa adentro por un momento.

—Claro —respondió Titus.

—Haz eso, Merrow —escupió Prescott—. Ve a ver qué dice tu mujercita.

Hank escoltó a Ivy de regreso hacia Howler's, hablando con su padre mientras entraban.

—Vigílalo, papá.

—Lo haré —los ojos de Griffin nunca dejaron a Prescott.

Fueron a la oficina de Bridget donde podían hablar. Sus invitados sabían que algo estaba pasando, pero él no quería compartir más de lo necesario. Cerró la puerta.

—Esto tiene que suceder.

Ella se retorcía las manos.

—Podríamos forzar un tribunal. Técnicamente tú eres el padre de Charlie.

—Pero Prescott todavía tiene un reclamo de sangre sobre él. No sé cuál es el precedente, pero no quiero correr ese riesgo. Además, tomaría demasiado tiempo. No quiero que este tipo interfiera en la vida de Charlie. El niño ha pasado por bastante. Quiero que esto se resuelva ahora.

—De acuerdo. Estoy de acuerdo, pero... ¿hay alguna posibilidad de que puedas perder?

Hank se quedó en silencio.

—Todo es posible, supongo, pero no es probable. Ciertamente tengo mucho más por lo que luchar que Prescott.

Ella se sentó en el escritorio, cerró los ojos y respiró hondo.

—No puedo perder a Charlie. Me mataría.

—No dejaré que eso pase —sin importar lo que tuviera que hacer —. ¿Qué sabes sobre Eric? ¿Tiene algún tipo de formación militar? ¿Algún deporte? ¿Qué tipo de luchador crees que es?

Ella se encogió de hombros.

—Por lo que sé, se graduó y entró en la empresa de ingeniería de aguas residuales de su padre como vicepresidente de dinámica estructural o algo así. Sin servicio militar. Era un chico de fraternidad, recuerdo eso. Creo que su deporte favorito era la fiesta previa a los partidos.

—¿Crees que me desafió en el calor del momento o porque lo estaba planeando?

Ella pensó por un segundo.

—En el calor del momento. Eric siempre ha sido un poco impulsivo. Estoy segura de que vino aquí pensando que entraría, me amenazaría y se iría con Charlie sin problemas. Y que tú estarías feliz de verlo irse. No creo que tuviera idea de qué tipo de hombre había desposado. Lo que me hace preguntarme si mi padre está realmente detrás de esto. Podrían ser los hermanos Jenkins de nuevo. Vengándose por haber sido obligados a enfrentar un tribunal por su ataque contra mí.

Hank negó con la cabeza.

—No son los Jenkins. Están encerrados. Y escucha, retiro lo que dije sobre la posibilidad de que pudiera perder.

—¿Estás seguro? Es el sobrino de un alfa. ¿No habría sido entrenado para la posibilidad de un desafío por el liderazgo de la manada? Todos mis hermanos lo fueron.

—Todos son hijos de un alfa, como yo. Un sobrino... no lo sé.

—Hank, estamos hablando de la *vida* de Charlie. No estoy diciendo que no confíe en ti, lo hago. Solo quiero saber si estás seguro de que puedes derrotar a Eric.

Él tomó su rostro entre sus manos y la besó firmemente en su dulce boca.

—Querida esposa, me doy cuenta de que todavía tenemos mucho que aprender el uno del otro, así que te voy a dar una lección rápida sobre Hank Merrow. Fui un Ranger del Ejército. Serví dos períodos. Lideré más incursiones de las que puedo contar. Una vez saqué a un insurgente de su catre y le aseguré las muñecas detrás de la espalda antes de que se despertara.

Por fin ella estaba sonriendo de nuevo.

—¿Me estás diciendo que no crees que Eric vaya a ser un gran desafío?

Él asintió.

—El chico de oficina de ahí fuera no sabrá qué lo golpeó.

Ella envolvió sus brazos alrededor de Hank y lo atrajo para un beso lleno de calor, promesa y gratitud. Luego agarró su mano y lo arrastró hacia el estacionamiento.

—Vamos a darle a Eric las buenas noticias.

Hizo una pausa.

—Sabes que solo me refiero a que vas a aceptar su desafío, ¿verdad? Porque creo que deberíamos mantener todo ese asunto de Ranger del Ejército en secreto. El elemento sorpresa y todo eso, ¿no?

Hank la saludó militarmente.

—Sí, señora.

Capítulo Veintidós

Hank esperó hasta que Titus, Bridget y Sam estuvieran sentados, luego cerró la puerta de la sala de conferencias de la comisaría y tomó la silla junto a Ivy.

Ella lo miró. —¿Tu padre no viene?

Él negó con la cabeza. —Se fueron a casa. Tener al alfa de la Manada de Georgia en el desafío crea demasiadas oportunidades para que Prescott diga que las cosas no se manejaron con justicia. Griffin pensó que sería lo mejor. Además, está convocando a su consejo para preparar el tribunal que se ocupará de los hermanos Jenkins.

Ivy asintió. —Vale. Tiene sentido.

Hank miró a los demás. —El desafío es esta noche, como saben. A medianoche, en ese claro donde solía estar la antigua granja.

—Eso está detrás de la propiedad de Sebastian Ellingham. También es su terreno, creo. ¿Sabe de esto? —preguntó Titus.

Hank asintió. —Le he informado a él y a su hermano Hugh. Hugh Ellingham ya sabía que algo pasaba porque estuvo en la recepción. Ambos han aceptado actuar como jueces.

Bridget resopló. —¿Crees que Prescott va a aceptar que los árbitros estén en tu bolsillo?

Sam negó con la cabeza. —No tiene elección. El desafiante no puede elegir a los jueces.

—Correcto —dijo Hank—. Y Sebastian y Hugh no están en mi bolsillo.

—Entonces, ¿cómo los ponemos de nuestro lado? —preguntó Ivy.

Él le dio unas palmaditas en la mano. —No necesitamos que lo estén, porque voy a ganar. Lo que necesitamos es que sea una pelea justa para que Prescott no tenga a qué recurrir cuando termine. Que el propietario del terreno sea uno de los jueces tiene perfecto sentido. Y el hecho de que los Ellingham sean vampiros y no cambiantes también los hace parecer más imparciales. Prescott no necesita saber que también somos amigos.

Titus frunció el ceño. —Podría suponerlo.

—Es un pueblo pequeño y yo soy el sheriff. Tiene que saber que hay muy poca gente aquí con la que no esté familiarizado. No será un problema.

Sam aplanó su mano sobre la mesa. —Prescott ni siquiera se enterará.

—Eso espero. —Ivy se frotó la sien. Había estado inquieta toda la noche, dando vueltas a su lado cuando no se levantaba para revisar a Charlie.

—¿Quieres que me quede en la casa y vigile a Charlie? —preguntó Bridget.

—Yo podría ayudar —dijo Sam.

—No, Charlie tiene que estar allí. Él es el motivo del desafío. Las reglas establecen que debe estar presente. Y os quiero a ambos allí. Le pediré a Birdie que lo vigile.

Como si fuera una señal, Birdie abrió la puerta y asomó la cabeza. —¿Tienes un minuto?

—Solo si es importante. —Hank le había dicho que no interrumpiera a menos que algo estuviera en llamas, lo que técnicamente sería departamento de Titus.

Tomando eso como una invitación para unirse a ellos, cerró la puerta y se sentó junto a Bridget. Apoyó el archivo que llevaba sobre la mesa, lo enderezó y luego juntó las manos encima.

Hank frunció el ceño. —Se supone que debes estar vigilando a Charlie.

—El agente Blythe lo está entreteniendo.

—¿Y estás aquí para decirme qué?

Ella levantó un poco la barbilla. —Investigué las finanzas de Eric Prescott.

Hank miró fijamente a su tía. —¿Hiciste qué?

—No me mires así. Sé usar la computadora.

Otra sorpresa. —¿Entonces por qué nunca lo habías hecho antes?

—Porque tienes ayudantes para eso. Y esto es personal. Esto es por Charlie. —Abrió el archivo y se puso las gafas de lectura—. ¿Quieres escuchar lo que encontré o no?

Él se recostó. —Me encantaría.

—A todos nos encantaría —añadió Ivy.

Birdie le lanzó una mirada de satisfacción por encima del marco de sus gafas, luego dirigió su vista hacia el papeleo. —A las 5:27 de la tarde de ayer, se transfirieron diez mil dólares a la cuenta de Prescott. La cuenta de origen pertenece a Kincaid Industries.

Ivy maldijo en voz baja. —¿Cómo ha podido?

La ira de Hank hervía a fuego lento. —Porque le hicimos saber que su nieto podía transformarse como el mejor, así que Clemens decidió recuperarlo usando la herramienta más molesta de su arsenal. Eric Prescott.

Sam parecía enfermo. —Lo siento mucho, Ivy.

Birdie levantó una mano. —Tengo más.

Las cejas de Hank se dispararon hacia arriba. —¿Qué más?

—Siendo yo del tipo curiosa...

—¿No querrás decir entrometida? —preguntó Bridget.

Birdie entrecerró los ojos. —No empieces con esos comentarios ahora, Bridget Irene.

Bridget se mordió los labios y sonrió con suficiencia. —Sí, tía.

—Como decía —continuó Birdie—, empecé a preguntarme por qué este hombre vendría por nuestro Charlie así, de la nada. Diez mil dólares no es *tanto* dinero. No para el sobrino de un alfa. Entonces pensé, tal vez está dispuesto a hacer esto por Clemens porque no es la primera vez que él y Clemens han hecho negocios.

Hank solo podía mirarla fijamente. Nunca imaginó que tales pensamientos tuvieran lugar en la cabeza de Birdie. Oírla hablar así era... asombroso.

—Así que indagué más. Y encontré más transferencias entre Kincaid Industries y Eric Prescott. Algunas datan de hace casi ocho años.

El estómago de Hank se revolvió ante lo que eso significaba.

Ivy también parecía entenderlo bastante bien. Su boca estaba abierta, su cara pálida. Extendió la mano. —Déjame ver eso.

Birdie deslizó el papeleo por la mesa.

Ivy lo agarró y pasó el dedo por las líneas de información. Un suave sonido ahogado escapó de su garganta. —Esto no puede ser cierto. Ese miserable. —Miró a Sam—. ¿Sabías algo de esto?

Él negó con la cabeza. —Te juro que no sé de qué estás hablando.

Hank puso su brazo en el respaldo de la silla de ella. Los números y anotaciones que señalaba no significaban nada para él. —¿Qué es?

Ella señaló una de las líneas. —Esto muestra un depósito hace siete años a la cuenta de Eric a finales de agosto. Lo conocí al comienzo del semestre. En septiembre de ese año.

Su dedo saltó a otra línea. —El siguiente depósito es en noviembre. Justo antes de que quedara embarazada. —Bajó otra línea más—. Y aquí hay un tercero en enero. Uno grande. Justo antes de que tuviera que dejar la universidad y Eric desapareciera.

Negó con la cabeza, con la boca torcida en una mueca. —Parece que mi padre le pagó a Eric para que saliera conmigo. Quizás incluso para que me dejara embarazada.

Bridget contuvo la respiración. —Eso no puede ser cierto. ¿Qué clase de padre haría eso?

—El mío —respondió Ivy—. Nunca quiso que fuera a la universidad. Me dijo que solo me llevaría por mal camino. Honestamente, creo que solo me dejó ir para sacarme de casa. —Señaló la última línea—. Luego parece que le pagó a Eric para que desapareciera. Igual que le está pagando ahora para intentar recuperar a su nieto.

El ceño de Bridget se arrugó. —¿De verdad haría eso?

Ivy asintió. —Mi padre es un hombre horrible.

—¿Por qué no intentó que Eric se casara contigo? El sobrino de un alfa no está tan mal.

Sam respondió a Bridget. —No lo suficientemente bueno. No para mi padre. Y esto no se trataba de casar a Ivy, se trataba de que nuestro padre demostrara algo. Nuestro padre es más que horrible. Es... es...

Hank puso su mano en la espalda de Ivy. —Cuando fuimos a buscar a Charlie, Clemens lo tenía encerrado en el cobertizo del patio trasero.

Los ojos de Birdie brillaron dorados. —Yo misma mataría a ese hombre si tuviera la oportunidad. Cualquiera que pueda lastimar a ese dulce niño... —La emoción ahogó el resto de sus palabras.

Bridget tomó la mano de Birdie mientras Titus se recostaba y miraba los documentos que Ivy sostenía. —¿Por qué Eric haría esto?

—Tiene problemas de juego —informó Birdie—. Pasen a la siguiente página. Verán los pagos a los casinos y a un hombre que supongo es un corredor de apuestas. Este hombre no puede sujetar un dólar más tiempo del que un pez puede respirar aire.

Titus asintió. —Eso lo explicaría. Probablemente estaba encantado cuando Clemens lo llamó. Explicaría cómo llegó aquí tan rápido.

Ivy miró a Hank. —¿Puedes usar esto contra mi padre?

Él negó con la cabeza. —No sin pruebas más sustanciales. Por ahora solo se trata de tu padre dándole dinero a Prescott. Y aunque es despreciable, pagarle a alguien para que salga con tu hija y tal vez la deje embarazada no es un delito.

Ella miró a Sam. —Dime la verdad. ¿Sabías algo de esto?

Él negó con la cabeza. —No, lo juro por mi vida.

—Gracias. Te creo. —Ivy se volvió hacia Hank—. No puede salirse con la suya.

Él no sabía si se refería a Clemens o a Prescott. —Ninguno de los dos se va a salir con la suya. Empezando por Prescott esta noche.

Bridget habló en voz baja. —¿Charlie sabe lo de Prescott?

—Sabe que su padre biológico no está presente, pero no sabe que es Eric o que Eric está aquí. —Ivy se aclaró la garganta—. Y me gustaría que siguiera así, excepto que sé que Charlie tiene que estar

allí esta noche ya que es el motivo del desafío. Espero que se quede dormido en el coche y se pierda la pelea.

Todos asintieron en acuerdo.

Hank extendió la mano y dio unas palmaditas en el brazo de Birdie. —Gracias por encontrar esta nueva información.

—De nada. —Se puso de pie, con la postura rígida. Claramente no había superado lo que le habían hecho a Charlie. Hank conocía lo suficiente a Birdie para saber que cargaría con ese rencor contra Clemens hasta el día de su muerte. Como todos ellos—. Estaré con Charlie si alguien me necesita.

—¿Estarías dispuesta a quedarte con él en el coche esta noche? —preguntó Hank—. ¿Vigilarlo mientras nos ocupamos del desafío?

—Encantada. —Con un pequeño asentimiento, se marchó.

—Va a llenar a ese niño de dulces para sentirse mejor —dijo Titus, mirando a Bridget y Hank—. ¿Recordáis cuando murió el tío John?

La mirada de Bridget era distante pero su sonrisa estaba cálida con el recuerdo del fallecimiento de su difunto tío. —Horneaba sin parar. Pasteles, tartas, galletas, de todo. El supermercado se quedó sin azúcar.

Ivy seguía mirando los documentos. Hank tomó suavemente el archivo de sus manos y lo cerró. —Todo esto va a terminar muy pronto.

Ivy asintió, silenciosa y pensativa. Él sufría por ella. Descubrir que su padre había pagado a alguien para sabotear su vida... no podía imaginar cómo se sentiría.

Se inclinó hacia ella. —¿Por qué no vas a ver a Charlie? Ya casi terminamos.

—Creo que lo haré. —Se puso de pie, con los dedos aún tocando la mesa mientras miraba a Titus y Bridget—. Gracias por ayudarnos con esto.

Titus sonrió. —Ahora somos familia. Eso es lo que hacemos.

Ivy le devolvió la sonrisa, luego miró a Sam, pero no dijo nada más mientras salía.

Hank miró a Sam. —Deberías ir a ver cómo está tu hermana.

Él se recostó en su silla. —Supongo que tienes más de qué hablar pero no me quieres aquí.

Hank le dio puntos por ser perceptivo. —Todavía no confío en ti.

—Estoy de tu lado en esto. Al cien por cien. Dame una oportunidad. Déjame ganarme esa confianza.

—Esta es la vida de Charlie. Y el bienestar de tu hermana.

Sam asintió. —Esas son también mis prioridades.

Hank consultó con sus hermanos. Ambos le dieron un pequeño asentimiento. Hank procedió. —Necesitamos encontrar una manera de quitar a Clemens del poder.

—Buena suerte con eso —dijo Sam.

Titus resopló suavemente. —Podríamos llamar a Van. A ver si le apetece pasar por aquí y chamuscar algo.

Ivan Tsvetkov era un cambiaformas dragón y, técnicamente, seguía siendo residente de Nocturne Falls, aunque vivía aquí solo a tiempo parcial desde que se había unido al circuito de peleas de MMA.

Hank soltó una carcajada. —Ojalá fuera tan fácil. No, ya se nos ocurrirá algo. Lo hablaré con mi padre, a ver si tiene alguna idea.

Bridget se apartó el pelo de los ojos con un soplido. —Mientras tanto, ¿qué vamos a hacer con el desafío de esta noche? ¿Estás seguro de que puedes con ese tipo?

Hank asintió. —Sí. Pero en el remoto caso de que las cosas no salgan como espero... —Miró hacia la puerta—. Prescott no se lleva a Charlie bajo ninguna circunstancia.

Sam asintió. —De eso ni hablar.

Bridget y Titus se inclinaron hacia delante. Titus habló primero. —¿Qué quieres que hagamos?

Hank frunció el ceño. —Esto va en contra de mi juramento del cargo, pero no es algo que esté regido por la ley humana. Charlie es un Merrow ahora, y protegemos a los nuestros.

—Por supuesto —Titus golpeó la mesa con el puño.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo? —preguntó Bridget.

Hank la miró a ella, luego a Titus y después a Sam. —Estoy diciendo que Prescott no se va con Charlie. Detenedlo por cualquier

medio que consideréis necesario. Incluyendo fuerza letal.



Un gran círculo de tiza marcaba el claro donde se tomaría la decisión sobre el futuro de Charlie. Con Bridget a su lado, Ivy levantó la cabeza para mirar la luna. Había comenzado su ciclo menguante, pero seguía brillando con intensidad. La luz de la luna normalmente le daba paz.

Pero esta no era una noche normal. Era la noche en que la vida de su hijo se había convertido repentinamente en un premio que ganar. La noche en que el hombre que amaba estaba poniendo su propia vida en riesgo para asegurarse de que su hijo siguiera siendo *su* hijo. Intentó consolarse con el hecho de que Hank era fuerte, duro y estaba entrenado más allá del cambiaformas promedio. También sabía que Hank ya consideraba a Charlie como su propio hijo, mientras que Eric solo veía a Charlie como un cheque.

Pero eso también significaba que Eric estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por dinero. Y para Ivy, eso lo hacía impredecible. ¿Qué más estaría dispuesto a hacer? Había dejado de confiar en él el día en que le dijo que no podía atarse a un niño y la había eliminado sistemáticamente de su vida.

Nunca había odiado a Eric exactamente. Se había sentido traicionada por él. Lo consideraba un perdedor. Y un imbécil. No era la primera mujer que quedaba embarazada y a la que un hombre abandonaba. Pasaba. Y había conseguido a Charlie, así que claramente había salido ganando. Pero después de que Birdie compartiera la información financiera que había descubierto, los sentimientos de Ivy hacia Eric habían alcanzado un sólido nivel de desprecio. ¿Un hombre que intentaría arrebatar a un niño inocente de su madre solo para que le pagaran? Eric y su padre eran tal para cual, hechos en el infierno.

Delaney Ellingham se acercó a ella y a Bridget. Sus ojos mostraban compasión. —Espero que no te importe que esté aquí. Sabes que estoy completamente de tu lado.

Ivy asintió, pero no pudo esbozar una sonrisa. —Agradezco el apoyo.

La preocupación se marcó en la boca de Delaney. —¿Cómo estás?

Ivy respiró hondo y dijo la verdad. —No muy bien.

—Me lo imagino. Ojalá pudiera hacer algo para ayudar. Estoy segura de que Hank va a vencer a ese tipo fácilmente.

—Gracias. Fue muy amable de tu parte venir —No conocía muy bien a Delaney todavía, pero el hecho de que la mujer hubiera aparecido para darle apoyo moral significaba mucho para Ivy. Cierto, su marido estaba aquí, pero eso no significaba que Delaney estuviera obligada a venir.

Delaney no se fue. —¿Puedo quedarme con ustedes?

—Por supuesto —Ivy encontró algo de consuelo en eso. Los amigos eran buenos—. El pastel de boda estuvo realmente genial. También todos los dulces extra. Gracias de nuevo por eso.

—Cuando quieras —dijo Delaney. Luego se rio—. Me refiero a pasteles normales. No pasteles de boda. Porque no hay razón para que te cases de nuevo —Hizo una mueca como si cuestionara sus propias palabras—. Quiero decir... ¿sabías que el Tootsie Roll fue el primer caramelo de a centavo que se vendió con envoltura?

Las cejas de Ivy se levantaron ligeramente. —No puedo decir que lo supiera.

Delaney suspiró. —Lo siento. Suelto datos aleatorios sobre dulces cuando estoy nerviosa.

Ivy sonrió a pesar de su estado de ánimo. —Está bien. Realmente aprecio que estés aquí. No conozco a mucha gente en el pueblo.

La sonrisa de Delaney se iluminó. —Arreglaremos eso. En cuanto superemos esto.

Sam entró en el claro. Le hizo un pequeño gesto a Ivy. Ella le devolvió el saludo. Él se acercó hacia ella, mirándola una o dos veces a ella y luego a Bridget, pero se detuvo a varios metros de distancia. Como si no estuviera seguro de si estaría interrumpiendo.

Ella lo miró, y luego asintió hacia el espacio al lado de Bridget. Él simplemente se encogió de hombros y mantuvo su distancia.

Bridget le dio un codazo a Ivy. —¿Quieres que te dejemos sola? ¿Para que puedas hablar con tu hermano?

—No, él se acercará cuando quiera —Le lanzó otra mirada a Sam.

Él comenzó a caminar hacia ellas de nuevo, con aspecto un poco avergonzado. Ivy tuvo la clara sensación de que tenía todo que ver con Bridget y nada que ver con cualquier tensión restante entre ellos como hermanos.

—Los hombres son criaturas tan extrañas —Bridget se inclinó hacia delante para ver a Delaney—. ¿No has traído caramelos, por casualidad?

Delaney negó con la cabeza. —No esta vez.

—Valía la pena intentarlo —Bridget se enderezó.

Delaney levantó la barbilla hacia el claro. —¿Alguien vino hoy a aplanar todo esto?

—No —respondió Bridget—. Pero Nick Hardwin vino y dibujó el círculo de tiza.

Delaney miró alrededor. —¿Dónde está Nick? Pensé que estaría aquí.

Sam finalmente se unió a ellas, quedándose a unos pasos de distancia del lado de Bridget. —Hola, Ivy. Hola, Bridget.

Bridget sonrió. —Hola, Sam.

Ivy presentó a Delaney, luego respondió a su pregunta sobre Nick señalando hacia el cielo. —Está patrullando. Asegurándose de que Eric no tenga refuerzos que desconozcamos o que Hank no sufra una emboscada de alguna manera.

Delaney miró hacia arriba. —Genial. Siempre me sorprende que exista una criatura hecha de piedra, pero si a eso le añades su capacidad para volar, es simplemente impresionante.

—Totalmente de acuerdo —E Ivy se sentía mejor sabiendo que tenían esa cobertura extra en caso de que ocurriera algo. No había forma de que Eric se fuera con Charlie. Pero eso no significaba que estuviera deseando el desafío. Miró a Bridget—. ¿Ha habido muchos desafíos aquí?

—No, este es el primero en años. Pero los miembros de la manada usan esta zona para entrenar a veces.

Ivy encontró algo de paz en eso. Hank tenía la ventaja de jugar en casa. Eso era algo, ¿verdad?

—Mira —susurró Delaney mientras señalaba hacia el centro del claro—. Ese es Sebastian, el hermano mayor gruñón de mi marido.

Era un hombre severamente apuesto. Un auténtico señor Darcy. —¿Por qué está gruñón? —preguntó Ivy.

—Problemas con su esposa. Ex esposa. O algo así. Es una larga historia.

Ivy asintió. Los ex nunca hacían las cosas fáciles. —Me hago una idea.

Sam resopló como si lo entendiera.

Si Sebastian estaba en la arena, el comienzo del desafío no podía estar lejos. Ivy sabía que Hank estaba en el lado norte del campo, lo que significaba que Eric probablemente estaba en el sur. Lo encontró al borde de la línea de árboles. —Vuelvo enseguida.

Antes de que alguien pudiera detenerla, se dirigió hacia Eric. Él la observó acercarse, sonriendo como si supiera que ella no podía mantenerse alejada. —¿Vienes a suplicarme que perdone a tu marido? Solo entrégame al niño y no le pondré una mano encima.

—No es por eso que estoy aquí. He venido a darte la oportunidad de alejarte de todo esto. Sé lo de mi padre pagándote. Por *todo*. Solo vete y quizás puedas mantener algo de dignidad.

Los ojos de Eric se entrecerraron. —No sabes nada.

—Mi marido es el sheriff. No fue difícil investigar tus registros financieros. También sé lo del juego. En serio, esta es tu última oportunidad para irte y dejar todo esto atrás. Por una vez en tu vida, haz lo mejor para Charlie.

—¿Ivy?

Ella se dio la vuelta. Hank estaba detrás de ella y los ojos de la multitud estaban sobre ellos.

Hank miró a Eric. —Ella tiene razón. Esta es tu última oportunidad de terminar esto pacíficamente.

—¿Asustado? —preguntó Eric.

La mandíbula de Hank se tensó.

La voz de Sebastian resonó por todo el claro. —Esta noche estamos aquí para presenciar el desafío entre Hank Merrow y Eric

Prescott.

—Demasiado tarde —Hank miró a Ivy—. Te veré cuando esto termine —Miró a Eric—. Cuando llevemos a Charlie a casa.

Ivy asintió y regresó hacia su hermano y sus amigos, dándole un pequeño apretón a la mano de Hank al pasar junto a él.

Sebastian levantó la mano para silenciar a la pequeña multitud que se había reunido en los bordes de la arena. Esperó hasta que Ivy se hubiera reunido con su grupo antes de hacer nada más.

Entonces Sebastian señaló con la mano a Hank y Eric y los llamó al círculo. Los hombres caminaron hacia el centro del espacio, deteniéndose a unos metros uno del otro. Sebastian extendió su mano hacia Eric. —Eric Prescott, entras al ring como desafiante. Declara tu desafío.

Eric mantuvo sus ojos en Hank. —Desafío en nombre de mi hijo, Charlie Kincaid, y te desafío a ti, Hank Merrow, por su custodia final. También me gustaría saber dónde está Charlie. Se supone que debe estar aquí.

Hugh Ellingham dio un paso adelante. —Está aquí. Está dormido en un coche al comienzo del sendero. Puedo dar fe de eso.

Sebastian miró a Eric. —¿Aceptas la palabra del árbitro?

Eric dudó. —No lo sé.

La sangre de Ivy hirvió. Apuntó con un dedo hacia él, aunque estaba al menos a seis metros de distancia. —Ni se te ocurra meter a Charlie en esto más de lo que ya lo has hecho. No necesita ver esto.

—Ivy —siseó Sam—. No lo hagas.

Bridget puso su mano en el brazo de Ivy como si pensara que Ivy podría salir corriendo de nuevo y atacar a Eric esta vez. Lo cual ciertamente parecía una buena idea.

Eric frunció el ceño. —Bien. Acepto la palabra del árbitro —Luego señaló a Ivy—. Más le vale estar ahí.

Ella lo fulminó con la mirada, pero contuvo su lengua. Sam tenía razón. Enfurecer más a Eric no iba a ayudar a Hank.

Sebastian se volvió hacia Hank. —Hank Merrow, entras al ring como el desafiado. ¿Deseas añadir algo a esta disputa?

Hank asintió y habló, su voz firme y decidida. —Quiero que esto sea también sobre la custodia final de Charlie Merrow, pero además, cuando gane, quiero que Eric Prescott desaparezca permanentemente de la vida de Charlie.

—Así sea —dijo Sebastian—. Se declarará un ganador cuando un combatiente se rinda o esté físicamente incapacitado para continuar.

Luego hizo contacto visual con la pequeña multitud. —Cualquiera que entre en este círculo causará la descalificación inmediata de la parte con la que se alinee.

Hasta donde Ivy sabía, Eric no tenía a nadie de su lado, lo que significaba que Hank sería el único que sufriría si alguien cruzaba el círculo.

Sebastian esperó un momento, luego bajó la mano y retrocedió. —Que gane el justo.

Hank y Eric comenzaron a dar vueltas uno alrededor del otro. Bridget se inclinó de nuevo para hablar con Delaney. —Sebastian hizo un buen trabajo memorizando las palabras.

—Es muy meticuloso con ese tipo de cosas —Delaney frunció el ceño—. Pensé que habría más reglas además de "no cruzar el círculo". ¿Qué hay de las reglas para los luchadores?

—No hay ninguna —dijo Ivy, con los ojos fijos en Hank.

—¿En serio? Vaya —Delaney se metió las manos en los bolsillos —. Eso es hardcore.

—Así es como los cambiaformas resuelven las cosas —dijo Sam.

Ivy estaba demasiado ocupada canalizando mentalmente toda la fuerza y astucia que podía hacia Hank para seguir hablando. Jugueteaba nerviosamente con sus anillos de boda, girándolos alrededor de su dedo.

Bridget rozó con su hombro el de Ivy y dijo suavemente: —Todo va a estar bien.

Ivy asintió pero no pudo responder. Su pulso se aceleraba, le dolía el estómago y la impotencia de no poder ayudar a Hank a ganar esto la estaba consumiendo.

Si por algún cruel giro del destino este desafío no salía a su favor, si Hank resultaba herido e incapaz de impedir que Eric se llevara a

Charlie, ella sabía exactamente lo que tendría que hacer. No solo eso, sino que estaba preparada para hacerlo.

Y si eso significaba que terminaba arrestada por asesinato, que así fuera.

La vida de Charlie valía la pena pasar la suya tras las rejas.

Capítulo Veintitrés

El mundo fuera del claro se desvaneció. En la parte humana de su cerebro, Hank sabía que Ivy, Sam, Bridget y Titus estaban allí afuera. Pero en la parte cambiante de su cerebro, la parte de *soldado*, Hank funcionaba a un nivel diferente. Su enfoque se había reducido a la tarea que tenía delante. Derrotar a Prescott. Su mente se convirtió en una máquina de guerra: calculando distancias, anticipando movimientos, proyectando resultados.

Preparándose para atacar.

Prescott tenía una estatura similar, quizás un par de centímetros menos, pero poseía el cuerpo blando de un guerrero de fin de semana. La genética de cambiante de Prescott probablemente era lo único que le impedía convertirse en una masa completamente blanda. Pero si el hombre pensaba que podía enfrentarse a Hank y ganar, debía tener algún tipo de entrenamiento.

Prescott adoptó una postura de artes marciales.

Hank no iba a subestimar al hombre. Tal vez sabía algo de kárate o judo, pero Hank conocía sus propias habilidades y, aunque Prescott hubiera sido entrenado para pelear por los mejores cambiantes, el entrenamiento de Ranger de Hank haría que eso pareciera un día de campo de la escuela secundaria.

Su plan era derribar a Prescott rápida y contundentemente, pero también quería darle una lección, y para eso, necesitaba que el otro cambiante hiciera el primer movimiento para hacerle creer a Prescott que Hank era un blanco fácil. Entonces atacaría con el tipo de

velocidad y fuerza que pintaría un cuadro con dolor. Necesitaba que Prescott entendiera qué error había sido enfrentarse a un Merrow.

Lo suficiente para que Prescott nunca volviera a intentarlo.

Prescott le sonrió mientras se movían lentamente uno alrededor del otro. —¿Tienes miedo, Merrow?

Hank no dijo nada. Mantuvo su expresión severa. Si Prescott quería jugar juegos mentales, estaba a punto de ser superado por completo.

Demonios, ya estaba superado. Solo estaba a punto de descubrirlo. De la manera difícil.

La sonrisa estúpida de Prescott nunca abandonó su rostro. —Tomaré eso como un sí. Mira, no te lastimaré demasiado frente a Ivy, pero planeo dar un buen espectáculo, así que algo de dolor es inevitable. A menos que quieras rendirte ahora. También estoy bien con eso.

Hank mantuvo la boca cerrada.

—Lo entiendo —dijo Prescott—. Estás haciendo lo difícil, ¿verdad? Salvando las apariencias frente a la mujercita y todo eso. Haz lo que tengas que hacer, hombre.

Quizás Hank no esperaría a que Prescott hiciera el primer movimiento. El deseo de causarle dolor a este idiota se estaba convirtiendo rápidamente en algo que Hank no podía ignorar. Pero realmente quería engañar a Prescott haciéndole creer que esta iba a ser una pelea fácil.

Entonces Prescott se abalanzó y, en lugar de esquivar, Hank luchó contra sus instintos y entrenamiento y dejó que el hombre conectara. Un poco. El puño de Prescott rozó la mandíbula de Hank, logrando partirle el labio.

Un jadeo se elevó de los reunidos, pero la única respuesta de Hank fue retroceder y limpiarse la boca con el dorso de la mano. Podía oír la voz de Ivy preguntándole a alguien qué demonios estaba haciendo. Quería decirle que mirara y vería, pero ella lo descubriría lo suficientemente pronto.

El idiota volvió a sonreír. —Primera sangre.

No tan dulce como la última sangre, pensó Hank.

—¿Ya estás listo para rendirte?

Hank siguió circulando.

Prescott exhaló un suspiro aburrido. —¿Realmente vas a hacer que haga esto de la manera difícil, eh?

Entonces se encogió de hombros. —Como quieras. Si quieres parecer un tonto frente a tus amigos, es tu problema. —Las cejas de Prescott se fruncieron mientras sus ojos se iluminaron con confianza —. Intentaré no lastimarte demasiado.

Entonces atacó.

Esta vez Hank se agachó, lo atrapó por debajo del hombro y lo lanzó al aire. Prescott golpeó el suelo con fuerza.

El aliento se escapó en un resoplido forzado. Se quedó inmóvil durante un par de segundos, luego logró ponerse de pie nuevamente. El pecho de Prescott se agitaba mientras trataba de recuperar el aliento.

Hank lo dejó el tiempo suficiente para hacerle creer que el movimiento había sido una casualidad.

Funcionó.

—Golpe —Prescott inhaló otro respiro— de suerte.

Hank casi se rio. En cambio, cargó, con el puño hacia adelante, y asestó un golpe en el centro del pecho de Prescott, derribándolo por segunda vez sin aire en los pulmones.

Hank se paró sobre él. —¿Terminaste?

Jadeando por aire, Prescott rodó a cuatro patas, sus ojos dorados. Mostró los dientes en un gruñido sin entusiasmo. —Tal vez —resopló— te lastime después de todo.

Hank sacudió la cabeza lentamente, dejando que su lobo entrara en su mirada. —No creo que sepas lo que es el dolor. —Rodó la cabeza, haciendo crujir las vértebras y aflojándose para el trabajo real—. Pero aquí viene la lección número uno.

Con un gruñido, Hank atacó. Prescott contraatacó transformándose a su forma media y cortando salvajemente con sus garras. Hizo contacto con el brazo superior de Hank, pero solo logró cortar su camisa.

Hank lo apartó de un empujón, pero permaneció en forma humana. La forma media tenía sus límites, como no poder hacer un

puño sin clavarse las garras en la palma, y este no era el tipo de pelea donde un revés iba a ser suficiente.

Prescott había recuperado el aliento, pero sus ojos estaban redondos y brillantes con la comprensión de que Hank no era el blanco fácil que había pensado.

Aprovechando eso, Hank golpeó a Prescott en la mandíbula. Sus ojos giraron hacia atrás en su cabeza mientras se tambaleaba, tratando de mantenerse erguido.

Hank puso otro puño en el estómago de Prescott, doblándolo, luego Hank barrió su pierna alrededor y derribó a Prescott al suelo.

Se puso en posición fetal, jadeando por aire mientras regresaba a su estado completamente humano.

—¿Te rindes? —preguntó Hank mientras se paraba sobre el hombre. No tenía sentido pelear más de lo necesario.

—Diablos, no —dijo Prescott con voz áspera. Puso una mano en el suelo y se impulsó a una posición sentada. La sangre goteaba de su labio.

—¿En serio? —Hank levantó las cejas—. ¿Así que solo eres un desertor cuando se trata de la paternidad?

Prescott lo miró con furia. —¿Por qué no me atacas? ¿Por qué me dejas recuperarme?

—Porque no eres una amenaza para mí. Quiero que te des cuenta de lo mala que fue la decisión de desafiarme para que nunca lo vuelvas a hacer. Solo recuerda lo completamente desprevenido que estás.

Prescott maldijo. —Crees que eres mejor que yo, ¿no?

—Desde un punto de vista de combate, sé que lo soy. —Hank retrocedió un paso para darle algo de espacio al hombre y le hizo un gesto a Prescott para que se levantara—. Levántate y terminemos con esto.

Prescott negó con la cabeza, sus ojos brillando dorados, y con un gruñido, se lanzó hacia Hank, convirtiéndose en un lobo mientras bajaba. Derribó a Hank al suelo. Hank levantó el brazo para empujar a Prescott, pero Prescott hundió sus dientes en el brazo de Hank.

El dolor atravesó a Hank, y aulló de ira, el dolor impulsándolo más fuerte. Subió los pies, los plantó en el cuerpo de Prescott y

empujó, lanzando al lobo al aire y dándose la oportunidad de rodar libre.

El lobo aterrizó con un gemido mientras Hank se ponía de pie. Revisó la mordida. La sangre brotaba de las perforaciones en su brazo derecho, pero sanaría. Ahora mismo, tenía cosas más importantes de las que ocuparse. Como Prescott cargando contra él a cuatro patas, con la mandíbula abierta, el hocico rojo con la sangre de Hank.

Hank bajó la cabeza y corrió hacia Prescott, transformándose en su forma de lobo en movimiento. Colisionó con Prescott en un caótico enredo de dientes y garras. Rodaron por el suelo, mordiendo y gruñendo.

Claramente Prescott necesitaba el dinero porque finalmente había comenzado a esforzarse por ganar, pero Hank había terminado de jugar. Era hora de llevar este desafío a un cierre rápido. Prescott echó la cabeza hacia atrás para liberarse, dándole a Hank la apertura que necesitaba. Apretó su mandíbula sobre la garganta de Prescott. El otro cambiante jadeó y gimió y se quedó quieto.

Prescott tenía que saber que había sido derrotado. En cualquier segundo, Hank esperaba escuchar que se declarara el fin de la pelea. Entonces se elevaron gritos de la multitud, y la voz de Sebastian Ellingham resonó. —¡Alto!

Hank soltó a Prescott y retrocedió, sabiendo que había ganado. Pero cuando miró a su alrededor, la multitud no estaba enfocada en él o en Prescott, sino en una pequeña figura que corría hacia ellos, a punto de cruzar la línea de tiza.

Charlie.

Birdie iba tras él, gritándole que se detuviera.

Hank abrió la boca para gritar también, pero no tenía voz como lobo. Rápidamente volvió a su forma humana y extendió las manos. —No, Charlie. Quédate donde estás.

Charlie se detuvo derrapando, mirando a Hank con preguntas en sus ojos. Pero era demasiado tarde. Sus zapatillas estaban cubiertas de blanco, y la línea detrás de él se había difuminado en dos puntos. El estómago de Hank cayó. Se hundió de rodillas, mientras la fría mano de la derrota lo apretaba.

Charlie había cruzado la línea.



Ivy quería correr hacia Charlie, levantarlo en brazos, pero el miedo la detuvo. Ella estaba *definitivamente* del lado de Hank mientras que Charlie podía posiblemente ser visto como perteneciente a cualquiera de los dos. No quería ser la razón por la que Hank fuera descalificado y Eric ganara. Entrelazó sus dedos en un gesto suplicante. —Charlie —imploró—. Sal de ahí.

En el borde del círculo, a pocos metros de Charlie, Birdie se retorcía las manos, sus ojos llenándose de lágrimas. —Lo siento mucho. Se bajó del coche antes de que me diera cuenta de lo que estaba haciendo. —Miró a Sebastian mientras caminaba hacia Charlie—. No quiso decir nada...

Sebastian levantó la mano. —El daño está hecho. —Cruzó la línea de tiza y entró en el círculo para hablar con Charlie, su papel como árbitro le permitía cruzar la línea sin consecuencias.

A pocos metros de Hank, Eric se transformó en su forma humana. Ivy encontró algo de felicidad en el hecho de que estaba sangrando en muchos más lugares que Hank. Tal vez contraería una infección y moriría.

Sebastian se agachó para hablar con Charlie. —¿Por qué entraste al círculo, hijo?

La incertidumbre curvó la boca de Charlie. Ivy entendía esa mirada. Él sabía que había hecho algo mal, solo que no sabía qué. Miró sus manos cuando habló. —La tía Birdie me dijo que estaban peleando.

—¿Así que viniste a verlos?

Charlie asintió.

Sebastian se inclinó más, tratando de hacer contacto visual. —¿A quién viniste a ver?

Charlie señaló detrás de él a Hank y Eric. —Quería ver a mi papá.

En cualquier otro momento, escuchar a Charlie llamar papá a Hank la habría derretido en un charco de ternura. Pero en este

momento, la palabra la atravesó como una cuchilla. Charlie acababa de sellar sus destinos.

Sebastian se puso de pie, e Ivy se preparó para el anuncio inevitable que descalificaría a Hank y arrancaría a su hijo de su vida para siempre. El vampiro miró a los dos hombres, luego señaló a Eric. —¿Este es tu hijo?

Eric miró a su alrededor como si se diera cuenta de lo que le estaban preguntando. Dudó, luego sacudió la cabeza, su sonrisa horriblemente victoriosa. —No.

Sam maldijo en voz baja.

A Ivy le dolió el corazón al escuchar la negación de Eric, pero era exactamente lo que había esperado.

Sebastian señaló a Hank. —¿Este es tu hijo?

Ivy contuvo la respiración. No había manera de responder la pregunta sin que Charlie resultara herido. Agarró a las mujeres a cada lado de ella y rezó por un milagro.

Hank miró a Charlie. Un músculo en su mandíbula se contrajo, y su mirada se volvió extrañamente líquida. Sonrió al pequeño. —Sí, lo es.

Entonces abrió sus brazos. Charlie corrió hacia él, y Hank lo envolvió en un abrazo.

El dolor atravesó a Ivy, borrando la alegría de verlos juntos así. Por un momento, se sintió mareada, luego el vértigo pasó, y se concentró en sus dos hombres. Quería correr hacia ellos, abrazarlos a ambos, luchar hasta la muerte para mantener a Charlie a su lado.

Como si lo presintieran, Bridget y Delaney tomaron sus manos y la sujetaron en su lugar.

—Todavía no —susurró Bridget.

Sebastian levantó la mano. —Dictamino que el niño ha cruzado la línea y está del lado de Hank Merrow.

—Eso significa que yo gano —anunció Eric. Se veía tan complacido consigo mismo que Ivy se transformó a su forma media el tiempo suficiente para gruñirle.

Él giró bruscamente para mirarla, la sonrisa desapareciendo de su estúpido rostro para ser reemplazada por una mirada de incertidumbre. Y tal vez un poco de miedo.

Bien. Debería tener miedo. Porque si intentaba llevarse a Charlie, la única forma en que saldría de Nocturne Falls sería en una bolsa para cadáveres.

La mirada de Sebastian cayó brevemente sobre Ivy, sus ojos llenos de advertencia. —Por las reglas del desafío, Hank Merrow está descalificado.

Birdie comenzó a llorar.

—Sin embargo —continuó Sebastian—. El desafío de Eric Prescott se basó en que Charlie Kincaid era su hijo. Las palabras contrarias de Prescott invalidaron ese desafío. Además, como árbitro, está dentro de mi derecho hacer un juicio concerniente al desafío siempre que el segundo árbitro esté de acuerdo conmigo. Y digo que no hay regla que pueda obligarme a otorgar la custodia de este niño al hombre que no está dispuesto a reclamarlo como propio.

Miró a su hermano. —¿Estás de acuerdo?

Hugh asintió. —Absolutamente.

—Buen trabajo, cariño —gritó Delaney.

Sebastian cruzó sus manos en el aire. —Este desafío ha terminado. Hank Merrow es el ganador. Charlie pertenece con él.

Eric se quedó mirando, boca abierta, cuerpo rígido de shock.

Ivy comenzó a reír incontrolablemente mientras el caos estallaba a su alrededor.

Bridget saltaba de arriba abajo. Birdie se desmayó.

Sam gritó de alegría y se dirigió hacia Eric. Señaló a Prescott. —Estás acabado.

Ivy se rio con más fuerza, feliz de que su hermano fuera quien se encargara de su ex.

Hank lanzó a Charlie al aire con un aullido fuerte y feliz. Delaney corría hacia su marido. Esa era una gran idea. Ivy se dirigió hacia Hank y Charlie, alcanzándolos unos segundos después.

Hank puso a Charlie sobre sus hombros y atrajo a Ivy a sus brazos. —Lo logramos.

Ella estaba demasiado feliz para hablar. Se aferró a él, un brazo alrededor de él, su otra mano en la espalda de Charlie.

Desde el borde de su visión periférica, un estallido de movimiento captó su atención. Sam gritó —¡Ivy! —al mismo tiempo

que ella se movió para ver mejor.

Sam estaba en el suelo, su mano sobre su vientre donde el rojo florecía desde un largo corte. Eric voló hacia ellos, un gruñido en sus labios y el destello de metal en su mano. *Plata*. Lo registró como una cuchilla un segundo demasiado tarde. Hundió el cuchillo en el costado de Hank y lo sacó de nuevo igual de rápido. Luego agarró el brazo de Charlie y lo apartó de un tirón de Hank.

El impacto tambaleó a Hank, pero fue la plata lo que lo hizo caer de rodillas. La sangre brotaba de la herida.

Charlie gritó —¡Mami!

Ivy se quedó paralizada mientras el pánico, el miedo y la ira la incapacitaban. Su hermano y su marido estaban sangrando y envenenados, pero su hijo estaba en manos de un maníaco.

Eric sujetó a Charlie, blandiendo el arma ensangrentada frente a él. —Si piensan que voy a aceptar la sentencia de los dos vampiros con los que casualmente son amigos, están muy equivocados. Yo gané el desafío. Charlie viene conmigo.

Charlie estaba en peligro. No había más que pensar. Ivy saltó, transformándose en su lobo en el aire, y atacó a Eric con sus instintos maternales impulsándola.

Proteger a Charlie.

Matar a Eric.

Capítulo Veinticuatro

Mientras Ivy mordía la mano de Prescott en la que sostenía el cuchillo, obligándole a soltarlo, Hank se sujetó el costado e instó a Charlie a actuar. —Charlie, transfórmate y muérdelo.

—No puedo —lloró Charlie, con la mirada fija en Prescott, quien aún lo sujetaba.

Hank apartó la mano. Estaba cubierta de sangre. La plata había contaminado la herida e impedía que coagulara. Respirar requería esfuerzo. Prescott seguía tratando de quitarse a Ivy de encima y se negaba a soltar a Charlie. —Puedes hacerlo, Charlie. Sé que puedes. Solo piensa como un lobo.

Charlie cerró los ojos. Un segundo después, se había transformado en lobo.

—¡Lo conseguiste! —asintió Hank, sintiendo su cabeza cada vez más ligera mientras la sangre seguía saliendo de su cuerpo. Se arrastró hacia Ivy, que continuaba luchando contra Prescott—. Ahora muérdelo y corre tan pronto como te liberes.

Charlie mordió la mano que lo sujetaba. Prescott soltó al niño. Ivy también se liberó, solo para saltar sobre Prescott y derribarlo. Sus dientes chasquearon a centímetros de su cara. Charlie salió corriendo.

Aliviado de que su hijo estuviera a salvo, Hank se concentró en salvar a su esposa. No le preocupaba tanto que ella pudiera resultar herida como que matara al tipo frente a tantos testigos. Encontró el

cuchillo que Prescott había dejado caer. Logró reunir suficiente fuerza para clavarlo en el muslo de Prescott.

Un grito de dolor fue su recompensa. Sonrió mientras caía de espaldas al suelo. —Acaba con él, Ivy.

Vagamente notó que la gente corría hacia él mientras su visión se nublaba. Era difícil concentrarse en algo más que las estrellas sobre su cabeza. Una forma oscura, con forma de gárgola, atravesó el cielo. Luego, mantener los ojos abiertos se volvió imposible.

—Ivy —logró decir.

Voces familiares y reconfortantes le respondieron. —Está bien. Y Charlie está con Birdie.

Quizás era Bridget. Hank no podía pensar. Así que cerró los ojos y se dejó llevar por la oscuridad.

Cuando los abrió de nuevo, todo era demasiado brillante y sentía la cabeza como si estuviera rellena de algodón cálido. Entrecerró los ojos. Nada le resultaba familiar, ni por el aspecto ni por el olor. Un dolor sordo irradiaba desde su costado. —¿Dónde demonios estoy?

—¡Estás despierto! Estás en el hospital. —Un ángel apareció en su campo de visión. Un segundo después se dio cuenta de que era Ivy. Su esposa. Sonrió mientras ella lo miraba—. ¿Cómo te sientes?

—Eres muy bonita. —¿Por qué estaba en el hospital?

Intentó sentarse, pero ella negó con la cabeza. —Puedo ver que la morfina sigue haciendo efecto. Ahora deja de moverte, abrirás los puntos.

—¿Puntos? —Parpadeó, intentando dar sentido a las cosas.

Ella asintió. —El cuchillo de Eric estaba bañado en plata. Pretendía matarte.

Hank dejó caer la cabeza en la almohada mientras el recuerdo de lo sucedido regresaba en escenas sueltas y desconectadas. —¿Dónde está Charlie?

—Está bien. Está con Birdie en la casa.

—Quiero a ese chico. Te quiero a ti.

Ella asintió, sonriendo. —Lo sé.

—¿Está bien?

—Estaba un poco asustado, pero le dije lo orgullosos que estamos de él y que nunca volverá a pasar algo así.

—De eso puedes estar segura. Eres una buena madre. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

Ella tomó su mano, su sonrisa lo hacía sentir mejor. —No mucho. Unas doce horas. Sam ya fue dado de alta. Su herida no fue tan grave como la tuya. La plata realmente te dejó sin fuerzas. Y está ralentizando el proceso de curación, así que es posible que te quedes aquí esta noche.

Frunció el ceño. Doce horas. —Nos perdimos el Baile de los Zombis.

—No pasa nada. Siempre queda el año que viene.

Empezó a levantarse de la cama. Ella le agarró del brazo. —¿Qué parte de "es posible que tengas que quedarte aquí esta noche" no entiendes?

—Ni hablar. No voy a quedarme a pasar la noche. Puede que tenga que arrestar a alguien.

Una pequeña risa escapó de ella. —Oh, esto es divertido.

—¿Qué?

—Tú. Eres muy gracioso con la morfina. No me lo esperaba.

La miró fijamente. —¿Has estado aquí todo el tiempo?

—Sí. —Besó su frente—. Porque te quiero —susurró.

—Oye. —Puso una mano en su hombro.

Ella se echó hacia atrás. —¿Qué?

—Estamos casados. —Sonrió—. Vamos a tener sexo después.

Ella resopló suavemente. —Quizás hoy no.

La miró parpadeando, sintiéndose un poco triste. —¿Por qué no?

—Puntos, ¿recuerdas?

Puntos. ¿Dónde se los habían puesto? —¿Qué pasó con...? —Su cabeza estaba demasiado confusa para pensar bien.

—¿Eric? —sugirió ella.

Asintió. —No me cae bien.

—A nadie le cae bien. Está en otra habitación con sus propios puntos. Cuando pueda irse, Sam y Titus lo llevarán a la celda porque, aunque llevar un cuchillo al desafío no estaba contra las reglas, usar plata contra otro cambiaformas viola la ley de la manada. Irá al tribunal junto con los hermanos Jenkins.

—Lo atacaste.

—Tú ayudaste. —Suspiró y se sentó en el borde de la cama—. Si tan solo pudiéramos vincular todo esto con mi padre también.

Hank entrelazó sus dedos con los de ella. —Pensaremos en algo. Tal vez debería ir a la comisaría.

—Hoy no, sheriff.

Cerró los ojos mientras la morfina lo vencía.

Los labios de ella rozaron su boca. —Duerme, cariño. Lo único que necesito es que te recuperes. Todo lo demás puede esperar.



Aunque no era gracioso que Hank hubiera resultado herido, su actitud durante todo el proceso no dejaba de hacer reír a Ivy. Primero había estado atontado y dulce por la morfina. Ahora estaba malhumorado y petulante porque las normas del hospital exigían que saliera en silla de ruedas.

Ivy intentó no reírse mientras la enfermera le daba instrucciones. —Si quiere traer su coche, me reuniré con usted en la entrada con el sheriff Merrow.

—No necesito una silla de ruedas —refunfuñó Hank.

—Oye —dijo Ivy—. Alégrate de que te hayan dejado ponerte la ropa que te traje, de lo contrario saldrías con esa bonita bata azul del hospital.

Él la miró con el ceño fruncido. —Eras mucho más amable cuando estaba con morfina.

Ella le lanzó un gesto de pistola con los dedos. —Lo mismo digo. —Luego asintió a la enfermera—. Nos vemos en la entrada.

Salió y se dirigió al estacionamiento. Hank tendría más cosas que decir cuando viera que había traído su GTO, pero no es como si pudiera llevarlo a casa en la Harley. Condujo el precioso vehículo hasta la entrada cubierta del hospital justo cuando la enfermera lo sacaba en la silla de ruedas.

Dejando el motor encendido, saltó fuera y fue a abrir la puerta del pasajero.

La cara de Hank mostraba una mezcla de irritación incrédula y admiración a regañadientes. —Bonito vehículo —dijo con ironía.

—No tienes ni idea —dijo ella—. Bueno, supongo que sí la tienes.

La enfermera quitó los reposapiés de en medio. —Ya está listo, sheriff Merrow.

—Gracias. —Mientras la enfermera sujetaba la silla de ruedas, miró a Ivy y se levantó lentamente, su sonrisa revelaba que no estaba realmente molesto—. Probablemente estabas esperando un momento como este.

Ella pasó el brazo alrededor de él y lo ayudó a sentarse en el asiento del pasajero. —Sí, esperaba que te apuñalaran para poder conducir tu coche. Me has descubierto.

Saludó con la mano a la enfermera, luego cerró su puerta, dio la vuelta y se puso detrás del volante. —Abróchate el cinturón. Esta cosa es rápida.

Sonriendo, él negó con la cabeza. —Tengo la sensación de que sé por qué te casaste conmigo.

Ella puso la primera marcha y le guiñó un ojo. —El coche es una razón. Te recordaré la otra cuando te quiten los puntos.

Él se rió, haciendo una mueca de dolor. —Eso no puede ser lo suficientemente pronto. —La miró—. ¿Charlie está en casa?

Ivy salió con cuidado y los llevó a la carretera. —Sí. Birdie lo está cuidando. Está locamente enamorada de ese niño, pero todavía se siente culpable por haberlo dejado salir del coche. Se culpa por lo que te pasó.

Hank se encogió de hombros. —Le podría haber pasado a cualquiera. Hablaré con ella. —Apoyó la cabeza en el asiento.

—¿Cansado?

—Solo de estar lejos de ti y de Charlie.

Ella extendió la mano para darle una palmadita en la pierna.

—Eh, las dos manos al volante. A menos que quieras aparcar un rato por ahí.

Riéndose, logró llevarlos a casa sin chocar. Metió el coche en el garaje, lo estacionó y luego lo ayudó a subir los escalones con su hombro bajo el brazo del lado no herido. —Odio decirte esto, pero

se supone que debes guardar reposo en cama otras veinticuatro horas.

Él gruñó.

—Hablo en serio.

—El médico sabe que soy un cambiaformas, así que también debería saber que no necesito veinticuatro horas. Y odio el reposo en cama. A menos que quieras acompañarme en la cama.

—Eso no calificaría realmente como reposo, ¿verdad? —Puso los ojos en blanco y negó con la cabeza mientras abría la puerta de la casa—. ¿Dónde quieres instalarte?

Las voces de Birdie y Charlie llegaban desde la sala de estar. Hank vaciló. —¿Qué están haciendo ahí?

—Parece un videojuego. No sabía que tenías una consola.

—No tengo. —Cambió de dirección hacia la sala de estar—. Birdie debe haber comprado una para Charlie.

Ivy lo ayudó a llegar al sofá. Birdie y Charlie estaban tan absortos en el juego en la pantalla que no se dieron cuenta hasta que finalmente Charlie ganó.

Se dio la vuelta y vio a Hank, y su cara se iluminó. —¡Estás en casa! ¿Me viste ganar en Mario Kart?

Hank asintió. —Conduces como tu madre.

Ivy se rió mientras Charlie corría hacia Hank, pero lo atrapó y le hizo una pedorreta en el pelo. —Nada de saltar sobre Hank hasta que esté mejor, ¿de acuerdo?

Suspiró con la exasperación propia de un niño de siete años. —Ya lo sé.

Negando con la cabeza, lo soltó.

—Me alegro de que estés en casa. —Se acercó a Hank lentamente—. ¿Vas a estar mejor pronto?

Mientras Hank le respondía, Ivy se volvió hacia Birdie. —¿Todo bien?

Asintió, con el suave borde de la culpa persistiendo como tristeza en sus ojos. —Espero que no te importe que le haya comprado una Wii a Charlie. Pensé que podría ayudar a distraerlo de... en fin, creo que le gusta.

—Parece que le encanta. Fue muy amable de tu parte.

Birdie miró a Charlie, que ahora estaba sentado junto a Hank en el sofá y manteniendo una conversación seria sobre algo. —Me siento tan mal.

—No lo hagas. No hiciste nada malo. Y todo salió bien, así que no hay nada por lo que sentirse mal.

Su sonrisa no resultaba del todo convincente, pero asintió mientras dejaba el mando del juego. —Debería irme a casa. Dejaros algo de paz y tranquilidad.

Ivy la abrazó. —Gracias por cuidarlo. No habría podido quedarme con Hank en el hospital si no fuera por ti. Realmente lo aprecio.

Esta vez su sonrisa fue genuina. —Cuando me necesites, solo llámame. —Recogió su bolso de la mesa de café—. Oh, casi lo olvido. Charlie, ¿dónde está esa memoria USB que encontraste?

Charlie puso cara de estar pensando. —Creo que la dejé en la mesa de la cocina.

Birdie asintió. —Iré a buscarla. —Se dirigió a la cocina, regresando momentos después con el pequeño rectángulo negro en la mano. Lo extendió hacia Ivy—. Hice que Charlie se bañara esta mañana, y encontró esto en su habitación cuando se estaba vistiendo. Supongo que pertenece a uno de vosotros.

Ivy la tomó. —No la reconozco. ¿Hank? —Se la lanzó.

Él la examinó. —Yo tampoco. —Miró a Charlie—. ¿Esto estaba en tu habitación?

Asintió. —En el suelo.

—¿De dónde salió?

Charlie se encogió de hombros. —No lo sé.

—¿La conectaste? —preguntó Ivy a Birdie—. ¿Para ver qué contiene?

—No. —Birdie agarró su bolso—. Pensé que podría contener información personal.

—Está bien, lo averiguaremos más tarde. Ahora creo que necesitamos pedir algo de pizza y disfrutar de estar en casa.

Hank sonrió a su tía. —¿Qué te gusta en tu pizza?

Sus cejas se alzaron. —¿Quieres que me quede?

—A menos que estés cansada de estar aquí.

—No, me encantaría quedarme. Gracias. —Dejó su bolso, toda sonrisas—. Puedo pedir la pizza. Ustedes visiten con su hijo. ¿Está bien con extra de queso?

—Sí. Con todo tipo de carnes. Pide dos —le gritó Hank. Sonrió a Ivy—. La comida del hospital es horrible, y me muero de hambre.

—Hablando de cosas para comer... —Ivy se unió a ellos en el sofá, sentándose al otro lado de Charlie para que él quedara entre ella y Hank. Le revolvió el pelo—. ¿Cuántos dulces te dio la tía Birdie?

Charlie se encogió de hombros. —No se supone que deba decirlo.

Hank sonrió. —Eso suena a ella. Quizás después de cenar puedas enseñarme a jugar Mario Kart.

—¿Qué tal mañana? —dijo Ivy—. Esta noche solo necesitas descansar.

Hank le hizo una mueca a Charlie. —Tu madre no es divertida.

Él dejó escapar un gran suspiro. —Lo sé.

Capítulo Veinticinco

Saciado con pizza, cerveza y las dos pastillas para el dolor que Ivy había insistido en que tomara, Hank estaba firmemente instalado en el sofá viendo a Charlie jugar videojuegos mientras Ivy y Birdie limpiaban en la cocina.

Sacó la memoria USB de su bolsillo y le dio vueltas entre los dedos. Parecía una memoria USB como cualquier otra, pero no reconocía esta. La curiosidad lo carcomía.

Ivy y su tía entraron, charlando sobre el postre. Birdie dijo que había sobrado pastel de boda y que casualmente había comprado helado.

Hank levantó la memoria USB. —Birdie, ¿por qué no usas mi portátil y abres esta cosa, a ver qué contiene? Ivy, mi portátil está en la encimera de la cocina.

Birdie se llevó una mano a la garganta. —¿Quieres que yo la abra?

—¿Por qué no? —Se encogió de hombros—. Después de cómo indagaste en los registros bancarios de Prescott, claramente eres la más calificada.

—Iré a buscar el portátil —dijo Ivy.

Birdie tomó la memoria mientras Ivy salía. —Supongo que puedo intentarlo. ¿Y si hay un virus?

—Puede que esté medicado para el dolor, pero ni siquiera yo creo que alguien haya entrado en la casa y dejado una memoria USB en

el suelo de la habitación de Charlie con la esperanza de infectarme el ordenador con un virus.

Ella se sentó en el sillón reclinable, sosteniendo la memoria USB en su mano como si fuera algo frágil. —Supongo que tienes razón.

Ivy regresó con el portátil, lo colocó sobre la mesa de café y lo encendió. —Hank, tendrás que iniciar sesión. No conozco tu contraseña.

—Alphawolf. —Se encogió de hombros, con una sonrisa perezosa curvándole la boca—. Ya sabes, porque soy uno.

Ivy sonrió. —Quizás la próxima vez no deberías tomar tus medicamentos con cerveza. Para ser un cambiante, tienes poca tolerancia.

Escribió la contraseña, luego llevó el equipo hasta Birdie y lo colocó en su regazo. —Aquí tienes. Veamos qué puedes encontrar.

Birdie se puso las gafas y conectó la memoria. El portátil cobró vida y emitió un pitido suave. Ella pulsó algunas teclas, estudiando la pantalla con la mirada. La luz se reflejaba en sus gafas mientras aparecía lo que fuera que contenía la memoria.

—¿Qué es? —preguntó Ivy.

—Archivos. Aún no estoy segura de qué contienen. —Birdie tecleó un poco más—. Esto es interesante. Aunque no estoy completamente segura de lo que significa.

Hank agitó una mano con somnolencia. —Probablemente nada.

Birdie miró a Ivy por encima del borde de sus gafas. —¿Podría KI significar Kincaid Industries?

Ella se encogió de hombros. —Supongo que sí.

Birdie asintió como si estuviera pensando. —Entonces KI Uno y KI Dos tendría sentido. —Birdie se concentró de nuevo en la pantalla, estrechando los ojos tras sus gafas—. Eso significaría que esto contiene años de información.

Hank se incorporó, su interés temporalmente limando los bordes de su somnolencia inducida por las drogas. —¿Qué has encontrado?

Birdie levantó la cabeza. —No soy contadora forense, pero diría que este archivo contiene dos juegos de libros contables para los negocios de Clemens Kincaid. El real que contiene sus cifras

verdaderas y el falso que usa para asuntos oficiales. Y si ese es el caso, podría ir a la cárcel por mucho, mucho tiempo.

Una oleada de adrenalina recorrió el sistema de Hank, anulando temporalmente los efectos de los medicamentos. Miró a Ivy, que estaba muy quieta, y luego le habló a Charlie. —Oye, pequeño.

Charlie pausó su juego y se dio la vuelta.

Hank señaló la memoria USB que sobresalía del ordenador. —¿Dónde encontraste esa memoria?

—En el suelo de mi habitación.

—¿Y qué estabas haciendo cuando la encontraste?

—Estaba poniéndome ropa limpia.

—¿De la bolsa que te dio tu abuela?

Él asintió.

—Gracias. —Hank le dio una sonrisa—. Puedes seguir jugando.

Charlie volvió a estrellar su coche contra los de sus oponentes y a acumular puntos.

Incluso por encima del sonido del juego, el susurro de Ivy fue audible. —Mi madre.

Hank se giró para mirarla. —¿Tú crees?

Ivy asintió. —¿De qué otra manera habría llegado a la casa si no fuera en la bolsa? Ella es la única que podría haberla puesto allí. Seguramente tendría acceso. Y cuando me dio la bolsa, dijo algo como espero que esto te ayude.

—¿Ella lleva la contabilidad de la empresa?

—No, mi segundo hermano mayor, Daryl, lo hace. Pero mi madre trabaja en la oficina. Archiva, contesta teléfonos, sirve café. Cosas así.

Hank intentó leer su rostro, pero todo lo que realmente podía percibir de ella era shock y preocupación. —Así que tendría acceso a los registros.

—No lo sé. Supongo. —Miró a Birdie—. ¿Puedes saber, mirando la memoria, quién creó esos archivos? ¿O a quién implicarían?

La boca de Birdie se frunció hacia un lado. —Déjame mirar más de cerca. —Fue tecleando, finalmente negando con la cabeza—. No encuentro nombres. Hank, ¿qué opinas?

—Si no hay nombres, entonces el Departamento de Justicia probablemente iría tras la empresa y sus directivos.

Ivy soltó un suspiro. —Eso sería mi padre y mis dos hermanos mayores. Lo que significa que mi madre y Sam estarían a salvo. —Se volvió hacia él—. ¿Lo estarían, Hank? Odiaría pensar en cualquiera de ellos yendo a prisión por los crímenes de mi padre.

—¿Qué hay de tus hermanos mayores?

Ella resopló. —Son sus secuaces. Si él es culpable, ellos también.

Hank reflexionó un momento, una tarea difícil con los medicamentos en su sistema. —¿Crees que Sam y tu madre estarían dispuestos a testificar?

Ivy hizo una mueca. —Eso es pedir mucho. Mi madre podría estar demasiado asustada. En cuanto a Sam... no lo sé. Tendría que preguntarles a ambos.

—No digas nada todavía. Déjame trabajar en esto por la mañana y ver qué puedo averiguar para protegerlos. —Sus párpados se volvieron pesados mientras las drogas comenzaban a ganar. Bostezó.

Ivy se puso de pie. —Birdie, voy a subir a Hank y acostarlo. Vuelvo enseguida.

—De acuerdo. —Pulsó una tecla y sacó la memoria USB, entregándosela a Ivy—. Llévate esto y guárdalo en un lugar seguro. Yo vigilaré a Charlie.

Ivy se metió la memoria en el bolsillo y luego ayudó a Hank a ponerse de pie. —Vamos. Necesitas estar en la cama.

Él pasó el brazo alrededor de sus hombros. —¿Me vas a arropar?

Ella sonrió mientras lo guiaba fuera de la habitación y subía las escaleras. —Sí, pero eso es todo lo que voy a hacer. Necesitas curarte.

Él se inclinó y le acarició el cuello con la nariz. —¿Estás segura?

Ella contuvo la respiración y se apartó, extendiendo la mano para abrir la puerta del dormitorio. —Eres un paciente realmente difícil.

—Solo quiero a mi esposa a mi lado.

Ella lo dejó con cuidado en la cama, luego se arrodilló para quitarle las botas. —Lo estaré. En algún momento. Primero tengo que acostar a Charlie, y para entonces, estarás profundamente dormido. Ni siquiera sabrás que estoy ahí.

—Claro que lo sabré. —Se recostó y cerró los ojos. Ella le desabrochó los vaqueros. Él sonrió—. Sabía que esto era solo una estratagema para tenerme a solas.

Ella se rio. —Drogado y tratando de ponerse juguetón. Ese es mi marido.

—Sí —murmuró. Y se quedó dormido.



Ivy logró quitarle los vaqueros y la camisa a Hank, pero solo porque tenía la fuerza de una cambiante. Mover a un hombre de ese tamaño habría sido imposible de otra manera. Lo cubrió, guardó la memoria USB bajo sus camisetas en el cajón de la cómoda, y luego bajó corriendo a la sala de estar.

—Charlie, hora de acostarse. Arriba y a cepillarse los dientes.

—Ay, mamá, ¿no puedo jugar una partida más?

—No esta noche, cariño. Mañana va a ser un día ocupado. Tienes tu primer día en el campamento deportivo.

Hizo una mueca. —Lo sé.

Birdie dio una palmada. —¿No es emocionante, Charlie? Piensa en todos los nuevos amigos que vas a hacer.

Él le lanzó una mirada mientras guardaba el mando del juego. Claramente no compartía su entusiasmo.

Ivy se rio mientras Birdie se levantaba. —Supongo que yo también debería irme. Llámame si necesitas algo.

—Gracias por todo. Te veré mañana. Iré a la comisaría después de dejarlo.

—¿Hank va a trabajar mañana?

Ivy puso los ojos en blanco. —¿Crees que puedo impedírselo?

Birdie resopló suavemente. —Pregunta tonta. Oh, casi se me olvida con todo ese asunto de la memoria USB. Charlie y yo fuimos de compras hoy y...

—¿Conseguiste que mi hijo fuera de compras? ¿De ropa? —Ivy se preguntó si Birdie tendría algo de bruja, porque arrastrar a su hijo a una tienda de ropa requería un tipo especial de magia.

Birdie se llevó la mano a la boca y susurró: —Le prometí helado.

—Eso lo explica.

—En fin, le compré unos pantalones cortos y algunas camisetas nuevas. Para su campamento deportivo. Espero que no te importe.

—¿Importarme? Es maravilloso. Justo me acababa de dar cuenta de que tendría que lavar esta noche para poder enviarlo al campamento con algo limpio. —Ivy la abrazó—. Muchas gracias. Puedes sobornar a mi hijo con dulces cuando quieras.

—Te tomaré la palabra. —Con una risa y una sonrisa feliz, Birdie besó a Charlie en la mejilla y se dirigió a la salida—. ¡Nos vemos mañana! ¡Que tengas un buen día en el campamento, Charlie!

Ivy cerró la casa tras ella, luego llevó a Charlie al baño para cepillarse los dientes, finalmente acostándolo diez minutos después. Se durmió en cinco, una señal segura de que el regalo de la Wii de Birdie había sido un regalo para todos ellos.

Con sus dos hombres profundamente dormidos, Ivy bajó sigilosamente y sacó su teléfono móvil. Quería llamar a Sam y contarle sobre la información de la memoria, pero ¿y si él estaba involucrado de alguna manera? ¿Y si no había sido sincero con ella acerca de haber terminado con los negocios de los Kincaid?

Se quedó mirando su teléfono, su corazón doliendo con las posibilidades. Si Sam estaba involucrado, esas decisiones eran responsabilidad suya. Podría ser su hermano pequeño, pero también era un hombre adulto. Miró hacia arriba. Ahora tenía una nueva familia y un hijo que proteger. Además, Hank le había pedido que esperara antes de decir algo.

Con renuencia, enchufó su teléfono para cargar y lo dejó en la encimera de la cocina antes de apagar las luces y subir.

Mañana todos tendrían respuestas.

Aunque algunas de esas respuestas no fueran buenas.

Capítulo Veintiséis

Hank miró asombrado cuando Birdie le puso una taza de café en su escritorio.

—¿Te sientes bien?

—¿Por qué?

—Me trajiste café. Normalmente tengo que buscarlo yo mismo.

Ella le lanzó una mirada, pero respondió:

—Estás convaleciente. En realidad, ni siquiera deberías estar aquí, pero como estás trabajando en esa... información que encontramos anoche, te lo permito.

—Gracias, Dra. Birdie. Y para que lo sepas, ya estoy bien. Me quité los puntos esta mañana. Estoy completamente curado.

Ella lo miró horrorizada.

—No deberías quitarte los puntos tú mismo.

—¿Qué vas a hacer? ¿Demandarme por negligencia médica?

—Mmm. Todo lo que hago por ti y así es como me respondes. —Levantó la barbilla mientras regresaba a su escritorio.

Él sonrió. Era bueno estar de vuelta en el trabajo. Bueno tener su rutina de nuevo. Bebió su café mientras su mirada se posaba en la memoria USB.

Sería aún mejor cuando Ivy ya no tuviera que preocuparse por su familia. Bueno, ya había puesto la pelota a rodar esta mañana. Ahora solo era cuestión de obtener respuestas a algunas preguntas.

El teléfono sonó.

Birdie gritó:

—¡Teléfono!

Con un suspiro de resignación, Hank tomó el auricular.

—Departamento del Sheriff de Nocturne Falls. Habla el Sheriff Merrow.

—Buenos días, Sheriff. Soy la Fiscal Federal Janet Fry. Entiendo que tiene información que podría interesarme.

—¿Le interesa encarcelar a Clemens Kincaid?

—Por supuesto que sí.

—Entonces creo que podemos hacer negocios. Pero esa información viene con condiciones.

—¿Cuáles?

—Necesito inmunidad total para Sam, Ivy y Patsy Kincaid. Son el hijo menor, la hija y la esposa de Clemens. —No es que pensara que Ivy fuera culpable de algo, pero quería protegerla.

—¿Están dispuestos a testificar?

—Podrían estarlo, pero no creo que sea necesario con la información que tengo.

—Si eso es cierto, puedo garantizarles inmunidad. Pero lo que tenga debe conducir a una condena.

—Lo hará. Envíeme el acuerdo por escrito y le transmitiré lo que tengo.

—Lo prepararé. El expediente de Kincaid es voluminoso. Hablé con alguien de la división de delincuencia organizada y están ansiosos por cerrarlo. Esto podría ser una verdadera pluma en su sombrero, Sheriff.

Hank gruñó.

—No necesito una pluma en mi sombrero. Lo que necesito es que mi nombre se mantenga fuera de esto. Considéreme una fuente anónima.

Fry dudó.

—¿Está seguro de eso? Un arresto tan importante como este podría llevar a una condecoración y quién sabe qué más.

—Estoy seguro. Solo consígame ese acuerdo.

—Como quiera. Lo tendrá antes de que termine el día. —Colgó.

Media hora después, Ivy apareció.

—Hola, Birdie. —Asomó la cabeza por la puerta de Hank—. ¿Estás ocupado?

—Nunca estoy demasiado ocupado para ti. —Se levantó—. ¿Cómo le fue a Charlie en el campamento?

—Al principio no estaba contento, pero cuando me fui, ya estaba hablando con algunos de los otros niños.

—Bien.

La preocupación se reflejaba en sus ojos.

—¿Tienes alguna noticia?

Él deslizó los brazos alrededor de su cintura.

—Sí. Y todas son buenas.

Ella cerró los ojos y exhaló, apoyando su frente contra la mejilla de él.

—Gracias.

Él le besó la sien.

—Llama a Sam. Es hora de ponerlo al día.



Ivy metió las manos bajo sus piernas para evitar inquietarse mientras Hank le explicaba todo a Sam. Su hermano permanecía completamente inmóvil, escuchando como si estuviera oyendo por primera vez la historia de las fechorías de su padre.

—Y eso es básicamente todo —concluyó Hank.

Sam negó con la cabeza.

—¿Estás seguro de todo esto?

Ivy puso su mano en el brazo de él.

—Tenemos pruebas, Sam.

Él asintió, mirando sus manos.

Su corazón se compadeció de él, pero ella tenía sus propias preguntas.

—Tenías que haber sabido algo de esto.

—He tenido mis sospechas durante mucho tiempo, pero papá siempre me protegió de ello. —Sam dejó escapar un suspiro profundo—. Sabes que siempre me ha presionado para que me

dedique a las fuerzas del orden. Ahora creo que eso probablemente era para tener a alguien en el interior. Alguien de la familia, claro. Ya tiene a algunos policías locales en su nómina.

Sam bajó la cabeza y los músculos de su mandíbula se tensaron. Cuando miró a Hank de nuevo, el dolor y la determinación brillaban en sus ojos.

—¿Cuánto tiempo tendré que cumplir?

—Nada. He negociado un acuerdo con la Fiscalía Federal para darte inmunidad a ti, a Ivy y a tu madre, con condiciones.

Sam parpadeó con fuerza.

—¿Sin juicio? ¿Sin arresto?

—No.

—No sé cómo agradecértelo. Eso es... mucho más de lo que esperaba. —Sam tomó un largo y aliviado respiro—. Si necesitas algo de mí...

—Necesito que te mudes aquí donde tu hermana pueda vigilarte. Y que te conviertas en una parte valiosa de la vida de tu sobrino. —La mirada de Hank se afiló—. Si molestas a ese niño una sola vez, te haré arrepentirte mucho.

—Ni lo soñaría. —Sam levantó las manos—. En cuanto a mudarme aquí, considéralo hecho. De todas formas, no hay vida para mí en casa. —Sonrió—. Voy a ser el mejor tío que ese niño haya tenido jamás.

La expresión severa de Hank no cambió.

—Eso va a ser difícil considerando que su otro tío es mi hermano, Titus. Hablando de eso, Titus está dispuesto a darte un trabajo en el cuartel de bomberos siempre que puedas pasar las pruebas y el entrenamiento. Ya te he hecho una verificación de antecedentes y, a diferencia de tu hermana, no tienes antecedentes penales, así que calificas. Tendrás que ir a la Academia de Bomberos de Georgia. No será fácil, pero es un nuevo comienzo si te interesa.

—Me interesa. Muchas gracias. —Sam tomó la mano de Ivy—. A ti también. Lo siento por todo.

—Lo sé. Estoy muy feliz de que quieras ser parte de la vida de Charlie. —Ella le apretó la mano, luego le dirigió una mirada dura y seria—. Pero también me gustaría que tú y Hank fueran amigos.

—Podemos trabajar en eso. —La tristeza volvió a llenar los ojos de Sam—. Le debo mucho a Charlie. —Suspiró—. Tengo mucho que compensar.

Hank asintió.

—¿Por qué no vienes a cenar esta noche? Nunca llegamos a hacer nuestra carrera familiar después de la boda. La luna llena ya pasó, pero más vale tarde que nunca.

Sam sonrió.

—Eso sería genial. ¿Hay alguna posibilidad de que Bridget esté allí?

Hank frunció el ceño.

—Acabo de pensar en otra condición para que vivas aquí.

—Hank. —Ivy le lanzó una mirada. Le encantaba la idea de Bridget y Sam. Siempre que Bridget pudiera verse a sí misma con un Kincaid. Quizás pondría a Birdie a trabajar en ello. No había nada que esa mujer no pudiera lograr.

Hank logró esbozar una ligera sonrisa.

—Te veo para la cena.

—Nos vemos —dijo Sam—. Adiós, hermana. —Se marchó, dejando a Ivy y Hank solos.

Hank se recostó en su silla.

—Eso salió bien.

Ella inclinó la cabeza.

—¿Realmente hiciste que su inmunidad dependiera de que se mudara aquí?

—No. Pero supuse que te gustaría.

Ella sonrió.

—Muchísimo. Gracias. Te amo más de lo que puedo expresar adecuadamente en este momento.

Él sonrió.

—En palabras de Charlie: Lo sé.

Tener a Sam para la cena se convirtió en tener también a Birdie, Bridget, Titus y su novia. Charlie estaba en el cielo rodeado de su nuevo club de fans. Después de la cena, todos fueron a correr, terminando en la cascada.

Ivy se paró orgullosamente al lado de Hank mientras Charlie chapoteaba en el agua. Ella frotó su hocico contra el cuello de Hank, casi deshecha por la felicidad que la llenaba. Un pensamiento se repetía una y otra vez en su cabeza. *La vida es buena.*

Claro que sí.

Ella miró a Hank. *¡Escuché tu voz. En mi cabeza!*

Él ladró suavemente y le dio una sonrisa lobuna. *Eso nos convierte en compañeros unidos. Ya no hay forma de deshacerte de mí.*

Ella le devolvió su sonrisa lobuna. *Bien, porque tú también estás atrapado conmigo.*

Charlie se acercó a ellos y se sacudió, rociándolos a ambos con agua. Hank empujó su cabeza contra el costado de Charlie y salió corriendo, invitándolo a seguirlo.

Charlie fue tras él, y el resto de la familia se unió a la persecución. Para cuando llegaron al límite de la propiedad y volvieron a sus formas humanas, todos habían quemado la cena.

Birdie se acomodó el cabello.

—No sé ustedes, pero estoy lista para ese pastel de melocotón con helado de vainilla.

—Yo también —intervino Charlie—. ¿Puedo, mamá?

—Después de esa carrera, diría que todos nos lo hemos ganado. Ve con la tía Birdie y mira si necesita ayuda.

Él tomó la mano de Birdie.

—¿Necesitas ayuda, tía Birdie?

Ivy se rió, y Hank negó con la cabeza.

—Yo también ayudaré. —Bridget miró a Sam—. ¿Eres bueno en la cocina?

Con aspecto de estar un poco embelesado, Sam asintió.

—Sí, puedo, eh, servir el helado.

—Vamos, entonces —dijo Bridget.

Sam fue tras ella con el mismo entusiasmo que Charlie había mostrado por el pastel.

Hank e Ivy caminaron lentamente, tomados de la mano, dejando que Titus y su novia, Zoe, se adelantaran. Hank soltó la mano de Ivy para deslizar su brazo alrededor de su cintura. La abrazó con fuerza

y sus ojos brillaron con algo a medio camino entre la diversión y la consternación.

—Sé lo que estás tramando.

—No tengo idea de qué estás hablando.

—¿Entonces no estás tratando de emparejar a mi hermana con tu hermano?

Ivy se encogió de hombros pero no se atrevió a mirarlo por miedo a que sus ojos revelaran la verdad.

—No me culpes a mí, culpa a la naturaleza. No puedo evitar que los Merrow se sientan naturalmente atraídos por los Kincaid.

Él resopló.

—Bueno, si ese es el caso, ¿hay alguna posibilidad de que tengas un tío no criminal que puedas presentarle a Birdie?

Ella se rió y finalmente lo miró.

—De hecho...

—Oh, no lo harás. —La levantó y ella dejó escapar un grito de sorpresa, lo que solo lo hizo verse más complacido consigo mismo—. Eres única, Ivy.

Ella puso sus brazos alrededor de su cuello.

—¿Y no estás contento por eso?

Él asintió.

—Lo estoy. También me alegro de ser yo quien terminó contigo. —La besó, un sello breve pero lleno de promesas de su amor—. Espero que haya crema batida.

Ella hizo una mueca.

—¿Crema batida *y* helado en tu pastel? ¿Realmente estás poniendo a prueba ese metabolismo de cambiaformas, eh?

—Oh, la crema batida no es para el pastel, mi amor. —Una intención maliciosa brilló dorada en sus ojos mientras la acercaba para un beso—. Es para más tarde.

Acerca del Autor

La autora bestseller del USA Today, Kristen Painter, está ligeramente obsesionada con los gatos, los libros, el chocolate y los zapatos. Es una mezcla saludable. A ella le encanta entretener a sus lectores con giros de trama interesantes y personajes memorables. Actualmente escribe la exitosa serie de romance paranormal Nocturne Falls y la premiada fantasía urbana. La ex profesora universitaria de inglés está frecuentemente presente en las redes sociales, donde disfruta interactuar con los lectores.

www.kristenpainter.com